
LA
NOCHE
DE LOS
SECRETOS
ADOLFO RODRÍGUEZ

# LA NOCHE DE LOS SECRETOS

Serie Inspector Gabriel Somoza nº2

ADOLFO RODRÍGUEZ

copyright © 2025 ARG Ediciones.
Todos los derechos reservados

Para mis padres.

LA NOCHE DE LOS SECRETOS

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

PARTE 2

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

PARTE 3

48

49

AGRADECIMIENTOS

NOTA DEL AUTOR

# PRÓLOGO

Madrugada del 10 de noviembre de 2020. El silencio envuelve El Cabo de las Huertas y acentúa su aire sombrío. Las farolas titilan al compás de una brisa helada, mientras los sonidos habituales de la noche —el ladrido ocasional de un perro, el rumor distante de un coche— parecen haber sido devorados por la penumbra.

Dentro de una de las elegantes residencias que se alinean a ambos lados de una empinada cuesta, Daniela remueve con desgana una taza de té ya frío. Sus pensamientos se aglomeran en un torbellino de inquietud. Emma no ha vuelto a casa. Es la primera vez que su hija, siempre puntual, incumple el acuerdo de avisar en caso de retraso. Hasta ahora, no había fallado. Por eso no puede evitar ponerse en lo peor.

Se levanta de la mesa y cruza el amplio salón. Las cortinas de lino, de tonos sutiles, se mecen suavemente ante la ventana que da al oscuro mar, movidas por un soplo de aire frío que se cuela por alguna grieta. Ha revisado el móvil al menos veinte veces en la última hora, esperando ansiosamente un mensaje, una llamada perdida, cualquier señal que apacigüe el punzante dolor que le retuerce el estómago.

Un sonido apagado irrumpe en sus pensamientos. El timbre no ha sonado, pero algo o alguien está cerca; está segura de ello. Se sobresalta y se aproxima a la puerta con cautela, procurando no hacer crujir el parqué. Con el ojo puesto en la mirilla, observa la oscuridad sin encontrar señal alguna. Al abrir, la brisa nocturna le eriza la piel. Por un instante, se había permitido la esperanza de encontrar a su hija, aunque estuviera ebria, después de todo, es una adolescente. Pero eso no sucede: la puerta se abre a la nada.

Cuando está a punto de convencerse de que todo ha sido fruto de su imaginación y gira sobre sus talones para regresar al interior, algo en el suelo capta su atención. Parpadea varias veces hasta distinguirlo con claridad. Es un sobre blanco, que aguarda inmóvil, como si esperase ser descubierto.

Las manos le tiemblan al recogerlo. Cierra la puerta de un golpe, conteniendo su miedo, y se apoya contra ella. El sobre, cerrado y de papel grueso, parece contener el peso de una amenaza. Con sumo cuidado, Daniela rompe el borde y extrae una hoja doblada. Al desplegarla, el mundo se detiene.

Las palabras que encuentra mecanografiadas en el papel acaban de poner su vida patas arriba:

*«Tengo a Emma y a Álvaro. Si queréis volver a verlos con vida tenéis que pagar un rescate. Doscientos cincuenta mil euros por familia.*

*Pronto recibiréis instrucciones para realizar el pago.*

*Si avisáis a la policía, lo sabré, y el trato se acabó.*

*Un saludo,*

*Vuestro nuevo amigo».*

El papel se desliza al suelo mientras Daniela se tambalea, dando pasos torpes en busca del sofá. Su respiración se vuelve errática y sus pensamientos se sumergen en un caos que le impide asimilar lo que acaba de leer. Un golpe de adrenalina la sacude; sus mejillas se enrojecen, está paralizada y no tiene capacidad para reaccionar.

Toma aire y se agacha para recoger la hoja, la despliega y la relee con la esperanza de que, en una segunda mirada, descubra que todo se trata de un malentendido.

Pero no es así.

La amenaza es tan real como el escalofrío que recorre su columna. Las palabras permanecen inamovibles, impresas en la hoja que tiembla entre sus dedos. La noche, que hasta hace poco se mostraba silenciosa, se inunda ahora de un zumbido insoportable.

Un abismo acaba de abrirse bajo sus pies.

# 1

El inspector Gabriel Somoza sigue llevando una vida ermitaña en su casa de La Coveta Fumá, con el mar como único testigo de su rutina solitaria. Desde que resolvió la misteriosa desaparición de Rafael Sierra, su reputación en el vecindario no ha hecho más que crecer. Para muchos, es un héroe discreto. Alguien que, sin buscar la atención de nadie, despierta admiración y respeto. La gente lo observa con curiosidad. Aunque son muchos los que intentan acercarse a él, Gabriel evita las conversaciones largas y las relaciones profundas. A veces siente cierto remordimiento, pero no lo suficiente como para perder el sueño.

Durante estos meses ha trabajado en varios casos, todos menores en comparación con aquel que le devolvió el propósito que había perdido tras la muerte de su mujer y su hija. Tener la mente ocupada es lo que lo mantiene con vida. No rehúye la rutina; al contrario, la abraza con firmeza. Se despierta, va a trabajar, vuelve a casa con Azabache, su fiel gato negro, y sale a correr tres veces por semana.

La inspectora Patricia Siles, una de las pocas personas que aún conserva en su vida —además de sus padres— insiste en que debería salir más a menudo. No se cansa de recordarle que encerrarse entre las paredes de su pequeño chalé no le hace ningún bien. Para Gabriel, ella no lo entiende. Hace unas semanas se presentó en su casa y, literalmente, lo arrastró para invitarlo a cenar con unos compañeros de la comisaría. Gabriel aceptó a regañadientes, más por complacerla que por genuino interés. La cena resultó un desastre: charlas repletas de anécdotas que le parecían ajenas e insípidas y un ruido ensordecedor. Terminó excusándose temprano, dejando a Patricia con una mezcla de enfado y resignación.

Blanca, una mujer que conoció durante su anterior caso, ya no vive en La Coveta Fumá. Se mudó después de la muerte de María, la anciana a la que cuidaba. Sin embargo, ha intentado quedar con él

en un par de ocasiones. Su carácter afable y cercano parece revelar un fuerte interés por conocerlo más allá de las interacciones casuales. Pero Gabriel es firme: sigue sin estar preparado para abrirse a nadie. No echa de menos la compañía femenina ni el calor de una relación. Tiene a Azabache y su trabajo, y eso le basta.

Por las noches se sienta en su escritorio, revisando informes y documentos bajo la tenue luz de una lámpara. El murmullo del mar se cuela por las ventanas abiertas, rompiendo el silencio que reina en su hogar. Gabriel halla en esa rutina una paz engañosa, consciente de que, en el fondo, está huyendo: huyendo de los recuerdos, de las emociones que aún no puede enfrentar y de las personas que, sin saberlo, podrían devolverle aquello que ha decidido no recuperar. La esperanza.

La mañana del 10 de noviembre, Gabriel Somoza sale de casa temprano, como de costumbre. El trayecto hasta la comisaría le lleva aproximadamente media hora, tiempo durante el cual, el silencio lo reconforta. Antes de entrar, se detiene en la pequeña cafetería de fachada de madera donde siempre compra su café solo para llevar. El aroma de granos recién molidos le resulta agradable, uno de esos pequeños placeres que sostienen su rutina diaria.

La camarera, que ya lo conoce, le entrega el vaso de cartón sin que tenga que pedirlo. Gabriel asiente con una leve inclinación de cabeza en señal de agradecimiento y se dirige hacia la comisaría, aprovechando el calor del café para templar sus manos.

Al cruzar las puertas, Gabriel percibe cierta agitación en el ambiente. Lucas, el agente encargado del control de accesos, le informa sin rodeos que una mujer lo espera. Sin hacer preguntas, Gabriel asiente y se dirige a su encuentro.

Antes de llegar a su despacho, distingue, al fondo del vestíbulo, a una mujer que se incorpora de uno de los bancos. Su figura se recorta en la penumbra. Su rostro, marcado por la preocupación y las ojeras de quien ha pasado la noche en vela, le resulta completamente ajeno.

—Inspector Somoza —dice ella, acercándose con pasos apresurados. Parece contener el llanto, y su voz temblorosa anuncia la urgencia de sus palabras.

Gabriel entrecierra los ojos, intentando ubicarla en su memoria, pero ella no le concede el tiempo necesario.

—Soy Daniela. Daniela Vidal. Necesito hablar con usted. Es urgente.

Con un gesto, Gabriel asiente e invita a Daniela a seguirlo hasta su despacho. Cuando cierra la puerta, se crea un pequeño refugio de silencio en medio del bullicio de la comisaría. Se sienta frente a la mujer. Sus gestos delatan su inquietud. Juguetea con un pañuelo arrugado, frotándolo y estrujándolo entre sus manos.

—Sé que no debería estar aquí —comienza, mirándolo con una mezcla de determinación y miedo, mientras su voz tiembla con el peso de la desesperación—. Pero no puedo quedarme callada. Mi marido… mi marido cree que debemos seguir las instrucciones. Pero yo no. No puedo quedarme sentada sin hacer nada.

Gabriel interviene con tono tranquilo, pero incisivo:

—¿Qué instrucciones? No sé de qué está hablando. ¿Nos conocemos?

Daniela inhala profundamente, como si cada aliento supusiera un esfuerzo por reunir el coraje para hablar.

—No, no nos conocemos. Bueno... yo a usted sí. Vi su foto en el periódico hace unos meses, por el caso de aquel hombre desaparecido que usted resolvió.

Gabriel asiente levemente. Aunque detesta la atención mediática, aquella vez fue inevitable. Con un gesto discreto de la mano, le indica que continúe.

—Se trata de mi hija y su novio. Han desaparecido. Y esta madrugada hemos recibido una nota. Decía que no debíamos acudir a la policía, que si lo hacíamos... —La voz de Daniela se quiebra en medio de la frase, y Gabriel nota cómo sus labios se contraen en un intento de contener las lágrimas.

—Tranquila. Tómese su tiempo —le dice con voz serena, ofreciéndole la oportunidad de recomponerse.

Daniela cierra los ojos un instante antes de continuar:

—Cuando esté lista, necesito que me cuente con detalle qué ha sucedido para poder ayudarle —añade el inspector Somoza.

La mujer inhala de nuevo, llenando sus pulmones del aire frío que parece fortalecer su determinación.

—Mi marido no quiere arriesgarse; cree que debemos hacer lo que nos han pedido. Pero yo no puedo quedarme esperando, sin saber si están bien, si están… vivos. Tenía que venir. Tenía que contárselo. Necesito que me ayude. ¡Por favor!

Gabriel la observa con atención. Cada palabra resuena en la aparente calma de su mente. Una corriente de tensión recorre su cuerpo y acelera sus pensamientos.

—Hizo bien en venir —responde con calma, pero con un matiz de urgencia en la voz—. Necesito que me cuente todo lo que sabe, con detalle. No vamos a poner a su hija ni a nadie en peligro, se lo prometo. ¿Ha hablado con alguien más?

—No, solo con usted. Bueno… Hemos hablado con los padres de Álvaro, eso sí. Son nuestros vecinos. Pero nadie sabe que estoy aquí, ni siquiera mi marido. Él cree que he salido a tomar el aire. Ya tengo dos llamadas perdidas suyas; debe estar preocupado.

—Dice que recibió una nota. ¿La ha traído?

Daniela asiente, ahora incapaz de contener las lágrimas. Se las limpia con el dorso de la mano y abre su bolso para sacar un sobre que entrega a Gabriel. Él no lo toca de inmediato. Abre un cajón de su escritorio y se coloca unos guantes de látex antes de cogerlo.

Saca una hoja mecanografiada y la lee en silencio.

Daniela no aparta la mirada de él. Está rota, pero en su expresión se vislumbra un atisbo de alivio fugaz, apenas un segundo antes de que la realidad vuelva a golpearla con furia.

Gabriel levanta la vista al terminar de leer y fija la mirada en el rostro de Daniela. Necesita un momento para procesar la información y pensar.

---

Patricia Siles está sentada frente a su escritorio. La luz del monitor se refleja en sus ojos oscuros, acentuando la fatiga que le invade el rostro. Lleva horas inmersa en un caso sin resolver de hace varios años, uno en el que prometió trabajar para dar consuelo a

una familia destrozada, pero que se ha estancado en un callejón sin salida. A su derecha, el café matutino permanece a medio terminar, olvidado desde que revisó su correo sin hallar nada relevante.

La puerta se abre de golpe, interrumpiendo sus pensamientos y sacándola de su ensimismamiento. No necesita levantar la vista para saber quién es.

—Gabriel, lo de llamar antes de entrar es algo que debemos mejorar —dice Patricia con desgana.

Gabriel cierra la puerta tras de sí y se sienta frente a ella sin esperar invitación. Su rostro, grave y sereno, refleja una preocupación que Patricia reconoce de inmediato. Sabe que, siendo un hombre de pocas palabras, lo que está a punto de decir es importante.

—Una mujer ha venido a verme. Me ha entregado esta nota —declara, extendiendo una bolsa de pruebas en la que guarda la carta.

Patricia la coge y lee la nota a través del plástico transparente, absorbiendo cada palabra. Gabriel tiene ahora su atención; todo lo demás se desvanece ante la gravedad de la situación.

—Es una nota de un secuestrador. Dos adolescentes no han vuelto a casa. La mujer dice que ha encontrado un sobre en el felpudo esta madrugada. En la nota se exige un rescate de doscientos cincuenta mil euros por familia y se advierte que no deben hablar con la policía.

Patricia parpadea con rapidez; la información le revuelve el estómago y la descoloca por completo. Nunca ha trabajado en un caso así. Hasta ahora, este tipo de secuestros le había parecido exclusivo del cine. Lo primero que piensa es que se trata de una broma de mal gusto.

Sostiene la bolsa de pruebas con cautela. No la abre, teme contaminar más de lo necesario. Descubre que Gabriel ha incluido el sobre en cuyo interior se hallaba la nota. Está cerrado con solapa autoadhesiva. Su mente, meticulosa, lamenta que no sea del tipo que se cierra con saliva, lo que hubiera facilitado obtener ADN. Sin embargo, persiste la duda sobre la veracidad del caso.

—¿Estás seguro de que no es una chiquillada? —pregunta con cautela. Su voz está impregnada de incredulidad y aprensión.

—Sé que parece un disparate, pero no podemos dejarlo de lado —responde Gabriel con convicción.

Patricia suspira y fija la vista en el techo blanco, donde cada sombra parece reflejar la incertidumbre que la invade.

—Vale. Hablemos con Urriaga y vamos para allá. ¿Dónde están las familias? —pregunta Patricia.

Gabriel levanta un dedo para indicar que espere mientras la inspectora Siles se incorpora lentamente.

—Están en el Cabo de las Huertas —explica, apoyando las manos sobre su escritorio y agachando la cabeza para hablar en tono confidencial—. Patricia, no podemos presentarnos allí sin más. La nota exige que no hablen con la policía. Si acudimos con coches patrulla y equipos, podríamos estar cometiendo un grave error.

Patricia conoce lo suficiente a Gabriel para saber qué terreno está preparando con ese preludio tan meditado. Odia consentirle sus excentricidades, pero también sabe que es extraordinario en su trabajo. Y que tiene razón. Claro que la tiene.

Lo escucha con atención, tragando saliva con cada palabra a medida que sus ideas se vuelven más retorcidas. En ese momento, detesta ser la jefa del Grupo de Homicidios, un puesto que ha roto su estabilidad familiar y emocional.

Cuando Gabriel termina de hablar, adopta esa expresión seria, la misma de siempre cuando está convencido de que tiene razón.

Ella lo mira. No quiere decidir.

—Vamos a ver a Urriaga. Si él te da permiso, adelante.

---

El comisario Urriaga está leyendo las noticias en su ordenador. Apenas le quedan unos meses para jubilarse y su mente ya está en otra parte: una casa de una sola planta en Altea, con vistas al Mediterráneo y espacio suficiente para disfrutar con su mujer, lejos del ruido de la ciudad. Todo está planeado. Nada debería alterar ese final que lleva tanto tiempo esperando.

Alguien llama a la puerta.

Patricia Siles entra con paso firme, seguida por Gabriel Somoza, ese hombre que siempre parece arrastrar problemas consigo. Urriaga reprime un suspiro. El día promete ser largo.

—Más vale que sea importante —gruñe, acomodándose en su silla.

Patricia toma asiento frente a él, con Gabriel a su lado. El comisario se fija en el leve temblor de sus dedos y en cómo sus ojos recorren la habitación, como si buscaran algo que no está allí.

—Han desaparecido unos adolescentes y una madre ha venido a denunciarlo —empieza Patricia con ese tono controlado que siempre usa cuando necesita que la escuchen.

Urriaga alza una ceja. Con un gesto le indica que continúe.

Patricia le cuenta todo lo que saben hasta ahora, que no es mucho, y también el plan de Gabriel. En esa última parte no muestra el mismo convencimiento.

—Gabriel tiene una propuesta para abordar el caso —añade con un hilillo de voz.

—¿Qué clase de propuesta? —pregunta él, con más brusquedad de la necesaria.

Somoza interviene antes de que Patricia pueda responder, inclinándose hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas.

—Infiltrarme.

Urriaga lo mira como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Infiltrarte? ¿De qué demonios estás hablando, Somoza?

—Los dos adolescentes viven en la misma urbanización de chalés. Si aparecemos allí, vamos a ponerlos en peligro. Sugiero que me permita infiltrarme como el nuevo conserje. Fingiremos que el actual está de baja. Yo puedo encargarme de todo eso, pero no tenemos tiempo, comisario.

Urriaga abre la boca para protestar, pero Gabriel sigue hablando.

—Los equipos técnicos irán de incógnito, con una furgoneta de reformas o algo similar. Nadie sospechará. Desde dentro podré observar, moverme sin restricciones y recopilar información sin levantar sospechas. Puede parecer una chapuza, pero puedo resolverlo antes de que sea tarde.

Urriaga lo interrumpe golpeando la mesa con la palma de la mano.

—¡Es una locura! Esa no es nuestra manera de trabajar, Somoza.

—Lo que sí sería una locura es que el secuestrador cumpla su amenaza y los chicos aparezcan muertos —interviene Patricia, con un tono más frío de lo habitual.

El comentario queda flotando en el aire, cargándolo de incertidumbre. Urriaga cruza los brazos y estudia a ambos inspectores.

—Esto no es un juego —advierte.

—Lo sabemos —responde Gabriel, tajante—. Pero si no hacemos algo ya, no tendremos ni una oportunidad.

Urriaga respira hondo y se pasa una mano por el rostro. De repente, el calor del despacho le resulta sofocante. Su mente se debate entre la prudencia y el instinto. Una parte de él quiere rechazar el plan de inmediato, pero otra, más pequeña, sabe que no tienen muchas alternativas. No se ha enfrentado a nada parecido en todos sus años en activo.

Finalmente, se inclina hacia atrás en su silla y mira a Patricia.

—¿Crees que puede funcionar?

—Sí. Gabriel tiene razón. No debemos ponerlos en peligro y podemos trabajar sin llamar la atención. Yo me encargaré de coordinar todo desde fuera.

El comisario tamborilea los dedos sobre el escritorio en un gesto involuntario.

—Está bien —dice por fin, con voz grave—. Convoca a todos los que necesites en la sala de reuniones y ponlo en marcha ya.

## 2

David Velasco camina de un lado a otro del amplio salón de su mansión en el Cabo de las Huertas, la misma por la que pagó casi tres millones de euros hace cinco años.

Las manos le tiemblan, aunque no sabe si es por la furia o el miedo. No está acostumbrado a que nadie más que él lleve la sartén por el mango. El mármol del suelo refleja las luces del techo, pero también le devuelve su propia imagen: envejecida, descompuesta, incapaz de tomar el control de la situación.

El reloj de péndulo en la esquina parece haberse detenido desde que Sonia, su hija, se marchó ayer por la tarde. No ha llamado a la policía. No todavía. Sabe que debería hacerlo. Cualquier padre lo haría sin dudar si su hija desapareciese. Pero él no es cualquier padre, y el peso de ciertas verdades que arrastra lo mantiene paralizado. Debe intentar mantener la calma. Son rabietas típicas de adolescente, o eso intenta creer. Lo más normal sería que apareciese de un momento a otro.

En el otro extremo del salón, Irina, su joven esposa y madrastra de Sonia, está sentada en el borde del sofá blanco, con las piernas cruzadas y la mirada fija en él. Su melena rubia, recogida en un moño apretado, acentúa aún más sus rasgos perfectos, escultóricos, el motivo por el que nunca pasa desapercibida. Es una de las pocas veces que no va vestida con elegancia.

—¿Vas a quedarte ahí de pie, David? —dice, con ese acento apenas perceptible que delata sus raíces ucranianas.

David no responde. Se lleva la mano al pecho, donde una presión constante amenaza con desgarrarlo. Hace tiempo que la relación con su hija es tensa. Ha llegado a decirle que la odia, algo que un padre nunca debería decir. Pocas cosas pueden ser más dolorosas que eso. Pero no es del todo cierto. Al menos, no hasta el punto de alegrarse por su desaparición. Lo peor es que haya sucedido después del incidente que ambos tuvieron. Eso lo martiriza.

Irina se levanta con un movimiento fluido, dejando al descubierto la silueta impecable que tanto había fascinado a David años atrás. Se acerca y le agarra de la camisa.

—¡Tienes que hacer algo! Es tu hija, por el amor de Dios.

—¿Y qué demonios quieres que haga? —responde él, con una voz más tensa de lo que le gustaría—. ¡Ya sabes cómo es! Vendrá tarde o temprano y se encerrará en su cuarto, como siempre.

Irina lo mira de soslayo. Sus ojos enrojecidos delatan que ha pasado horas llorando.

—Todo esto es culpa tuya.

—¡Cállate! No sabes lo que dices —gruñe David, apartándose de ella.

—Voy a llamar a la policía. Estamos perdiendo el tiempo —advierte Irina.

Él no contesta. Gira sobre sus talones y, con pasos firmes, pasa a su lado como una exhalación. Agarra el teléfono de su mujer, que reposa sobre la mesa de centro, y lo estrella contra el suelo. La pantalla estalla en mil pedazos.

—No vas a llamar a nadie. Quédate quieta y deja que lo hagamos a mi manera.

David sube las escaleras con un nudo en la garganta. No debería haber hecho eso. Ni lo que hizo ayer. Tal vez, no debería haber hecho nada de lo que ha estado haciendo.

---

Daniela Vidal cierra la puerta y, en cuanto cruza el umbral, el miedo la invade. Ya no tiene el sobre con la nota del secuestro; se lo ha entregado a la policía porque era lo correcto. Se alegra de haberlo hecho. Ahora no puede volver a mirarlo cada diez minutos, aferrándose a la esperanza de que todo sea un error.

La madera del suelo cruje bajo sus pies mientras se adentra en el salón. Su mirada se detiene en la fotografía de Emma sobre la repisa: un verano en la playa, piel bronceada, ojos llenos de vida. Contemplarla acentúa su dolor, como si la imagen misma la acusara de lo sucedido.

En la cocina, su marido, Miguel Lago, remueve los utensilios con torpeza. Finge estar ocupado, pero Daniela sabe que la espera lo carcome tanto como a ella. Su mera presencia le resulta desagradable.

—¿Dónde has estado? —pregunta sin girarse, con un tono cargado de sospecha.

—Fui a dar una vuelta. Necesitaba despejarme —responde Daniela, evitando su mirada. Sabe que él no la cree, pero no puede permitirse discutir. No ahora.

—¿A despejarte? —repite Miguel, dejando caer la cuchara de madera sobre la encimera con un golpe seco—. Dime que no has ido a la policía.

Daniela siente un nudo formándose en su garganta. Las palabras se le agolpan. Tiene que decirle la verdad. En un par de horas, Gabriel Somoza se plantará en su casa. Ya no hay vuelta atrás.

—Sí. He ido a comisaría —admite, con la voz entrecortada.

El silencio se adueña de la estancia. Basta con la mirada de su marido para saber que se avecina una discusión.

—Has cometido un grave error. La nota decía claramente que no fuéramos a la policía. Si pasa algo, será culpa tuya —recrimina Miguel.

Las palabras la atraviesan. Sabía que debía tomar una decisión, pero ahora la duda la asalta.

Miguel suelta una risa breve y amarga.

—No me puedo creer que hayas hecho esto sin mi consentimiento.

—¡Es mi hija! —grita Daniela, dando un paso al frente con los ojos vidriosos clavados en su marido.

—¡Y la mía, joder!

Daniela no contesta. Cuando toma una decisión, la mantiene hasta el final. Más aún en esta ocasión, en la que, por mucho que lo intenta, no encuentra un escenario en el que acudir a la policía no sea lo más sensato.

—Puede que todo esto sea una broma de mal gusto —sugiere Miguel.

—¿Ves a tu hija por algún lado? —pregunta Daniela con ironía.

Espera una respuesta que no llega. Su marido baja la vista al suelo.

—No. No la ves. Dime una cosa, ¿has tenido problemas con alguien últimamente?

Miguel levanta la cabeza. Su expresión se tuerce en una mezcla de ira y tensión contenida.

—¿Cómo te atreves a insinuar que esto es culpa mía?

—Te he preguntado. No he insinuado nada —contesta Daniela con voz firme. La rabia asoma entre la desesperación—. Lo mejor será que vayas preparando el dinero.

Miguel la mira con desaprobación. Daniela piensa que intenta dramatizar por lo que acaba de decirle. Aunque hay algo más en esa expresión. Lo conoce desde hace muchos años y sabe cuándo algo no va bien. Ella permanece inmóvil viéndolo marchar. No ha contestado, pero no necesita una respuesta; su reacción ha sido suficiente. No se fía de él. Sospecha que su negativa a contactar con la policía no tiene nada que ver con proteger a su hija. Lo hace para protegerse a sí mismo.

# 3

El barrio del Cabo de las Huertas se despliega ante Gabriel Somoza como la imagen de una postal. Las casas, con sus fachadas impecables y jardines diseñados al milímetro, reflejan la opulencia de quienes las habitan. Este rincón de Alicante siempre ha sido un símbolo de éxito, un oasis reservado para los más afortunados.

Gabriel recuerda haber venido aquí en su infancia, cuando el acceso al mar parecía más sencillo entre las rocas de los acantilados. Su madre los llevaba allí a él y a su hermana, decía que eran playas más tranquilas donde apenas había otros bañistas. Era una pequeña escapada al paraíso que, sin embargo, no consigue despertar nostalgia en su interior. Está centrado en el caso y sabe que el tiempo corre en su contra. No puede permitirse perder ni un solo segundo.

Camina disfrazado de conserje por los aledaños de la urbanización Jardines del Edén, un enclave de enormes casas de precio prohibitivo, la misma donde viven Emma y Álvaro, los dos adolescentes desaparecidos. Lleva puesta una chaqueta gris desgastada y una gorra que le cubre lo suficiente el rostro como para pasar desapercibido.

No le costó convencer al verdadero conserje para que aceptara unas vacaciones remuneradas. El hombre, un tipo corriente y sin demasiadas ataduras, aceptó sin titubear y prometió guardar el secreto. Gabriel aprovechó la conversación para hacerle preguntas sobre las familias de los desaparecidos, pero terminó irritado por la simpleza de sus palabras. «Son gente normal. Ricos, pero normales», dijo. Pero Gabriel no le cree. Más bien sospecha que el hombre prefiere no meterse en problemas por miedo a perder su empleo.

Mientras avanza hacia la casa de Daniela Vidal y Miguel Lago, analiza cada detalle a su paso. Busca vehículos que puedan servir para transportar a varias personas, examina las ventanas en busca de miradas furtivas y estudia con atención las expresiones de

quienes se cruzan en su camino. Es posible que los secuestradores no sean de la zona, pero también que sí lo sean, y no puede, ni debe, obviar esa posibilidad.

Una furgoneta blanca con el logo de una supuesta empresa de reformas está aparcada frente a una casa moderna de grandes ventanales. Gabriel la observa de reojo, fingiendo indiferencia. Fue él quien sugirió la idea, así que conoce bien el verdadero propósito de sus ocupantes. Cuatro agentes de policía, disfrazados de operarios, entran y salen de la vivienda transportando herramientas, cajas y bloques de baldosas. Dentro de las cajas de cartón está el equipo que instalarán en la casa de Daniela: un ordenador con acceso al *software* de la policía, cámaras de vigilancia, micrófonos… Todo lo que Gabriel necesita para operar desde allí.

Patricia coordina el trabajo desde fuera de manera sobresaliente, como de costumbre. Ya ha conseguido la orden para intervenir los teléfonos de las dos familias afectadas. Es crucial que, si los secuestradores contactan por teléfono, la conversación quede registrada.

Dos de los agentes hacen ruido en el interior, golpeando una baldosa con un martillo para reforzar la tapadera. Los otros dos trabajan con precisión, instalando el equipo.

Gabriel atraviesa el jardín, cruza el césped inmaculado y entra en la vivienda.

Daniela lo espera con las manos apretadas, como si estuviera rezando. A su lado, el hombre que debe ser su marido lo observa con expresión tensa, claramente incómodo con su presencia.

—No tenemos tiempo que perder —dice Gabriel, sin rodeos—. Llama a los padres de Álvaro y diles que vengan por separado. Quiero interrogaros uno a uno.

---

Patricia Siles tiene los ojos hinchados por el cansancio acumulado. No duerme bien desde que asumió la jefatura del Grupo de Homicidios. Aún se pregunta por qué aceptó el cargo. No lo quiere, lo detesta. Pero, por algún motivo, siente que es lo que debe

hacer. Quizá porque, en el fondo, teme que el trabajo se haya convertido en su único refugio.

Su situación familiar es un desastre. Su marido no pierde oportunidad de reprocharle su ausencia. «Nosotros también te necesitamos», le dijo hace unos días, en medio de una de tantas discusiones que ya se han convertido en la tónica habitual. No supo qué responderle. Hay verdades que son incontestables.

Desde su despacho, Patricia observa parcialmente la sala de operaciones. Los monitores brillan con imágenes de cámaras de seguridad y mapas interactivos que señalan ubicaciones clave. Al otro lado del vidrio, los agentes trabajan en silencio, conscientes de la importancia del caso. Con los brazos cruzados, permanece inmóvil, pero su mente no descansa. En realidad, ha sido ella quien ha gestionado todo mientras Gabriel se infiltraba.

Lorenzo, un veterano agente de policía apreciado y respetado por todos, se dirige hacia su despacho sosteniendo un portafolios.

—¿Alguna novedad? —pregunta Patricia antes de que Lorenzo cruce el umbral.

—Estamos procesando las grabaciones de las cámaras cercanas a la urbanización Jardines del Edén. Algunas tienen ángulos muertos. También estamos cotejando las matrículas de los vehículos que aparecen durante las horas en las que podría haberse producido el secuestro. Hasta ahora, todas pertenecen a vecinos de la zona, pero aún es pronto.

Patricia asiente lentamente. Su mente ya visualiza los próximos pasos. Analizará cada segundo de esas grabaciones si es necesario, aunque todo apunta a que el secuestro no se produjo allí. Ni Álvaro ni Emma se encontraban en ese lugar cuando desaparecieron. La urbanización Jardines del Edén, con su apariencia de tranquilidad y lujo, se ha convertido en el epicentro de una investigación que podría destapar secretos incómodos.

—¿Habéis empezado a rastrear los móviles de los desaparecidos? —pregunta.

Lorenzo asiente.

—Ya lo hemos solicitado, pero sabes que eso lleva tiempo.

—Lo quiero todo —contesta, desviando la vista hacia la pantalla del ordenador—. Ubicaciones, mensajes, llamadas… No dejemos ningún cabo suelto.

Lorenzo toma nota, apoyando el portafolios sobre el escritorio de Patricia.

—¿Algo más?

Patricia le devuelve la mirada.

—Sí. Quiero que alguien revise los antecedentes de los familiares. Que busquen debajo de las piedras si hace falta.

Lorenzo asiente y abandona el despacho. Patricia cierra los ojos por un instante, intentando controlar el agotamiento. Lleva un buen rato escudriñando las redes sociales de los desaparecidos en busca de cualquier pista: un comentario sugerente, una publicación compartida, amigos que llamen la atención… cualquier detalle que arroje algo de luz. Pero no ha encontrado nada relevante.

Álvaro Sempere y Emma Lago. Dos nombres que ahora se graban a fuego en su memoria. En apariencia, dos adolescentes normales. Álvaro y Emma son novios desde hace más de un año. Él es extraordinariamente guapo: ojos azules, complexión atlética y unos rasgos dignos de Hollywood. Parece tenerle mucho cariño a un collar con un diente de marfil; aparece con él colgado al cuello en todas sus fotos. Es mayor de edad; cumplió dieciocho hace dos meses. Ella también es atractiva. Comparte libros que ha leído sin dejar de lado su cuota de protagonismo en cada publicación, en las que suele aparecer en poses quizá demasiado estudiadas. Nada fuera de lo común en la adolescencia. Nada impropio para una chica de diecisiete años.

Patricia copia los enlaces de dos perfiles en un correo electrónico: los de Ismael Reyes y Camila Vega. Parecen ser los mejores amigos de Álvaro y Emma. Pulsa el botón de enviar y, acto seguido, descuelga el teléfono.

Una voz de mujer responde al otro lado de la línea.

—Buenos días, Lucía. Acabo de enviarte un correo con dos perfiles de redes sociales. Necesito que los localices y me des sus datos cuanto antes.

Lucía no tiene tiempo ni de contestar. Patricia ya ha colgado.

También ella quiere salir de su despacho y aportar algo a la investigación.

---

Álvaro Sempere despierta sobresaltado, con un dolor punzante en la cabeza que lo obliga a llevarse una mano a la sien. Siente la textura pegajosa de algo seco y resquebrajado: sangre.

Parpadea varias veces, tratando de ajustar la vista a la penumbra que lo envuelve. La cabaña en la que se encuentra está construida con madera tosca y desprende un aire de abandono que lo hace estremecer. Las ventanas están tapiadas. Una tenue luz se filtra a través de la rendija que hay en una de ellas, proyectando sombras alargadas sobre el suelo polvoriento. El hedor a humedad es sofocante.

Mientras sus ojos recorren el lugar, distingue una figura inmóvil en el suelo, a pocos metros. Es Sonia Velasco, la reconoce por su inconfundible pelo rizado. Está de costado, con el cabello revuelto cubriéndole parte del rostro. No sabe si está consciente, dormida… o algo peor. Nota cómo el calor le sube a las mejillas. Un nudo le aprieta la garganta mientras intenta llamarla con la voz ronca.

—Sonia —susurra al principio, y luego con más fuerza—. ¡Sonia, despierta!

No hay respuesta.

A su derecha, un leve movimiento llama su atención. Emma, su novia, está sentada en el suelo, con las piernas dobladas y los brazos rodeando sus rodillas. Su rostro, bañado en un halo de luz mortecina, revela heridas y un rastro de sangre seca que baja desde la frente hasta la barbilla. Sus ojos, grandes y asustados, se pierden en la nada. El pánico parece haberse apoderado de ella. Tiembla ligeramente y su respiración es irregular.

—Emma… —susurra Álvaro. Intenta incorporarse, pero un mareo lo obliga a apoyarse en el suelo. La cabeza le palpita con fuerza, pero eso no le impide arrastrarse hacia ella—. ¡Emma! ¿Estás bien?

Ella no contesta. Sigue en shock. Pero es evidente que no lo está. Ninguno de los tres lo está.

# 4

Miguel Lago permanece en la entrada del salón, apoyado en el marco de la puerta. Observa a Daniela mientras habla con el inspector Gabriel Somoza. Escucha a su mujer describir a Emma, su hija. Le cuenta que es una chica increíble, que no destaca en la escuela, pero que avanza de curso sin problemas; que quiere ser enfermera, aunque duda que le dé la nota para acceder y que, por eso, irá a una universidad privada; que con los años se ha vuelto cada vez más rebelde, que tiene un carácter fuerte, y que chocan a menudo; que su padre no sabe manejarla y eso los distancia…

Cuando, hace un rato, su mujer le pidió que reuniera el dinero del rescate, sintió que el mundo se le venía encima. Hace años fue un empresario de éxito, dueño de una empresa de importación de productos asiáticos, pero el negocio se hundió y nunca se recuperó. La pandemia ha terminado de rematar su agonía. Nadie lo sabe, salvo él. Su mujer y su hija piensan que tienen el mismo poder adquisitivo de siempre, y no ha sido capaz de pedirles que dejen de gastar. Debe mucho dinero en créditos y, aunque le duela reconocerlo, la única salida es vender la casa y empezar de nuevo.

El inspector escucha con atención y toma notas en un cuaderno. Insiste en saber quiénes son las amigas cercanas de Emma. Su mujer no sabe qué contestar, porque, aunque las ha tenido, desde que sale con el guaperas de Álvaro Sempere se ha aislado por completo. Lo idolatra de tal forma que a Miguel le preocupa esa obsesión. O quizá sean celos; no lo sabe con seguridad.

Mientras Gabriel y Daniela siguen hablando, él siente cómo se le acelera el pulso.

Por supuesto que está preocupado por Emma. Es su hija, su única hija. La idea de que esté en peligro lo está consumiendo por dentro. Siente cómo el miedo se apodera de él. Pero no es solo eso, y se odia a sí mismo porque su hija no sea su única preocupación. Un temor profundo y oscuro lo mantiene al borde del colapso.

El rescate. La cantidad de dinero exigida. Sabe que no podrá reunirla, no con la situación en la que se encuentra. Y si alguien empieza a indagar demasiado… Bueno, no quiere ni pensar en ello. Vivir en una casa como la suya y en un barrio como el Cabo de las Huertas conlleva una reputación que no quiere perder. Y luego está el otro asunto, claro. Ese que, en caso de salir a la luz, le traería aún más problemas. La situación lo desborda.

Las preguntas del dichoso policía son cada vez más incisivas. Ahora quiere saber si algún miembro de la familia tiene enemigos, si han discutido con alguien recientemente o algo similar. Daniela lo niega todo, pero Miguel sabe que después será su turno. El inspector ha pedido hablar con ambos por separado y, aunque ha dado a entender que quiere realizar los interrogatorios con algo de intimidad, Miguel no ha obedecido. Desde el salón se escucha todo, y su mujer tiene un timbre de voz alto, lo que le pone de los nervios continuamente.

Miguel no sabe qué contar y qué no cuando le llegue el momento. ¿Sería bueno decir toda la verdad? Piensa en bajar al sótano y llamar a un abogado para que lo asesore. Tal vez él sepa qué hacer, porque Miguel no está muy centrado para tomar decisiones. Pero, ¿qué impresión daría eso? Solo los que tienen algo que esconder recurren a abogados antes de un interrogatorio. Y en su caso es así, precisamente, pero eso no tiene por qué saberlo nadie.

Cuando ya pensaba que las cosas no podían ir peor, distingue, a través de la ventana del salón, una silueta femenina acercándose a su casa. Es Marta, la madre de Álvaro.

Miguel corre hacia la puerta. Cuando la abre, descubre que Marta tiene un aspecto deplorable, el de una madre a cuyo hijo acaban de secuestrar. Lo mira con los párpados hinchados y los ojos rojos. Agacha la cabeza y se acurruca contra su torso. Durante un instante, duda si apartarla o no, pero debe mostrar humanidad. La envuelve con el brazo y le pide que pase.

Jorge Sempere, el marido de Marta, no tardará en llegar. El inspector Somoza pidió que, cuando contactaran con los padres de Álvaro, les dijeran que vinieran por separado. Miguel no sabe cuánto

tiempo tiene para hablar con Marta a solas. La acompaña hasta el salón y, de camino, cierra la puerta de la cocina, donde Daniela sigue hablando con el inspector.

—¿Cómo estás? —pregunta Miguel en voz baja.

Ella no puede contestar. Lo intenta, pero las palabras no le salen. Niega con la cabeza y comienzan a brotar lágrimas de sus ojos.

Miguel no sabe qué decir. Él tampoco encuentra las palabras adecuadas. Duda que haya algo apropiado en estos casos.

Marta emite un sollozo.

—Esto no puede estar pasando —dice finalmente.

—Van a aparecer, encontraremos la solución.

Ella se limpia las lágrimas con el dorso de la mano.

—Ha pasado algo extraño. Ha venido a casa esa mujer rubia que va siempre tan elegante, la que tiene un Mercedes descapotable. Dice que su hijastra no ha vuelto a casa desde ayer. Ha preguntado por Álvaro, por si él sabía algo, y se lo he tenido que contar. ¿Cómo se llama esa niña?

—Sonia, creo —contesta Miguel.

—Sí… eso.

Él se lleva la mano a la barbilla e intenta procesar la información que Marta acaba de darle.

—¿Dices que esa chica también ha desaparecido? —pregunta, contrariado.

—Eso parece. Después de contarle lo que ha pasado, ha venido con el marido y les he enseñado la nota. El padre está cabreadísimo. Dice que la habéis cagado al ir a hablar con la policía. En fin, quería que supieras que también van a venir.

Miguel suspira. Piensa lo mismo. También está enfadado con su mujer, pero no puede culparla por algo así. Y no va a permitir que ese hombre, sea quien sea, le recrimine lo más mínimo a Daniela, porque sigue siendo su mujer.

—Daniela ha hecho lo que tenía que hacer.

—¿De verdad lo crees? —pregunta ella, alzando la cabeza para encontrar su mirada.

Él asiente, poco convencido, pero firme.

—Por favor… que todo esto sea una chiquillada —murmura Marta.

—¿Piensas que puede serlo? ¿Es algo que haría tu hijo?

A Marta se le tuerce el gesto.

—¿Mi hijo? Tiene que ser mi hijo, claro. No puede ser cosa de tu hija, ¿verdad?

Miguel levanta las manos, pidiendo calma.

—No he querido decir eso, Marta. ¡Por Dios!

Ella se aleja de él, da un par de pasos y se sienta en el sofá del salón. Miguel se acomoda en el sillón. No quiere sentarse a su lado en este momento.

—Están interrogando a Daniela. Van a interrogarnos a todos, uno a uno —anuncia Miguel.

Marta asiente con desgana.

—Tenemos que decidir qué vamos a contarle.

Ella gira el cuello y lo fulmina con la mirada.

—Nada —sentencia—. Y tú vas a hacer lo mismo.

---

Cuando Gabriel termina de hablar con Daniela, le pide un momento a solas en la cocina. La mesa donde la familia Lago desayuna a diario se ha convertido en su centro de operaciones. Se imagina a Emma con cara de pocos amigos, tomando algo antes de ir al instituto. O tal vez sonriente, aunque nadie sonríe a primera hora de la mañana.

Las dudas lo asaltan. Infiltrarse en la urbanización Jardines del Edén para investigar sin que nadie sospeche que las familias han acudido a la policía podría haber sido una idea brillante, pero la impotencia de no poder ayudar a Patricia en comisaría lo irrita. Por otro lado, puede que sus esfuerzos por mantener en secreto la investigación sean en balde y los secuestradores lo descubran igualmente. No tiene forma de saberlo, ni intención de poner en peligro la vida de Álvaro y Emma.

Piensa que ha llegado el momento de llamar a su compañera y averiguar si ha descubierto algo.

—¿Cómo estás? ¿Has avanzado algo? —pregunta Patricia al descolgar el teléfono.

—Iba a hacerte la misma pregunta —suspira Gabriel—. Acabo de hablar con la madre de Emma, Daniela. Sigue muy nerviosa, lo cual es lógico, y me cuesta sacarle información. El padre parece más entero; ahora hablaré con él. He visto llegar a una mujer, debe de ser la madre de Álvaro. Será la siguiente. En cuanto termine, les pediré que me dejen echar un vistazo a sus habitaciones, a ver si encuentro algo.

—Debería estar ahí contigo y ayudarte con los interrogatorios —sugiere Patricia—. No tenemos mucho tiempo.

—¿Y quién se encargaría de gestionar todo lo de fuera? ¿Se te ocurre alguien mejor?

—Sobre eso también quería hablarte. Las cámaras de seguridad no aportan nada. No se ve a nadie entrar ni salir a la hora a la que Daniela dice que vio la nota. Aunque hay varios ángulos muertos.

—Entiendo —contesta Gabriel—. O sea, que entraron de alguna manera que las cámaras no pudieron captar o la puso alguien desde dentro.

—Sería interesante que averiguaras si hay algún otro acceso, por no dejar nada en el aire —sugiere Patricia.

—Por supuesto, cuenta con ello.

—Por otro lado, ninguno de los familiares tiene antecedentes. Solo multas de tráfico y cosas así, pero nada serio. Estoy investigando también al resto de vecinos. Nunca se sabe. Y voy a interrogar a sus amigos del instituto, puede que nos enteremos de algo.

—Genial, Patricia. Buen trabajo. Voy a seguir por aquí. En un par de horas tendré que salir a limpiar las aceras y ese tipo de cosas para que nadie sospeche.

Gabriel escucha cómo su compañera se ríe. Una mueca se dibuja en sus labios; no llega a ser una sonrisa, pero casi. Después de eso, se despiden.

Antes de continuar con los interrogatorios, realiza otra llamada. Esta vez a Roberto Valero, el padre de Carlos, un joven al que conoció en su anterior caso.

—Roberto, necesito pedirte un favor. Voy a estar unos días fuera. ¿Podrías ir a mi casa y ponerle comida y agua al gato? La ventana

del jardín trasero sigue rota, puedes entrar por ahí.

---

Miguel Lago entra en la cocina tratando de aparentar tranquilidad. Quizá no sea lo más correcto; tal vez debería dejar salir sus emociones y permitir que el nudo en su garganta termine de romperse.

El policía lo observa y le hace un gesto con la mano para que se siente. Es serio. Tanto que Miguel no puede evitar pensar que sospecha de él nada más verlo. Hay que ser muy mala persona para creer que un padre secuestraría a su hija y pediría un rescate. Tal vez haya descubierto que está en la ruina y por eso desconfía. O quizá solo esté haciendo su trabajo. Sea como sea, no tiene más remedio que sentarse y colaborar, aunque esa sea su cocina y un desconocido le haya indicado que tome asiento.

—Entiendo que es una situación difícil para usted y su mujer. Siento que tengan que pasar por esto, pero es importante que recabe toda la información posible para encontrar a su hija —dice el inspector Somoza, rompiendo el silencio.

Miguel lo mira. Le duele la mandíbula de tanto apretarla por los nervios; la siente como una roca. Hace un esfuerzo por relajarse y se limita a asentir.

—¿Conoce bien a su hija, señor Lago?

Se encoge de hombros. No esperaba esa pregunta.

—Diría que sí. La conozco desde que nació.

No le ha hecho gracia su propio comentario. De hecho, ha sido un error decir algo así en un momento como ese.

—¿Sabe si su hija ha hecho amigos nuevos últimamente? —pregunta Gabriel.

Miguel niega con la cabeza.

—De hecho, ese es el problema. Está dejando de lado a sus amigos desde que empezó a salir con Álvaro. Se pasa todo el día con él.

—¿Por qué es un problema? ¿Hay algo en Álvaro que no le guste?

—Yo no he dicho eso… A ver, a ningún padre le gusta que su hija esté todo el día con un chico, manoseándose y esas cosas. Pero no, no tengo ningún problema con él ni con su familia.

El policía anota algo en su libreta.

—¿Se lleva usted bien con Emma?

El sudor empieza a condensarse en su frente. Ha ido directo al grano.

—Nos queremos mucho. Es verdad que discutimos a menudo, pero como todos los padres con sus hijos, ¿no?

Miguel busca una complicidad en los ojos del inspector que no encuentra.

—Dígame una cosa: ¿en alguna de esas discusiones Emma ha amenazado con marcharse de casa o ha hecho comentarios similares?

«Mierda», piensa Miguel. Estaría encantado de mentirle y decirle que no, pero su mujer ha hablado antes con él, y ella no puede mantener la boca cerrada.

—A ver… Es que eso…

—Miguel. ¿Sí o no? —interrumpe Gabriel antes de que divague.

—Sí, pero…

—¿Cuándo fue eso? —insiste Gabriel.

Miguel frunce el ceño y da un leve golpe en la mesa, sin violencia, solo como muestra de descontento.

—Hace tiempo, no sé… ¿Un par de meses? Pero son cosas que uno dice cuando está cabreado.

—¿Alguna vez se ha ido? ¿Aunque sea solo una noche?

Miguel niega con vehemencia.

—No. En absoluto. Ella nunca haría algo así, se lo puedo asegurar.

El inspector parece examinarlo con la mirada. Se toma un momento para tomar más notas en su libreta. Cuando termina, levanta la cabeza y fija su mirada en Miguel.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija?

Miguel suspira. Con esa pregunta sí contaba.

—Cuando se marchó a clase de baile. Ayer, sobre las cinco y media. Los lunes, miércoles y viernes, Emma va a clases de baile

moderno… o algo así lo llaman.

—¿Dónde son esas clases? —pregunta Gabriel Somoza.

A Miguel le sorprende la pregunta.

—En el gimnasio Arena —contesta, extrañado—. ¿No se lo ha dicho su madre?

—Sí. Pero ahora le estoy preguntando a usted —responde el inspector, tajante.

Miguel se queda mudo. Piensa que se trata de algún truco del policía para averiguar si le están mintiendo.

—Eso queda bastante lejos para ir andando. ¿Cómo va hasta allí?

—Normalmente la llevo yo, pero ese día cogió el autobús.

El policía vuelve a tomar notas en el cuaderno y Miguel empieza a perder los nervios. El sudor de la frente ya es molesto. Se pasa la mano por encima para limpiarse.

—¿Por qué no la llevó? —indaga Gabriel.

Miguel desvía la mirada y levanta una mano, como restándole importancia.

—Estaba ocupado con asuntos del trabajo —miente. Eso fue lo que dijo, pero en realidad no tenía ganas de coger el coche. Lo cierto es que se encerró en su despacho para estar solo hasta que llegó el momento de irse.

Gabriel asiente. Luego alza el bolígrafo y lo agita.

—Solo una cosa más. ¿Dónde estaba esta madrugada, cuando su mujer encontró la nota?

—Yo… había salido —contesta Miguel. Le tiembla la voz.

—Vale. ¿A dónde?

—Fui a cenar con un posible inversor para mi negocio.

—¿Dónde cenaron? —pregunta el inspector Somoza con el bolígrafo preparado para apuntar la respuesta.

Miguel guarda silencio durante unos segundos. Ha metido la pata, debió ser más listo.

—Mire, la verdad es que mentí a mi mujer. No fui a cenar con un inversor. Necesitaba salir de casa para estar solo. Estuve dando vueltas con el coche, pensando. No estoy en un buen momento y, a veces, necesito salir para despejarme.

El inspector se incorpora y asiente, escrutándolo con la mirada durante unos segundos.

—¿Alguien puede corroborar su versión?

Miguel levanta la cabeza y sus ojos se encuentran con los de Gabriel.

—No.

# 5

Marta Ríos, la madre de Álvaro, se sienta frente a Gabriel Somoza con las piernas cruzadas, jugueteando con los dedos sobre su rodilla, impaciente. Su rostro refleja angustia, pero su voz, firme y con ese tono altivo que la caracteriza, se mantiene inquebrantable. Su miedo, que hasta ahora la ha lastrado y ha expuesto su lado más vulnerable, empieza a convertirse en ira, como si necesitara encontrar un culpable por lo que le ha sucedido a su hijo.

No deja de repetir lo mismo: Álvaro es un chico maravilloso, guapo, educado, brillante. Y todos le tienen envidia. Sus labios se curvan con orgullo cada vez que pronuncia su nombre, como si el mero hecho de que exista fuera una confirmación de su propio éxito.

—Es un niño que destaca —insiste, apartándose un mechón de pelo tras la oreja con un gesto instintivo—. Siempre ha sido así. Desde pequeño, los demás lo miraban con recelo porque es apuesto, tiene carisma… Es natural que provoque celos. Hace algún tiempo, un hombre lo paró por la calle. Dijo que era fotógrafo y le pidió hacerle unas fotos. Casi acepta, pero cuando su padre se enteró, se negó rotundamente. Dijo que era raro. Y, la verdad, tenía razón.

Gabriel Somoza la escucha en silencio. Su libreta sigue abierta sobre la mesa, sin una sola anotación. Su mirada, fría y expectante, sigue fija en Marta, parece estar esperando a que diga algo realmente útil.

—¿Cree que podría haber algún problema del que no estuvieran al tanto? —pregunta él, reconduciendo la conversación—. Algo que se les haya escapado. Peleas, amenazas… Ya sabe, ese tipo de cosas que son comunes en los adolescentes.

Marta suelta un bufido y alza el mentón con desdén.

—¿Amenazas? Por favor… No sé con qué clase de familias está acostumbrado a tratar, inspector, pero nosotros no somos así. Álvaro no es así. Los que no lo adoran es porque le tienen envidia. —Levanta las cejas y pone los ojos en blanco. Las palabras de Gabriel la indignan—. En lugar de perder el tiempo buscando razones

absurdas, debería estar ahí fuera, buscándolo. ¿Qué hace aquí? ¡Está perdiendo el tiempo!

Gabriel ni se inmuta.

—Cualquier detalle puede ser importante. Me queda claro que Álvaro es un chico excepcional, pero si hay algo más, debo saberlo.

—No hay nada turbio en la vida de mi hijo —insiste ella. Sus ojos, ahora enrojecidos por la ira, lo desafían—. Si me pregunta, lo único que veo como un problema es Emma. Esa chica… Siempre lo ha arrastrado hacia abajo. No le merece. Mi Álvaro es demasiado para ella. Para cualquiera, en realidad.

El inspector Somoza alza una ceja.

—¿A qué se refiere?

—A que es un crío excepcional, de los que nacen para grandes cosas —responde ella con cierto desprecio—. Emma no tiene ambiciones, no tiene clase, no está a su altura. No entiendo cómo sigue con ella. Es guapa, sí. En eso estamos de acuerdo. Pero nada más, no tiene otras virtudes. Además… —Se inclina hacia adelante y baja la voz hasta convertirla en un susurro—. No me gusta su familia.

—¿Por qué? —inquiere Gabriel.

—No es nada personal. Son solo manías mías, no sé. Daniela no trabaja, y eso es algo que no puedo soportar. No me gusta que les inculquen eso a las niñas.

Gabriel la observa con atención, parece estar meditando su siguiente pregunta.

—¿A qué se dedica usted?

Marta se yergue con cierta soberbia.

—Colaboro con varias asociaciones benéficas, organizo galas y cosas así. Se me da bastante bien.

Marta espera encontrar aprobación en la mirada del inspector; en su lugar, obtiene indiferencia.

—Hablemos de la noche en la que recibieron la nota —dice, sin apartar la mirada de Marta—. ¿A qué hora la encontraron exactamente?

Marta se aclara la garganta.

—Esta misma mañana, a primera hora, cuando mi marido salió a pasear al perro. La encontró ahí, en la puerta. Entonces fuimos a hablar con Miguel y nos contó que ellos también habían recibido una carta.

—¿No la vieron antes?

—No. Álvaro suele llegar tarde y no lo esperamos despiertos —explica ella, con un deje de fastidio—. Confiamos mucho en él y no pensábamos que algo así pudiera pasar. No hemos sabido nada de él desde que ayer se marchó sobre las seis de la tarde. Es increíble, ¿no cree? Que alguien se acerque a la casa y nadie lo vea.

Gabriel se tensa de inmediato.

—¿Estuvieron en casa toda la noche? —pregunta, cambiando el tono. Su expresión se endurece.

—Sí. Mi marido se metió en la cama temprano. Estaba muy cansado. Yo me quedé un rato viendo la tele en el sofá. Sigo sin entender a qué vienen estas preguntas. ¿Acaso cree que hemos tenido algo que ver?

—Solo intento recabar información, señora Ríos. Es parte de mi trabajo.

—Pues pierde el tiempo —espeta Marta con frialdad.

—¿Tienen cámaras de seguridad? —pregunta Gabriel, ignorando su actitud.

Marta chasquea los labios.

—No. Antes sí, por eso verá que en nuestra casa hay cámaras colgadas, pero ya no funcionan. Hace años, la comunidad contrató a una empresa de seguridad que instaló cámaras en los accesos. Desde entonces tenemos un guardia por la noche. Así que decidimos no arreglarlas.

Gabriel alza la vista, calibrando la información. Marta intuye que acaba de decir algo que le resulta interesante al inspector. Siempre tiene que ser ella quien aporte los datos clave.

—¿La noche en que dejaron la carta había un guardia de seguridad trabajando? —pregunta con lentitud, midiendo cada palabra.

—«Trabajando» sería… pretencioso. Toda la vida tuvimos a Alfredo, él sí era de fiar, pero se jubiló antes del verano y

contrataron a uno nuevo. Quizá lo conoce. Según tengo entendido, antes era policía.

Gabriel la observa con renovado interés.

—¿Cómo se llama? —inquiere con premura.

—Se llama Nico. Nico Ortiz, si no me equivoco —responde, aunque sabe perfectamente que no lo hace. El mismo día que empezó a trabajar en Los Jardines del Edén, lo buscó en redes sociales y, desde entonces, se ha entretenido observando sus fotos sin camiseta en la playa o en el gimnasio.

Gabriel parpadea. Su mandíbula se tensa.

Marta sonríe, satisfecha por haber captado su atención. Tal vez así espabile, empiece a tomarse en serio su trabajo y vaya a buscar a su hijo. Es lo único que le importa.

—Parece que sí le conoce —añade Marta.

Gabriel entrecierra los ojos. No necesita responder. Marta ya ha notado la sombra que ha aparecido en su expresión.

---

Gabriel vuelve a quedarse solo. Desde el salón llegan sollozos contenidos. Han llegado más personas y eso no le gusta. Solo estaba previsto que acudiera Jorge Sempere, el padre de Álvaro. Era el único que faltaba por acudir a la casa de la familia Lago, pero allí hay alguien más.

Además de los llantos, una voz masculina se alza por encima del resto. Suena furiosa. Recrimina a gritos a Daniela que haya acudido a la policía. Gabriel escucha a Miguel, que intenta calmarlo mientras justifica la decisión de su mujer. Se dirige a él como David. Gabriel siente curiosidad por saber quién es.

Quizá debería salir a poner orden, pero prefiere escuchar con atención y captar los matices desde la distancia. A veces, se aprende más observando que interviniendo.

Cuando todo parece calmarse, marca el número de Patricia.

Se oye ruido de fondo. Está conduciendo con el manos libres.

—¿Dónde estás? —pregunta Gabriel, sin preámbulos.

—De camino al instituto donde estudian los chicos —responde ella con seriedad.

—¿Vas sola? ¿Cómo piensas sacarlos de clase sin que nadie sospeche?

—Sí. Voy sola; no necesito a nadie para esto. Tengo a todo el equipo trabajando —contesta Patricia, tajante—. No queda más opción que hablar con el director y contarle lo que ha pasado. Le pediré que sea discreto cuando los saque de clase para hablar conmigo. Sé que no es perfecto, Gabi, pero no tenemos tiempo.

Gabriel guarda silencio. Busca alternativas, pero no encuentra ninguna. Patricia tiene razón. Cada minuto que pasa disminuye la probabilidad de encontrarlos con vida.

—Tenemos un problema —advierte al fin. No esperaba reencontrarse con Nico Ortiz, su antiguo compañero al que expulsaron del cuerpo de policía por corrupto. Su repentina reaparición empeora la situación.

—¿Qué clase de problema?

—¿A que no sabes quién es el guardia de seguridad de la urbanización?

Patricia no contesta de inmediato; parece que está pensando la respuesta.

—¡No me…! ¿En serio?

—Por desgracia, no es una broma. Acabo de enterarme.

—¿Has hablado con él? —pregunta Patricia. La ansiedad se hace notar en su voz.

—No. Vuelve esta noche. Lo buscaré y tendremos una charla. Pero antes debo volver a hablar con Daniela. Ella encontró la nota durante la madrugada. Es posible que viese a Nico o hablase con él.

—¿Crees que es buena idea?

—Creo que no tengo otra opción.

Patricia masculla algo entre dientes, pero Gabriel no lo entiende.

—Lleva cuidado, por favor. Te llamo cuando haya hablado con los amigos. En la comisaría están todos trabajando sin parar. Han salido varias patrullas de incógnito y están rastreando la zona. De momento no hay mucho. Estoy intentando reconstruir una línea

temporal con sus últimas ubicaciones, pero me falta demasiada información. Envíame tus notas cuanto antes.

—Lo haré pronto —afirma Gabriel.

—Hay agentes preguntando puerta por puerta en la zona. Es posible que alguien viera algo, pero aún no tenemos nada. Quizá el registro de llamadas nos ayude.

—Me lo imaginaba —Gabriel carraspea y baja el tono de voz—. Hay algo que quiero pedirte. Miguel, el padre de Emma, no tiene coartada para la noche del secuestro. ¿Puedes solicitar su registro de localización?

—¿El padre? Es muy retorcido. Es su propia hija.

—Se han visto cosas peores. Dice que salió a dar una vuelta con el coche y no volvió hasta tarde. Lo más extraño es que insiste en que iba solo y nadie puede corroborarlo. A su mujer le mintió. Le dijo que iba a una reunión de negocios.

Patricia suelta una leve exhalación.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Sí. No sé si será posible conseguir una orden para revisar los móviles de Marta Ríos y Jorge Sempere. Ella me ha dicho que estuvieron en casa toda la noche, pero tengo la sensación de que me oculta algo. Es un presentimiento.

—No sé si tu corazonada será suficiente, pero lo intentaré. Cuenta con ello. Me pongo manos a la obra —responde Patricia antes de colgar.

---

Irina no sabe dónde meterse. Su marido ha irrumpido en casa de la familia Lago con una actitud agresiva, recriminando a todos que hayan involucrado a la policía. Se avergüenza de sus palabras y de la imagen que está dando. Desearía salir de allí corriendo.

Un agente, atractivo y vestido como si fuera el nuevo conserje de la urbanización, abre la puerta de la cocina y se planta frente a ellos con expresión expectante. David lo observa con desprecio, como si le hiciera un favor al tolerar su presencia, mientras un silencio incómodo se instala en el salón.

—Hola. Soy el inspector Gabriel Somoza. ¿Quiénes son ustedes? —pregunta, alternando la mirada entre Irina y David.

—Yo soy David Velasco. Mi hija se fue de casa ayer y, mientras la buscábamos, estas personas nos han dicho que a sus hijos los han secuestrado y han recibido una nota de rescate —dice señalando con el dedo a los padres de Álvaro y Emma—. Así que haga el favor de decirme qué está pasando aquí —exige.

Gabriel parece sorprendido por la noticia. Es evidente que no sabía nada sobre la desaparición de Sonia.

—¿Ustedes no han recibido una nota?

—No. Sonia se fue de casa ayer y no la hemos vuelto a ver. Estábamos preocupados, por eso fuimos a preguntar a los vecinos. Entonces nos enteramos de lo que ha pasado y no entendemos nada —contesta Irina, cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Sonia era amiga de Álvaro y Emma? ¿Hay alguna posibilidad de que estuvieran juntos ayer? —pregunta Gabriel.

Irina abre la boca para responder, pero se detiene. La duda se refleja en su rostro. Nadie parece haberse dado cuenta del titubeo, salvo el inspector. Sus ojos están fijos en ella, esperando.

—Conocerse, se conocían, pero no eran amigos y sería bastante raro que estuvieran juntos. No es algo habitual —interviene Daniela, la madre de Emma.

Gabriel clava en David una mirada tensa.

—Necesito que me den sus datos. Tengo que llamar a comisaría.

---

Jorge Sempere, el padre de Álvaro, se acomoda en una de las sillas de la cocina. El inspector ha pasado un rato a solas, hablando por teléfono con otros agentes de la comisaría. La investigación parece haber dado un giro: ahora hay una tercera persona desaparecida. Jorge ha escuchado cómo pedía rastrear también el teléfono móvil de Sonia y enviar una fotografía junto a su descripción a todos los agentes que participan en la búsqueda.

Aún no asimila que esto esté ocurriendo de verdad. Mantiene la esperanza de que todo sea una pesadilla, pero sabe que es real.

Muy real.

Permanece con la espalda rígida. No le gusta la situación. Antes de pedirle que pasara a la cocina para interrogarlo, el inspector salió al salón e intentó calmar la tempestad que se había desatado con la llegada de David Velasco, a cuya hija, Jorge intenta poner cara sin demasiado éxito. Se odia a sí mismo por no haber estado más pendiente de Álvaro. Ahora su hijo no está, y él siente que no ha hecho absolutamente nada para protegerlo.

El inspector Gabriel Somoza se apoya en la mesa con aire paciente, aunque sus ojos lo estudian con atención, como si intentara descifrar lo que esconde. Jorge sabe que no oculta nada, pero el policía no tiene por qué saberlo. Esa parte la entiende.

Cree ser el único de los padres que mantiene la compostura y comprende que el inspector solo intenta ayudar. Cuando salió al salón, dejó claro que se estaban llevando a cabo varias operaciones en paralelo: revisando cámaras de seguridad, rastreando las ubicaciones de los móviles de Álvaro y Emma, hablando con los vecinos… Quizá el nerviosismo de algunos se deba a eso: a que ciertos asuntos saldrán a la luz. Pero ese no es su problema. No debería serlo.

Lleva demasiado tiempo mintiéndose a sí mismo, fingiendo que todo está bien. Pero, en el fondo, siempre ha sabido la verdad.

—Necesito que me hable de su hijo —dice el inspector—. ¿Ha notado algo extraño durante las últimas semanas? ¿Algún comportamiento fuera de lo normal?

Jorge resopla y cruza los brazos sobre la mesa. Tiene que ser sincero. Es lo mínimo que puede hacer.

—No paso tanto tiempo en casa como me gustaría. Soy abogado y estos meses he tenido mucho trabajo. Bueno, más bien los últimos años. Me involucré demasiado en el despacho pensando que era lo mejor para mi familia, pero está claro que no ha sido así. —Hace una pausa. Le cuesta hablar. Está conteniendo las lágrimas—. Mi mujer también está fuera a menudo, colabora con varias organizaciones benéficas… Supongo que ya se lo habrá dicho. Álvaro pasa mucho tiempo solo.

El inspector percibe su angustia y le concede un momento para recomponerse. El silencio pesa en la estancia, hasta que, inevitablemente, las lágrimas escapan.

—Lo siento… Yo… —solloza Jorge.

—No se preocupe. Tómese el tiempo que necesite.

Jorge intenta recomponerse. Alza la cabeza, sin intentar ocultar su vulnerabilidad. Nunca ha sido un hombre que disfrace sus emociones. Tampoco podría si quisiera.

—Tiene un hermano mayor, ¿verdad? —pregunta Gabriel.

—¿Álvaro? Sí. —Jorge saca un pañuelo del bolsillo de su americana y se seca las lágrimas—. Se llama Asier, pero no sabe nada de esto. Hemos preferido mantenerlo al margen. Está en Madrid, estudiando Derecho en ESADE. No queremos preocuparlo.

Gabriel asiente y deja que el silencio se instale antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Se llevan bien? ¿Álvaro y Asier?

—Sí. Sí, por supuesto. Hablan a menudo. Siempre han tenido una gran relación.

—En ese caso, me gustaría pedirle que nos permitiera hablar con él. Es posible que nos ayude en la investigación —dice Gabriel con seriedad.

Jorge entreabre la boca, desconcertado. Preferiría que Asier no tuviera que verse involucrado en esto, pero entiende la necesidad.

—De acuerdo, pero deje que hablemos con él primero. Por favor.

—Por supuesto. —Gabriel anota algo en su cuaderno y después alza la vista—. Dígame, ¿cuándo fue la última vez que vio a su hijo?

Jorge levanta las cejas y se recuesta en la silla.

—Ayer mismo, por la mañana. Durante el desayuno. Es el único momento en que lo veo a lo largo del día, normalmente. A veces coincidimos un rato por la noche, pero como él suele salir y llega tarde…

—¿Lo notó raro? ¿Diferente?

—La verdad es que no percibí nada extraño. Quizá no supe ver lo que tenía delante. No lo sé…

—No se culpe. Es posible que su hijo no supiera nada.

Jorge se pasa una mano por la cara y exhala un suspiro tembloroso.

—Todo esto es una locura…

—Usted encontró la nota, ¿verdad? —reconduce Gabriel.

—Sí. Esta mañana, cuando salí a pasear al perro. Al leerla, pensé que era una broma, lo admito. Pero cuando subí a la habitación de Álvaro y vi que no estaba… —Se le quiebra la voz—. Se me cayó el mundo encima. Desperté a mi mujer. Fue un caos.

—¿A qué hora la encontró? —pregunta Gabriel, con la vista sobre su libreta.

—¿La nota? A las seis de la mañana. Madrugo mucho para ir a trabajar —responde Jorge con la voz entrecortada.

—Entonces, usted encuentra la nota a las seis, después sube a comprobar que su hijo no está en casa y despierta a su mujer, ¿correcto?

—Así es.

—Y luego vienen aquí, a casa de los Lago. Sin embargo, Daniela la encontró antes, alrededor de las tres de la madrugada. ¿Por qué cree que no le avisaron antes si en la nota decía que se habían llevado a los dos, a Álvaro y a Emma?

Jorge parpadea, descolocado. No había pensado en eso. Gabriel tiene razón, es extraño. Lo primero que hicieron él y Marta al leer la nota fue ir directamente a casa de los Lago, con la esperanza de encontrarlos allí y que todo fuera una broma pesada.

—No lo sé. Supongo que por miedo…

El inspector lo observa en silencio, evaluándolo.

—¿Han hablado con alguien más sobre la desaparición de su hijo?

—No. Solo con usted y Daniela. Bueno… y con la familia Velasco. Vinieron a mi casa hace un rato preguntando por su hija, Sonia. Pero hemos sido discretos. Mi asistenta ya estaba en casa trabajando cuando llegaron David e Irina, así que hablamos con ellos fuera, en el jardín. Carmela es bastante entrometida, pero es buena en las tareas domésticas.

—De acuerdo —murmura Gabriel, haciendo una anotación—. ¿Hay alguien que pudiera querer hacerle daño a usted o a su

familia?

A Jorge se le hiela la sangre. Pasa una mano por su nuca y evita la mirada del inspector. La idea le había pasado por la mente, pero la desechó por absurda. Ahora, de repente, parece posible.

—Fue lo primero que pensé. Aunque… suena retorcido. No sabría decirle con seguridad, pero he trabajado en casos complicados… —Su voz se vuelve más baja, casi un susurro—. Cosas feas. Asesinatos. Hay nombres que es mejor no pronunciar, pero la mafia de Torrevieja está detrás de algunos de esos crímenes. Yo solo hice mi trabajo. Si soy sincero, siempre temí que pudiera haber consecuencias.

Gabriel lo mira fijamente.

—Necesito saber los nombres. Por favor, sea más concreto.

Jorge suspira. Las lágrimas vuelven a asomar.

—Lo cierto es que ni siquiera estoy seguro de que tenga algo que ver. Puede que no signifique nada —se justifica con la voz entrecortada por el llanto.

—O podría ser algo. Tenemos que investigarlo.

Jorge se pasa una mano por la cabeza y se acaricia la coronilla, donde el pelo ya comienza a escasear.

—Está bien —responde finalmente—. Hace dos meses me contrató una familia de Calpe. Un matrimonio mayor. Su hijo llevaba años metido en el mundo de la droga y no sabían nada de él, hasta que apareció muerto en Las Salinas de Torrevieja. Le habían disparado en la cabeza. —Jorge centra la mirada en el inspector Gabriel Somoza—. Sé que lo que voy a decirle le resultará familiar. Yo le conozco, sé quién es y estoy al tanto de los casos en los que ha trabajado. Le admiro, de hecho. Y le digo esto porque a ese chico lo asesinó un sicario del clan de los Bobrov.

Gabriel arquea una ceja. Jorge ha tardado en admitirlo. Primero, porque no quiere poner a su familia en peligro, aunque ya lo está. Segundo, porque no le gusta la idea de parecer condescendiente. Durante semanas, en los juzgados no se habló de otra cosa cuando Gabriel Somoza resolvió el caso de la desaparición de Rafael Sierra.

—¿Ganó el juicio? —pregunta Gabriel.

—No. No pude demostrarlo, pero sé quién lo mató. Estoy convencido. Artem Novikov, un sicario que trabaja con los Bobrov. Suele venir a España solo para hacer encargos, utilizando identidades falsas. Mata y regresa a Rusia. El problema es que no tenía pruebas suficientes.

—Pero ¿se le llegó a acusar de algo?

—Sí. Hubo un juicio, pero lo perdí. Fui honesto con la familia. Con las pruebas que teníamos, les advertí que sería difícil ganar el caso. Aun así, insistieron en seguir adelante. No fue barato, precisamente.

Gabriel anota en su cuaderno.

—¿Ha recibido amenazas desde entonces?

—No directas. A veces son advertencias veladas: miradas durante el juicio, comentarios que escuchas en el pasillo de un juzgado… Pero nunca pensé que podría llegar a suceder algo así.

Gabriel lo observa en silencio, calibrando cada palabra. A Jorge le está costando mantener la compostura. Se siente observado por el inspector, como si intentara estudiar todas sus reacciones. Se pregunta cuántas veces habrá interrogado a alguien en estas circunstancias. Seguramente, demasiadas. Y eso, en cierto modo, le tranquiliza. Sabe que Gabriel es el hombre indicado para encontrar a su hijo.

—Voy a necesitar más detalles sobre los casos en los que ha trabajado —dice Gabriel, sin apartar la mirada—. Todo lo que recuerde. Haré una llamada a comisaría y un agente se pondrá en contacto con usted para iniciar esa línea de investigación. Yo seguiré con los interrogatorios. ¿De acuerdo?

Jorge asiente con un leve movimiento. Reza para que todo esto no tenga nada que ver. No se perdonaría que a su hijo le pasara algo por su culpa.

# 6

Patricia espera en un aula vacía del instituto Cabo de las Huertas. El edificio es antiguo, pero tiene cierto encanto con su fachada de ladrillo rojo y sus pasillos amplios. Hacía mucho tiempo que no pisaba un instituto; sus hijos aún son demasiado pequeños para eso. Estar allí le evoca recuerdos de lo que considera la mejor época de su vida: sin preocupaciones, sin más obligaciones que estudiar y hacer los deberes, rodeada de amigos con quienes compartir momentos, romances efímeros e intensos que en su momento parecían definitivos.

Daría lo que fuera por volver a vivir esas experiencias, por redescubrir el mundo desde la ignorancia que la vida adulta le arrebató y que su cargo como jefa del Grupo de Homicidios terminó de extinguir.

Gabriel la ha llamado justo antes de que entrara en el instituto. El caso se ha complicado sumando una nueva desaparición, la de Sonia Velasco. Podría no estar relacionado, pero que haya desaparecido el mismo día es una coincidencia demasiado grande para ignorarla. Con poco tiempo para reaccionar, ha intentado investigar con las precarias herramientas a su alcance. Solo ha logrado acceder al perfil de redes sociales de Sonia. No es mucho, pero hasta que llegue a la comisaría tendrá que conformarse.

Sonia parece más introvertida que Emma y Álvaro. Es la más joven de los tres, tiene dieciséis años y cursa un grado por debajo de ellos. En sus fotos apenas hay imágenes individuales; la única excepción es la portada de su perfil, donde aparece abrazando a su gato. No parece tener una relación cercana ni con Álvaro ni con Emma. Son amigos, al menos en redes, pero no hay fotos juntos, ni comentarios ni interacciones que sugieran cercanía. Sus rasgos son delicados, con unos ojos que resaltan en su, a simple vista, tímido rostro. Hay algo en su expresión que la muestra ajena al mundo que la rodea.

El director ha recibido a Patricia en su despacho. Antes ha hablado con el bedel, un hombre despistado que no parecía entender bien la situación. La inspectora ha tenido que sacar la placa, identificarse y explicarle los pasos a seguir como si le hablara a un niño de diez años.

Patricia saluda con educación al director, un hombre rondando la sesentena, de cabello blanco, traje impecable y una fragancia a loción para después del afeitado. Irradia clase y seguridad en sí mismo. Se muestra sorprendido por la noticia, y niega que haya ocurrido algún altercado que involucre a los tres adolescentes desaparecidos. Su consternación parece genuina y promete a Patricia toda la colaboración necesaria.

De esa manera ha llegado al aula en la que se encuentra ahora. Un espacio pequeño destinado a clases de refuerzo para grupos reducidos. Es perfecta: sin ventanas, sin posibilidad de albergar miradas curiosas desde el pasillo. La inspectora ha insistido en este detalle; es crucial que nadie sepa qué ha venido a hacer. Se supone que la policía no está investigando la desaparición, pero es cuestión de tiempo que la verdad salga a la luz. Patricia se pregunta cuánto tardará en suceder.

El primero en llegar es Ismael Reyes, amigo de Álvaro Sempere. Es un chico más bien bajo, de pelo engominado y tez pálida. Está blanco como la nieve. Es obvio que tiene miedo. Lo han sacado de clase sin darle explicaciones y la incertidumbre parece consumirlo.

Patricia lo recibe con cordialidad y le señala la silla frente a ella.

La inspectora Siles se toma su tiempo. Deja que el silencio juegue su papel, que la duda se instale en el joven Ismael. Odia hacerlo, pero necesita que el miedo se apodere de él. Será mucho más fácil conseguir información de esa manera.

«Si piensan que eres blanda, no te toman en serio», piensa Patricia cada vez que le toca hacer algo así.

—Hola, Ismael. Soy la inspectora Patricia Siles, de la Policía Nacional. Necesito hacerte unas preguntas sobre tu amigo Álvaro Sempere.

A Ismael le cambia la expresión. Patricia intenta descifrar si es por alivio o por miedo.

—¿Le ha pasado algo? —pregunta con un hilo de voz.

Ella le sostiene la mirada, midiendo sus palabras. No tiene muchas opciones y opta por decir la verdad.

—Ha desaparecido —dice finalmente—. Y no solo él. También su novia, Emma Lago, y Sonia Velasco. Quiero que quede claro que todo lo que hablemos aquí es confidencial. No puedes comentarlo con nadie porque te meterás en un lío. Me encargaré personalmente de ello.

El chico asiente y desvía la mirada hacia el suelo del aula. En ese momento, suena la campana anunciando el cambio de clase. Desde el pasillo llega el murmullo de los alumnos que deambulan entre las aulas.

Patricia espera a que Ismael diga algo, pero el silencio se prolonga.

—¿Hace cuánto que conoces a Álvaro? —pregunta, intentando romper el hielo.

—Desde hace años. Bueno... desde que entramos en el instituto. Pero no nos hicimos amigos cercanos hasta este año. El curso pasado repetimos segundo de bachillerato los dos y, quizá por eso, nos unimos más.

—¿Te llevas bien con él?

Ismael asiente con vehemencia.

—Sí. Como todo el mundo. Es el chico más popular del instituto.

—¿No tiene enemigos?

Patricia finge anotar algo en su libreta. Sabe que la pregunta no es especialmente relevante, pero la acción surte efecto: Ismael se retuerce en su silla.

—Bueno... Hay mucha gente que le tiene envidia. Es muy guapo y siempre conquista a las chicas. Entonces... claro... hay chicos que le odian porque les levanta las novias y cosas así.

—Pero él sale con Emma, ¿verdad?

Ismael levanta las cejas. Patricia nota que quiere decir algo, pero no se atreve. Le desespera que tarde en responder.

—¿Verdad? —insiste la inspectora.

—Bueno… sí, sale con Emma. Solo que... tiene sus líos con otras chicas —admite Ismael, bajando la voz.

—¿Se ve con varias chicas?

—Pues sí. A ver… Él no cuenta nada, ¿vale? Es muy reservado con esos temas. Si le preguntas, se ríe y habla de cualquier otra cosa. Pero todo el mundo lo sabe… o eso creo.

Ismael se inclina ligeramente hacia adelante, como si lo que fuera a decir pudiera comprometerlo.

—Los sábados solemos ir a las rocas a beber, la gente del instituto, ya sabes. Hace unas semanas, Álvaro se fue con Martina, una chica de primero, y se perdieron por ahí. Todo el mundo los vio marcharse juntos.

Patricia apunta el nombre de Martina en su libreta. Esta vez, sí lo hace con la intención de tomar nota de algo trascendente.

—¿Y Emma? ¿Los vio?

—No, ella no estaba. Se encontraba mal y ese día no vino.

—Hay algo que no entiendo —Patricia entrecierra los ojos—. Si tan mujeriego es y todo el mundo lo sabe, ¿cómo es posible que su novia no sospeche nada?

Ismael suspira y se encoge de hombros.

—Porque la gente le respeta mucho —admite al fin—. Es muy carismático y, en cierto modo, se le tiene miedo. Nadie quiere llevarse mal con él. Por eso Emma no sabe nada, porque nadie se lo va a contar.

Patricia levanta las cejas y niega con la cabeza. Se esfuerza por entender la lógica de los adolescentes.

—¿Te ha contado Álvaro algo que te haga pensar que se ha metido en algún tipo de problema? ¿Ha mencionado nuevas amistades o algo parecido?

Ismael se muerde el labio y cambia de postura por enésima vez.

—Pues… no. No que yo recuerde. Aunque… bueno... No sé.

—¿Qué? —La inspectora se inclina hacia él—. Te recuerdo que estamos investigando una desaparición. Tal vez no entiendas la gravedad del asunto, pero no tenemos tiempo que perder si queremos encontrarlo. Si sabes algo, dímelo.

Ismael duda un instante antes de hablar.

—Quizá no sea nada. No sé... El caso es que el grupo de amigos solemos ir al gimnasio tres días a la semana. Pasamos la tarde allí

los lunes, miércoles y viernes. Llegamos a las cinco y terminamos, entre unas cosas y otras, a las siete.

—Vale. ¿Y qué más?

—Pues que desde hace unas semanas, Álvaro llega a las cuatro. Hace todos los ejercicios rápido y, a las cinco menos cuarto, se va. O al menos eso dice, porque como nosotros llegamos más tarde, nadie lo ve. Luego, hasta la noche, no contesta mensajes ni da señales de vida.

Patricia anota la información sin levantar la vista.

—¿Puede que estuviera con Emma?

—No, imposible. Emma tiene clases de baile esos días. Nadie sabe dónde se mete durante esas horas. La verdad, no sé si es importante.

Patricia deja el bolígrafo sobre la libreta y lo observa con atención.

—Sí. Ya lo creo que lo es.

---

David Velasco está sentado junto a Irina, su esposa, frente al inspector Gabriel Somoza. Le dedica la mirada que siempre ha considerado intimidante, aquella que, a lo largo de su vida, le ha servido para imponer respeto. Sin embargo, el inspector no parece impresionado. Tal vez sea por su oficio, por los años lidiando con criminales y testigos hostiles. O quizá, simplemente, no le teme. Aun así, David no tiene dudas: lo respeta.

Se ha negado rotundamente a ser interrogado por separado. Ha dejado claro al inspector, alzando la voz, que hablará con él junto a su esposa, que ya han perdido demasiado tiempo y que lo único que debería hacer es salir a la calle a buscar a su hija Sonia. Los otros dos chicos le dan igual. Según le ha contado Irina, se trata de una pareja de novios que resulta que viven en su misma urbanización. David no les ha prestado atención nunca y no tiene ni idea de quienes son.

Quizá todo esto se deba a su potencial económico. David sabe —y se enorgullece de ello— que es el más pudiente de todos los que

ahora se encuentran en esa casa. Si los secuestradores quieren dinero, es lógico pensar que se han fijado en su hija por ese motivo. Él no viviría en una casa tan desaliñada como esa, ni tendría una cocina repleta de electrodomésticos baratos como los que ve a su alrededor. No, de ningún modo. Tiene una reputación que ha construido durante décadas y no es el tipo de hombre que pase desapercibido.

—Acabemos con esto de una vez —apremia David, levantando la voz, asegurándose de que se le escuche más allá de esa estancia. Quiere demostrar quién manda.

Gabriel lo observa con calma, apenas alza una ceja. No parece inmutarse.

—Como ya le he dicho, no soy el único trabajando en este caso. Si le preocupa que estemos de brazos cruzados, ha de saber que no es así. Todo el cuerpo está volcado en encontrar a su hija.

David junta las manos y las apoya sobre la mesa.

—¿Qué necesita saber? —pregunta con desgana.

—Para empezar, si han recibido alguna amenaza recientemente —contesta Gabriel.

David resopla con impaciencia.

—¿No cree que sería lo primero que habría dicho de ser así? ¿Hace cuánto tiempo que es inspector? —brama, sin molestarse en disimular su desdén.

Irina se cubre la cara con las manos. Es posible que se sienta avergonzada, pero a David le da igual. Sonia no es su hija, así que su preocupación no puede compararse con la suya.

Gabriel no entra en su juego.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija?

—Ayer por la tarde. Se marchó y no hemos vuelto a saber nada de ella.

—¿Es habitual que su hija salga a esas horas y llegue tarde?

David se encoge de hombros. No sabe qué responder.

—No, no lo es —interviene Irina.

David le lanza una mirada furiosa. No quiere que se entrometa. Quiere ser él quien lleve la batuta.

—¿Dijo a dónde iba?

Gabriel entrelaza las manos y ahora toda su atención está puesta en Irina.

—No. Dijo que iba a dar una vuelta. Es cierto que no suele salir a esas horas, pero tampoco le dimos importancia —contesta Irina.

—¿A qué hora se fue?

—Serían las nueve, aproximadamente. No sé la hora exacta —se excusa Irina.

—¿Recuerda qué ropa llevaba puesta o si llevaba alguna mochila?

Irina aprieta los labios. Su tez está pálida y su expresión abatida. Asiente con la cabeza.

—Llevaba unas mallas negras y su abrigo rojo. No recuerdo que llevara mochila. No vi nada de eso.

El inspector Somoza termina de anotar en su cuaderno antes de volver a dirigirse a Irina.

—Sonia no es su hija, ¿verdad?

David Velasco golpea la mesa con la palma de la mano. No es un golpe fuerte, pero es lo suficientemente contundente para que el inspector desvíe la mirada hacia él.

—No. La madre de Sonia murió hace diez años. Irina es mi segunda esposa —aclara David.

Gabriel vuelve a centrar su atención en Irina. David observa el gesto con recelo. Está convencido de que lo hace porque su esposa es atractiva, porque prefiere hablar con ella antes que con él. Le ocurre con frecuencia. Lo detesta. Es inevitable, sí, pero lo odia.

—¿Se lleva bien con Sonia? —pregunta Gabriel, manteniendo la vista fija en Irina.

—¡Ya basta! ¿Qué es todo esto? —estalla David—. ¡Claro que se lleva bien con Sonia! ¡Se adoran! ¿No estará insinuando que tiene algo que ver?

—No estoy insinuando nada, estoy preguntando. De hecho, ahora iba a preguntarle a usted. ¿Cómo es su relación con su hija, señor Velasco?

David se apoya en el respaldo de la silla, mostrando indignación. Su mirada es puro veneno.

—Buena. ¿Cómo va a ser? Claro que me llevo bien con ella —responde, esta vez con un tono más controlado.

—¿Es eso cierto, Irina?

Irina palidece aún más. Gesticula, pero no dice nada. Su rostro se crispa en una mueca tensa y balbucea algo ininteligible, como si no hubiera comprendido la pregunta o no supiera cómo responder.

David se incorpora levemente, a punto de intervenir, alzando un dedo en dirección a Gabriel, pero el sonido del timbre lo interrumpe.

El silencio se instala en la cocina.

Durante unos segundos de incertidumbre, nadie se mueve. Luego, David se levanta con la rapidez de un rayo. En su mente solo hay una posibilidad: su hija ha aparecido.

Gabriel se pone en pie al instante y lo sujeta del brazo con firmeza, deteniéndolo.

—No es su casa y se supone que no estamos aquí. Deje que Daniela abra la puerta —pide, en voz baja pero firme.

David lo mira desde arriba, superándolo en estatura. Su expresión es de profundo desprecio. Con un gesto brusco, se zafa del agarre con un tirón del brazo y, tras unos segundos de tensión, esboza una media sonrisa arrogante y señala el camino a la puerta.

Gabriel lo ignora y sale al salón.

Encuentra a todos expectantes, con los rostros tensos y la inquietud flotando en el aire. Marta, la madre de Álvaro, tiene las manos entrelazadas y las rodillas agitándose con rapidez. Parece estar rezando en el sofá. Jorge, su marido, la rodea con un brazo mientras mantiene la mirada clavada en el suelo.

Daniela y Miguel, los padres de Emma, observan a Gabriel en busca de instrucciones.

—Daniela, abra la puerta usted sola. El resto, escóndanse. Nadie debe saber que están aquí.

Daniela obedece con un leve asentimiento. Los demás se dispersan, buscando un rincón donde ocultarse.

Daniela avanza con pasos inseguros hasta la puerta y la abre.

Al otro lado, un repartidor sostiene un pequeño paquete de cartón.

—Traigo un paquete para la familia Lago.

Daniela parpadea, aturdida. Su respiración se entrecorta.

—No... No hemos pedido nada —balbucea.

# 7

Marta Ríos alza la vista. En el salón de la casa de la familia Lago hay seis personas, además de ella. Están tan juntos que apenas corre el aire. El espacio es demasiado pequeño para una casa que, desde fuera, parece lujosa. Esperaba algo diferente antes de descubrir cómo era por dentro.

Durante unos largos segundos, nadie se atreve a hablar. La tensión es asfixiante. Todos contienen la respiración, pendientes de la caja. Marta también lo hace. Sea lo que sea lo que hay dentro, no puede ser nada bueno.

Ojalá no tuviera que compartir este momento con los demás. Especialmente con Irina. A fin de cuentas, Sonia no es su hija, así que… ¿Qué hace aquí? Marta no piensa prestarle atención ni concederle voz en lo que está por venir. Para ella, sobra. Además, la detesta y ni siquiera se esfuerza en disimularlo. Tal vez debería ser más cuidadosa con las miradas de desaprobación que le lanza constantemente o dejar de torcer el gesto cada vez que interviene en la conversación. Pero no puede. No cuando tiene que verla pasearse con ese cuerpo perfecto y esas facciones impecables. Quizá fue esa la razón por la que le pinchó las cuatro ruedas de su flamante Mercedes descapotable hace un par de meses. Aunque eso debe seguir siendo un secreto.

«Yo también estaría así de delgada si no trabajara, viviera del cuento y tuviera tiempo para hacer ejercicio todos los días», piensa Marta con amargura.

Aprieta los ojos y respira hondo. Debe centrarse en lo importante y apartar de su mente pensamientos absurdos que solo aumentan su angustia.

En el salón, Gabriel Somoza ordena a Daniela que deje el paquete sobre la mesa y advierte a todos que no lo toquen. David Velasco resopla, aunque se contiene.

El inspector realiza una llamada en ese mismo momento. Su voz resuena en el silencio absoluto. Habla con la patrulla que trabaja de

incógnito fuera de la urbanización. Les ordena interceptar al repartidor que ha dejado el paquete y llevarlo a comisaría para sacarle toda la información posible. Cuando cuelga, abre un bolsillo de su chaqueta y saca un par de guantes de látex que se coloca con calma.

Todos forman un círculo alrededor de la mesa, expectantes. Irina intenta asomarse, pero no le dejan ver. Encuentra un pequeño hueco entre Miguel Lago y Jorge Sempere, y logra inclinarse lo suficiente para ver lo que ocurre.

Gabriel secciona con cuidado la cinta adhesiva que sella la caja y accede a su contenido.

Lo primero que extrae es una pulsera de tela con el nudo cortado. La levanta para que todos la vean.

—¿Alguien reconoce esta pulsera?

Marta suelta un grito ahogado y se lleva las manos al rostro, incapaz de contener las lágrimas.

Jorge, su marido, se acerca y la envuelve con un brazo.

—¿Estás segura de que es la de Álvaro? —susurra.

Marta asiente con firmeza, tapándose la cara con las manos.

Gabriel deja la pulsera dentro de la caja con el mismo cuidado con que la había tomado y continúa inspeccionando su contenido.

Marta consigue recomponerse lo suficiente para vencer su pánico y volver a mirar la escena. En ese momento, ve cómo Gabriel cierra los ojos. Su expresión se endurece. Algo le dice a Marta que lo que va a enseñar ahora no será tan inofensivo como una pulsera.

Cuando lo muestra, Miguel Lago se lleva las manos a la boca. Sus ojos se abren desorbitados.

Son unas braguitas de encaje.

Daniela grita y Miguel corre a abrazarla. No hay dudas. Esa reacción delata que son de Emma, su hija.

Nadie dice nada. No hay preguntas. No en este momento. Solo sollozos y lamentos que llenan la habitación como un murmullo de desesperación.

Pero hay algo más en la caja. Marta se inclina ligeramente y lo ve: una nota mecanografiada.

Su mirada se desvía hacia el inspector Somoza, que mantiene la calma y la compostura. Lo observa con atención, con una mezcla de admiración y curiosidad. Es atractivo, pero hay algo en él, en su expresión, en la manera en la que se mueve, que sugiere una carga pesada, algo que lo lastra. Le impresiona la forma en la que maneja el caos. Su temple.

Gabriel coge la nota y la lee primero en silencio. Está evaluando si es prudente compartir su contenido. Marta no es la única que se da cuenta de ello. Jorge, su marido, se inclina un poco para echar un vistazo por encima de su hombro.

David Velasco, en cambio, estalla.

—¡Es una nota! —grita—. ¿Qué pone? ¡Joder!

Gabriel termina de leerla sin inmutarse. Luego levanta la cabeza y, con voz firme, anuncia:

—La leo en voz alta.

*«Estimadas familias Lago y Sempere:*

*Debéis comunicaros entre vosotros. No es posible enviar un paquete a cada familia.*

*Los chicos están bien.*

*El pago del rescate se efectuará este sábado por la noche. Hay una fiesta de disfraces en la discoteca Onyx. Uno de vosotros, solo uno, irá disfrazado de ladrón y llevará un saco con el dinero. A medianoche, deberá dirigirse a la barra. Una persona recogerá el saco.*

*Si seguís mis instrucciones al pie de la letra, vuestros hijos serán liberados de inmediato.*

*Si sospecho que habéis avisado a la policía o que habéis intentado cualquier tipo de trampa, la operación se cancelará.*

*Aprovecho la ocasión para enviaros un saludo cordial».*

# 8

Ismael Reyes cierra los ojos y siente alivio cuando suena el timbre que anuncia el final de las clases. Está deseando salir de allí. Ha estado a punto de decirle al profesor que se encontraba mal y que se iba a casa, pero se ha contenido para evitar sospechas.

Ha obedecido las directrices de la inspectora Siles: nadie debe saber nada sobre la desaparición de Álvaro. No desvelará ese secreto. Aunque, para él, no es ningún secreto. Nunca lo fue, ni siquiera antes del interrogatorio.

Mentir a la policía es más complicado de lo que parece. Está orgulloso de haber mantenido la compostura, de no haberse desmoronado ante la inspectora que, por algún motivo, lo observaba como si sospechara de él. Y hace bien, no le culpa por ello.

Lo que de verdad enorgullece a Ismael es el toque teatral que ha adoptado. Piensa que debería apuntarse a clases de interpretación cuando todo esto acabe. Ha jugado con los sentimientos, canalizando su verdadero temor hacia el lado que le interesaba: el de parecer un adolescente inofensivo, alguien que no sabe ni por dónde le da el aire. Pero él no es nada de eso.

Al igual que Álvaro, él también repitió curso y ya tiene dieciocho años. Por eso debe andarse con cuidado. Si la situación se complica, será juzgado como un adulto. Y un adulto no se libra de la cárcel con una simple advertencia.

El plan era perfecto. Él no tenía que hacer nada, solo colaborar en un par de aspectos que, si todo salía como estaba previsto, serían minúsculos.

Pero todo está empezando a torcerse.

Para empezar, la policía no debería haber aparecido. Fue ingenuo al pensar que esa parte del plan era segura. Cuando aquella mujer se identificó como agente, le temblaron las piernas. Por poco se le escapa una mueca de disgusto, pero logró controlarse.

Y luego está el asunto de Sonia. «¿Qué demonios pintaba Sonia en todo esto?», piensa. Ella no entraba en la ecuación. No era parte

del plan. Pero ahora también la están buscando. Y eso no es bueno. Nada bueno.

Por un lado, se siente tentado a exigir un aumento en su retribución. Después de todo, se ha incluido a una tercera persona en el secuestro. Si iba a recibir cincuenta mil euros en efectivo, lo justo sería aumentar la cifra hasta los setenta y cinco mil. Sabe que tiene cierto poder de negociación. Puede acudir a la policía en cualquier momento y contarles lo que sabe. Y no es poco.

También cabe la posibilidad de que todo sea una extraña coincidencia. No sabe mucho de Sonia, nunca ha hablado con ella, pero le encanta escuchar conversaciones ajenas durante la hora del recreo y empaparse de información que podría ser útil en algún momento. Por eso sabe que Sonia no se lleva bien con su padre. Escuchó cómo hablaba de ello con su amiga Ángela e incluso mencionó la posibilidad de irse de casa.

Ismael debe analizar cada detalle y elegir con cautela la mejor opción. Solo así podrá huir, por fin, de una casa en la que comparte techo con un maltratador y una mujer alcohólica. Sus padres no lo echarán de menos cuando desaparezca. Tal vez, su tío sí lo haga. Él es el único con el que puede contar si necesita ayuda.

Baja corriendo las escaleras del instituto y se detiene en la salida, fingiendo revisar el móvil. En realidad, espera a que Camila Vega y Ángela Herrera aparezcan. Si a él lo ha interrogado la policía, a ellas también. Son las mejores amigas de Emma y Sonia, respectivamente.

Camila aparece primero, como siempre, agarrada de la mano de su novio. Él es una mole de metro ochenta que siempre lleva puestas las gafas de sol y camina como si levitara por encima del resto. Camila sonríe y acepta las carantoñas de su novio con normalidad. No parece importarle demasiado que su amiga haya desaparecido… O tal vez aún no lo sabe. Ismael no tiene forma de averiguarlo.

Unos minutos después aparece Ángela. Ella sí parece afectada. Su expresión desolada y los ojos hinchados delatan un llanto prolongado. Camina sola, como suele hacer. Ni ella ni Sonia destacan en el instituto. Al salir del recinto y tomar el camino a casa, un

hombre que sujeta la correa de un pastor alemán le corta el paso. Ángela se aparta con torpeza y sigue adelante.

Ismael observa la escena con atención. No puede abordarla. Nunca ha hablado con ella y sería sospechoso que hoy fuera la primera vez. Pero se muere de ganas por saber qué va a hacer.

Tal vez Sonia le contó algo anoche, antes de que todo se precipitase. Bastaría con un simple mensaje para eso.

Sea como sea, necesita averiguarlo.

Tendrá que seguirla.

---

Álvaro siente que las paredes de la cabaña lo aplastan. Lleva horas golpeando la madera con todas sus fuerzas, intentando derribarla, pero es inútil. Es robusta y parece tener algún tipo de revestimiento que la hace aún más compacta.

Nadie puede oírles. Si alguien lo hubiera hecho, ya habrían venido a rescatarlos. Ha estado gritando todo este tiempo, hasta quedarse sin voz.

Sus manos, repletas de cortes que sangran con abundancia, tienen varias astillas incrustadas en la piel. Pero no siente dolor.

Se acerca a una ventana tapiada y sellada a cal y canto. Desliza la mano por los bordes de la madera, buscando una rendija, un punto débil. Nada. Prueba a accionar un pequeño interruptor en la pared adyacente, pero no enciende ninguna luz.

Derrotado, se deja caer junto a Emma, que sigue inmóvil, sin emitir el más mínimo sonido. El silencio es sepulcral, solo interrumpido por el rugido de su estómago vacío. Hace demasiado tiempo que no come.

En la mesa, alguien ha dejado una caja con comida. No hay gran cosa: patatas de bolsa, galletas, zumos y agua.

Pasa un brazo por los hombros de su novia. Emma se sobresalta, como si no hubiese advertido su presencia hasta ese momento.

—Deberíamos comer algo —dice con voz áspera, apenas un susurro después de tanto gritar.

Emma no responde. Levanta la mirada y sus ojos vuelven a posarse en el cadáver de Sonia.

Sigue ahí. Inerte.

El estómago de Emma se encoge y aparta la vista de golpe, con un espasmo de angustia. Un segundo después rompe a llorar.

Álvaro la atrae hacia sí con suavidad.

—No mires —murmura, sabiendo que no hay otro sitio donde poner el cuerpo de Sonia, salvo un pequeño cuarto de baño. Pero ni siquiera eso serviría.

La muerte es irreversible.

# 9

Patricia Siles cruza las puertas de la comisaría con un gesto de inquietud en su rostro. El interrogatorio a los amigos de los secuestrados ha sido, en el mejor de los casos, una pérdida de tiempo. Todos han repetido la misma historia: que no sospechaban nada raro, que no habían notado cambios en su comportamiento y que no creían que quisieran escaparse. Un cúmulo de negativas envueltas en miradas nerviosas y respuestas vagas que han terminado por desesperarla.

Avanza por el pasillo con paso ligero, esquivando las miradas y los saludos de los agentes que la ven pasar. No tiene tiempo para desplegar su cortesía. Su oficina está en penumbra cuando entra, pero en cuanto pulsa el interruptor, la luz fluorescente inunda el espacio con un resplandor frío y hostil. Sobre el escritorio, una carpeta con los informes que ha estado esperando la aguarda. Eso le recuerda que no está sola, que puede contar con ayuda y que todos los agentes que forman parte del cuerpo de policía están volcados en el caso. Solo que a la inspectora Siles le cuesta, a veces, trabajar en equipo.

Se sienta en la silla y abre el expediente. El informe del departamento de Pericias Informáticas aparece en primer lugar. Sus ojos recorren las líneas con rapidez hasta dar con lo relevante: los registros de los teléfonos móviles.

El teléfono de Álvaro Sempere dejó de emitir señal a las 16:17 horas en su casa. Justo antes había recibido un mensaje de su novia Emma Lago:

«¿Lo de esta noche sigue en pie?»

La respuesta de Álvaro llegó segundos después:

«Sí», seguido de un emoticono de una cara con los ojos en forma de corazón.

Patricia aprieta los labios. Algo habían planeado esa noche. La cuestión es si su desaparición formaba parte de ese plan o si alguien más decidió su destino.

Continúa leyendo. El teléfono de Emma Lago se apagó a las 22:16 horas en la playa de la Almadraba. Patricia cierra los ojos un instante, dejando que la información se asiente.

¿Qué hacía allí a esa hora? ¿Por qué su teléfono se apagó justo en ese punto?

Conoce bien esa playa. Es pequeña, situada en la costa del Cabo de las Huertas, con un puerto de embarcaciones menores. Solitaria. Poco concurrida, sobre todo en esta época del año. Un lugar perfecto para una pareja de adolescentes que busca intimidad.

Suspira y se recuesta en la silla. Ha pasado todo el día interrogando a los amigos de los desaparecidos, buscando grietas en sus relatos, cualquier indicio que sugiera que ocultan algo. Pero si dicen la verdad —y eso es algo que nunca da por sentado—, el único rastro real que tiene es ese: un encuentro planeado por los propios chicos y la última señal registrada en el móvil de Emma.

La playa de la Almadraba.

Su mirada se desliza hacia la esquina inferior derecha de la pantalla de su ordenador para fijarse en la hora. Es tarde. Ya debería estar en casa.

Desbloquea su móvil y encuentra un mensaje de su marido:

«Salgo con los niños a cenar fuera, por si te interesa».

Patricia cierra los ojos y deja caer la cabeza sobre el respaldo. Otra gota en el vaso rebosante de la paciencia de su marido.

Aún sostiene el teléfono cuando este vibra entre sus dedos. Duda un segundo antes de contestar.

—Dime, Pau —apremia Patricia al ver el nombre del agente Sabater en la pantalla.

—Jefa, he hecho lo que me pediste. Nada. Los perros no han detectado ningún rastro extraño frente a la puerta del instituto. Y ya sabes, Tango es el único perro en la policía de Alicante capaz de detectar gases. Si hubiera algo, lo habría encontrado, de eso estoy seguro.

Patricia se pasa la mano por la frente en un gesto automático. Al menos el perro no ha detectado indicios de muerte en esa zona. Lo conoce. Lo ha visto trabajar y es impresionante. Un ejemplar único, capaz de rastrear lo imposible. Su especialidad, y por eso en la

comisaría lo llaman «El Perro de la Muerte», es detectar los gases que emiten los cuerpos en descomposición. No es la primera vez que les ayuda en un caso.

—Bien. ¿Y qué hay de los amigos de los desaparecidos? ¿Alguna novedad? —pregunta Patricia.

—Sí… algo raro. Por eso he tardado en llamarte. Los he estado observando, como me pediste. Ismael Reyes ha seguido a Ángela Herrera hasta su casa. Me di cuenta porque no caminó en dirección a la zona donde vive y eso me llamó la atención. Así que lo seguí. Durante diez minutos, no hizo más que caminar tras ella. No sé si es importante, pero me pareció sospechoso. Me quedé por la zona para ver si hacían algo fuera de lo común.

Patricia se endereza. Su mente empieza a procesar la información con rapidez.

—¿Llegaron a hablar en algún momento?

—No. Cuando ella sacó las llaves para abrir la puerta de su urbanización, él se marchó.

—Interesante. —Patricia apunta el nombre de Ismael Reyes en su cuaderno y lo subraya dos veces. Más tarde decidirá si pide un permiso para rastrear sus llamadas, lo investiga más a fondo o lo deja estar. Sospecha que ese chico está muy asustado, pero no lo ve capaz de ocultar información. Seguramente siguió a Ángela porque está preocupado por su amigo y su mente adolescente pensó que era una buena idea. Esa fue la impresión que le dio cuando habló con él. No lo culpa. No tiene edad para gestionar este tipo de situaciones. En realidad, tampoco depende de la edad. Sin embargo, ahora hay algo más importante que hacer.

Se produce un silencio. Patricia repasa mentalmente el caso. El registro del móvil de Sonia Velasco tardará en llegar; no se solicitó al mismo tiempo que el de Álvaro y Emma porque entonces no sabían que también había desaparecido. Lo mismo ocurre con la geolocalización de los padres de Álvaro y de Miguel lago. Gabriel le pidió que solicitase la orden hace apenas unas horas. Así que tendrán que esperar.

—Has hecho bien en decírmelo —añade Patricia, alzando el informe con los registros de los teléfonos mientras duda si llamar a

su marido. Traga saliva. Ha tomado una decisión—. Quiero que lleves a Tango a la playa de la Almadraba. Estaré allí en media hora.

---

El ambiente en el salón de la familia Lago es sofocante. La caja sigue sobre la mesa, abierta, con la nota extendida al lado, guardada dentro de una bolsa transparente para pruebas. Parece anunciar que ninguno de los presentes controla la situación. Nadie se ha atrevido a mirarla desde que Gabriel la dejó ahí.

—Voy a pagar el rescate —repite David Velasco, con la mandíbula tensa y los puños cerrados a ambos lados del cuerpo—. No puedo confiar en que la policía haga su trabajo. Vosotros deberíais hacer lo mismo —dice, alternando la mirada entre Jorge Sempere y Miguel Lago.

Daniela se cruza de brazos, sintiendo cómo la rabia le recorre el cuerpo. Se sorprende al escucharlo, pues en la nueva nota no se menciona que su hija también esté incluida en el secuestro, ni han enviado un objeto suyo que lo sugiera. Por algún motivo, ese pensamiento le hace dudar de David Velasco. Algo no cuadra.

No obstante, el semblante desesperado de David le recuerda su propio miedo, la impotencia que la consume desde que recibió la primera nota. Aún percibe la realidad con dolor, sin acabar de creerse que todo esto sea cierto.

Desde el salón, escucha la voz de Gabriel Somoza procedente de la cocina. Lleva un rato hablando por teléfono con alguien de comisaría.

Una maraña de sentimientos se agolpa en su mente. Su marido sigue en silencio, hundido en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada fija en la alfombra. No es la reacción de alguien que teme por su hija. Es la de alguien que mide cada palabra, que sopesa sus opciones antes de abrir la boca.

Lo observa sin disimulo, intentando descifrarlo. Siente que esconde algo. Lo percibe. Es ese instinto inexplicable que casi siempre da en el clavo.

Lo ha pillado varias veces lanzando miradas furtivas a Marta Ríos, la madre de Álvaro. Ella está sentada frente a ellos, con las manos entrelazadas en el regazo y el rostro pálido. Parece a punto de vomitar, aunque tal vez solo sea su expresión permanentemente amarga.

Nadie responde a David Velasco, pero Daniela también cree que deberían pagar. Tal vez esa sea la solución.

Ojalá lo fuera.

—Esto no puede seguir así —dice al fin Daniela. Su voz es firme, pero la barbilla le tiembla ligeramente—. No podemos esperar a que la policía encuentre algo mientras nuestros hijos…

Se interrumpe, incapaz de terminar la frase.

Gabriel regresa de la cocina y barre el salón con la mirada antes de soltar un leve suspiro.

—Estamos haciendo todo lo que podemos. En comisaría han interrogado al repartidor —informa con voz grave—. Dice que solo llevó el paquete porque estaba en su ruta, que no conoce a quien lo envió.

—¿Y? —David lo fulmina con la mirada—. ¿Han conseguido algo útil o vamos a perder más tiempo esperando?

Gabriel ignora su tono.

—El paquete se envió ayer por la tarde. Lo dejaron en un punto de recogida a las siete de la tarde, utilizando la identidad de un hombre de ochenta y tres años que vive en Santander. Estamos revisando las cámaras de seguridad para ver quién lo dejó allí.

Un silencio denso se instala en la habitación.

Daniela traga saliva.

Ayer por la tarde.

Todo sucede demasiado rápido.

¿Cuánto tiempo llevan planeando este secuestro?

¿Y los objetos…? ¿Cómo los consiguieron? ¿Les hicieron daño?

No entiende nada.

—¿Ayer por la tarde? ¿A qué hora? —pregunta Jorge, el padre de Álvaro.

Gabriel se encoge de hombros.

—De momento, no hay manera de saberlo. Se trata de un buzón permanente donde se pueden entregar paquetes listos para su envío. La hora en la que se registra el código de barras que lleva la etiqueta de la caja es de esta madrugada. Pero quien llevase el paquete al buzón pudo haberlo hecho a cualquier hora de la tarde. Por eso estamos revisando las grabaciones —informa Gabriel.

Daniela mira a Gabriel. Su expresión es inescrutable, pero algo en su mirada la inquieta. Parece tener una idea de lo que ha pasado, pero no la comparte. Y no cree que lo haga. Es tan hermético que a Daniela le desespera.

Miguel se remueve en el asiento. No ha dicho una palabra en todo este tiempo, pero su mandíbula se tensa visiblemente. Daniela ve cómo aprieta los dedos contra sus rodillas y sabe que está conteniendo algo.

—Y mientras la policía mira esas cámaras, nuestros hijos siguen ahí fuera. Sufriendo —David escupe la última palabra como si le ardiera—. Estoy harto de esperas, de protocolos y de promesas vacías.

Niega con la cabeza y lanza una mirada desafiante a Gabriel.

—Voy a pagar el rescate. No me importa lo que digáis. Nadie puede impedírmelo —añade David.

El silencio que sigue es todavía más tenso que el anterior.

Daniela siente que cada vez le cuesta más respirar.

No cree que sea la única.

Marta se niega a mirar a Gabriel. Miguel parece atrapado en sus propios pensamientos. Irina, de pie junto a la puerta, aprieta los labios haciendo que formen una fina línea.

Gabriel no se inmuta. Su expresión sigue siendo la misma, pero sus ojos, oscuros y fríos, revelan una intención oculta.

—¿Qué se sabe de ese hombre que envió el paquete? —pregunta Jorge.

La pregunta resulta interesante para todos los presentes.

—Lo están investigando —responde Gabriel—, pero sé que no vamos a encontrar nada buscando por ahí. Está claro que usaron una identidad falsa. Eligieron esa empresa porque garantiza envíos

de veinticuatro horas y porque se pueden dejar paquetes en puntos de recogida. Estoy convencido.

Y, por primera vez en toda la noche, Daniela siente que el miedo y la preocupación terminan por vencer a la esperanza.

# 10

Patricia Siles está de pie, observando el atardecer en la playa de la Almadraba. Conoce bien ese lugar. No es la mejor playa de Alicante, pero tiene su encanto. Es pequeña, de aguas poco profundas y tranquilas. Ideal para los más pequeños. Recuerda que su madre la llevaba allí en verano, cuando era niña, y pasaban la mañana hasta que su padre salía de trabajar. Fue en ese rincón donde hizo sus primeros amigos, donde se enamoró por primera vez de un niño francés que pasaba los veranos en la urbanización Bahía de los Pinos con sus tíos. Se llamaba Romeo.

Hoy todo es diferente. El motivo por el que está allí no es para lanzar pelotas de goma en la orilla con los ojos rojos por el salitre. No. Ahora lo único que le importa es encontrar vivos a los tres adolescentes desaparecidos. Cada vez que mira el reloj y descubre que el tiempo sigue avanzando, siente una punzada en el estómago. La presión la está desgastando.

La última señal enviada por el teléfono de Emma no es del todo exacta. Ojalá lo fuera. Es bastante precisa, pero el área de localización abarca unos trescientos metros cuadrados.

Frente a ella se extiende el acceso a la playa: una calle angosta que desciende por una cuesta hasta encontrarse con la arena. La carretera termina justo en el área donde, según el registro, estuvo el teléfono de Emma antes de apagarse. Patricia intenta imaginar la escena.

Era de noche. Apenas había luz. Si tres adolescentes hubiesen merodeado por allí, habrían pasado desapercibidos. El edificio más cercano está demasiado lejos para que alguien los viera o escuchara. A menos que alguien gritase, claro. En ese caso, sí podrían haber llamado la atención. Cree que deberían interrogar a los vecinos de ese edificio. Tal vez alguien escuchó algo aquella madrugada.

Saca el móvil y realiza una llamada. Es tarde y sabe que su llamada no será recibida con entusiasmo, pero no le importa. Está al

mando del Grupo de Homicidios y debe tomar este tipo de decisiones.

—Hola —contesta una voz masculina apagada.

—Hola, Ibáñez. ¿Cómo va todo? ¿Alguna novedad? —pregunta la inspectora Siles.

—Ninguna desde que te has ido. Pero claro, te fuiste hace solo media hora.

—De acuerdo. Estoy en la playa de la Almadraba, en la última ubicación registrada por el móvil de Emma Lago. Quiero que vengáis a la urbanización que está justo al lado. Preguntad puerta por puerta si alguien vio o escuchó algo esa noche.

Se produce un silencio incómodo.

—De acuerdo, vamos para allá —contesta Ibáñez, a quien no parece quedarle más remedio que aceptar las órdenes de Patricia.

—Te envío la ubicación —dice Patricia antes de colgar.

En ese momento ve aparecer a Pau con Tango, y se le escapa media sonrisa. Tango es muy querido en la comisaría. Ya es viejo para el servicio. Otros perros, con su edad, dejan de trabajar con la policía, pero él es especial. El año pasado le hicieron un reportaje para la televisión. Tiene un olfato y un instinto que exceden lo cotidiano. Su ayuda ha sido inestimable en decenas de casos.

Patricia no deja de asombrarse al ver que Tango ya ha empezado a trabajar. Es como si supiera perfectamente por qué está allí. Sin que su dueño le haya dado ninguna orden, se ha puesto a olfatear el suelo, tratando de seguir un rastro. Ha pasado poco tiempo desde que Emma estuvo en ese lugar, pero si ella o cualquier otra persona murió allí, Patricia no tiene dudas de que Tango lo detectará.

Pau suelta la correa y el perro acelera la marcha de un lado a otro, con el hocico a escasos centímetros del suelo.

—Gracias por venir —dice Patricia.

Él hace un gesto con la mano, como restándole importancia.

—No pinta bien, jefa.

Patricia se limita a encogerse de hombros. Prefiere no contestar.

—He enviado agentes a la urbanización más cercana —dice, señalándola—. Quizá hubo un forcejeo. Si hicieron ruido, alguien

debió oírlos. Esta zona es tranquila. A esas horas de la noche, cualquier sonido extraño llamaría la atención.

Pau asiente, sin perder de vista a Tango, que sigue olfateando.

—No quiero meterme donde no me llaman, jefa, pero tienes que darte un respiro. Te tomas cada caso como algo personal y vas a acabar como Somoza.

Patricia lo mira fijamente. No acepta intromisiones de ningún tipo, pero se contiene antes de contestarle. Se conocen desde hace muchos años, y él siempre la ha tratado bien. Puede consentirlo, por esta vez.

—Centrémonos en encontrar a los chicos, ¿vale? —sentencia.

Después de diez minutos, Tango se sienta y mira a su dueño. Es su forma de indicar que allí no hay nada. Pau mira a Patricia y niega con la cabeza, después se acerca al perro para ponerle la correa.

Patricia no puede ocultar el alivio. Si Tango hubiese ladrado, significaría que alguien murió allí. Agradecida, se despide de ambos y se queda allí, apoyada en el capó de su coche patrulla, con la mirada fija en el sol que empieza a esconderse. Intenta ordenar sus pensamientos cuando un destello entre unos matojos a un lado de la carretera le llama la atención.

Se acerca con paso firme y se agacha.

Es un colgante de oro con un corazón plateado. No tiene gran valor, pero tampoco es un objeto del que alguien se desprendería sin más.

En ese lugar sucedió algo. Y tiene que descubrir qué.

---

Gabriel Somoza ha salido a recoger la basura. Por suerte, no son muchas casas: doce en total. Debe ir puerta por puerta haciendo el trabajo del conserje. El resto de las tareas pueden esperar: limpiar los accesos, pintar la valla del final de la urbanización —desgastada por la cercanía del mar—, recoger las hojas que los árboles arrojan sobre el césped. Lo importante es evitar que alguien se queje porque la basura no ha sido recogida y comience a hacer preguntas incómodas.

Lo hace rápido. La noche será larga y, seguramente, la de mañana también. Quiere terminar cuanto antes y continuar con los interrogatorios. Aún no ha acabado con eso. También debe revisar las habitaciones de los desaparecidos. Es demasiado trabajo para una sola persona. Debería haber previsto esa parte, pero ahora es tarde para arrepentimientos.

La calle principal de la urbanización, una serpenteante travesía que conecta los chalés, está desierta. La oscuridad se ha apoderado de todo y el silencio es abrumador. Solo se escucha el ruido de las ruedas del carro en el que transporta las bolsas de basura.

Cuando termina de recoger, se apresura al exterior en busca del contenedor.

Una figura se recorta en el interior de la caseta de seguridad, ubicada junto a la entrada de la urbanización. Está de espaldas, pero Gabriel sabe muy bien quién es.

Deja el carro a un lado y se aproxima con cautela. A través del cristal, ve al guardia de seguridad hipnotizado por la pantalla de su móvil. Está viendo un partido de fútbol y no se ha percatado de su presencia.

Gabriel golpea el cristal con los nudillos.

Nico Ortiz se gira sobresaltado. Al descubrir quién tiene detrás, palidece.

Tarda en reaccionar cuando Gabriel le hace un gesto para que salga. Finalmente, se levanta, dubitativo, y da unos pasos, aunque mantiene las distancias.

—¿Te pagan por ver el fútbol mientras trabajas? —pregunta Gabriel con frialdad.

A Nico no le salen las palabras.

—¿Qué…? ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Estoy trabajando en un caso y, por extraño que parezca, necesito que me ayudes.

Nico arquea las cejas. Parece no entender nada. Agacha la vista y se rasca la coronilla.

—Oye, yo… Siento mucho…

—Olvida esa parte —interrumpe Gabriel—. No me interesa lo más mínimo. Han secuestrado a tres chicos de esta urbanización y han

pedido un rescate. Quiero que me cuentes todo lo que sabes.

Nico parpadea, aturdido. Gabriel ha sido demasiado directo. Apenas le ha dado tiempo a procesarlo. Sabía que lo primero que haría Nico al verlo sería pedir disculpas por el pasado que los une, pero no quiere escuchar ni una palabra al respecto. Nada de lo que diga podrá cambiar lo ocurrido. Nada. Ahora, lo único que importa son los chicos.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿A quién han secuestrado? —pregunta con la voz temblorosa.

—A Álvaro Sempere, Emma Lago y Sonia Velasco.

—¿Es una broma?

—Creo que ya sabes que no soy precisamente un bromista.

Gabriel da un paso al frente. Nico lo observa con evidente nerviosismo.

—No quiero andarme con rodeos. No tengo tiempo ni ganas de hablar contigo. Ayer por la madrugada dejaron una nota en la entrada de la casa de la familia Lago y otra en la de los Sempere —dice Gabriel mientras se inclina levemente hacia él—. He estado preguntando y sé que Daniela Vidal salió corriendo y te preguntó si habías visto a alguien entrar. Le dijiste que no. Pero eso es extremadamente raro, considerando que no hay otro acceso.

—Lo recuerdo. Y es la verdad. No me dijo de qué se trataba, solo preguntó si había visto a alguien entrar. ¿Cómo iba a imaginarme algo así? —Nico suspira—. No vi a nadie entrar o salir a esa hora. De verdad.

Gabriel asiente, llevándose la mano a la barbilla.

—Entonces hay dos posibilidades: o la persona que dejó la nota vive en esta urbanización y por eso no viste a nadie entrar o salir, o me estás mintiendo.

El rostro de Nico cambia. Se alarga el silencio sin respuesta.

—Bueno, hay una tercera posibilidad —añade Nico con la voz entrecortada.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —pregunta Gabriel, levantando una ceja.

—Que alguien entrara, dejase las notas y saliera sin que yo lo viera.

—¿Y cómo es eso posible? ¿No deberías haber estado aquí, en la caseta?

Nico aparta la mirada. Se cruza de brazos y balbucea algo incomprensible antes de soltar un suspiro.

—No quiero mentirte —admite al fin—. Ayer me ausenté unos treinta minutos.

Se frota la nuca, incómodo.

—Estoy saliendo con una chica que trabaja todo el día —continúa Nico—. Como yo trabajo de noche, apenas nos vemos. Así que, de vez en cuando, viene en coche, aparca al final de la cuesta y… bueno, pasamos un rato juntos dentro.

Gabriel cierra los puños y se esfuerza por contener su rabia. Odia a Nico. Si por él fuera, lo agarraría del cuello allí mismo y saldarían cuentas, pero se contiene. De un modo u otro, siempre consigue hacerlo.

—Así que, mientras alguien vino a dejar una nota de secuestro, el guardia de seguridad estaba haciendo manitas en el asiento de atrás de un coche. Extraordinario. Enhorabuena.

—Lo siento, cometí un error —balbucea Nico, aparentemente avergonzado.

—Voy a necesitar los datos de contacto de tu amiga. Suena un poco raro lo que dices teniendo en cuenta que era de madrugada. Tengo que corroborar tu versión.

Nico asiente, saca el teléfono del bolsillo de su chaqueta, busca el contacto y le muestra la pantalla a Gabriel.

—Estábamos enviándonos mensajes. Ella no podía dormir porque se había tomado varios cafés. La conversación se fue poniendo picante y… se plantó aquí.

Gabriel no contesta. En lugar de eso, realiza una llamada a comisaría y le explica a un compañero la situación. Le pide que llame a la chica para comprobar su coartada. Tardará un rato en responder y saber si ella confirma la versión de Nico, así que decide continuar con la conversación. En cualquier otro escenario, actuaría de manera diferente. Tomaría nota del contacto y lo comprobaría después, pero con Nico es distinto. No se fía nada de él y no quiere dejarlo solo ni un minuto hasta que compruebe su coartada.

—Cuéntame algo de los chicos. ¿Los conoces?

—No personalmente, sé quiénes son porque esto es muy pequeño y los veo entrar y salir. No sé mucho sobre ellos. Sé que el hijo de los Sempere y la hija de los Lago son novios porque los he visto salir, a veces, cogidos de la mano. Pero también te puedo decir que ese chico juega a varias bandas, de eso estoy seguro. Creo que también se ve con la hija de David Velasco.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque lo he visto entrar en su casa en más de una ocasión, e incluso salir a medianoche y perderse en su jardín trasero. Tienen muchos árboles en esa parte. Si alguien quisiera esconderse allí, sería un buen sitio.

—¿Los has visto juntos alguna vez? A Álvaro y a Sonia.

—Juntos como novios, no. Pero sí que buscan esconderse para verse. Una vez bajaron a la playa ellos dos solos. Me hizo gracia porque primero fue Álvaro y, a los dos o tres minutos, ella. Era evidente que habían quedado allí. La chica regresó con una sonrisa de oreja a oreja. Créeme, sé que se ven a escondidas. Cuando subía, iba hablando por teléfono con una amiga suya, le contaba que habían estado juntos en la playa y que él le había dicho que la quería.

Gabriel se toma un momento para asimilar la información y considerar sus próximos movimientos. No se fía de Nico ni lo más mínimo, pero no hay motivo para que le mienta sobre esto.

—¿Sigues teniendo contacto con los Bobrov? —pregunta Gabriel, directo.

—No. Eso terminó.

Gabriel esboza una mueca irónica. No termina de creerlo, pero no dice nada.

—De todas maneras, esto no es típico de ellos. Son delincuentes, pero jamás los he visto secuestrar a alguien y pedir un rescate. Yo no iría por ahí —añade Nico.

Gabriel está a punto de decirle que se ahorre sus sugerencias cuando recibe una llamada. Es de comisaría. La novia de Nico ha verificado su historia: tanto la franja horaria como los hechos coinciden. Agradece a su compañero la información y cuelga.

—Debo tirar la basura. Quiero que estés atento al teléfono, es posible que necesite preguntarte algo más.

Nico parece aliviado. Ha escuchado toda la conversación, ya que Gabriel no se ha separado para hablar.

—De acuerdo. Por cierto, Gabriel. Sé que no soy quién para decirte esto, pero creo que es lo mínimo que puedo hacer. Los Bobrov no son el tipo de delincuentes que harían algo así. Pero desde luego sí son vengativos, y tú estás en su punto de mira. Lleva cuidado. Por favor.

Gabriel toma el carro y emprende de nuevo la marcha.

—Tienes razón. No eres quién para decirme eso.

## 11

Gabriel contempla los rostros de David e Irina mientras les muestra la foto del colgante que ha recibido de Patricia. Confirman que es de Sonia. Irina se lo regaló por su cumpleaños unos meses atrás. Observa sus reacciones en silencio, intentando descifrar si esconden algo. Es un hábito que ha perfeccionado con los años. Irina llora, incapaz de articular palabra, mientras David no para de gritar, increpándole que no están haciendo su trabajo.

—Ya estoy cansado de tonterías —gruñe David cuando consigue controlar su ira—. Voy a salir a buscarla.

Se apresura a ponerse la chaqueta. Irina intenta apaciguarlo mientras se seca las lágrimas, pero es inútil. Es de esos hombres que no toleran que les den órdenes.

—No es buena idea —apunta Gabriel con voz calmada.

—¿Y qué idea es mejor? —replica David, clavando la mirada en el inspector—. ¿Quedarnos aquí toda la noche sin hacer nada?

Gabriel no responde. No puede impedirle que salga a buscar a su hija, aunque sabe que no la encontrará. Y si, por alguna casualidad del destino lo hiciera, sería peligroso. Es una pérdida de tiempo, pero en parte lo entiende.

—Tiene razón —interviene Jorge, el padre de Álvaro—. Yo también voy a salir. No pongo en duda la profesionalidad de la policía, pero simplemente no puedo quedarme aquí. Lo siento.

Marta, su esposa, sigue en estado de conmoción. Cuando ha visto la pulsera de su hijo dentro de la caja se ha terminado de romper. No reacciona ante las palabras de su marido.

Jorge y David intercambian algunas frases antes de partir, discutiendo cómo dividirse la búsqueda. En un momento dado, Jorge se gira abruptamente hacia Gabriel.

—¿Alguna sugerencia sobre dónde deberíamos buscar, inspector?

Gabriel suelta un bufido antes de contestar.

—Ya hay agentes peinando la zona, revisando cámaras de seguridad, interrogando a vecinos y conocidos, usando perros de

rastreo, supervisando llamadas... —Se detiene un instante al ver la expresión de Jorge y siente lástima por él—. En cualquier caso, si yo tuviera que buscar, iría a un sitio apartado. Es poco probable que los tengan en un lugar donde puedan ser escuchados si gritan pidiendo ayuda. Sospecho, aunque no puedo confirmarlo, que los llevaron a los tres juntos. Si es así, habrán utilizado un vehículo grande, una furgoneta o algo similar. Sea donde sea que estén, el sitio no tendrá ventanas, y si las tiene, estarán cerradas.

Jorge asiente. David, esta vez, guarda silencio. Miguel Lago, el padre de Emma, lanza una mirada a su esposa, como esperando que le diga algo, tal vez que debería unirse a la búsqueda, pero ella no dice nada.

Irina observa a Marta, que lleva un buen rato sin reaccionar. Le tiemblan las rodillas y sus manos entrelazadas, como si rezara, se mueven arriba y abajo con movimientos torpes.

—Daniela, ¿nosotras podemos quedarnos aquí? —pregunta Irina.

Daniela levanta la vista y asiente.

Gabriel se acerca a Jorge y a David, que ya están en la puerta, listos para salir.

—Por favor, si ven algo sospechoso, llámenme. Les enviaré una patrulla enseguida —susurra.

Los dos hombres abandonan la casa y un silencio abrumador se instala en el ambiente. Gabriel se excusa para ir al baño, aunque no lo necesita. Una vez dentro, abre el grifo y realiza una llamada. Al otro lado, una voz masculina contesta.

—Hola, Somoza.

—¿Estáis cerca? —pregunta Gabriel.

—Sí, cerca del faro. A un minuto en coche. Nada raro, de momento.

—Van a salir los padres de Sonia y Álvaro. Cada uno en su coche. David Velasco lleva un BMW blanco grande y Jorge Sempere, un Audi azul, también grande. Quiero que aviséis a otra patrulla de incógnito y los sigáis sin que os vean. ¿De acuerdo?

Jorge Sempere conduce en silencio. Su agarre al volante es inseguro; el coche se le ha calado varias veces, consecuencia del temblor en sus piernas. Le gustaría poseer la determinación de David. Él se ha subido a su coche y ha salido derrapando, como si tuviera la certeza de encontrar a su hija. Jorge no es así. Nunca lo ha sido. La duda lo acecha en cada decisión, una sombra persistente que lo ha acompañado desde la juventud y que, a estas alturas, no desaparecerá.

David le ha dicho que se encargará de las zonas de la periferia. Ambos han coincidido en que las premisas del inspector Somoza tienen sentido. Es la primera vez que David y Gabriel están de acuerdo en algo.

Han dividido las áreas donde podrían hallar un lugar que coincida con la descripción del inspector. David cubrirá El Rebolledo y San Vicente; Jorge, la periferia de San Juan y Mutxamel, en busca de casas aisladas donde podrían retener a su hijo.

Está tan nervioso que ha tomado la salida equivocada varias veces y lleva un buen rato dando vueltas. No es propio de él. Siempre ha sido meticuloso, alguien que rara vez comete errores, pero su mente es un torbellino de pensamientos que lo desestabilizan.

Un cúmulo de ideas lo asalta sin tregua. Pero ahora no puede permitirse pensar en eso. No debe. Tiene que aislarse, enfocarse y hacer lo que ha salido a hacer.

# 12

Patricia Siles no ha vuelto a casa. Permanece sola en su despacho, con la mirada fija en la pared mientras el silencio se torna esclarecedor. En ese vacío, la verdad se impone con crudeza: su matrimonio ha llegado a su fin. Se siente culpable. ¿Cómo no? Nada iba mal hasta que aceptó el cargo de jefa del Grupo de Homicidios. Nada. Su marido era —y sigue siendo— un hombre detallista, atento, siempre dispuesto a cuidarla cuando necesitaba ternura, a comprenderla y respetarla. Pero todo tiene un límite, y Patricia los ha sobrepasado todos.

Se esfuerza por encontrar una razón que explique su pasividad mientras observaba cómo su matrimonio se desmoronaba, cómo permitió que todo se viniera abajo sin hacer nada para evitarlo. Pero la respuesta es esquiva, enredada en matices que ni siquiera ella es capaz de desentrañar. Sólo hay una certeza que se abre paso con claridad: prefiere estar aquí, sola en su despacho, antes que en casa, donde la soledad se sentiría de otro modo.

Esta noche será otra más en vela. Sabe que no podrá dormir, así que aprovechará el tiempo trabajando, como tantas otras veces.

El sonido del móvil irrumpe violentamente en el silencio. Es uno de los agentes que ha estado recorriendo la zona de la playa de la Almadraba, preguntando puerta por puerta si alguien vio o escuchó algo la noche que secuestraron a Álvaro, Emma y Sonia.

—Dime que has encontrado algo —ruega Patricia, con la voz cansada.

—Sí. O al menos creo que sí. Estábamos a punto de darnos por vencidos, dando por hecho que nadie había visto nada aquella noche. Pero hablamos con el vecino del ático del edificio que nos sugeriste y dice que esa noche se acostó tarde. Dice que se asomó a la ventana porque no podía dormir y vio algo extraño. Será mejor que vengas.

—Estoy ahí en quince minutos —dice, antes de colgar.

---

Gabriel sabe que no es la persona más indicada para lidiar con el lamento que inunda el salón de la familia Lago. Solo puede aportar su profesionalidad y espera que eso sea suficiente.

Los silencios se prolongan acompañando una situación desagradable. Pensó que debía quedarse allí, junto a Marta, Irina, Daniela y Miguel, pero cada minuto que pasa le confirma que está perdiendo el tiempo. Esa sensación le irrita.

—Con vuestro permiso, me gustaría subir a la habitación de Emma y echar un vistazo —anuncia, rompiendo el silencio.

Daniela no reacciona. Su marido, en cambio, se sobresalta, como si la voz de Gabriel hubiera rasgado su sosiego. Levanta la vista y asiente sin decir nada.

Sube las escaleras. La casa es amplia, impecable. Mientras avanza, se pregunta si todas las viviendas de la zona serán tan lujosas. La suya podría caber entera en la habitación de matrimonio de la familia Lago. No le cuesta encontrar el cuarto de Emma. También es grande, con una amplia ventana en la pared, decorado con los clichés típicos de la adolescencia. Sobre el escritorio, un corcho rebosante de fotos. Gabriel se detiene a mirarlas. Todas son de Emma con Álvaro. Ni una sola con amigas, ni una instantánea casual con otros compañeros. Como si su vida girara exclusivamente en torno a su novio.

Detesta invadir la intimidad de otros, pero la situación es crítica y no tiene opción.

Abre los cajones del escritorio. El primero es un revoltijo de objetos: pilas, una caja de clips, otra de chinchetas, cargadores de móvil… Nada interesante.

En el segundo encuentra una caja de madera adornada con bisutería barata. Lleva un candado minúsculo, con una llave colgando. Solo que la llave no está. No le cuesta abrirlo con un clip. Dentro hay entradas de cine, tiques de restaurantes, una flor marchita y una nota escrita a mano en la que se puede leer:

«Gracias por una tarde maravillosa».

Un pequeño museo de su relación con Álvaro. Enternecedor, pero inútil.

Revisa la cómoda con cuidado. Toneladas de ropa que intenta dejar lo más ordenada posible. Luego el armario. Está repleto de prendas. Le lleva un rato registrarlo a fondo. A medida que avanza, detecta un patrón. La mayoría de la ropa tiene un aire juvenil: sudaderas estampadas, ropa deportiva, colores vivos. Pero las prendas más recientes son distintas. Jerséis de punto, camisas, blusas. Muchas sin estrenar; hay más de una decena aún con la etiqueta puesta. Gabriel se pregunta si realmente son suyas o si su madre las ha guardado allí por falta de espacio.

Abre la caja de un cinturón y encuentra un paquete de preservativos. Faltan varios. No es asunto suyo y no se molestará en mencionarlo.

El pijama de Emma está sobre la cama deshecha. A simple vista, se nota que no está limpio. Justo lo que necesita. Se coloca unos guantes y lo introduce con cuidado en una bolsa de plástico. Tal vez sirva para que los perros rastreen su olor.

Ha dejado el ordenador para el final. Suele ser donde se esconde la información más valiosa.

Cuando lo enciende, una sonrisa se dibuja fugazmente en su rostro. No tiene contraseña.

Se toma su tiempo revisando el correo electrónico y las redes sociales. No encuentra nada relevante. Los últimos mensajes con alguien que no sea Álvaro son de hace meses. Entre ellos, solo se intercambian frases propias de cualquier pareja de adolescentes, a veces con un tono más subido de lo que cabría esperar.

El historial de búsqueda es monótono: vestidos de corte elegante, páginas sobre belleza y moda, vídeos virales…

Nada más.

Tendrá que seguir buscando.

---

Patricia tiene frente a ella a un hombre octogenario que, encorvado, le indica que pase al interior de su casa.

Vive en el último piso de un edificio emblemático de Alicante, el más alto de la zona, cuya fachada se asoma a la inmensidad del mar. Las vistas son espectaculares.

El apartamento es pequeño, de una sola habitación, y lo comparte con su esposa, una mujer adorable que, con esmero, prepara una bandeja con dulces para los agentes, pese a la insistencia de Patricia en que no es necesario. Sí que acepta un café. Sabe que la noche será larga.

—Cuénteme qué vio esa noche, por favor —le pide al hombre, que hasta ese momento ha estado divagando sobre su hogar y su pasado.

Él la observa con los ojos bien abiertos y cambia de expresión. Parece disfrutar de la visita, encantado de sentirse importante. Patricia lo entiende y lo respeta, pero no tiene tiempo que perder.

—Claro —dice, apoyando su taza de café en un pequeño plato de porcelana—. Mi mujer suele acostarse temprano, pero yo sufro de insomnio. Duermo poco, muy poco. Me pasa desde hace años. Cuando no puedo dormir y me canso de dar vueltas en la cama, me levanto y me asomo a la ventana. Me gusta respirar el aroma del mar en silencio.

—¿Me indica exactamente dónde estaba usted, por favor? —pregunta Patricia.

—Justo allí —dice, señalando con el dedo la ventana al fondo del salón.

Patricia se levanta y se acerca al lugar indicado. Abre la ventana y una ráfaga de aire fresco le sacude el rostro. Mira hacia abajo. Más de veinte alturas la separan del suelo y el vértigo la golpea al instante.

—Está muy alto —murmura.

—Al final te acostumbras. Mi mujer decía lo mismo cuando nos mudamos aquí hace treinta años, pero ahora le encanta asomarse, igual que a mí.

Patricia desvía la mirada hacia la anciana, que asiente con una sonrisa.

Vuelve a fijarse en la calle. Desde allí se distingue el punto donde el teléfono de Emma dejó de emitir señal, el mismo en el que

hallaron el collar que resultó ser de Sonia. Solo que, desde esa altura, todo parece lejano, distorsionado.

El hombre se ha puesto en pie y se ha acercado a Patricia. Abre de par en par la ventana y se inclina hacia afuera, sacando medio cuerpo para señalar la zona. Patricia contiene el impulso de sujetarlo por la camisa y pedirle que no se incline tanto.

—Fue justo allí, ¿lo ve? En esa cuesta que baja hacia la playa. Era tarde y me extrañó ver gente por la zona durante esta época del año.

—¿Cuántas personas vio?

—Tres. Creo que dos chicas y un chico. Luego llegó la furgoneta y pasó algo raro.

—¿Qué pasó?

—Un hombre se bajó. Entonces los chicos se callaron. Estaban hablando de algo, pero no logré oír lo que decían. No gritaban, pero sí escuchaba sus voces.

Hace una pausa, como si quisiera generar dramatismo.

—El hombre de la furgoneta era extraño. Iba como disfrazado, llevaba una capa o algo así y una máscara, creo. Los chicos se asustaron. Fue entonces cuando escuché a una de ellas gritar. Pero el hombre levantó la mano y, de pronto, sonó una explosión, como un chasquido. Los chicos se callaron y subieron a la furgoneta. Fue muy raro.

—¿De qué color era la furgoneta? —pregunta Patricia.

—Blanca. De eso estoy seguro.

—¿Hacia dónde se dirigió después?

—Desde aquí solo alcanzo a ver hasta la avenida Costablanca. Subió en dirección a la Albufera, pero no sé a dónde fue después.

Patricia guarda silencio. Sus pensamientos giran en espiral.

—No lleva usted gafas. ¿Las usa normalmente? —pregunta, con cautela.

—Mi marido tiene vista de halcón. Ha sido así desde que le conozco —interviene la mujer desde el sofá.

Patricia, que albergaba la esperanza de que todo esto fuera un malentendido o una broma de mal gusto, empieza a aceptar la realidad: el secuestro es exactamente eso, un secuestro. Y si alguien

es capaz de llevarlo a cabo de una manera tan meticulosa, también puede cometer atrocidades que no quiere descubrir.

## 13

A primera hora de la mañana del miércoles 11 de noviembre, Marta Ríos está de pie en su jardín. No entiende cómo han podido dejarla sola con Carmela, su asistenta, a la que ha mandado a casa de malas maneras y obligado a tomarse el día libre. Intenta apartar los pensamientos negativos, pero es imposible. Teme por la vida de su hijo y, en este momento, detesta a su marido, que no ha vuelto ni ha llamado desde que se marchó anoche a buscarlo. Han atravesado una mala racha. El confinamiento impuesto en los meses previos solo empeoró su relación, que ya estaba desgastada por la monotonía.

No ha pegado ojo. Los párpados hinchados, el nudo constante en la garganta y las náuseas —ha estado a punto de vomitar tres veces — son las consecuencias del estado en el que se encuentra. El insomnio y la ansiedad le han dejado la piel pálida y sudorosa. No quiere que nadie la vea así, por eso se oculta tras los setos que delimitan su propiedad. Al fin y al cabo, el secuestro de su hijo sigue siendo un secreto que, por ahora, todos prefieren mantener en la sombra. O tal vez no. Ya no está segura de nada.

El inspector Gabriel Somoza tampoco ha dormido. Ha pasado la noche con las familias en casa de Daniela y Miguel Lago. No es un hombre hablador, pero hay algo en él, un aura que irradia fortaleza y robustez, que lo hace parecer inquebrantable. Su actitud transmite profesionalidad y, aunque Marta descargue parte de su frustración contra él, en el fondo se siente aliviada de que esté allí. Otro agente, quizá, habría terminado su turno, apagado la luz de su dormitorio y se habría ido a dormir sin remordimientos, algo que ni ella ni los demás padres pueden hacer. Pero Gabriel no. Ahora mismo, empuña una escoba y limpia las aceras de la urbanización, fingiendo ser el conserje sustituto. Su discreción y determinación dicen mucho de él.

Dentro de su casa hay otro agente, disfrazado de fontanero. Ha llegado temprano, vestido con el mono de trabajo y cargado de herramientas para parecer auténtico. Pero en casa de los Sempere

no hay ninguna avería. Al menos ninguna que pueda arreglarse con llaves inglesas y alicates. Sin demora, ha subido a la habitación de Álvaro, revisando cada rincón con minuciosidad. Toma muestras, busca pistas. Cualquier cosa que los acerque al paradero de su hijo.

Marta no ha querido presenciarlo. Por eso ha salido al jardín. No soportaría ver cómo un extraño hurga entre las pertenencias de Álvaro.

Un ruido de motor la sobresalta. Al alzar la vista, reconoce el coche de su marido, apareciendo, apenas unos segundos después, por la carretera principal de la urbanización. Su corazón se acelera.

Él frena de golpe y, cuando la ve allí, su expresión cambia. Marta nota la sorpresa en su rostro, el leve titubeo de su mirada. Se dicen todo con los ojos. Cuando él niega con la cabeza, un dolor punzante la atraviesa.

---

Irina no puede contener el llanto cuando su marido cuelga el teléfono tras decirle que no ha encontrado nada. La desesperación la sacude y la impotencia la ahoga.

Disfrazado de entrenador personal, el agente que ha entrado de paisano se percata de su angustia y decide apartarse, dándole un mínimo de intimidad. Sin embargo, antes de eso, Irina ha notado su mirada deslizándose por su cuerpo con descaro. No es nada nuevo. Ha lidiado con eso desde la adolescencia, desde que su belleza atraía todas las miradas y encendía la envidia de muchas mujeres que la veían como una amenaza. Tiene claro que ese es el motivo por el que alguien le pinchó las ruedas de su coche unas semanas atrás.

Abandonó su país cuando apenas era un bebé. Se siente más española que ucraniana, aunque a veces se pregunta cómo habría sido su vida si se hubiera quedado allí. Más fría, eso seguro.

David, su marido y el hombre al que alguna vez quiso pese a la diferencia de edad, ha cambiado. Se ha vuelto controlador, vigilante. No la deja hacer nada por su cuenta, salvo ir a clases de spinning,

claro. Eso sí lo permite, porque así se asegura que conserve su figura perfecta.

Le habría encantado poder hablar a solas con el inspector Somoza. Decirle la verdad, esa que su marido insiste en ocultar y que podría ser clave en la investigación. La noche antes de su desaparición, Sonia no salió a dar un simple paseo. Se fue llorando, llena de rabia e impotencia. Irina la siguió, intentó detenerla, le rogó que se quedara, pero Sonia ni siquiera le contestó. Tuvo que rendirse. Ninguna de las dos tiene la culpa de que David, a veces, tenga la mano demasiado larga. El bofetón que puso fin a una de tantas discusiones aquel día fue la gota que colmó el vaso.

Irina reprime un escalofrío cada vez que lo recuerda. Fue innecesario, inmerecido. Ella también se habría marchado de recibir un tortazo así.

No ha dormido. ¿Quién podría dormir en una situación como esta? Su cuerpo entero le duele, y sus ojos claros ahora se tiñen de rojo. Tampoco ha comido. Cada vez que intenta llevarse algo a la boca, las náuseas la persuaden. Un mareo repentino la desequilibra y tiene que apoyarse en una silla para no caer.

Escucha pasos que se acercan.

—¿Necesita algo, señora? —pregunta el agente que se ha identificado como Fernando Quereda.

Irina odia que la llamen señora. Siempre lo ha detestado. Pero dadas las circunstancias, deja pasar el comentario. Se fija en su vestimenta: pantalón de chándal, camiseta ceñida. No puede evitar preguntarse si esa es la mejor manera de llevar una investigación como esta.

—Estoy bien, gracias. ¿Puede abrir un poco la ventana? Me he mareado.

El agente obedece sin preguntar y abre la ventana de la cocina de par en par. Desde allí, Irina ve al inspector Somoza barriendo las aceras. En cuanto percibe movimiento dentro de la casa, levanta la mirada.

—¿Un poco de agua? —ofrece el policía, sirviendo un vaso con la jarra que hay sobre la encimera.

Irina asiente, todavía tambaleándose.

—Sé que es difícil que me haga caso, pero debería intentar dormir un poco.

—No tengo sueño —responde ella con frialdad.

El agente se encoge de hombros, resignado.

—He estado revisando la habitación de Sonia. Me llevaré un par de prendas para la unidad canina. Su ordenador está bloqueado con contraseña. ¿Usted o su marido saben cuál es?

Irina niega con la cabeza lentamente.

—Bien. En ese caso, tendré que llevármelo también. ¿Sabe si Sonia guardaba sus cosas en otro sitio, además de su habitación?

—La verdad es que Sonia es una chica estupenda —contesta Irina con la mirada perdida antes de beber un sorbo de agua—. No esconde nada, es transparente y no se mete en líos. Puede buscar donde quiera, pero no creo que vaya a encontrar nada.

El coche de David Velasco aparece por la carretera de la urbanización y se detiene bruscamente en el porche delantero del chalé. Gabriel Somoza alza la vista desde la acera, pero sigue con su tarea, como si la llegada de David no tuviera el menor interés para él.

Irina se incorpora con cautela, sujetándose a la mesa, y se dirige a la puerta para recibir a su marido.

Él entra como una exhalación, con la rabia tensándole el rostro. Su mandíbula está apretada y los ojos le brillan con ira contenida. Irina se acerca y lo abraza, apoyando la cabeza en su pecho, buscando consuelo, pero David la aparta con brusquedad.

—¿Quién es este? —pregunta, dirigiendo una mirada despectiva al agente de paisano.

—Me llamo Fernando Quereda —responde el policía, extendiendo la mano en un gesto de cortesía—. Soy agente de policía.

David le estrecha la mano con frialdad, un apretón breve y cargado de indiferencia.

—¿Por qué está aquí? ¿Ha habido alguna novedad? —Se gira hacia su mujer, esperando una explicación—. ¿Por qué no me has dicho nada?

Irina niega con la cabeza y, con suavidad, le pone una mano en el hombro, intentando calmarlo.

—No, me temo que, de momento, no hay ninguna novedad. He venido para registrar la habitación de su hija y tomar muestras —explica el agente con tono neutro.

David arquea las cejas, ladeando la cabeza con escepticismo.

—¿Ah, sí? Así que has entrado en mi casa sin mi consentimiento.

—El inspector Somoza habló con su mujer y ella nos dio permiso —responde Quereda sin inmutarse—. Siento que le haya molestado, pero yo solo hago mi trabajo.

David se aparta de golpe, quitándose de encima la mano de Irina. Luego cruza los brazos sobre el pecho y asiente lentamente, con un gesto hostil.

—¿Has terminado? —inquiere con impaciencia.

—Sí.

—Bien. Entonces, largo de mi casa.

Irina cierra los ojos con un deje de vergüenza. Conoce a David, sabe que razonar con él en este estado es imposible. Lo mejor es callar y esperar a que pase el vendaval, si es que eso sucede.

---

Gabriel Somoza habla por teléfono mientras sostiene la escoba frente a la casa de David Velasco. No es lo más profesional, pero en su nuevo trabajo como conserje tiene que tomarse ciertas licencias. Hay llamadas que no puede ignorar, y esta es una de ellas.

Escucha con atención el mensaje que le transmiten desde la comisaría y, de reojo, ve a su compañero Fernando salir de la casa con la cabeza gacha. No cruzan ni una mirada. Gabriel ha insistido en mantener su tapadera a toda costa. Más tarde hablará con él, pero primero debe atender asuntos más urgentes, quizás incluso trascendentales.

Cuelga el teléfono y se encamina hacia la casa de los Velasco. Apenas ha dado unos pasos cuando un grito irrumpe en el aire.

Es David.

La ventana de la cocina está abierta, y desde allí Gabriel escucha con claridad un objeto de cristal estrellarse contra la pared, haciéndose añicos. Un segundo golpe le sigue de inmediato. Es un

sonido seco, inequívoco. No necesita verlo para saber que ha sido una bofetada. Bastante fuerte a su juicio.

Gabriel acelera el paso. Cuando llega a la puerta, esta se abre de golpe. Irina aparece ante él, con media cara enrojecida y bañada en lágrimas. Su expresión es una mezcla de dolor y vergüenza. Al verlo, se estremece y baja la cabeza.

Intenta apartarse, salir de allí cuanto antes, pero Gabriel la detiene sujetándola por el brazo. No con violencia, pero sí con firmeza.

—¿Quiere denunciar a su marido? Le ayudaremos —le dice, mirándola a los ojos.

Irina tiembla. Durante un segundo parece debatirse, pero al final sacude la cabeza con un gesto rápido. Sus párpados vibran con nerviosismo y, por la dirección de su mirada, Gabriel sabe que David está justo detrás de él. No le importa. Aunque lo hubiera sabido antes, le habría dicho a Irina exactamente lo mismo.

—Solo quiero irme de aquí —solloza Irina, bajando de nuevo la cabeza.

—Debería actuar de oficio, pero dada la situación, respetaré su decisión y haré la vista gorda. Si cambia de idea, hágamelo saber. ¿Dónde va a estar? —pregunta Gabriel.

—Tengo una amiga que vive cerca, se llama Nuria. Estaré con ella. Si me necesita o hay alguna novedad llámeme, por favor.

Gabriel la suelta. Sin demora, ella se dirige a su coche, sube y lo pone en marcha. En cuestión de segundos, el ruido del motor se aleja, dejando tras de sí un silencio incómodo.

Gabriel se gira entonces y se encuentra con David Velasco, apoyado en el quicio de la puerta con los brazos cruzados. Su expresión es soberbia.

—¿Encontró algo ayer, señor Velasco? —pregunta Gabriel con calma.

David niega con la cabeza. Su rostro delata el cansancio acumulado.

—No, por desgracia. ¿Y usted? ¿Qué ha estado haciendo?

Gabriel da un paso adelante. Entre ellos hay dos escalones de diferencia, lo que obliga a Gabriel a alzar la vista para mirarlo a los

ojos.

—Mi trabajo. Eso es lo que he estado haciendo.

David deja escapar un resoplido irónico.

—¿Y tiene alguna novedad?

Gabriel asiente, presionando los labios antes de responder. Acaban de comunicarle por teléfono algo que no le va a gustar nada a David.

—Sí. Necesito que acuda a comisaría. Le acompañaría yo mismo, pero eso desvelaría mi identidad y aún es pronto para eso. La inspectora Siles le recibirá.

David descruza los brazos con un gesto brusco y baja los escalones hasta quedar a escasos centímetros de Gabriel.

—¿Es por lo que acaba de pasar con mi mujer? Ha dicho que no quiere denunciar. ¿No le ha quedado claro? —pregunta con tono cortante.

—Me temo que no tiene nada que ver con eso —responde Gabriel sin inmutarse—. Es sobre la desaparición de su hija.

## 14

A última hora de la mañana, Patricia Siles observa a través del cristal de su despacho cómo dos agentes escoltan a David Velasco. No viene solo. Camina junto a un hombre apuesto, vestido con un traje gris marengo y un maletín negro en la mano. Mientras avanza, se ajusta la corbata con un gesto mecánico. Patricia no necesita más para deducir que se trata de su abogado.

No les pierde de vista hasta que atraviesan la puerta de la sala de interrogatorios, situada al final del pasillo. En cuanto los agentes regresan, Patricia los intercepta.

—¿Ha dicho algo? —pregunta sin rodeos.

—Nada —responde el más joven de los dos—. Se ha identificado y ha preguntado por ti. Parece cabreado, eso sí.

Patricia asiente en silencio y les hace un gesto con el cuello para que sigan su camino. Está muy cansada. Ha pasado otra noche en vela y ya ni siquiera se molesta en revisar su teléfono en busca de los mensajes de su marido, llenos de reprimendas que prefiere ignorar.

De vuelta en su despacho, apura el último trago de su cuarto café del día. Sabe que debería controlarse, que el insomnio y las taquicardias dejaron de ser un problema puntual para convertirse en una constante, pero es la única forma de mantenerse alerta.

En la sala contigua, dos agentes la esperan al otro lado del espejo bidireccional para asistirla en el interrogatorio. Uno de ellos alza una mano para llamar su atención.

—¿Quieres que entre contigo? —pregunta, elevando la voz justo cuando ella se dispone a entrar.

Patricia se detiene en seco y cierra los ojos con fuerza. No lo necesita, pero sabe que es lo correcto. Asiente y espera a que el agente se sitúe a su lado antes de hablar.

—Martín —dice, tomando aire—, no intervengas. Solo siéntate a mi lado y deja que me encargue de todo.

El agente pone cara de no estar convencido, pero no discute. Sabe que, le guste o no, debe acatar la orden.

Ambos entran en la sala. Frente a ellos, David Velasco y su abogado los esperan con impaciencia. En cuanto se sientan, Patricia toma la palabra:

—Buenos días. Soy la inspectora Siles y él es el agente Martín Muñoz. Gracias por venir. Debo informarles que esta conversación será grabada. Su presencia aquí es completamente voluntaria y pueden marcharse cuando lo deseen. —Desvía la mirada hacia el abogado—. También quería recordarle, señor Velasco, que tiene derecho a estar acompañado por un abogado, pero veo que eso no será necesario.

El joven abogado esboza una media sonrisa y juguetea con el nudo de su corbata.

—No nos conocemos, inspectora. Soy Juan Hernández, abogado del señor Velasco. Mi cliente desea colaborar en la investigación, se trata de su propia hija, pero no entendemos el motivo por el que se le ha citado. Si pudiera aclararnos esa parte, se lo agradeceríamos.

—Estamos trabajando en varias líneas de investigación y necesito repasar algunos aspectos con su cliente. Así que procederé con una serie de preguntas, ¿de acuerdo?

David se inclina hacia adelante, impaciente.

—Terminemos con esto. Estamos perdiendo el tiempo y mi hija sigue sin aparecer —gruñe, rebosando chulería.

Patricia le sostiene la mirada. Detesta a los hombres como él, esos que creen tener el mundo a sus pies y tratan a los demás con arrogancia. Pero sabe manejarse con tipos así. No piensa dejarse intimidar. De hecho, va a hacerle sudar en este interrogatorio.

---

David Velasco no piensa ser el primero en apartar la mirada. Si aquel policía ya le parecía un incompetente, la inspectora Siles supera con creces sus expectativas de incompetencia. Le encantaría borrarle esa expresión de superioridad de un tortazo. Lo haría sin pensarlo, como hizo hace apenas unas horas con su mujer. Aunque,

siendo honestos, Irina no se lo merecía. Calculó mal. Debería disculparse, aunque sabe que ella volverá. Siempre lo hace.

—¿A qué se dedica, señor Velasco? —pregunta la inspectora, sin pestañear.

—No entiendo qué tiene eso que ver con mi hija.

David mira de reojo a su abogado, el cual le responde con un leve gesto de aprobación. La inspectora sigue impasible. David duda unos segundos. No es algo que pueda ocultar, pero abre una puerta que desearía mantener cerrada.

—Gestiono locales de ocio —responde finalmente.

Patricia echa un vistazo a las notas en su cuaderno.

—Tengo entendido que es el propietario del grupo Ítaca, que cuenta con más de treinta establecimientos en la provincia. ¿Es así?

—Si ya lo sabía, ¿por qué necesita preguntármelo? —replica David, crispado.

—Solo trato de verificar la información. Entonces, ¿es correcto?

David levanta las cejas con forzada consternación antes de cruzarse de brazos.

—Sí. Lo es.

—Bien. Uno de esos locales está en Orihuela. Se llama Díscolo, ¿correcto?

David asiente con rigidez. No le gusta por dónde va la conversación.

—Mi compañero, el inspector Somoza, asegura que usted abandonó la urbanización Jardines del Edén anoche, a las nueve y cuarenta minutos, antes de decir que iba a buscar a su hija. ¿Es eso cierto?

Él asiente de nuevo, sin descruzar los brazos. El borde del abismo se vislumbra más cerca con cada pregunta de la inspectora.

—¿A dónde fue? —inquiere Patricia, ladeando la cabeza.

David mira a su abogado, que esta vez no hace ningún gesto. Gira el cuello en sentido contrario y clava la vista en el espejo de la pared. Su reflejo le devuelve la imagen de un hombre en tensión, con la mandíbula apretada.

—Como ya dije, fui a buscar a mi hija.

—¿Y por qué pensó que podría estar en Orihuela, en un local de su propiedad?

Las palabras de Patricia lo cortan como una cuchilla. Siente un calor sofocante que se extiende por su cuerpo y el sudor empieza a aflorar en su frente. Es tarde para fingir calma. La inspectora sigue con esa expresión imperturbable. Sabe que está contra las cuerdas.

El abogado se inclina hacia adelante e interviene:

—Mi cliente ha decidido no responder más preguntas, inspectora.

—¿Ah, sí? No le he oído decir eso —replica Patricia, girándose hacia Martín Muñoz—. ¿Tú lo has escuchado?

El agente niega con la cabeza.

El abogado alza la mano, en un intento inútil de apaciguar la tensión.

—Si le parece bien, mi cliente está atravesando una situación complicada. Preferiríamos dar por finalizada la conversación. Debería estar en casa con su familia.

Patricia se levanta antes de responder.

—No. Me temo que no —sentencia—. Verá, ayer una patrulla de incógnito siguió a su cliente cuando, según él, iba a buscar a su hija. Lo curioso es que no fue a buscarla. Se dirigió a Díscolo, su local nocturno en Orihuela, y pasó allí toda la noche. No regresó a su casa hasta esta mañana.

—Eso no es suficiente para formular una acusación —disiente el abogado.

—Eso no le corresponde a usted decidirlo, letrado. Además, tras revisar sus propiedades, hemos descubierto que es dueño de varios vehículos. Entre ellos, hay una furgoneta blanca que nos ha llamado mucho la atención. También posee una cabaña en Busot, que queremos inspeccionar. Hemos hablado con el juez y nos ha dado el visto bueno. Estas son las órdenes judiciales de registro, por si desea revisarlas —dice Patricia, deslizando los documentos sobre la mesa.

El abogado los observa con una expresión sombría, pero no los toca.

—Ha dicho que su comparecencia aquí era voluntaria —señala el abogado.

—Lo era. Pero ha dejado de serlo cuando se ha negado a aclarar por qué fue ayer al pub Díscolo.

Juan Hernández se muerde el labio y mira a su cliente. David no le devuelve la mirada.

—También necesitaré su teléfono móvil —añade Patricia.

Se coloca un guante de vinilo, saca una bolsa de pruebas y extiende la mano, esperando.

David siente un puñetazo en el estómago. Se retuerce en la silla. Ahora sí busca con desesperación la mirada de su abogado. Este asiente con resignación y se encoge de hombros.

Cuando David deposita su teléfono sobre la mano enguantada de la inspectora, comprende que está perdido.

---

Gabriel suda como si hubiera corrido una maratón. Se esfuerza por terminar las tareas de mantenimiento lo más rápido posible, pero dos vecinas, ajenas a la gravedad de la situación, han interrumpido su trabajo para preguntarle quién es y qué ha pasado con el anterior conserje. Hablan más de la cuenta, y Gabriel, un hombre de pocas palabras, no tiene el don de la labia para quitárselas de encima con elegancia. Debería mejorar en eso, aunque ahora mismo es lo último que le preocupa.

Cuando recibe la información de Patricia, se estremece. David ha llevado a cabo acciones que le colocan en el punto de mira. Por si fuera poco, acaba de descubrir que tiene una cabaña en Busot, un lugar aislado.

La tentación de subir a su coche y salir disparado hacia esa cabaña intenta apoderarse de él. No puede evitar pensar que los chicos están allí. Quiere acabar con este caso de una vez por todas. Es lo único que le importa.

Pero tiene que contenerse y mantener la compostura. Sabía que esto podía pasar cuando se ofreció para infiltrarse. Llegaría el momento en el que quisiera adoptar otros roles y eso no sería posible. Su instinto no ha fallado. Una vez más.

Se ocupa de demasiadas cosas al mismo tiempo y la presión lo abruma. Además, siente la necesidad de volver a la casa de los Lago para reunirse con las familias, las que más lo necesitan. Un golpe de remordimiento le atraviesa el pecho.

Termina de repartir la correspondencia y se dispone a reunirse con Daniela y Miguel Lago cuando suena el teléfono.

Es Laura, la agente a la que encomendó localizar a Irina después de que esta abandonara la casa tras ser agredida por su marido.

—Cuéntame. ¿Tienes algo?

—Nada. Te ha dicho la verdad. Estuvimos indagando y conseguimos averiguar la dirección de su amiga Nuria. Fuimos hacia allí y encontramos su coche aparcado cerca. De hecho, ambas estaban abajo, creo que acababa de llegar cuando las vimos. Hemos sido rápidos, así que no tuvo tiempo de ir a otro sitio antes. Después, subió a su apartamento y estuvo allí una hora y media. Luego bajó con su amiga y su perro a dar un paseo. Se sentaron un rato en un banco del parque cercano e Irina rompió a llorar. Su amiga intentó consolarla, pero se la veía destrozada.

—De acuerdo. Lo imaginaba, pero tenía que estar seguro. Gracias, Laura. Si hay alguna novedad, vuelve a llamarme.

---

Emma Lago lucha por controlar las ganas de abalanzarse sobre su novio y cerrarle la boca a golpes. No deja de repetirle que no permitirá que le pase nada, que la protegerá, como si tuviera la fuerza necesaria para tirar la puerta abajo y sacarlos de allí. Como si la voluntad fuera suficiente para romper la madera podrida de esa asquerosa cabaña.

—Álvaro, no hagas ninguna estupidez, por favor —ruega Emma.

—¿Y qué quieres que haga? ¡Mira a Sonia, joder! ¡Está muerta!

Las palabras de Álvaro la desgarran. Emma no puede alzar la vista por miedo a volver a ver el cuerpo de Sonia, inmóvil sobre el suelo, como una muñeca rota.

—Nos vas a poner en peligro.

—¡Solo es uno! Puedo con él —contesta Álvaro, su confianza parece teñida de desesperación.

—Lleva un arma.

—Eso no es un arma. No podrá matarme con eso.

Emma suspira y niega con la cabeza. Le tiembla todo el cuerpo. Solo desea que se calle, que deje de hablar y que no empeore la situación.

—Nuestros padres tienen dinero. Pagarán lo que tengan que pagar y esto se solucionará, pero necesito confiar en ti. No me falles, por favor —implora Emma.

Álvaro se incorpora de golpe. El sonido de un motor acercándose quiebra el silencio. A Emma se le eriza la piel y un escalofrío gélido la paraliza.

—¡Álvaro, siéntate! —exclama, pero él no le hace caso.

El tiempo se ralentiza. Se oyen pasos en el exterior. Un candado se abre con un chasquido seco. Después, la madera cruje.

El mismo hombre que los llevó allí aparece en la puerta. Lleva una máscara de payaso de ojos vacíos y sonrisa grotesca, la misma que llevaba puesta cuando los obligó a subir a la furgoneta. Una túnica negra le cubre el cuerpo por completo y oculta todo lo que podría delatarlo. En su mano, el táser con el que los amenazó la noche del secuestro.

Se queda inmóvil, observando el cadáver de Sonia.

—Ayúdame a sacarla —ordena a Álvaro. Su voz suena distorsionada, amplificada por algún tipo de dispositivo en el interior de la máscara que esconde su verdadero tono.

Álvaro no se mueve. Emma cierra los ojos. Sabe que su novio está midiendo sus posibilidades. Esa idea le aterra.

Un chasquido eléctrico inunda la cabaña. Emma ahoga un grito y se encoge contra la pared.

Cuando abre los ojos, ve a Álvaro agarrando a Sonia por los hombros. Al levantarla, la cabeza de la chica cae hacia atrás, revelando su rostro pálido, inerte. Emma tiene que apartar la mirada de nuevo.

El hombre disfrazado de payaso sujeta los pies de Sonia sin soltar el táser. Con torpeza, la arrastran fuera de la cabaña. Emma escucha

el ruido sordo del cuerpo al caer en la tierra. Un sonido seco que la atraviesa.

Luego, algo metálico golpea el suelo. Parecen unas llaves.

—Cierra el candado —ordena el secuestrador.

La puerta se cierra de golpe. El clic del candado resuena en el aire, dejando un eco punzante en el pecho de Emma.

Está sola. Otra vez.

Se abraza las rodillas con fuerza y las aprieta contra el pecho. Golpea el suelo con los talones, tratando de controlar la sensación de ahogo que la asfixia. La cabaña le resulta cada vez más pequeña, como si sus paredes le apretaran, como si todo su peso se concentrara en su abdomen, aplastándola.

El tiempo se diluye. No es capaz de saber cuánto transcurre desde que se van. Le parece una eternidad.

Otro chasquido. Otra vez el candado. Otra vez el crujir de la madera.

Álvaro entra primero, caminando despacio. Detrás, la figura del payaso. Con un gesto, le indica que se aleje de la puerta.

El siguiente movimiento de Álvaro es rápido. Se gira bruscamente y se abalanza sobre el secuestrador. Ambos caen al suelo. El golpe sacude la cabaña entera.

El táser sigue en la mano del hombre. Lo acciona justo cuando Álvaro intenta golpearle. Un fogonazo azul ilumina la escena.

Los músculos de Álvaro se contraen en un espasmo violento. Su cuerpo se sacude antes de desplomarse contra la madera. Emma tiene los ojos cerrados. No quiere verlo, pero el sonido del impacto la estremece.

Emma jadea.

El payaso se recoloca la máscara. Se le ha movido ligeramente, pero no lo suficiente para revelar su rostro.

Emma retrocede hasta el rincón más oscuro de la cabaña. Se encoge, temiendo ser la siguiente.

Pero no sucede.

El hombre se gira, sale apresurado, cierra el candado y el silencio se adueña de la cabaña.

## 15

A Álvaro le duele todo el cuerpo. Nunca había sentido un dolor así, tan profundo, tan atroz. Cada intento de moverse se traduce en mil agujas clavándose en su carne, atravesándolo sin piedad. Incluso respirar es una tortura. Su pecho se hincha con dificultad, y el aire que entra le quema los pulmones. Ahora comprende que su novia tenía razón: arriesgarse a recibir una descarga con el táser no fue una buena idea. Lo ha aprendido por las malas.

Emma lo observa desde la puerta del baño. Es la tercera vez que ha ido a vomitar en lo que va de día. Su rostro está pálido, las ojeras se le marcan como sombras violáceas bajo los ojos, y su expresión destila resentimiento. No necesita un espejo para saber que él debe de estar igual o peor. De todos modos, en aquella cabaña no hay nada que refleje su aspecto. Ni un espejo, ni un cristal, ni una pizca de esperanza.

Han dormido sobre un colchón en el suelo, si es que a eso se le puede llamar dormir. Álvaro se ha despertado al menos veinte veces, y Emma otras tantas. Cada crujido de la madera, cada destello que se filtraba por las rendijas de la cabaña, los ha sacado repentinamente de su frágil letargo. Con la ayuda de Emma, ha logrado levantarse para ir al baño, aunque el esfuerzo ha sido titánico. Al volver, en lugar de intentar llegar al colchón, se desploma sobre la madera áspera. Ahí sigue, sin fuerzas para moverse, con la mirada perdida en el vacío.

—¿Te sigue doliendo? —pregunta Emma con seriedad.

Él asiente con un leve movimiento de cabeza y cierra los ojos, sintiendo cómo el mareo le revuelve las entrañas.

—¿Tienes idea de qué hora puede ser? —pregunta Emma de nuevo.

Álvaro niega despacio.

—No. Diría que sobre las siete de la tarde, pero no tengo ni idea —su voz es apenas un susurro, un hilo quebrado de palabras—. Creo

que voy a intentar dormir un poco. ¿Puedes ayudarme a llegar al colchón?

Emma lo mira con la frente arrugada, la rabia brilla en sus ojos.

—Te dije que era mala idea, y aun así lo hiciste, Álvaro. Podría haberte matado. Te pusiste en peligro. ¡Y a mí también!

—¿Qué querías que hiciera? ¿Quedarme de brazos cruzados sin hacer nada?

—Pues sí. Eso hubiera estado bien —espeta ella, con la voz cargada de frustración—. Ahora tendría a alguien que pudiera ayudarme y no un despojo de hombre que se arrastra por el suelo.

Álvaro traga saliva y se obliga a no responder. La paciencia siempre ha sido su mejor cualidad. Entiende que Emma está al límite, que su mente busca una salida, cualquier cosa a la que aferrarse para no derrumbarse del todo. Pero él no tiene fuerzas para discutir. Solo la observa. No es más que una niña que acaba de descubrir que el mundo no es un lugar maravilloso repleto de arcoíris. No tiene recursos para enfrentarse a algo así. Tal vez nadie los tenga. Lo único que puede hacer es mantenerse sereno y ahorrar fuerzas.

Entonces, un sonido rompe la frágil calma de la cabaña.

El rugido de un motor se aproxima por el bosque.

Emma ahoga un grito y se encoge instintivamente, acurrucándose junto a Álvaro. Su cuerpo tiembla contra el suyo, pero él apenas reacciona. Cada roce es una descarga de dolor en su piel.

El miedo vuelve a apoderarse de ellos.

—No intentes nada, por favor —suplica Emma con voz trémula.

Álvaro no contesta. Ni aunque quisiera podría hacerlo. Ni aunque tuviera la intención de moverse lo lograría.

Los segundos se convierten en una tortura mientras el motor se apaga y el chirrido de una puerta al abrirse corta el silencio. Luego, pasos. Lentos. Medidos. Crujen sobre la grava húmeda.

El sonido metálico de un candado siendo manipulado.

Emma se aferra con más fuerza a su brazo.

El aliento de Álvaro se entrecorta.

La puerta está a punto de abrirse.

---

Martín Muñoz se ha ofrecido voluntario para inspeccionar la cabaña que pertenece a David Velasco. Necesita impresionar a la inspectora Siles. Más que eso: necesita que ella lo vea. Que lo tome en serio. Anhela formar parte del Grupo de Homicidios. Es lo que siempre ha querido y la razón por la que estudió Criminología en la universidad. Pero cada vez que Siles lo mira, siente que es completamente invisible. Como si no existiera.

Sus compañeros le han dicho que no se desespere, que «La Jefa» es así con todo el mundo. Excepto con Gabriel Somoza. A él sí lo trata diferente. Y Martín lo sabe. Lo ha visto con sus propios ojos.

Lo acompaña Beatriz Gambín, una agente novata que lleva menos de un año en el cuerpo. Eso le resulta agradable. Beatriz delega cualquier decisión en él y eso le hace sentirse bien. Siempre ha pensado que tiene dotes de liderazgo.

La cabaña no está en el centro de Busot, un pueblo pequeño de calles serpenteantes y casas de piedra. Está apartada. Demasiado apartada. Para llegar, hay que atravesar un camino de tierra angosto, donde la hierba crece en los márgenes, dejando solo al descubierto los surcos marcados por las ruedas de los coches. A medida que avanzan, el paisaje se vuelve más inhóspito. No hay casas cercanas ni señales de vida. Solo el viento agitando las copas de los árboles y el zumbido lejano de los insectos.

Una valla metálica rodea la propiedad, oxidada en algunas partes, con alambres retorcidos sobresaliendo como garras.

—Quiero que estés alerta —dice Martín a su compañera en voz baja—. Fíjate. Estamos solos. Este es el lugar ideal para encerrar a alguien.

Beatriz asiente sin decir nada, apretando los labios. Se mueve con rigidez, como si el aire espeso del bosque le pesara en los pulmones.

Martín saca las llaves que David Velasco ha entregado a regañadientes. La orden de registro no le dejó otra opción y, por

suerte para los agentes, llevaba una copia en la guantera de su coche.

Prueba con tres llaves antes de encontrar la correcta. La verja cede con un chirrido largo.

Cruzan el jardín descuidado, donde la maleza crece sin control y el suelo está cubierto de hojas secas y pequeños insectos que huyen con cada paso. El olor a humedad y a madera podrida impregna el aire.

Cuando llegan a la puerta de la cabaña, se encuentran con un candado grueso y viejo, pero firme. Martín lo manipula y esta vez acierta a la primera.

Empuja la puerta y el interior se revela en la penumbra.

Vacío.

El polvo flota en los haces de luz que se filtran desde el exterior por las grietas de la estructura. No hay muebles ni rastros de presencia humana reciente.

No hay nadie.

Y, por la capa de suciedad acumulada en el suelo, parece que no lo ha habido en mucho tiempo.

Martín se queda en el umbral con los brazos en jarra.

Está frustrado.

---

Cuando la puerta se abre, Emma siente cómo su pulso se acelera.

¡Es él!

El hombre de la túnica negra y la máscara de payaso.

Se toma un tiempo para entrar, sin prisa, con la misma presencia imponente de siempre. En su mano derecha, enfundada en un guante negro, sostiene el táser. Un recuerdo de lo que puede suceder. En la otra, una bolsa de plástico que deja caer al suelo con un golpe seco.

Emma distingue una botella de agua y una bolsa de aperitivos en su interior. También hay un periódico. El hombre mete la mano en la bolsa, lo extrae con parsimonia y avanza un par de pasos antes de lanzárselo.

El periódico golpea las rodillas de Emma y cae al suelo, deslizándose sobre la madera. No lo tocan. Ninguno de los dos se mueve.

El hombre de la máscara respira con pesadez.

—Sujetad el periódico —ordena con su voz distorsionada por el modulador de la máscara.

Emma apoya la frente contra el hombro de Álvaro, incapaz de levantar la mirada. Su cuerpo entero tiembla de forma violenta, incontrolable. Su piel está helada. Siente la garganta cerrada, le cuesta respirar.

Álvaro es quien, con gran esfuerzo, logra incorporarse lo suficiente para coger el periódico. Cada movimiento le arranca un quejido ahogado. Emma sigue sin reaccionar, paralizada.

Él lo levanta, y ella se gira apenas unos centímetros para ver la portada.

La fecha es de ese mismo día, o al menos eso cree. Ha perdido la noción del tiempo.

No hay ninguna noticia sobre su desaparición.

Su mente se aferra a esa idea con desesperación. Eso es bueno. Significa que la policía no sabe nada. Significa que sus padres pagarán el rescate y podrá volver a casa. Nunca más volverá a pisar esa cabaña. Nunca más.

Entonces, su mirada se desliza hacia la mano del hombre de la máscara.

Él hurga en el interior de su túnica y saca algo. Un objeto rectangular, oscuro, de bordes gruesos.

Emma lo reconoce al instante. Es una cámara instantánea, una Polaroid.

Su padre tenía una igual cuando era niña. Le encantaba hacerse fotos con ella, observar cómo la imagen emergía poco a poco en el papel, como por arte de magia.

Ahora, la magia ha desaparecido. Ahora entiende lo que quiere el hombre de la máscara.

Quiere una foto de ellos con el periódico. Quiere una prueba de vida.

Su mente se desploma en un torbellino de miedo.

Porque Sonia no estará en esa foto.
El horror se apodera de ella.

## 16

Miguel Lago siente que el corazón le late con fuerza, desbocado, como un martillo impactando contra su pecho. Cada latido impulsa un torrente de sangre que le golpea las sienes, a punto de hacerlas estallar. El dolor de cabeza es punzante, una presión constante que no cede.

Ha anochecido y el inspector Somoza sigue en su casa. Miguel no sabe qué pensar. Quiere creer que el policía está ahí para ofrecerles su ayuda, pero una parte de él sospecha que lo está vigilando. Somoza le oculta algo. No le dice todo lo que sabe. Miguel intenta comprender su postura, ponerse en su lugar, pero es imposible.

Daniela, su mujer, ha tenido que tomarse tres pastillas para dormir. No podía más. El agotamiento la ha vencido tras tantas horas en vela. Subió al dormitorio hace rato. Marta y Jorge Sempere, los padres de Álvaro, también se han marchado. Quizá necesiten estar solos para procesar todo lo que está ocurriendo. Y no es poco.

No ha tenido noticias de Irina ni de David Velasco. Solo ha escuchado a su vecina cuchichear con otra mujer que sacaba al perro. Según parece, ha habido una fuerte discusión en su casa esta mañana. Irina se ha subido al coche y se ha ido. No es la primera vez que Miguel oye rumores sobre los Velasco. Le cuesta entender que David trate así a una mujer como Irina. Es hermosa, sí, pero más allá de eso, parece frágil, alguien que no merece ser tratada de esa manera.

El inspector le ha pedido quedarse a dormir en el sofá. Dice que quiere estar cerca por si hay novedades. Miguel lo duda. Cree que lo está observando, esperando a que cometa un error. Es solo cuestión de tiempo, si no lo ha hecho ya, que descubra su difícil situación económica. Y entonces, ¿qué? Tiene un motivo para querer dinero. Eso es innegable.

Gabriel, sentado en un rincón y con la expresión endurecida por la luz del móvil, entrecierra los ojos mientras escribe y lee mensajes.

Parece concentrado, pero Miguel siente su presencia como una sombra al acecho.

Es hora de subir y meterse en la cama con su mujer. Tal vez logre dormir un par de horas. El cuerpo se lo pide, aunque la mente no le dará tregua.

---

Gabriel lucha contra el sueño, hundido en el sofá de la familia Lago, con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos fijos en un punto indefinido del techo. Intenta mantenerse despierto hasta que Patricia termine de ponerle al día por mensajes. Necesita dormir un poco.

El zumbido de su móvil lo saca de su letargo. Lo extrae despacio del bolsillo, procurando no hacer ruido. No quiere despertar a Miguel y Daniela, que están intentando dormir. Una llamada a estas horas solo puede significar problemas. Se incorpora con cuidado, cruza el salón sin encender luces y desliza la puerta del jardín trasero lo justo para salir sin llamar la atención.

El aire de la noche le despeja un poco. El jardín es amplio y está meticulosamente cuidado. Pequeños bonsáis de troncos retorcidos y hojas pulcramente recortadas descansan sobre mesas bajas, cada uno con su maceta de cerámica esmaltada. A un lado, una mesa con herramientas para trabajarlos: tijeras de podar, alambres, un pulverizador con agua. Todo ordenado, sin una mota de tierra fuera de su sitio.

—Dime —responde en voz baja, observando los árboles en miniatura.

Al otro lado, responde Antonio Sigüenza, uno de los dos agentes de policía que siguieron a Jorge Sempere anoche.

—Inspector Somoza, soy Antonio, necesito hablar con usted.

La voz suena tensa, algo nerviosa.

A Gabriel no le gusta cómo empieza la conversación. No es habitual que un agente lo llame a esta hora.

—¿Qué pasa?

Silencio breve al otro lado de la línea.

—No le dijimos toda la verdad anoche.

Gabriel mantiene la calma, pero su espalda se tensa.

—¿A qué te refieres?

—A Jorge Sempere. Lo seguimos, como ordenó, pero... hubo un momento en que lo perdimos de vista.

Gabriel trata de contener su enfado. Suelta aire despacio, reprimiendo el impulso de maldecir en voz alta.

—¿Cuándo?

—Cuando iba por las carreteras de Mutxamel, ya de madrugada. Eran caminos poco iluminados, no pasaba un alma, y… bueno, simplemente desapareció de nuestra vista. Teníamos que mantener cierta distancia para no llamar su atención. Fue muy difícil.

Gabriel cierra los ojos un instante. Aprieta la mandíbula antes de responder.

—¿Por qué no informasteis de esto antes?

—No queríamos alarmar sin pruebas. Lo buscamos, inspector. Dimos varias vueltas, pero no había manera. Luego lo vimos aparecer otra vez y no quisimos complicar el informe. Llevo todo el día dándole vueltas, arrepentido. Lo siento de verdad.

—Es decir, que Jorge Sempere tuvo tiempo para hacer lo que le diera la gana sin que nadie lo viera.

Antonio no contesta. El silencio lo dice todo.

—¿Cuánto tiempo lo perdisteis? —pregunta Gabriel.

—Alrededor de una hora.

—Bien. Ya hablaremos sobre esto.

—Inspector, por favor. No se lo diga a Patricia Siles. Se lo ruego. Fue un error, pero lo seguimos toda la noche. No tenemos pruebas de que hiciera nada extraño.

—Buenas noches, Antonio.

Gabriel cuelga y se queda un momento en el jardín, con los ojos clavados en la mesa de herramientas. Alambres, tijeras, bridas… No falta de nada.

Patricia termina de poner al día a Gabriel mediante mensajes. Habría sido mucho más rápido llamarlo, pero él le ha pedido que no lo hiciera para no despertar a Daniela, quien, al parecer, acaba de dormirse tras dos noches en vela.

Hoy también se ha hecho tarde. Ha sido un día largo, plagado de incertidumbres.

Varias parejas de agentes siguen con la búsqueda, ampliando poco a poco el radio de rastreo. Hasta ahora, salvo el testimonio del vecino que vio la furgoneta blanca el día del secuestro, nadie más ha aportado información útil. En cuanto tenga un momento, volverá a hablar con ese vecino y le mostrará fotos de la furgoneta incautada a David. Tal vez sirva de algo. Mientras tanto, ha ordenado a dos agentes que revisen las cámaras de seguridad de la zona por si logran captar la furgoneta de David el día del secuestro.

El registro del club nocturno de David Velasco ha resultado esclarecedor. En un almacén anexo, la policía ha incautado más de doscientos kilos de cocaína empaquetados en fardos. Patricia lo intuía desde el interrogatorio; la expresión de David había sido la de un hombre que esconde demasiado.

En el club Díscolo trabajaron ayer tres personas, dos camareras y un encargado. Les han interrogado, por supuesto. Pero, como era de esperar, nadie sabía nada de la droga, claro. Aunque sí reconocen que David Velasco estuvo allí. Según le han contado a Patricia, cuando apareció la droga en una primera inspección, el encargado se vino abajo y, de repente, se mostró más colaborador. Asegura que su jefe, el señor Velasco, tiene una aventura con Andrea, una de las camareras de ese club. Es habitual que, cuando ella está trabajando, David se presente allí y ambos pasen la noche en la trastienda. A todos les resulta incómodo, pero él es el jefe, así que poco pueden hacer.

Andrea, sin embargo, no reconoce la relación con David Velasco. Según cuenta son amigos. Dice que él se siente cómodo hablando con ella y que algunas veces va a verla para hablarle de sus problemas. Para Patricia, suena más creíble la versión del encargado, aunque los escarceos de David le traen sin cuidado, lo que quiere es resolver el caso.

La furgoneta blanca ya está en las dependencias policiales. Desde el departamento de la Unidad Científica le han prometido que a primera hora de la mañana empezarán a trabajar con ella. Ahora no le preocupa tanto el tiempo que pueden retener a David en comisaría: con esa cantidad de droga en una de sus propiedades, ya tienen motivos más que suficientes para mantenerlo detenido. Pero ese no es el objetivo. No. Se trata de encontrar a los chicos con vida. Y para eso sí que hay prisa.

En la cabaña no han encontrado nada. Patricia ha visto las fotografías que tomó el agente Martín Muñoz y no parece que alguien haya estado por allí en una buena temporada. Habrá que seguir buscando.

Patricia está a punto de quedarse dormida sobre su escritorio cuando, con esfuerzo, se obliga a incorporarse. Recoge sus cosas y decide irse a casa. Mañana será otro día. Al menos debería hablar con su marido. Se lo debe.

Está a punto de salir de su despacho cuando una agente rubia, de unos treinta años, aparece como un rayo y se aferra al marco de la puerta con ambas manos.

—Inspectora, ¿tiene un minuto?

Patricia la observa, luchando por mantener los párpados abiertos.

—Si puede esperar a mañana, te lo agradecería. Necesito dormir —balbucea.

—Yo… creo que no. Es importante. Han llamado de una planta de residuos. Han encontrado el cuerpo de una chica adolescente. Al volcar el contenedor, un operario la vio caer.

El sueño se esfuma de golpe. Un dolor punzante le atraviesa el estómago. Suelta el bolso y lo deja caer al suelo con rabia.

Esta noche tampoco irá a casa, pero eso no es lo que le enfurece. Es el fracaso.

## 17

Patricia no tarda en llegar a la planta de residuos, donde el revuelo por lo sucedido es evidente. Es la primera en llegar al lugar. Los equipos de la Unidad Científica no deberían tardar. El comisario Urriaga también está de camino, aunque Patricia no tiene intención de esperarlo. En cuanto consiga lo que busca, se marchará. No piensa perder ni un segundo más.

El olor es nauseabundo. Se le mete dentro, impregnándole la ropa y la piel. Le cuesta respirar.

Ha pedido hablar con Elías Moroño, el joven operario que vio el cuerpo caer desde el camión. Mientras lo espera en un rincón apartado de la escena, lo observa acercarse acompañado del encargado de la planta. Es alto y muy delgado, camina cabizbajo, como si temiera la conversación que está por llegar. Se detiene a pocos metros de la inspectora Siles.

—Déjenos a solas, por favor —le pide Patricia al encargado.

Él obedece sin rechistar.

Los dos quedan solos. Elías no levanta la mirada. Está asustado. Es comprensible.

—Soy la inspectora Siles. Necesito que me diga exactamente qué vio.

Le cuesta arrancar a hablar. Las palabras se resisten a salir de su boca.

—Estaba empezando mi turno. Yo trabajo en ese sector —dice, señalando una zona llena de montones de bolsas de basura.

Patricia no rompe el silencio, aunque desea que el chico se apresure.

—Los primeros camiones empezaron a llegar. Dejan los residuos en el foso. Allí, varias máquinas los trituran para reducir espacio y luego se incineran —continúa Elías.

—De acuerdo. ¿En qué momento viste a la chica? —pregunta Patricia.

—Pues la vi de casualidad, porque normalmente no nos fijamos en lo que cae. Damos por hecho que son residuos. Yo había bajado al foso porque se había atascado una trituradora y tenía que intentar arreglarla. Es una máquina que falla mucho últimamente. Entonces llegó un camión y volcó el contenedor. La mayoría de las bolsas de basura son negras. Por eso me llamó la atención algo diferente. Al principio no lo procesé. Pensé que podría ser un maniquí o algo así, pero cuando el camión se fue, me acerqué y lo vi con claridad. Era una chica con un abrigo rojo.

—¿Cuántas personas trabajan en un mismo camión?

—Cuatro. Un conductor y tres auxiliares —contesta Elías.

—¿Los conoces a todos?

El chico guarda silencio unos segundos. La pregunta parece haberlo tomado por sorpresa.

—Sí. Claro.

—¿Has notado algo fuera de lo habitual? Me refiero a si han cumplido con el horario, si ha habido cambios de personal en los camiones… ese tipo de cosas.

—No. Lo único raro es que ha aparecido una chica muerta. Es posible que alguien arrojara el cuerpo a un contenedor y nadie se diera cuenta hasta que llegó aquí.

Patricia coloca los brazos en jarra, le sostiene la mirada al operario y suelta un bufido.

—Bien. Gracias. Eso es todo por ahora.

Elías se aleja. Patricia se queda sola, con la mirada fija en la sábana blanca que alguien ha colocado sobre el cadáver, rodeado de toneladas de basura.

Las luces azules centelleantes anuncian la llegada de sus compañeros de la Unidad Científica.

Lo primero que harán será identificar el cadáver. Pero a Patricia no le hace falta: ya ha visto su rostro y el abrigo rojo que concuerda con la descripción que dio su madrastra.

No hay duda. Es Sonia.

Su parte es la más difícil: encontrar a quién la mató y saber por qué.

Lo primero será averiguar la ruta que siguió ese maldito camión. Y ponerse a trabajar.

---

Gabriel conduce en silencio, como siempre. Su único acompañante es la incesante voz de su conciencia, repitiéndole las mismas preguntas sin respuesta.

Ya no es necesario fingir que es el conserje de la urbanización Los Jardines del Edén. Ese plan no ha funcionado.

Todavía no se ha confirmado mediante ADN que el cuerpo sea el de Sonia Velasco. Por eso, aún no han informado a su familia. Pero Patricia la ha visto y ha cotejado su rostro con un buen número de fotos. No tiene dudas. Es ella.

Si su padre, David Velasco, tuvo algo que ver en su muerte, es un misterio que aún debe esclarecerse. La situación no será nada sencilla. No pueden dejarlo en libertad; podría destruir pruebas o, peor aún, darse a la fuga. Sin embargo, si resulta ser inocente, lo habrán retenido injustamente justo después de perder a su hija. Un daño colateral con el que, por desgracia, deberán lidiar.

La clave es la furgoneta, piensa Gabriel. Mientras Patricia se dirige a la casa del testigo que aseguró haber visto una furgoneta el día del secuestro, con la intención de enseñarle unas fotos y confirmar si se trataba del mismo modelo, él se dirige a la planta de residuos donde han encontrado el cuerpo de Sonia. Se pregunta por qué solo ha aparecido ella y no los cuerpos de Álvaro y Emma. Se alegra por ello, pero la incertidumbre lo atormenta.

Desde el primer momento en que tomó el caso, sospechó que el culpable era alguien de la propia urbanización. El día en que entregaron la nota de secuestro, Nico, el guardia de seguridad a quien Gabriel detesta por su pasado, no estaba presente para hacer su trabajo. Pero fue solo por un corto período de tiempo, algo que los secuestradores no podían haber dado por sentado. A menos que el propio Nico estuviera involucrado. Es una posibilidad que no puede descartar, aunque no lo cree capaz de algo tan elaborado. Además, los informes que han llegado sobre él casi lo eliminan como

sospechoso. Varios agentes han seguido sus movimientos y no ha hecho nada que lo delate. En cualquier caso, Gabriel sabe que tendrá que estar atento.

Si antes de aparecer el cuerpo de Sonia ya sospechaba que el secuestro había sido ejecutado por varias personas, ahora no tiene ninguna duda. Alguien tuvo que deshacerse del cadáver. Ha ordenado seguir a todos los familiares que han abandonado la urbanización por algún motivo. Si hubiera sido alguno de ellos, lo sabría.

David Velasco sigue en comisaría. Irina está en casa de su amiga Nuria, algo de lo que Gabriel se ha asegurado pidiendo a una agente que vigile todos sus movimientos. Ellos no pudieron haberlo hecho. Tampoco la familia Lago ni Marta Ríos, porque no han salido de la urbanización. No puede decir lo mismo de Jorge, al que también siguieron, pero que pudo tener una oportunidad de hacer algo que no vieron cuando los agentes encargados de seguirle le perdieron la pista.

El cómplice es alguien de fuera. Y podría ser cualquiera.

O tal vez esté equivocado y no sea ninguno de ellos. Le resulta difícil decantarse.

Tenía claro que el secuestro tenía un móvil económico. Hasta que todo se torció y apareció el cadáver de Sonia. Ahora no puede descartar un ajuste de cuentas disfrazado con una nota de secuestro burda.

David Velasco es un hombre con enemigos. Eso es seguro. Cualquiera que maneje esas cantidades de droga termina complicando su camino. Quizá alguien buscaba venganza.

Jorge Sempere es abogado, y eso también es un imán para las enemistades. Más aún si el clan de los Bobrov está involucrado. Sea como sea, quien organizó esto probablemente contó con ayuda desde dentro de la urbanización. Patricia hizo bien en pedir que investigaran a todos los residentes, aunque hasta ahora ninguno ha levantado sospechas ni realizado movimientos extraños. Algo no cuadra. Y debe averiguar qué es.

Miguel Lago actúa como si ocultase algo. No puede culparle por ello, ya que en una situación como la actual, cualquier persona

podría verse desbordada y comportarse de manera errática. Le cuesta pensar que alguien podría hacer algo así, involucrando a su propia hija. Es demencial. Pero Gabriel ha visto tantas barbaridades que, a estas alturas, pocas cosas le sorprenderían.

Y luego está el hecho de que Álvaro, Emma y Sonia coincidieran a la misma hora y en el mismo lugar. Emma ni siquiera sabía que Álvaro y Sonia tenían algo. ¿Casualidad? Tal vez. Pero es demasiado llamativo.

Todas estas ideas colapsan la mente de Gabriel mientras se acerca a la planta de residuos. Y con ellas, se aviva su tristeza. No fue capaz de salvar a Sonia.

---

—Mírela otra vez, por favor. Es importante que esté seguro —insiste Patricia Siles, agitando la fotografía del vehículo incautado a David Velasco.

—Le digo que estoy seguro —murmura el hombre. Es tarde y su esposa no se ha levantado de la cama.

—Pruebe con esta —dice Patricia, mostrándole otra imagen—. Puede verla desde arriba, más o menos desde el ángulo en que la observó aquel día.

El hombre coge la fotografía y la levanta con ambas manos, examinándola como si fuera una vieja radiografía.

—Estoy seguro, señorita. Y créame, tengo una vista excelente. Era esa furgoneta o una idéntica.

Patricia se frota los ojos con el dorso de la mano. El agotamiento la consume. En dos horas, la Policía Científica comenzará a analizar la furgoneta de David Velasco. Si hay pruebas incriminatorias, estarán ahí.

El hombre lo nota. La observa con una mezcla de lástima y preocupación.

—Tiene mal aspecto, señorita. ¿Por qué no pasa y se tumba un rato en el sofá?

Ella alza la vista con esfuerzo, como si aquel gesto drenara sus últimas reservas de energía.

El hombre se aparta e insiste con amabilidad.

—Pase, por favor. No debería conducir así.

Patricia no responde. Solo cruza el umbral, da unos pasos hasta el sofá y se deja caer tras descalzarse las botas.

Dos horas serán suficientes.

## 18

Irina se ha despedido de su amiga Nuria con una sensación de inquietud. Algo no va bien. La voz del inspector Somoza al otro lado del teléfono, pidiéndole que se presente en la comisaría, le augura una mala noticia.

Si Sonia hubiese aparecido sana y salva, lo habría dicho sin rodeos. Pero no lo ha hecho. Y eso la preocupa.

La otra posibilidad es que hayan descubierto alguno de los trapos sucios de su marido. Eso no le afectaría tanto. De hecho, hasta se alegraría. No tiene nada que ver con sus negocios ni con sus asuntos turbios. No es la primera vez que David le pega, pero se ha jurado a sí misma —y a Nuria— que será la última. No se ha planteado abandonarlo en plena desaparición de su hija. Sería un golpe demasiado bajo, incluso para él. Puede esperar a que todo se solucione. Siempre y cuando mantenga las manos quietas.

Intenta concentrarse en la carretera, alejar de su mente esos pensamientos. Ya afrontará lo que tenga que afrontar cuando sepa de qué se trata. Ha considerado llamar a Daniela Vidal para preguntarle si sabe algo, pero ha decidido no hacerlo. Se ha imaginado escenarios horribles de los que prefiere mantenerse alejada el mayor tiempo posible. Además, es probable que ya estén al tanto de la agresión de David. No soportaría la vergüenza de hablar de ello con una mujer a la que apenas conoce.

Cuando por fin llega a la comisaría, se sorprende al ver un grupo de reporteros, cámaras y fotógrafos apostados en la entrada. Ha dejado su coche en un aparcamiento cercano y ha ido caminando.

Está a solo unos metros de la puerta cuando una mujer, con una cámara colgada del cuello, la señala con el dedo.

En cuestión de segundos, una nube de periodistas la rodea. Los *flashes* se disparan.

—Irina, ¿sabías en qué negocios estaba metido tu marido? —pregunta una reportera, acercándole un micrófono a escasos

centímetros del rostro—. ¿Crees que tuvo algo que ver en el secuestro de su hija?

«¿Cómo sabe mi nombre?», se pregunta Irina.

Se queda paralizada.

Antes de poder reaccionar, dos agentes irrumpen entre la multitud. Uno grita a los periodistas que se retiren mientras el otro la toma del brazo y la escolta hasta el interior de la comisaría.

El bullicio aún retumba en su cabeza cuando un policía se acerca y le indica que el inspector Somoza la está esperando.

No entiende nada.

Tiene miedo y se teme lo peor.

---

Gabriel Somoza no puede sentarse. Da vueltas por su despacho, mordiéndose las uñas. Intenta elegir las palabras correctas, si es que existe alguna adecuada.

Ve llegar a Irina. Su rostro está desencajado. Sus ojos, abiertos de par en par, parecen temer la peor de las noticias. Gabriel avanza hasta la puerta y le indica al agente que la acompaña que se quede con ellos. Cuando todos están dentro, cierra la puerta con un chasquido seco.

—Hola, Irina. Gracias por venir. Siéntese, por favor.

La observa durante varios segundos, sosteniéndole la mirada. En sus ojos, encuentra a una mujer aterrorizada, suplicante, como si con solo mirarlo pudiera impedir que pronuncie las palabras que teme escuchar. Gabriel arrastra la silla y se sienta a su lado.

—Irina, ha sucedido algo que debe saber. Lamento que la prensa le haya abordado de esa manera en la puerta. No debería haber pasado.

Irina traga saliva, pero su voz se quiebra igualmente.

—¿Qué está pasando?

Gabriel respira hondo.

—Anoche recibimos una llamada de una planta de residuos. Encontraron el cadáver de una adolescente. Hemos hecho las

comprobaciones de ADN pertinentes con las muestras tomadas en su casa y hemos confirmado que se trata de Sonia.

El gesto de Irina se descompone. Su rostro se inunda de lágrimas en cuestión de segundos, su piel enrojece y un sollozo desgarrador le sacude el pecho. Gira la vista hacia el otro agente, con la boca abierta, temblorosa. Restos de saliva salen despedidos por los fuertes espasmos de su llanto. Parece esperar que él desmienta lo que acaba de escuchar.

Gabriel duda. No sabe si debe decir algo más o si el silencio es la única respuesta posible. Desearía que Patricia se hubiera encargado de informar a Irina. Ella vuelve a mirarlo. Sus facciones crispadas, la vena de la sien palpitando con furia, la angustia desbordándose en cada resquicio de su expresión.

—¡No, por favor! —grita, desgarrada.

Gabriel no puede soportarlo más. Sus propios recuerdos lo invaden con fuerza. El dolor le atenaza el pecho, ese peso con el que ha aprendido a convivir pero que, en momentos como este, parece que nunca le abandonará.

Sin decir una palabra, le indica con un gesto al agente Lloret que se quede con ella en el despacho. Lloret asiente con cara de circunstancia. Sin duda, él tampoco querría estar ahí.

Gabriel abandona la sala sintiendo que le falta el aire.

Necesita que le ayuden.

---

Patricia Siles contempla a Irina, conmovida por el dolor que proyecta. Gabriel ha acudido a pedirle ayuda. Estaba ocupada agilizando trámites para avanzar en la investigación, pero entiende el sufrimiento de su compañero y no piensa dejarlo solo en esto. Es la única persona a la que no puede decirle que no, aunque admitirlo la haga sentirse débil, en cierto modo.

—Irina, comprendo tu dolor y te garantizo que, si no fuera porque aún hay dos chicos desaparecidos, no te haría pasar por esto ahora. —Patricia deja que el silencio apacigüe la tensión del

despacho—. Voy a hacer todo lo posible por encontrarlos con vida y necesito tu ayuda.

Irina la mira con los ojos enrojecidos; no queda rastro de la belleza que siempre tuvo.

—¿Su padre lo sabe? —pregunta, recobrando la voz.

—Sí, se lo he comunicado en cuanto hemos confirmado su identidad —responde Patricia.

—¿Está aquí?

Patricia duda. No sabe si se refiere al cuerpo de Sonia o a David. No quiere ni imaginarse llevando a Irina a la morgue, así que decide dar por hecho que habla de su marido.

—Sí. Pero ese es otro asunto del que quería hablar contigo. David está retenido. Lo estamos investigando.

Después de pronunciar esas palabras, Patricia analiza con atención la reacción de Irina. Gabriel le ha contado lo que ocurrió ayer. Sabe que ese bofetón no fue el primero.

—Entiendo. ¿Quiere hacerme preguntas sobre él? Adelante —contesta Irina con indiferencia.

—Sí, así es. Pero antes quiero pedirte que nos permitas tomar una muestra de tu ADN. Es parte del protocolo. Necesitamos aislar los perfiles para la investigación.

—Vale.

Patricia abre el primer cajón del escritorio de Gabriel. Sabe que él guarda kits allí. Coge uno y se dispone a tomar la muestra. Se levanta, se acerca a Irina y, al introducirle el bastoncillo en la boca, una punzada de remordimiento la atraviesa. Su rostro, devastado por la tristeza, es difícil de mirar. «Hay que tener estómago para este tipo de cosas», piensa.

—Hemos averiguado que David no salió a buscar a su hija cuando abandonó la casa de la familia Lago hace dos días. Esa noche fue directo a un club del que es propietario en Orihuela. Díscolo. ¿Lo conoces? —pregunta Patricia cuando termina de tomar la muestra.

—Sé cuál es ese club, pero nunca he ido. Él nunca quiso llevarme a esos sitios. Decía que yo tenía demasiada clase para lugares como ese. ¿Qué fue a hacer allí? ¿No buscó a su hija?

—Esperaba que tú me lo dijeras. Se ha negado a hacer declaraciones. Registramos el local y encontramos una gran cantidad de droga almacenada. ¿Sabías que tu marido tenía ese tipo de negocios?

Irina asiente con la mirada perdida.

—No era algo de lo que habláramos abiertamente, pero, al fin y al cabo, compartíamos techo. Alguna vez escuché conversaciones y me lo imaginaba. No quise preguntar. Hubiera sido peor. Supongo que ya se habrá dado cuenta de que su carácter no es precisamente dócil.

—¿Crees que David podría estar involucrado en el secuestro de Sonia?

Irina niega con la cabeza.

—Sinceramente, no lo creo. Lo que no tengo tan claro es que no esté relacionado con su negocio. Siempre se ha creído más listo de lo que realmente es. No duda en ganarse enemigos si lo considera necesario. He conocido a algunos de sus socios y no son gente de fiar. No descarto que se trate de un ajuste de cuentas o algo parecido.

—¿Recuerdas el nombre de alguno? —pregunta Patricia con la libreta preparada para apuntar.

—Solo uno. El que peor impresión me causó. Era italiano. Enzo Morelli, si no recuerdo mal. Una vez fuimos a cenar con él y su esposa, también italiana, pero no recuerdo su nombre. Enzo se pasó toda la noche intentando seducirme. Mi marido perdió los nervios y discutieron allí mismo. Aunque, según él, todo había sido culpa mía.

Patricia lo anota. Tiene que contener el impulso de decirle a Irina que su marido la engaña con una camarera. Debe ser profesional y no entrar en ese juego.

Gabriel decide intervenir.

—Cuando hablamos por primera vez, le pregunté si su marido se llevaba bien con su hija. Creo que no pudo contestar con sinceridad porque David estaba delante. ¿Es así? —pregunta el inspector Somoza.

Los ojos de Irina vuelven a llenarse de lágrimas.

—David es un hombre complicado. Siempre quiere mandar, no soporta que le digan lo que tiene que hacer. Por eso me callé. Antes de ir a verle en la casa de la familia Lago, le recordé a mi marido que hace unas semanas me pincharon las cuatro ruedas del coche, por si podía estar relacionado. Me dijo que me callara y que no comentase nada de eso.

—¿Tiene idea de quién pudo ser? —inquiere Gabriel.

—Alguien de la urbanización, eso seguro. Pero no sabría decirle.

Patricia sigue tomando notas.

—Entonces, ¿David y Sonia no se llevaban bien? —pregunta el inspector Somoza.

—No. No se llevan bien. Chocan mucho. El día que Sonia desapareció, habían discutido. Él le dio un bofetón. Últimamente estaba más irascible de lo normal.

Patricia deja que Gabriel continúe llevando el interrogatorio.

—También hubo un momento, en casa de la familia Lago, en el que pregunté si Sonia, Álvaro y Emma se conocían. Creo que usted iba a decir algo y no se atrevió.

Irina asiente y se limpia las lágrimas con la manga de la blusa.

—Yo sí me llevo bien con Sonia. La quiero como si fuese mi propia hija… —tiene que tomarse unos segundos para recomponerse, para que la voz no se le quiebre—. Sabía que tenía una relación con Álvaro a escondidas. Ella me lo contó. No sé si es algo que ustedes ya saben, pero no me atreví a decirlo delante de sus familias en un momento tan tenso como ese. Lo siento.

Gabriel asiente, procesando la información.

—Irina, quiero volver a Los Jardines del Edén. La investigación, como habrá podido comprobar en la puerta con toda esa prensa, ya no es ningún secreto. Y esta vez quiero ser yo quien registre su casa. ¿Le parece bien?

Irina asiente. Lo último que quiere ahora es quedarse sola.

## 19

Las dos horas que Patricia durmió en el sofá de la pareja octogenaria que vive en la playa de La Almadraba han sido suficientes para infundirle fuerzas. Ha tenido una mañana productiva en la que ha logrado agilizar varios puntos clave de la investigación.

Salvo por la breve interrupción de Gabriel para que la ayudase con el interrogatorio de Irina, ha aprovechado bien el tiempo.

El análisis del teléfono de Sonia confirma el testimonio de Irina. Tuvo una discusión con su padre y este le pegó. Lo comenta con su amiga Ángela en una serie de mensajes donde deja claro que se ha ido de casa y que no piensa volver. Patricia relee la transcripción de la conversación. No quiere que se le pase nada.

SONIA: No es la primera vez. Estoy harta.

ÁNGELA: ¿Y qué vas a hacer? Ven a mi casa y te quedas aquí.

SONIA: De momento, prefiero estar sola. Gracias. ¿Te puedes creer que cuando me he ido ni se ha molestado en decirme nada? Ha tenido que salir Irina a rogarme que me quedara y él se ha quedado en su despacho como si no le importase.

ÁNGELA: Ven a casa, tía. Y me cuentas todo mejor.

SONIA: Voy a apagar el teléfono. Si me llama, que se encuentre con el buzón y se preocupe. Se lo merece.

Y eso hizo. Apagó el teléfono un minuto después de enviar ese último mensaje y no volvió a encenderlo.

El último punto en el que su móvil emitió señal fue en la Avenida Costablanca, una larga travesía que conecta el Cabo de las Huertas con la playa de La Almadraba. No hay mensajes anteriores que sugieran que estuviera metida en algún lío. De hecho, no hay registros de conversaciones con Álvaro ni con su padre recientes. Siempre se dirigía a Irina para comentarle sus planes o decirle si pensaba ir a casa a cenar. La relación entre ambas era cercana, lo

que hace que Patricia entienda aún más el dolor de Irina por su pérdida.

El último mensaje recibido de Álvaro data del mes de Julio. Sonia le saluda y él tarda en contestar. Álvaro le sugiere quedar en las rocas y ella acepta. Luego, un silencio que se prolonga hasta el día de hoy.

Por otro lado, el comisario Urriaga está presionando a Patricia para que dé una rueda de prensa. Insiste en que, si no lo hacen pronto, la prensa no les dará tregua. Pero Patricia se niega rotundamente. No va a exponerse de ese modo, por mucho que su superior insista. Antes renunciaría a su puesto como jefa del Grupo de Homicidios.

Lo único que le importa es la investigación.

Ha podido saber que las cámaras de seguridad cercanas al lugar donde se entregó el paquete el día antes de llegar a la casa de la familia Lago no revelan absolutamente nada. Su ubicación es nefasta. Debido a la legislación vigente, ninguna cámara de un comercio particular puede apuntar directamente a la calle, lo que complica la búsqueda de pistas. La cámara de la empresa de mensajería solo enfoca el interior del local y eso no le sirve, ya que quien dejó el paquete lo depositó en un buzón exterior sin vigilancia. Las etiquetas estaban impresas y adheridas al paquete, y el coste del envío había sido abonado previamente mediante una cuenta falsa.

Desde el departamento de Pericias Informáticas han rastreado la dirección IP desde la que se generaron e imprimieron las etiquetas del paquete. El rastro les lleva a un locutorio de la Playa de San Juan. Uno de los pocos locales que aún mantiene su actividad ofreciendo ordenadores con conexión a internet e impresoras. El dato más relevante es que las etiquetas se imprimieron siete días antes de producirse el secuestro. Será ella misma quien acuda a ese lugar en busca de respuestas. Lo tiene claro.

Una breve investigación concluye que el hombre que supuestamente envió el paquete lleva más de cinco años ingresado en un geriátrico. Su deteriorado estado mental lo descarta por

completo como sospechoso. Además, vive en Santander, lo que hace que la posibilidad de su implicación sea aún más remota.

El pago se realizó a través de una cuenta de PayPal, lo que dificulta el rastreo y convierte el caso en un callejón sin salida. Patricia ha solicitado la ayuda del departamento de Delitos Telemáticos, pero no tiene muchas esperanzas de obtener algo útil. Quien organizó esto sabía exactamente lo que hacía.

A pesar de todo, Patricia no piensa quedarse de brazos cruzados y trabaja en varias líneas de investigación. Ha pedido a un grupo de agentes que amplíen el radio de búsqueda con las cámaras de seguridad, aunque sin muchas expectativas. Mientras tanto, la Policía Científica analiza la furgoneta de David Velasco, y ella tiene pendiente hablar con Martina, la chica con la que, según Ismael Reyes, Álvaro tuvo un encuentro una noche en las rocas del Cabo de las Huertas.

También ha recibido los informes solicitados sobre los familiares directos. Nada llamativo. Salvo un hermano de David Velasco al que pusieron una orden de alejamiento por acoso hace diez años. Son tantos frentes que la inspectora Siles no tiene más remedio que delegar. Enviará a alguien a hablar con el hermano de David. Es meticulosa y no quiere que se le pase nada.

Sin embargo, hay algo más. Algo que no dejaría en manos de otra persona que no fuese Gabriel.

Ha recibido los informes con la geolocalización de los teléfonos de Jorge Sempere, Marta Ríos y Miguel Lago que Gabriel le pidió solicitar. Jorge y Marta, los padres de Álvaro, no mintieron. La noche del secuestro estuvieron en casa. Al menos sus teléfonos móviles muestran actividad en esa localización.

Sin embargo, el perfil de Miguel Lago, el padre de Emma, revela que su situación económica es alarmante. Un vistazo a las cifras hace que Patricia se lleve la mano a la boca. Su informe de localización muestra que la noche en la que su hija Emma desapareció estuvo moviéndose a una velocidad que sugiere que viajaba en un vehículo. Se desplazó hasta el campo de golf de Bonalba y permaneció en un hotel de la zona durante horas. Es un área algo aislada repleta de chalés.

Su comportamiento es, cuanto menos, sospechoso.

Necesitan hablar con él cuanto antes.

---

—Lamento mucho que tenga que pasar por esto de nuevo. El agente que realizó la anterior inspección se centró en conseguir muestras de ADN y prendas de ropa que pudiesen ayudar en el rastreo. Yo necesito dar un paso más y buscar alguna pista que me lleve a encontrar a los chicos —dice Gabriel a Irina, al entrar en su opulenta casa.

Irina se ha sentado en el sofá, con las manos entrelazadas sobre su regazo.

—Lo entiendo, pero, ¿es necesario que vaya a su habitación con usted? No estoy preparada para entrar allí ahora.

—No, claro que no. Puede quedarse aquí con el agente Muñoz. No tardaré. Se lo prometo.

Martín Muñoz se queda de pie, detrás del sofá, donde no molestará a Irina.

Gabriel no pierde tiempo. Cruza el amplio vestíbulo y sube las escaleras de mármol con zancadas firmes. El tiempo apremia. Una agente de la Policía Científica lo acompaña en la inspección. Mientras ella se encarga de precintar los ordenadores de la familia Velasco y de buscar dispositivos susceptibles de ser analizados, él se centra en las pertenencias de Sonia. Tal vez encuentre un diario, una nota, algo que lo acerque al paradero de Álvaro y Emma. O tal vez sea una absoluta pérdida de tiempo. Pero tiene que comprobarlo. Es parte de su trabajo.

El gato de Sonia aparece en el umbral de la puerta y se queda allí, sentado, observándolo fijamente, como si lo estuviera vigilando. Gabriel desvía la mirada, recordando que Azabache lleva días solo en casa.

Sobre el escritorio hay un libro con una marca de lectura a la mitad: *Entre líneas*, de Luis Santamaría. Revisa los cajones. Nada interesante. Luego el armario. Encuentra menos ropa de la que

esperaba. Nada extravagante. Sonia parece inclinarse por colores neutros y un estilo elegante.

Le llama la atención el inusual orden de la habitación. No sabe si es obra de la joven o de la asistente que se ocupa de la casa. Sobre una estantería anclada a la pared descansan varios juegos de mesa. Los abre uno a uno. Ninguna sorpresa. Hasta que encuentra uno que no contiene tablero, reglas ni fichas, sino las piezas de un puzle.

En una esquina, varias cajas de zapatos están perfectamente apiladas. Rebusca en ellas. Encuentra una en la que no hay calzado, sino objetos de valor sentimental. Es el momento de cambiarse de guantes.

Con sumo cuidado, remueve los objetos: una pulsera de nacimiento con el nombre casi borrado por el paso del tiempo, unos pequeños pendientes de diamantes, una diadema de flores, una tarjeta de cumpleaños con un dibujo donde puede leerse «Mejores amigas», firmada por Ángela hace dos años, un llavero con una miniatura de la Torre Eiffel y un colgante que le llama la atención.

Frunce el ceño. Está seguro de haberlo visto antes. Cierra los ojos un instante y se concentra. Lo recuerda de pronto: es el collar de Álvaro. El diente de marfil es idéntico.

Coloca la caja sobre la cama y, con una mano, accede a su teléfono móvil. Busca entre sus fotos. En varias de ellas, Álvaro lleva el mismo collar. Lo revisa varias veces. No hay duda. Es el mismo. Con la otra mano lo introduce en una bolsa de pruebas. Continúa su búsqueda durante media hora más, hasta que se da por vencido.

La agente de la Policía Científica ya se ha marchado. En la anterior inspección, otro agente se llevó el ordenador de Sonia para ser analizado en comisaría, con lo que se ha centrado en los ordenadores de Irina y David Velasco. Espera que, después de no haber encontrado nada interesante en el ordenador de Sonia, sí puedan hallar alguna pista que les acerque a resolver el caso en el ordenador de David.

Se pregunta cómo habrá ido la espera entre Martín Muñoz e Irina. No ha escuchado ni una sola palabra desde que subió.

Cuando baja, la encuentra en la misma posición: sentada en el sofá, con la mirada perdida en algún punto del vacío.

—He terminado. Gracias por la espera —anuncia Gabriel.

—¿Necesita algo más? —pregunta Irina con voz cansada.

—¿Sabe si Álvaro y Sonia se veían en esta casa? —indaga Gabriel.

Irina se encoge de hombros.

—Que yo sepa, no. Pero muchas veces no había nadie en casa. Si aprovecharon esos momentos, no lo puedo saber. Lo siento.

Gabriel asiente con un gesto de comprensión.

—¿Cree que Sonia estaba obsesionada con Álvaro?

Irina ladea la cabeza y lo mira con sorpresa.

—A Sonia le gusta, claro. Ese chico es muy atractivo y siempre tiene a las chicas detrás. Puede que ella se sienta especial y disfrute de esa sensación. Pero es correspondido… O al menos eso creo. Sonia me contaba detalles y, por lo que sé, él la buscaba más a ella que al revés.

—Entiendo —responde Gabriel.

Se toma un instante para analizar la respuesta, pero no insiste más.

—Bien, nos llevamos algunos objetos para analizarlos. En cuanto haya alguna novedad, la llamaré.

Da media vuelta, pero antes de que pueda alejarse, Irina se incorpora de golpe.

—Inspector… —dice con la mirada clavada en él—. No quiero quedarme sola. Mi amiga Nuria se ha marchado unos días. ¿Cree que podré quedarme con Daniela y Miguel?

Hay algo en su tono, en su manera de sujetarse los brazos, que a Gabriel le enternece.

Se siente identificado con su pérdida y le inspira compasión.

—No lo sé. No es mi casa —responde Gabriel—. Pero acompáñeme, hablaremos con ellos.

## 20

Miguel Lago vuelve a estar sentado frente a Gabriel Somoza en la cocina de su casa. Está aterrado y es incapaz de controlar sus nervios. Sabe que eso solo empeora la situación, que está atrapado en un callejón sin salida, pero no puede evitarlo.

Le sudan las manos. Siempre le ocurre cuando se enfrenta a una situación estresante. Últimamente, le pasa demasiado a menudo. Un dolor sordo y persistente se ha instalado en su mandíbula y empeora cada vez que abre la boca.

El inspector Somoza apareció hace un rato en su puerta con Irina. La pobre mujer estaba devastada. Miguel lo entendió en cuanto escuchó el motivo. Por suerte, Daniela, su esposa, estaba arriba durmiendo. Se pasa los días atiborrándose de pastillas para dormir, encerrada en su habitación. Quizá sea la forma más inteligente de sobrellevar la angustia, de hacer que el tiempo pase más rápido hasta que todo esto termine. Si hubiera escuchado que han encontrado a Sonia Velasco muerta, es muy posible que le hubiera dado un ataque de pánico.

Miguel intenta no pensar. Es la única manera de no desmoronarse. Pero lo cierto es que no puede más. Necesita que este dolor se acabe. No sabe cuánto tiempo más podrá soportarlo.

Irina se ha sentado en el sofá. El inspector le ha pedido que la deje quedarse. Le ha explicado que su marido está en comisaría y que la mujer no quiere estar sola. Él ha accedido. ¿Qué clase de insensible sería si no lo hiciera? Aunque, en el fondo, no quiere tenerla allí. De hecho, cuanto más lejos esté de la familia Velasco, mejor. Sin embargo, su problema más inmediato es que Gabriel Somoza quiere interrogarlo de nuevo. Esta vez, su semblante es aún más serio que la primera vez. Nada bueno puede salir de esa conversación.

—Miguel, hay varios puntos que me gustaría aclarar —anuncia Gabriel con tono firme.

Miguel se retuerce en la silla. No encuentra una postura cómoda. Está dando una imagen nefasta. Si por alguna remota posibilidad ese policía no sospechaba de él, ahora esa posibilidad ha desaparecido. En este momento es la viva imagen del miedo.

—Claro. Dígame. ¿En qué puedo ayudarle?

Gabriel lo observa con gesto inescrutable, apoya los codos sobre la mesa y se inclina hacia delante. Chasquea los labios antes de hablar.

—Hemos investigado su situación financiera. Es preocupante, como supongo que ya sabe.

«Se acabó», piensa Miguel. Era cuestión de tiempo que alguien lo descubriera. Durante un breve instante, se siente aliviado. Tal vez así su esposa y su hija dejen de despilfarrar un dinero que no tienen. Pero la vergüenza lo golpea con fuerza. No ha sido capaz de mantener el nivel de vida al que acostumbró a su familia. Lo odiarán por ello. Está convencido.

—Sí. Soy muy consciente de ello —responde con voz tensa.

—¿Su familia está al corriente de esta situación?

—No. No lo sabe nadie. No he tenido valor para decirlo. Es humillante.

Gabriel le lanza una mirada inquisitiva. Desconfía de él. Miguel lo tiene claro.

—En estos momentos, adeuda una cantidad cercana al medio millón de euros. ¿Cómo pensaba hacer frente a esos pagos? —pregunta el inspector Somoza.

—Aunque me duela, tendré que vender la casa.

—¿Está en venta? —inquiere Gabriel, ladeando la cabeza.

Miguel niega haciendo girar su cuello.

—No, he estado demorándolo porque soy un cobarde y no sé cómo decírselo a mi mujer y a mi hija.

—Entiendo. Supongo que no se le escapa que es mucha casualidad que su hija y dos adolescentes más desapareciesen y los secuestradores solicitasen un rescate que usted no puede pagar. De hecho, es una cantidad importante que le ayudaría a cubrir sus deudas. Le daría la oportunidad de empezar de cero —comenta Gabriel.

—Si está insinuando que yo he tenido algo que ver, está muy equivocado.

Gabriel hace una mueca con los labios.

—Si no quiere que sospeche de usted, va a tener que explicarme qué hizo la noche que desapareció su hija, y le sugiero que esta vez no me mienta.

Se forma un silencio largo e incómodo.

Miguel no es capaz de mirar a Gabriel a los ojos. La casa, que hace poco se inundaba de gritos y llantos desesperados, ahora parece no emitir sonido alguno. Las manos de Miguel tiemblan. Está dubitativo, tiene que tomar una decisión sabiendo que no hay salida. Cualquier puerta que abra le traerá problemas.

—Tengo una aventura con Marta Ríos —confiesa—. La noche que desapareció Emma, yo había quedado con ella.

Gabriel le sostiene la mirada sin mostrar signos que delaten lo que piensa. Su semblante es neutro.

—¿Dónde estuvieron? —pregunta Gabriel.

—No llegamos a vernos esa noche. Habíamos quedado donde siempre, en un hotel de Bonalba, pero ella no apareció.

—¿Le dijo por qué?

—No. Tenemos la norma de no llamarnos ni escribirnos nunca. Era algo que a ella le aterraba. Me dijo que no debíamos dejar ninguna prueba —dice Miguel, con la mirada perdida en el suelo—. Esa noche la esperé durante horas, pero no apareció. Terminé por aceptar que no iba a venir y volví a casa. Fue entonces cuando me enteré de la nota y de todo este desastre.

Se produce una pausa. El inspector parece estar asimilando la información.

—¿Marta Ríos sabe que tiene dificultades económicas? —pregunta finalmente.

—No. Como ya le he dicho, no lo sabe nadie.

—Permítame un momento, tengo que hacer una llamada —se excusa Gabriel.

El inspector se levanta y sale al jardín. Se aleja lo suficiente para que sea imposible escuchar la conversación. Miguel se queda solo en la cocina. Ahora la puerta está abierta y ve de soslayo a Irina,

recostada en el sofá, con una mano sosteniendo su cabeza y las facciones desgastadas por el llanto. Reza para que no haya escuchado nada. Si a Irina le da por tener una conversación con Daniela y le cuenta que su marido la engaña, será devastador. Y más en una situación como esta. Solo de pensarlo le entran escalofríos.

La espera se hace eterna. Gabriel Somoza vuelve al cabo de unos minutos interminables.

—De acuerdo. No va a poder usar su coche por el momento, Miguel. Voy a llamar a la grúa para que lo lleven a comisaría. Necesito que lo inspeccionen.

---

Patricia acaba de colgar una llamada con el comisario Urriaga. Está enfadado. Muy enfadado. Le ha reprochado que no lo esperara en la planta de residuos y que después lo haya estado evitando.

Sabe que tiene razón. Lo ha hecho a propósito porque conocía de antemano lo que Urriaga quería decirle. Él no quiere mantener retenido a David Velasco si no hay motivos de peso para justificarlo. Su hija acaba de aparecer muerta y, en opinión del comisario, lo que tienen hasta ahora no es suficiente. Le ha advertido que más le vale que encuentren algo en la furgoneta que están terminando de analizar o va a tener que dar explicaciones.

Esa misma duda ha rondado la cabeza de Patricia. No es fácil lidiar con esa carga. Si David Velasco es inocente, haberlo retenido en el peor momento de su vida será imperdonable. Pero si es culpable, todo cambia. Y su instinto le dice que lo es. Mintió cuando dijo que había salido a buscar a su hija y no ha sabido explicar qué hacía en un local de Orihuela, donde además han encontrado un importante alijo de droga. Son decisiones difíciles, y el peso de cada una la desgasta, haciéndola analizar demasiado las consecuencias. Por eso ha evitado a Urriaga. No necesita que nadie le recuerde lo que está en juego.

Gracias a varios agentes que la mantienen al corriente de lo que ocurre en comisaría, ha sabido que David Velasco ha reaccionado a la muerte de su hija con ira. No ha dejado de gritar ni de golpear las

paredes de la celda en la que está retenido. Su abogado ha amenazado con denunciar a todo el cuerpo de policía. Tampoco ha desperdiciado la oportunidad de mostrarse ante la prensa. Ha emitido un comunicado, lleno de rabia, denunciando que la policía no permite a su cliente estar con su familia. Ha omitido, por supuesto, la parte en la que solía agredir a su esposa y a su hija. También ha evitado mencionar que está retenido, además, por un delito de tráfico de drogas. De momento. Pronto podrían sumarse otros cargos. Patricia desea que así sea.

En cualquier caso, si transcurren unas cuantas horas más y no son capaces de añadir más pruebas, será decisión del juez que quede en libertad o se establezca prisión provisional.

Mientras todos estos pensamientos la invaden, espera en una cafetería solitaria de la playa de San Juan. Ha quedado allí con Martina Mendoza, la joven con la que, según Ismael Reyes, Álvaro tuvo un lío de una noche un sábado cualquiera en las rocas del Cabo de las Huertas.

La chica llega tarde, algo que la irrita. Al menos ha tenido la decencia de avisar.

Patricia apura la segunda taza de café cuando ve aparecer a una joven alta y delgada. Es mona, pero, al menos para Patricia, Emma es más guapa. Viste con elegancia. Quizá demasiada para su edad. Tiene un estilo que no pasa desapercibido.

El lugar está prácticamente vacío, así que Martina reconoce de inmediato a la inspectora. Se acerca con una sonrisa tímida y se sienta frente a ella, expectante.

—Siento el retraso —se excusa Martina.

Patricia no contesta. No le gusta mentir, y decirle que no pasa nada sería falso. La verdad es que está molesta y siente que el tiempo se le agota.

—Gracias por venir, Martina. Necesito hacerte unas preguntas sobre Álvaro Sempere —anuncia Patricia, cortante.

La chica suspira y se atusa el pelo.

—Todavía no me creo lo que está pasando. Quiero decir… el otro día faltaron a clase, pero nadie imaginaba nada. Nos hemos

quedado en plan… —Hace una mueca, arquea las cejas y se encoge de hombros. Patricia detesta la jerga adolescente.

—¿Conocías bien a Álvaro? —pregunta sin rodeos.

Martina desvía la mirada hacia la barra de la cafetería.

—Supongo que si me ha llamado es porque sabe que nos liamos una vez.

—¿Fue solo una vez? —inquiere Patricia.

La joven aprieta los labios y asiente lentamente, con una expresión entre la tristeza y la vergüenza.

—Sí. La verdad es que yo estaba… bueno… estoy colada por él. Es el chico más atractivo que he visto jamás y camina como si flotara. No sé cómo explicarlo.

—No es necesario —zanja Patricia—. Dime de qué hablasteis ese día. ¿Te contó si tenía algún problema o si estaba metido en algún lío?

—No hablamos mucho —dice Martina con una sonrisa—. Fue un poco raro. Quiero decir… Él nunca se había fijado en mí, ¿vale? Él está en otra liga.

—¿Y qué pasó ese día? ¿Por qué crees que se fijó en ti?

—No lo sé. Normalmente visto ropa ancha, tipo chándal y cosas así. Pero ese día mi hermana mayor me dejó un vestido súper elegante que se había comprado para una boda. Solo lo usó una vez, porque luego engordó un poco y ya no le quedaba…

—Céntrate en Álvaro, por favor —la interrumpe Patricia.

Martina cambia el gesto. De repente, parece incómoda con la inspectora.

—Bueno, iba muy guapa. Nunca me había visto así, tan radiante. Todo el mundo me lo decía. Y parece que Álvaro también lo pensó, porque se acercó a mí. De repente me apartó y me dijo que lo acompañara a una zona donde no hubiera nadie.

Patricia levanta una mano.

—¿Te forzó en algún momento?

Martina arruga la frente, sorprendida.

—¿Álvaro? No. No, en absoluto. Yo estaba flipando, la verdad. Me pilló por sorpresa y no me lo creía, pero no me obligó. Fui encantada, y lo volvería a hacer.

—¿Y qué pasó cuando os quedasteis solos? ¿De qué hablasteis?

Una sonrisa pícara asoma en el rostro de Martina. Se ha sonrojado.

—Me besó. Yo le devolví el beso y fue… increíble, la verdad. Es cierto que quería meterme mano todo el rato y tuve que pararle. No porque no quisiera, lo estaba deseando, pero no quería parecer fácil. Aunque no funcionó. —Vuelve a encogerse de hombros—. Hablamos poco, como le digo. Me dijo que nunca se había fijado en mí, pero que cuando me vio llegar con aquel vestido… Le encantaba cómo me quedaba.

Hace una pausa antes de añadir, con un deje de frustración:

—Al cabo de un rato, cuando vio que no iba a dejarle ir más allá, perdió interés y dijo que se iba a casa. Desde entonces he intentado vestirme más elegante, pero no ha dado resultado.

Patricia levanta la mano y llama a la camarera para pedir la cuenta. Su irritación ha ido en aumento. Siente que hablar con Martina ha sido una completa pérdida de tiempo.

La joven parece decepcionada por la brevedad de la conversación. La inspectora se dispone a despedirse después de pagar cuando su teléfono vibra sobre la mesa.

—Diga —responde de inmediato.

—Jefa, tenemos los resultados de la furgoneta de David Velasco. Es nuestro —dice una voz masculina al otro lado.

Patricia se tensa. Sujeta el móvil con más fuerza.

—Explícate —exige, sintiendo cómo se le acelera el pulso.

—En la furgoneta había sangre de Sonia Velasco. Y hemos recuperado muestras de ADN de Álvaro y Emma.

## 21

Miguel Lago se ha quedado solo en la cocina cuando Gabriel se ha despedido. Ha dicho que tenía que volver a comisaría. Su tono ha sonado como si hubiesen descubierto algo importante, pero no ha querido dar detalles. Miguel empieza a estar harto de su actitud mística. Aunque también le preocupa que la investigación cada vez apunte más hacia él.

No sabe qué hacer con las manos, con el cuerpo, con la inquietud que se le ha instalado en el pecho. Su nerviosismo ha tomado el control. Se apoya en la encimera, con la mirada perdida en los azulejos. Siente que las paredes de su propia casa le aplastan. Un dolor opresivo en el esternón le preocupa. «Podría ser un infarto», piensa. Tal vez eso solucionaría sus problemas. Ha tenido que confesar que se veía con Marta y eso no es bueno, nada bueno. Cuando salga a la luz, y tiene claro que lo hará, tendrá que sufrir la vergüenza que él mismo se ha ganado actuando de manera miserable.

Sabe que Gabriel no es idiota. Es de todo menos eso. A estas alturas habrá empezado a atar cabos, a cuestionarse hasta qué punto su relación con la madre de Álvaro es relevante en todo esto. Y si sigue indagando… Miguel se pasa la mano por el rostro, como si el gesto pudiera disipar la tensión de sus sienes. El cansancio es cada vez más incapacitante. Ya no piensa con claridad, si acaso eso es algo que haya hecho alguna vez. Necesita dormir, pero no puede.

Exhala un suspiro pesado antes de decidirse a salir al salón. Camina despacio, con pasos erráticos que rompen el sepulcral silencio de su hogar. Entonces la ve.

Irina.

Se había olvidado por completo de ella.

Está sentada en el sofá, con una postura aparentemente relajada, pero hay algo en la forma en que mantiene la espalda recta, en la manera en que sus dedos juegan con el borde de su blusa, que le dice que no está tan tranquila como pretende. Cuando ella alza la

vista y lo observa, algo en su expresión lo sobresalta. No sabría decir si es juicio o sospecha, pero ambas cosas lo incomodan.

—Hola, Irina. Había olvidado que estabas aquí —confiesa Miguel.

—Yo… No quiero molestar, la verdad es que…

—¿Has escuchado algo? —interrumpe Miguel, cambiando su tono de voz.

El rostro de Irina cambia y deja ver su miedo. No contesta, abre la boca sin que salgan las palabras.

—¿Que si has escuchado algo? —insiste Miguel. Su voz suena ahora más brusca.

Ella sigue sin contestar. Una leve desviación de sus ojos es suficiente para que Miguel sienta que el mundo se detiene.

—¿Escuchar… qué exactamente? —La voz de Daniela rompe el aire a espaldas de Miguel. Acaba de bajar las escaleras. Él cierra los ojos, abatido. No sabe dónde meterse. Respira hondo, intenta recomponerse y se gira con lentitud.

—¡Cariño! —exclama—. ¿Cómo estás? No te oí bajar.

Daniela le fulmina con la mirada.

Irina se levanta de repente, alisándose la falda con un gesto automático.

—Tenéis que disculparme, prometí a mi amiga que pasearía a su perro mientras ella está fuera.

Ni Miguel ni su mujer se dignan a mirarla. Irina se apresura a abandonar la casa mientras Miguel y Daniela se sostienen la mirada.

—¿Ha habido alguna novedad mientras dormía? —pregunta Daniela, arrastrando las palabras sin pestañear.

Miguel niega con la cabeza mientras dirige una mano a su coronilla. Tendrá que explicarle por qué se han llevado su coche. Tendrá que explicarle que el inspector Somoza ha estado preguntando, de nuevo, por lo que hizo la noche que desaparecieron los chicos. Y tendrá que explicarle qué era lo que había escuchado Irina. Solo que no tiene la más remota idea de cómo hacerlo.

—¿Desde cuándo te importa lo que Irina escuche? —pregunta Daniela con frialdad.

Miguel abre la boca, pero no encuentra la respuesta correcta. Y ese vacío en sus palabras es suficiente para que Daniela entienda

que algo no encaja. Los ojos de su mujer se entrecierran, su expresión cambia. No dice nada más, pero Miguel sabe que la conversación no ha terminado. Solo ha quedado en pausa.

Por ahora.

---

Gabriel Somoza cierra la puerta del despacho de Patricia. Ella lo está esperando. Ambos están demacrados. Sin decir nada, toma asiento y coge el informe de la Unidad Científica que su compañera le había dejado preparado encima de su mesa. Gabriel empieza a leerlo mientras Patricia se cruza de brazos, inclina la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

—Prométeme que esta noche dormirás —pide Gabriel.

—Lo haré si haces tú lo mismo —contesta Patricia sin moverse.

Gabriel piensa en preguntarle qué tal van las cosas por casa, pero decide no hacerlo. A la inspectora no le gusta que se metan en su vida privada. Además, es evidente que no van bien.

Se toma unos minutos para leer el informe.

—¿Qué opinas? —pregunta Gabriel.

Patricia se incorpora con movimientos torpes. Apoya los codos sobre la mesa y se sujeta la cabeza con una mano. Intenta mirarle a los ojos, pero le cuesta levantar la vista.

—No lo sé —niega con la cabeza—. Hay muchos agujeros.

—No podemos negar que la furgoneta pertenece a David Velasco y que se ha encontrado ADN de los tres chicos en su interior —comenta Gabriel.

—Sí, eso está claro, Gabi. Y que conste que desde el principio es mi principal sospechoso. Pero, ¿por qué? ¿Por dinero? No me cuadra, la verdad, y sé que a ti tampoco. Es de las pocas cosas que no necesita David Velasco.

Gabriel lanza el informe sobre la mesa.

—¿Qué dice Urriaga? —pregunta Gabriel.

Patricia sonríe con ironía.

—¿Urriaga? Pues está contento. ¿Cómo no iba a estarlo? Se ha quitado un marrón de encima muy grande. No creo que tarde en

filtrarlo a la prensa.

Gabriel asiente. Odia el juego mediático y no quiere formar parte de él, por eso nunca aceptaría un puesto de gestión.

—¿Qué hay de las cámaras de seguridad cercanas a la ruta del camión basura? —pregunta Gabriel.

—La ruta abarca muchos kilómetros y todos son rurales. Sube desde la zona de la periferia de Mutxamel hasta casi el final de El Campello. Zonas oscuras, sin cámaras y con cientos de parcelas. Hay varias patrullas dando vueltas por allí, pero aún no han encontrado nada.

—Bueno. Centrémonos en encontrar a los chicos —sugiere Gabriel—. La vista es en una hora. Sabemos que con lo que tenemos es suficiente para decretar prisión provisional. Pienso que deberíamos intentar hablar con él otra vez.

—No va a servir de nada. Pero vale. ¿Qué te han dicho del coche de Miguel Lago?

Se dibuja un gesto torcido en los labios a Gabriel.

—Están algo cabreados. Dicen que tienen otros casos y que les estamos sobrecargando, pero lo tendrán mañana a más tardar.

Patricia se deja caer sobre la mesa, está abatida.

Gabriel se levanta y da unos pasos hasta el corcho donde Patricia cuelga sus notas sobre la investigación. Se queda de pie unos segundos examinando su contenido en silencio.

—Nico Ortiz y los Bobrov —dice, señalando una foto de Nico clavada en el corcho—. Descartado. El registro de llamadas de Nico está limpio y su geolocalización también. Su coartada, en la que aseguraba estar con su novia dándose el lote en el coche, es cierta. Por otro lado, si los Bobrov estuvieran implicados, lo más probable es que los chicos hubieran aparecido muertos en cuanto se supo que la policía estaba trabajando en el caso.

Patricia emite un gemido de aprobación. Sigue recostada en su escritorio.

Gabriel mueve el dedo hacia una foto de Miguel Lago.

—Miguel, sin embargo, mintió acerca de dónde estaba la noche que desapareció su hija. Mal comienzo. Veamos qué encontramos en

su coche. Me llamó la atención que fuese el único padre que no salió a buscar a los chicos cuando David Velasco lo sugirió.

Patricia se incorpora finalmente y gira su silla para escuchar a Gabriel.

—Es quien más motivos tiene. Está sin blanca —añade Patricia.

Gabriel se gira. No le convence, y lo transmite con la mirada.

—Ya, pero no ha tenido valor suficiente para admitir ante su familia que están en la ruina. ¿Lo tendría para secuestrar a su propia hija? —Gabriel se aclara la garganta—. Por otro lado, las notas del secuestro dejan claro que iban dirigidas a los Lago y a los Sempere. No a los Velasco. Sonia debió ser un daño colateral. Creo que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado y eso le costó la vida.

Patricia se levanta y señala la foto de David Velasco.

—No olvidemos que David y Sonia discutieron aquel día. David es agresivo, pegaba a Sonia y a Irina. Tal vez, uno de esos golpes fue demasiado fuerte. El cadáver de Sonia tenía un golpe en la cabeza y el cuello roto, seguramente por la caída —comenta Patricia.

—También lo he pensado. Cuadrar, cuadra. David la mata por accidente y finge un secuestro para salir indemne. Sin embargo, Sonia estuvo en la playa de la Almadraba, encontraste su collar. Aunque alguien pudo dejarlo allí a propósito —dice Gabriel.

—Sí, es verdad. No tendría mucho sentido. Además, el testigo que los vio subirse a la furgoneta, que ha identificado como la de David Velasco, por cierto, dice que estaban vivos cuando subieron —añade Patricia.

—David Velasco lo tiene todo en contra. Nos ha mentido y eso no le ayuda —concluye Gabriel.

—Quien lo haya hecho cuenta con ayuda, eso está claro. David es quien más recursos tiene. Tal vez quiso darle un escarmiento a su hija y todo se torció.

Gabriel sigue mirando el corcho. En él, las fotos y las notas parecen mirarle desafiantes.

—En cualquier caso, sigamos investigando a las personas que podrían tener asuntos pendientes con Jorge Sempere. Un abogado

como él siempre tiene enemigos —sentencia—. Ahora vamos a hablar con David.

---

A David Velasco le corroe la rabia. Ese sentimiento domina sus pensamientos y solo es capaz de planear venganza. Se jura a sí mismo que saldrá de allí y que se encargará personalmente de ajustar cuentas. Sobre todo con ese inspector de gestos apagados.

Solo que no es idiota. Sabe que va a ir a la cárcel; nadie puede salvarle de ello. Lo que no sabe es el tiempo que estará allí.

Su abogado se lo ha dejado muy claro: las pruebas son contundentes, e insiste en que elaboren un plan de defensa. Se desespera cuando David se queda callado y no responde sus preguntas. Se ha tomado muy en serio lo de no decir nada.

En unos minutos, un juez le leerá los cargos a los que se enfrenta. No puede negar que la furgoneta es suya. Tampoco puede negar que la droga que encontraron en su discoteca le pertenece. Lo hará, claro, pero no servirá de nada. Ha optado por dejar que el tiempo transcurra y que suceda lo que tenga que suceder.

El inspector Somoza se sienta, junto a la inspectora Siles, enfrente de David y su abogado.

—Señor Velasco, con las pruebas que hemos presentado a fiscalía, el juez va a decretar prisión provisional —dice Gabriel Somoza.

—Mi cliente acaba de perder a su única hija, inspector. No tiene sentido que pase por esto —dice su abogado.

Gabriel no contesta las palabras del abogado.

—¿Tiene idea de dónde pueden estar Álvaro y Emma? —pregunta Gabriel, mirando a David a los ojos.

Él le clava la mirada, desafiante. Las palabras no calan en él. Se está conteniendo para no abalanzarse sobre el inspector y darle una paliza allí mismo. Al menos eso le haría sentir mejor.

—¿Dónde estuvo la noche que desaparecieron su hija, Álvaro y Emma? —insiste Gabriel.

Nada.

—¿Ha circulado con su furgoneta por la zona del Cabo de las Huertas recientemente?

Continúa el silencio.

—¿Quiere hacer alguna declaración, señor Velasco? Pregunta Patricia Siles.

Mantiene el mismo gesto, la misma soberbia, pero no suelta ni una palabra.

El inspector Somoza dirige una mirada a su compañera. Parecen comunicarse con telepatía. Ambos se levantan.

—Nos vemos en un rato —se despide el inspector.

Se queda a solas con su abogado, que insiste en preparar respuestas ante las preguntas que le va a realizar el juez. Pero no hay nada que pueda hacer. Su destino está decidido y ha tirado la toalla.

Al cabo de unos minutos, un par de agentes irrumpen en la sala de interrogatorios donde se encuentra con su abogado. Es hora de ir a ver al juez.

Camina por los pasillos de la comisaría con la cabeza bien alta, en cierto punto amenazante, y se siente poderoso al provocar que los agentes con los que se cruza le retiren la mirada. Lo interpreta como miedo, y eso le gusta.

La sala donde se decidirá su destino es pequeña y húmeda. Hay un señor bien vestido a un lado de la sala que debe ser el fiscal. No le mira a la cara cuando entra, parece muy ocupado revisando una pila de papeles que tiene delante. Los inspectores Somoza y Siles también están; se han sentado a su derecha. David vuelve a desafiar con la mirada al inspector Somoza.

Una mujer menuda y entrada en años accede a la sala. Se ajusta las gafas antes de sentarse justo delante de David. No hay duda, es la jueza.

Lo primero que hace es leerle los cargos que el fiscal ha presentado. David no le mira, sigue pendiente del inspector Somoza.

—Míreme, señor Velasco —ordena la jueza.

David gira su cuello con lentitud.

—¿Tiene intención de colaborar y responder las preguntas que se le formulen? —pregunta la jueza.

David mantiene el silencio.

—Con la venia, señoría —interviene su abogado—. Mi cliente acaba de sufrir una gran pérdida y no está en condiciones de afrontar este trámite. Solicito que se le permita reunirse con su familia en este momento de duelo. Aceptaría un arresto domiciliario si su señoría lo considera oportuno.

Todos en la sala quedan pendientes de la respuesta. Tarda unos segundos en llegar.

—Ante las pruebas presentadas por fiscalía y la gravedad de los delitos de los que se acusa al señor David Velasco, decreto prisión provisional hasta que tenga lugar el juicio.

El sonido del mazo golpeando la madera sobresalta a todos los presentes, menos a David Velasco.

# 22

La detención de David Velasco no ha sido suficiente para Patricia y Gabriel. Ambos están muy cansados y llevan demasiadas horas sin dormir, pero no se detendrán hasta que encuentren a Álvaro y a Emma. Si destacan por encima del resto es por esa dedicación. La obsesión por resolver sus casos, «atrapar al malo», como suele decir Gabriel.

La tarde del 13 de noviembre, han decidido que deben dividirse las tareas. Mientras Gabriel visitará a Samuel Velasco, el hermano de David, en busca de información que pueda servir para la investigación, ella acudirá al locutorio de la Playa de San Juan desde el que se imprimieron las etiquetas que sirvieron para enviar el paquete con la pulsera de Álvaro, la ropa interior de Emma y una nota con la información sobre cómo realizar el pago del rescate.

La brisa salina de la Playa de San Juan apenas logra filtrarse en el interior del locutorio. El ambiente es denso, cargado con un olor rancio a fritanga y sudor viejo. Tres chavales, con las capuchas de sus sudaderas bien subidas, están absortos en la pantalla de un ordenador compartido, riéndose por lo bajo mientras golpean rítmicamente las teclas. Patricia Siles los observa con un deje de fastidio. No entiende a la juventud, ni la necesidad de parapetarse tras capas de ropa ni de desperdiciar el tiempo en un lugar como este cuando podrían estar en cualquier otra parte. «¿Por qué no están estudiando o haciendo algo productivo?», piensa.

El encargado del local apenas levanta la vista cuando ella se acerca al mostrador. Es un hombre de mediana edad, con ojeras marcadas y una camiseta desgastada con restos de lo que parece ser salsa seca. Se está rascando la barba de varios días con la desgana de quien lleva demasiadas horas sin hacer nada interesante.

—Buenas tardes —saluda Patricia con tono firme.

El hombre resopla y deja el móvil sobre el mostrador.

—¿Qué quiere?

—Soy la inspectora Siles —anuncia enseñando su placa—. Estoy investigando un caso. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre este local.

El tipo la observa de arriba abajo con un esbozo de impaciencia.

—¿Sobre este local? —pregunta sorprendido—. Aquí no pasa nada nunca. Apenas vienen cuatro gatos. ¿Qué quiere saber?

Patricia se guarda su placa sin retirarle la mirada al encargado.

—No viene mucha gente, ¿verdad? Este tipo de locales están bastante obsoletos.

—Sobre todo adolescentes —responde él, encogiéndose de hombros—. A algunos no les dejan jugar en casa con el ordenador o los castigan sin móvil. Vienen aquí para conectarse sin que los controlen. También hay algún viejo que necesita imprimir algo y no tiene impresora. Y poco más.

Patricia asiente despacio, fijándose en los detalles del sitio. Un par de cubículos vacíos con ordenadores de pantalla gruesa, una impresora multifunción al fondo, una máquina de café parpadeando con una luz roja y una pila de revistas de videojuegos sobre una mesa aislada en un rincón. El lugar tiene ese aire de decadencia de los sitios que alguna vez fueron necesarios y ahora apenas sobreviven.

—Entonces, quizá pueda ayudarme. Hace poco se imprimieron aquí unas etiquetas para un paquete. Un envío anónimo. ¿Recuerda algo al respecto?

El encargado resopla, como si la pregunta le resultara una pérdida de tiempo.

—¿Fue por la tarde? Yo solo cubro el turno de tarde —informa el encargado.

Patricia arquea las cejas y esboza una media sonrisa altiva.

—Pues sí. Concretamente a las siete y tres minutos de la tarde del tres de noviembre. ¿Estaba usted trabajando ese día?

El encargado se rasca la cabeza.

—Eso fue… —desvía la mirada hacia el techo— hace dos martes. Sí. Entonces sí que estaba yo. Pero no lo recuerdo, lo siento.

Patricia asiente levemente.

—Veo que no disponen de cámaras de seguridad.

—No. Aquí no hay nada de valor.

Los tres adolescentes que jugaban con el ordenador han dejado de hacerlo. Ahora están escuchando la conversación de la inspectora con el encargado.

—¿Tienen datáfono? —pregunta Patricia.

—No. Solo pagos en efectivo —dice, señalando un cartel cochambroso que lo indica con letra escrita a mano.

La inspectora Siles suspira, está empezando a perder la paciencia. Su cansancio solo empeora la situación.

Se echa una mano al bolsillo y saca su teléfono móvil. Desliza la galería hasta llegar a la carpeta con las fotos de las personas que podrían estar involucradas en el secuestro. Le enseña la primera imagen, la de David Velasco.

—¿Le suena este hombre?

El tipo la mira un segundo y niega con la cabeza.

Pasa a la siguiente: Miguel Lago. Se queda mirando la foto unos segundos, después alza la vista.

—No, lo siento.

Le muestra entonces las fotografías de Marta Ríos y Jorge Sempere. Nada.

Lo mismo ocurre con las de Irina y Daniela. Cuando le muestra la foto de Irina, el hombre deja escapar una risa burlona.

—De esa sí que me acordaría si la hubiera visto. Está buenísima —dice, esbozando una sonrisa maliciosa.

Patricia ignora el comentario y sigue con su tarea. Finalmente, pasa a las imágenes de los desaparecidos: Álvaro, Emma y Sonia. El encargado las observa con más atención. Su expresión cambia cuando ve la de Sonia.

—¿Y bien? —insiste Patricia.

—Me suena —responde al fin—. No estoy seguro, pero creo que esta chica ha venido por aquí alguna vez.

—¿Con quién? ¿Recuerda si estaba acompañada?

El hombre se encoge de hombros.

—No sabría decirle. A veces vienen en grupo, a veces solos. Pero creo que sí, que la he visto por aquí. Espere. —El encargado alza la

vista hacia el ordenador donde se encuentran los tres adolescentes —. Fran. Ven un momento.

Uno de los chicos se levanta con timidez y se acerca hacia ellos.

—¿Te suena esa chica? —pregunta el encargado, señalando la pantalla del teléfono de Patricia.

El joven mira el teléfono.

—Sí. Estuvo aquí hace un par de semanas.

Patricia siente un cosquilleo en la nuca.

—¿Recuerdas si utilizó la impresora? —le pregunta Patricia al chico, que se retira la capucha con vergüenza.

Él se encoge de hombros y niega con la cabeza.

Patricia guarda su teléfono y se acaricia la frente.

—¿Estos ordenadores conservan el historial de búsqueda? —pregunta ahora al encargado.

—Sí, claro.

—Bien. En ese caso se acabó el juego. Que nadie toque nada. Voy a llamar a comisaría y van a venir a inspeccionar los ordenadores.

Patricia no se inmuta ante las caras de desaprobación de los allí presentes. Se pregunta qué es lo que llevaría a Sonia a acudir a un sitio como ese.

Pronto lo sabrá.

---

Irina ha salido al jardín esperando despejarse con el aire frío. Ha conseguido dormir un par de horas. Cayó por puro agotamiento en el sofá. Se despertó sobresaltada, empapada de sudor y con la respiración acelerada. No consiguió volver a dormir.

No le gusta estar sola. El techo de su lujosa mansión se le cae encima. Hay demasiado espacio y siente el vacío que ha dejado Sonia en todas y cada una de las habitaciones.

Ayer tuvo que marcharse de casa de los Lago corriendo. No iba a quedarse allí a escuchar cómo discutían; no está para eso. Mintió cuando dijo que iba a pasear al perro de su amiga, que lo había prometido. ¿Qué clase de amiga permitiría que pasease a su perro

en la situación en la que se encuentra? Con su hijastra muerta y su marido en la cárcel. Se siente ridícula por haber dicho eso, pero fue lo primero que se le ocurrió.

Pensó en reunirse con la familia Sempere, pero sospecha que Marta la odia y, además, no debe olvidar que su propio marido está en la cárcel mientras investigan su implicación en el secuestro de Álvaro. No sería un encuentro agradable.

Cuando entró en su casa y vio la foto en la que abraza a Sonia por detrás y ambas sonríen, ajenas a las desgracias que les deparará el futuro, no lo resistió. Se subió a su coche, esquivó a la prensa, que no perdió la oportunidad de fotografiarla y gritarle preguntas, y regresó al parque donde había estado con su amiga y su perro unos días antes. Cuando el cadáver de Sonia aún no había aparecido y su marido era inocente.

Se sentó en el mismo banco, cerca de unos niños que jugaban con sus padres, e intentó evadirse. Al menos, allí no había nadie que la juzgara.

## 23

Gabriel Somoza está en Elche, donde vive Samuel Velasco, el hermano de David. Antes de desplazarse hasta allí, ha recibido los informes de laboratorio de las prendas de ropa de Álvaro, Emma y Sonia que enviaron a analizar. No han obtenido nada revelador: ninguna sustancia extraña, ninguna fibra fuera de lugar. Solo lo esperado.

En la ropa de Álvaro han encontrado pelo de gato. No es una pista sorprendente. Los Sempere no tienen mascota, pero Sonia Velasco sí, y se veían a escondidas. La ropa de Álvaro está contaminada con muchas trazas de ADN distinto, según le han informado; es algo esperable en un chico que va al instituto e interactúa con un gran número de personas. Esa pista es un callejón sin salida. Han encontrado ADN de Álvaro en la ropa de Emma y de Sonia. Nada inesperado: Emma era su novia y con Sonia tenía algo más que una amistad.

Ninguna pista parece esclarecer el camino y la posibilidad de encontrar con vida a Álvaro y Emma se vuelve más remota a cada minuto que transcurre. Gabriel es consciente de ello y le atormenta.

Cuando Gabriel abandonó la Urbanización Jardines del Edén, ordenó a una pareja de agentes que permaneciesen por los aledaños, sobre todo para controlar a la prensa, a la que han tenido que prohibir el acceso a la urbanización. De camino a Elche, les ha llamado para preguntar si había alguna novedad.

Le han contado que Irina ya no está en casa de la familia Lago. Ayer salió con su coche y estuvo un par de horas fuera. Siguiendo las órdenes de Gabriel, coordinaron una operativa para seguir a Irina de incógnito. Por lo que cuentan, estuvo sentada en un parque sin hacer nada todo ese rato. También dicen que escucharon a Miguel y Marta gritarse e insultarse justo después de salir Irina. Estuvieron a punto de intervenir para calmar los ánimos. Después de eso, Miguel salió a dar un paseo por la playa él solo.

El inspector Somoza se pasa la mano por la cara, tratando de despejarse. Ha tomado demasiado café y siente el estómago revuelto. Hoy es viernes. Mañana tendrá lugar la fiesta de disfraces en la que los secuestradores esperan conseguir el dinero. Solo que, ahora, con la noticia de la desaparición en todas las portadas, eso no va a suceder. Se les acaba el tiempo.

Samuel Velasco vive en un barrio de las afueras, en un viejo edificio de apartamentos que nada tiene que ver con la mansión en la que vive su hermano. Gabriel se ha presentado allí sin avisar y está a punto de marcharse después de llamar varias veces al timbre sin obtener respuesta. Por fin, una voz ronca contesta y el inspector se identifica. Tras una larga pausa, Samuel invita a Gabriel a subir.

El apartamento huele a humedad y a desinfectante barato. Samuel es un hombre de unos cincuenta, con una complexión similar a la de su hermano David, aunque más desmejorado, con el cabello ralo y la piel cetrina. Le observa con desconfianza desde el umbral antes de dejarlo pasar.

—Si vienes por mi hermano, no tengo nada que decir —espeta, cruzándose de brazos.

—En cualquier caso, me gustaría hacerle algunas preguntas, señor Velasco —responde Gabriel con calma.

Samuel suelta una risa seca y se adentra en la casa. Con un gesto indica a Gabriel que pase. La casa está muy desordenada y sucia. Hay restos de comida sobre la mesa de centro y otros desperdicios por el suelo. Samuel se deja caer en una silla e invita a Gabriel a hacer lo mismo. El apartamento es un reflejo de su dueño. Descuidado, con ceniceros llenos y platos sin lavar en la encimera.

—No sé nada de David desde hace años. Ni de su familia. No me extrañaría que estuviera detrás de todo. Siempre ha sido bueno en aparentar lo que no es.

Gabriel no reacciona. Solo lo deja hablar.

—¿Sabes cómo me enteré de que mi sobrina estaba muerta? Por la prensa. Ni una llamada, nada. Me enteré como cualquier imbécil. Y luego resulta que la habían secuestrado… —dice. Su voz pierde dureza por un instante. Se lleva la mano a la boca, como si le costara articular lo siguiente. Luego sacude la cabeza.

—Ni siquiera la veía desde que tenía seis años. Casi no sé nada de ella.

—¿Por qué se distanció de su hermano? —pregunta Gabriel.

—Tuve un problema con una chica. Pensé que había algo entre nosotros, pero calculé mal. Quizá me excedí un poco y ella me denunció —confiesa Samuel.

—¿Fue esa la razón?

Samuel asiente.

—Sí. Mi hermano me dijo que no le convenía tener a personas como yo cerca, que le dejaba en mal lugar, que yo era un imán para los problemas. De hecho, a su mujer, la chica ucraniana esa con la que está, solo la he visto una vez. —Deja escapar un bufido—. Se avergonzaba de mí.

—¿No ha tenido contacto con su hermano desde entonces? —indaga Gabriel.

—No. Nada. Ni un mensaje.

—¿Y con su sobrina?

—Ojalá, pero no. Por desgracia, apenas la conocí.

Gabriel lo observa en silencio. Samuel se mueve inquieto en la silla y, de repente, como si algo le hiciera gracia, suelta una carcajada breve.

—La última vez que la vi, se escondió. Durante horas. Nos tuvo a todos buscándola como locos. Yo ya estaba maldiciendo, pensando que le había pasado algo… Y luego la encontramos, acurrucada en un rincón del jardín, detrás de unos setos. Se había escondido allí y, por cómo sonreía, parecía que lo estuviera disfrutando. —Hace una mueca con los labios—. Le gustaban esas cosas. Desaparecer. Hacerse la misteriosa, ¿sabes? Un poco raro para una niña tan pequeña.

Se encoge de hombros y se pasa una mano por la cara.

—Pero, ¿qué voy a saber yo? Ni siquiera la vi crecer —añade Samuel.

Gabriel lo observa un segundo más. Luego se levanta.

—Gracias por su tiempo.

Samuel no responde. Solo lo sigue con la mirada hasta la puerta. Gabriel la cierra tras de sí y siente que ha dejado atrás algo más que

un apartamento claustrofóbico.

Sabe que lo que ha escuchado no es más que una anécdota dadas las circunstancias. Sin embargo, tiene una sensación extraña. Como si una pieza del puzle se hubiera movido, aunque aún no supiera exactamente dónde encajarla.

---

Carmela se hunde un poco más en el sofá, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mandíbula apretada. El televisor ilumina el salón con destellos intermitentes, pero apenas le presta atención. Otro día libre. Otro día sin cobrar.

Después de tantos años al servicio de los Sempere, cuidando de Álvaro como si fuera su propio hijo, la tratan como si fuera prescindible. Como si su tiempo no valiera nada. Le han dicho que vuelva en unos días, que ahora no la necesitan, pero ella sabe lo que eso significa: menos horas, menos dinero, más incertidumbre. Y todo porque la señora está demasiado nerviosa para tenerla rondando por la casa. La entiende, por supuesto, pero está muy enfadada. Se siente excluida.

Se ha tenido que enterar por la prensa de lo sucedido. Ni Jorge ni Marta han tenido la decencia de comunicárselo personalmente. Los odia por ello. Ha cuidado de ese renacuajo desde que tenía diez años. No es el chico más adorable del mundo, pero le tiene cariño y ha estado rezando por él.

Aprieta los labios y cambia de canal sin mirar. La imagen se distorsiona por un segundo antes de que la pantalla muestre otro programa insulso. Ni siquiera recuerda la última vez que se permitió un respiro, un verdadero descanso, pero estar en casa sin hacer nada no es descanso. Es un castigo disfrazado de cortesía.

Entonces escucha el sonido.

Hay alguien en su rellano. Tres toques con los nudillos hacen resonar la madera de la puerta.

Carmela se endereza, el corazón le da un vuelco. No espera a nadie. No suele tener visitas. Se queda inmóvil unos segundos. El

sonido no se repite. Apaga la televisión y el silencio se instala en el salón. No le gusta. No le gusta nada.

Se levanta despacio y cruza la pequeña estancia hasta la puerta. La mirilla no muestra a nadie al otro lado. Su estómago se contrae. Su barrio es tranquilo, pero ha oído historias de gente que llama a las puertas para ver si hay alguien dentro antes de forzar una cerradura. Sujeta el pomo con más fuerza de la necesaria y abre de golpe.

Nada.

Solo el pasillo desierto y la luz mortecina de la escalera parpadeando. Por un instante, cree que lo ha imaginado. Pero entonces lo ve.

Un sobre en el suelo, justo encima de su felpudo.

Blanco, sin remitente.

Su pulso se acelera.

## 24

Patricia Siles se mantiene de pie, con los brazos cruzados, observando el reflejo azulado de las pantallas iluminar los rostros concentrados de los agentes de Pericias Informáticas. La luz parpadeante y el sonido constante de las teclas llenan la pequeña habitación del locutorio con un aire de desesperación. Afuera, la tarde empieza a caer y da paso a la noche, que se presenta como una mancha oscura en los cristales. El murmullo lejano del tráfico le recuerda que, mientras aquí buscan respuestas, el mundo sigue girando como si nada.

Pero ella no puede ignorarlo. La angustia le araña la garganta como una garra invisible. Lo ha pensado una y otra vez, tratando de no decirlo en voz alta, de no admitirlo siquiera ante sí misma, pero la verdad se cuela en cada grieta de su pensamiento: si David Velasco tiene algo que ver, solo hay una razón para que no haya confesado. Ya están muertos.

Cada vez que suena su teléfono, cierra los ojos, como suplicando que la voz al otro lado no le diga lo que no está preparada para oír.

La idea le provoca vértigo. Sus párpados pesan y, por un instante, les permite cerrarse. Aprovecha para intentar controlar sus pensamientos y obligar a su mente a no precipitarse al peor escenario posible, a no imaginar los cuerpos de Álvaro y Emma abandonados en algún rincón olvidado, consumiéndose en la indiferencia de la muerte.

—Inspectora —la voz de uno de los agentes la saca de golpe de su ensimismamiento.

Abre los ojos y lo ve inclinarse sobre una de las pantallas, con el ceño fruncido y el cursor parpadeando sobre una línea de código.

—Creo que tengo algo —dice él.

Patricia cruza la estancia en dos zancadas y se sienta a su lado. Nota la tensión en su propia mandíbula cuando apoya los codos en la mesa. El agente teclea un par de veces más y en la pantalla aparece el historial de búsqueda.

—Desde este ordenador se crearon las etiquetas de envío. Además, puedo confirmar que fue el que usó Sonia —explica, señalando una línea de registros.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Espera a ver esto —dice el agente mientras abre una ventana distinta del navegador—. Pude restaurar los datos eliminados. Creó un perfil nuevo de Instagram.

La pantalla se llena de actividad: accesos a redes sociales, búsquedas, una lista de amigos agregados. Patricia ladea la cabeza cuando lee un nombre que se repite varias veces: *GossipGirl04*.

—¿Quién es? —pregunta, aunque su intuición ya le da una pista inquietante.

—Un perfil falso que Sonia creó ese mismo día —dice el agente. Hace clic y le muestra la lista de contactos agregados en cuestión de minutos. Más de ciento cincuenta. Entre ellos, Álvaro y Emma.

Patricia siente un nudo en el estómago.

—¿Publicó algo? —pregunta, aunque la respuesta está a punto de revelarse ante sus ojos.

—No exactamente, pero casi. Mira. —El agente gira el monitor para que Patricia tenga un primer plano de la pantalla. Abre una carpeta recuperada. Aparece una publicación archivada. Una imagen de Sonia y Álvaro besándose en las rocas de la playa. Bajo la foto, un mensaje escrito en un tono retador:

«¿Queréis saber el primer secreto? Aquí lo tenéis».

—Pero nunca llegó a publicarlo —continúa el agente de Pericias Informáticas—. Solo lo archivó. Después generó las etiquetas y las imprimió. Esa es la última actividad registrada por este ordenador ese día en concreto.

Patricia se reclina en la silla, intenta encajar lo que acaba de descubrir. No sabe qué significa esto, pero sí sabe algo con certeza: Sonia Velasco tenía la intención de revelar su relación con Álvaro.

Y ahora, quizá, está muerta por ello.

Marta Ríos se sienta en el borde del sofá con las manos sobre las rodillas. El aire de la casa se le hace pesado, como si cada bocanada de oxígeno se quedara atrapada en su pecho en lugar de aliviarla. Su respiración es errática, y su corazón late con un ritmo descontrolado.

—Marta, ¿quieres que te lleve al hospital? —pregunta Jorge, su marido, inclinándose hacia ella con preocupación en el rostro.

Ella niega con la cabeza, pero su expresión no es convincente. Se lleva una mano al pecho y presiona con los dedos, como si intentara contener el dolor que la atraviesa.

—Me duele mucho… —su voz suena entrecortada—. Como si tuviera un peso enorme apretándome aquí.

Su hijo Asier observa la escena desde la otra punta del salón con preocupación. Ha llegado hace apenas un par de horas desde Madrid. Quería mantenerlo al margen de todo esto, pero ese policía estúpido insistió en hablar con él para averiguar si sabía algo. Al menos lo han dejado tranquilo después de interrogarle. No había ninguna razón para involucrarle en este desastre. Ahora está allí, sumando su desolación a la de sus padres.

—Venga. Vamos. Te ayudo a levantarte —dice Jorge, extendiendo sus manos. Marta se zafa de ellas con un gesto de desprecio.

—No quiero ir a ningún lado. Álvaro va a volver de un momento a otro.

Jorge se endereza de inmediato.

—Está bien. Voy a buscar al doctor Méndez —dice, girándose hacia la puerta. Su vecino, el doctor Méndez, es un prestigioso cardiólogo ya jubilado que siempre se ha portado bien con ellos. Pero Marta tampoco quiere verlo. No quiere ver a nadie.

Cuando Jorge se dispone a abandonar la casa, alguien llama a la puerta con los nudillos. Ambos cruzan una mirada durante un segundo en el que se transmiten la incertidumbre. Mientras Marta se queda paralizada, Jorge se recompone y abre la puerta.

Es Carmela, su asistenta, con los ojos vidriosos y una expresión de sincera preocupación.

Los hombros de Jorge caen en señal de lamento. Igual que su mujer, él esperaba a otra persona. Con un gesto la invita a entrar.

—Hola. He venido para preguntar si hay algo en lo que pueda ayudarles, sé que están pasando por una situación difícil y yo…

Pero Marta no la deja terminar. Su cuerpo se tensa de inmediato, y sus ojos se encienden con una furia repentina e irracional.

—¿Tú qué haces aquí? —escupe, con una agresividad que hace que Carmela dé un paso atrás—. ¿Quién te ha llamado? ¡No te necesito! ¡No ahora!

Carmela parpadea, visiblemente dolida, pero no retrocede del todo.

—Solo quería ayudar, señora… No hace falta que me pague ni nada. De verdad, solo…

—¡Estás despedida! —grita Marta, con los ojos llenos de rabia—. ¡Fuera de mi casa!

Jorge levanta las manos en un intento de calmar la situación.

—Marta, por favor… —balbucea.

—¡Que se vaya! —grita ella, con la respiración entrecortada. Sus facciones están tensas y su mirada está cargada de ira.

Carmela traga saliva y asiente lentamente. Su rostro se endurece, pero no dice nada más. Las lágrimas empiezan a aparecer por sus mejillas.

Jorge suspira y se agacha frente a Marta.

—Marta, necesitas calmarte. Esto no te ayuda.

Ella lo mira con el rostro desencajado y el pecho subiendo y bajando en un ritmo desbocado.

—Llévala a su casa —ordena Marta—. Quiero estar sola.

Jorge duda, pero al final asiente. Antes de que puedan moverse, un golpe en la puerta los hace girarse.

—¿Todo bien aquí? —La voz firme de uno de los agentes de paisano que merodea la urbanización los interrumpe. Debe de haberse acercado alertado por los gritos y los observa con una mirada inquisidora. Jorge se apresura a responder.

—Sí, sí… solo estamos muy nerviosos. Ha sido un malentendido.

El agente los mira durante unos segundos, como si dudara, pero finalmente asiente con cautela.

—Si necesitan algo, estoy aquí.

Jorge le agradece sus palabras con un gesto, pero Marta ya no escucha. Con la mirada clavada en el rostro de su avergonzado marido, señala la puerta con la mano.

## 25

Gabriel Somoza atraviesa los pasillos de la comisaría con paso firme, ignorando el murmullo de conversaciones y el repiqueteo incesante de teclados. Ha recibido una llamada del laboratorio, parece que han encontrado algo en el cuerpo de Sonia que pasó desapercibido en una primera inspección.

Cuando entra en el laboratorio forense, el técnico que lo ha contactado lo espera junto a una mesa de metal. Sobre ella, una bolsa de pruebas. Dentro, un pequeño rastro de un material oscuro y terroso.

—¿Qué es eso? —pregunta Gabriel sin rodeos.

El técnico se ajusta los guantes de látex y señala la muestra con la barbilla.

—Humus de lombriz —responde—. Es un fertilizante orgánico. Se usa en jardinería para enriquecer el suelo. Podría no ser nada, teniendo en cuenta que su cuerpo estaba rodeado de basura, pero es extraño.

Gabriel frunce el ceño. No es una pista contundente, pero es un detalle que no encaja. Y en este caso, cada detalle importa.

—¿Por qué? —inquiere Gabriel.

—Porque es un producto que se mezcla con la tierra. Lo lógico, si alguien se hubiese deshecho de una maceta, por ejemplo, es que hubiésemos encontrado las dos cosas, el humus y la tierra. Pero no ha sido así.

Gabriel se lleva la mano a la barbilla.

—Entonces, ¿sugieres que su cuerpo estuvo en contacto con el humus antes de que la arrojasen al camión de la basura? —pregunta el inspector Somoza.

El técnico asiente.

—Sí. Es lo más probable. Aunque no puedo confirmarlo.

—¿Dónde estaba exactamente?

—En la ropa de Sonia, adherido a las costuras de los pantalones. Pasó desapercibido en la primera inspección porque su ropa estaba

llena de otros residuos del vertedero. Pero esto es distinto. Es procesado, tratado… Y el nivel de deshidratación…

—Explícate.

—Pues que normalmente el humus se deshidrata con el tiempo. Si fuera un residuo del vertedero estaría seco y descompuesto, pero no es el caso. Está fresco. Como si lo acabaran de comprar —comenta el técnico, convencido.

Gabriel asiente lentamente. Su mente ya trabaja a toda velocidad, conectando puntos, descartando coincidencias. Se endereza. Se despide y, sin perder tiempo, se dirige a la sala donde un grupo de agentes trabaja frente a varias pantallas, rastreando la ruta del camión de basura en el que apareció el cuerpo de Sonia.

Las imágenes satelitales parpadean en la penumbra de la sala, reflejando un mapa de la ciudad salpicado de líneas rojas y puntos de referencia. Un par de agentes teclean sin descanso, cruzando datos, analizando registros. Gabriel irrumpe sin preámbulos.

—Escuchadme un momento —ordena, con voz firme. Los agentes levantan la cabeza de inmediato—. Necesito que os encarguéis de otra cosa. Quiero un registro de todos los viveros y tiendas de jardinería de la zona. Buscad ventas de humus de lombriz en los últimos días.

Los agentes intercambian miradas, sorprendidos, pero nadie cuestiona la orden.

—¿A nombre de alguien en particular? —pregunta uno de ellos.

—Por ahora, cualquiera que haya hecho compras recientes —dice Gabriel—. Si alguien ha usado este fertilizante en la ciudad, quiero saber quién es. Y lo quiero cuanto antes.

El grupo asiente y se pone en marcha sin más preguntas. Gabriel se queda un instante en la sala, observando la actividad a su alrededor. Algo le dice que esta pista es importante, que está más cerca de algo grande.

Solo espera que no sea demasiado tarde.

---

Patricia Siles ha vuelto a quedarse hasta tarde en comisaría. Esta noche debe dormir algo, aunque sea poco, de lo contrario, no será capaz de mantenerse en pie. La oficina está en silencio. Hace un rato que dejó el móvil sobre la mesa, pero la conversación con su marido sigue resonando en su cabeza.

—No aguanto más, Patricia. Me voy con los niños a casa de mi madre. Hablaremos cuando todo esto termine —le dijo antes de colgar.

Su voz no ha sonado furiosa. Tampoco fría. Solo cansada. Y eso es peor. Patricia sabe que su matrimonio pendía de un hilo, pero escuchar cómo se rompe es distinto. No tiene fuerzas para pensar en ello ahora, no cuando este caso se le escapa entre los dedos. Suspira, se endereza en la silla y sale de su despacho con un solo propósito: no pensar.

Las luces del pasillo titilan débilmente cuando se acerca al despacho de Gabriel Somoza. La puerta está entreabierta, y desde dentro se filtra la luz azulada de una pantalla. Patricia accede sin anunciarse.

—¿Sigues aquí? —pregunta, aunque la respuesta es evidente.

Gabriel levanta la vista un instante, apenas un gesto de reconocimiento, y vuelve la atención al monitor. Los músculos de su mandíbula están tensos.

—Estoy revisando las cámaras de tráfico del día que dejaron el paquete con la pulsera de Álvaro y la ropa interior de Emma —explica, moviendo el ratón sobre la pantalla—. Hay un par de rutas posibles que pudieron seguir para entregarlo, lugares donde es fácil aparcar e ir andando al buzón.

Patricia se acerca y observa las imágenes. Tomas granuladas, cortes abruptos, tráfico fluyendo en distintas direcciones. Nada salta a la vista, pero Gabriel parece concentrado en un punto específico.

—¿Has encontrado algo?

—Quizá… —murmura él, ampliando la imagen de un vehículo en movimiento—. Es una furgoneta. Mismo modelo y color que la de David Velasco.

Patricia entrecierra los ojos. La imagen es borrosa, deformada por el ángulo y la compresión de la grabación.

—Las llantas son distintas —señala ella.

Gabriel asiente.

—Ya me he fijado. Pero el resto coincide. No se ve quién la conduce. Por la silueta, parece que solo hay una persona dentro.

Patricia se cruza de brazos. Es un indicio, aunque no una prueba concluyente. Pero si consiguen la matrícula…

—¿Ves la matrícula? —pregunta Patricia.

—Eso estoy intentando —dice Gabriel con su atención centrada en la pantalla—, pero las imágenes no son muy buenas. Mira esta toma.

Gabriel amplía la imagen con un golpe de ratón. Los números son ilegibles, tal vez un ocho o un cero sería el primer dígito, el resto es imposible saberlo.

Patricia le da una palmada en el hombro a su compañero en señal de felicitación.

—Voy a avisar a los técnicos. Pueden mejorar la imagen y extraer el número completo de la matrícula, o gran parte de él.

Gabriel asiente sin despegar los ojos de la pantalla. Patricia se gira para salir, pero antes de cruzar la puerta, echa un último vistazo a su compañero. Siempre con sus cinco sentidos en el caso; siempre con la mente en el siguiente paso. Es un profesional ejemplar. El mejor que ha conocido.

Se pregunta si ella será capaz de hacer igual que él y seguir adelante cuando todo lo demás a su alrededor se derrumbe.

## 26

Jorge Sempere entra en casa en completo silencio, cerrando la puerta con cuidado, como si eso pudiera mitigar la tormenta que le espera dentro. Su reloj marca las diez y veinte. Demasiado tarde. Demasiado tiempo fuera. Lo sabe incluso antes de escuchar los pasos firmes de Marta acercándose por el pasillo.

—¿Dónde demonios estabas? —pregunta ella, cruzándose de brazos. Su voz es áspera, sin rastro de la mujer que una vez fue. Desde la desaparición de Álvaro, Marta es otra. Impaciente, irritable, siempre al borde del colapso. Aunque es comprensible, en cualquier caso.

Jorge no contesta. Ha estado pensando durante horas qué contarle a su mujer y qué partes guardarse para sí. No quiere hacerle daño. No quiere despertar sus esperanzas hasta que sea el momento oportuno. Si algo sale mal, no se lo perdonaría.

Jorge exhala despacio, buscando en su interior una paciencia que se le agota cada día. Debería haber ideado una excusa antes de volver, pero no se le ocurrió nada plausible y ahora su cabeza solo gira en torno a la bolsa que ha dejado atrás, al dinero enterrado bajo las ramas en las Lagunas de Rabasa. A la esperanza de que todo esto termine de una vez.

—Necesito que confíes en mí —dice, intentando serenar su voz entrecortada.

Marta lo observa con dureza, escudriñando cada línea de su rostro, cada mínima señal que lo delate.

—¿Que confíe en ti? Te he estado llamando. ¿Dónde estabas? —insiste, con una risa breve e irónica, sin alegría.

Él cierra los ojos un instante. Un sentimiento de culpabilidad lo inunda, pero también una necesidad. Desesperación. Y ahora no puede flaquear.

—He hecho lo que tenía que hacer para poner fin a todo esto, y ahora solo te estoy pidiendo que confíes en mí. Me lo debes —contesta Jorge, con un nudo en la garganta. Casi no se cree que

haya sido capaz de decir esas palabras. Porque sabe muy bien la pregunta que vendrá a continuación.

Marta se cruza de brazos y le sostiene la mirada, ladeando la cabeza con un gesto de indignación.

—¿Y por qué te lo debo, exactamente?

Jorge traga saliva y desvía la mirada; no es capaz de mirarla a los ojos.

—Porque me has engañado. Sé que tienes una aventura con Miguel Lago. Lo sé desde hace tiempo. Me has fallado a mí y a tus hijos. Por eso me lo debes —dice, mirando al suelo. Cuando termina su frase se forma un silencio sepulcral. Marta no contesta y él se da media vuelta y sube las escaleras hacia su dormitorio.

Horas antes, sentado al volante de su coche, Carmela lo había abordado, con lágrimas en los ojos y la vista fija en el parabrisas.

—Señor Jorge. Necesitaba verle a usted. Ese es el motivo por el que he ido a su casa. Recibí esta carta, con la foto de Álvaro y su novia y… una nota. Dice claramente que debía dársela a usted sin que nadie más lo supiera. No sé si he hecho bien. Estoy muy nerviosa.

Jorge detuvo su coche a un lado de la carretera y tomó la nota sin poder controlar el temblor de sus manos. Mientras leía las palabras se le cortó la respiración y comenzó a sudar. El intercambio en la fiesta de disfraces estaba cancelado. Sabían que habían avisado a la policía. Y ahora la única manera de recuperar a su hijo con vida era dejar el dinero en un lugar apartado, en un punto específico de las Lagunas de Rabasa. Doscientos cincuenta mil euros. Esa misma noche. Nadie debía saberlo. En caso contrario, habría consecuencias.

Jorge pensó en Sonia. Si ella estaba muerta, su hijo podría correr la misma suerte si no obedecía las directrices de esa nota. La fotografía de Álvaro y Emma sosteniendo un periódico reciente suponía una prueba de vida que le alivió durante unos minutos y provocó que se formasen lágrimas en sus ojos. No tenía más remedio que actuar, y debía hacerlo rápido.

Pidió a Carmela que se desplazase en autobús hasta su casa mientras él se apresuraba a conseguir el dinero. No fue fácil. Ningún

banco le daría esa cantidad en tan poco tiempo y, además, habría levantado sospechas.

Aparcó su coche en un lugar solitario del campo de golf cercano a la Playa de San Juan. Sabía que la policía lo había seguido la noche que salió a buscar a Álvaro, al igual que hicieron con David Velasco. Los agentes no fueron muy discretos, aunque no le dio importancia. Él no tenía nada que esconder. Sin embargo, en ese momento era diferente, tenía que actuar clandestinamente por la seguridad de su hijo. Apagó su teléfono y se dirigió caminando a una parada de taxis que había en las proximidades. Se subió a uno y le pidió al taxista que lo llevase al barrio del Pla del Bon Repós, un barrio de Alicante donde fue a encontrarse con un conocido usurero al que había defendido en un juicio años atrás. No quería recurrir a él, pero no tenía más remedio. Era la única persona capaz de darle el dinero en efectivo con tan poca antelación. Le saldría caro, por supuesto, pero no le importó lo más mínimo. Hubiera dado todo su patrimonio en caso de ser necesario.

Después de conseguir el dinero y comprometerse a devolver trescientos mil euros en una semana, se subió a un nuevo taxi que lo llevó a las Lagunas de Rabasa. El sol ya había empezado a caer cuando se encontró caminando a solas por un sendero sucio, rodeado de matojos, con el miedo calándole hasta los huesos bajo la tenue luz de la luna.

Cuando llegó al punto indicado en la nota con la bolsa negra llena de los billetes del usurero, sus manos estaban sudorosas; su respiración, entrecortada. El hoyo ya estaba allí, como prometía la nota, señalando el punto con un burdo mapa dibujado a mano. Un rectángulo excavado en la tierra. Al lado, ramas cuidadosamente dispuestas. Un escondite improvisado, esperando a ser sellado.

Jorge dejó la bolsa dentro. Su mente gritaba que aquello era una locura, que podía ser una estafa, que estaba dejando su destino en manos de desconocidos. Pero no tenía alternativa. Se agachó, tomó las ramas y cubrió la fosa con ellas, asegurándose de que todo pareciera intacto. Luego, sin mirar atrás, se alejó siguiendo las indicaciones recibidas.

Ahora, en su casa, tras la discusión con su mujer, siente el peso de cada uno de esos billetes machacando su conciencia.

---

Emma apenas siente las piernas. Han pasado tantas horas desde que la encerraron en esa cabaña, que su cuerpo ya no responde como debería. Le duelen los ojos de tanto llorar y la garganta se le ha secado hasta el punto en el que cada palabra le raspa como si estuviera hecha de vidrio. Álvaro, a su lado, parece algo mejor. Ya no tiembla como antes, y aunque sigue encogido por el efecto del táser, ha conseguido moverse sin que el dolor lo derrumbe. Pero el aspecto que tiene es terrible. Su piel, normalmente dorada por el sol, está pálida y manchada de suciedad. Sus labios están agrietados, y sus ojos, hundidos y rodeados de sombras violáceas, reflejan la misma incertidumbre que atormenta a Emma.

Ella se desliza hasta él y apoya la cabeza en su pecho. Necesita sentir su calor, convencerse de que siguen ahí, de que aún hay un atisbo de esperanza en ese infierno.

—Voy a intentar dormir un poco —susurra Emma, con la voz débil.

Álvaro la envuelve con su brazo y asiente sin decir nada. Su respiración es irregular.

Emma cierra los ojos. Solo quiere desconectarse de esa realidad unos minutos, pero el rugido de un motor la sobresalta.

El miedo la golpea de inmediato. Se aferra a la camiseta de Álvaro, el pulso desbocado una vez más. Sabe lo que significa. El hombre con la máscara de payaso vuelve. Si fuese la policía, se oirían sirenas, o tal vez no… no lo tiene claro. Lo que es innegable es que está aterrada.

«¿Ha venido a acabar con nosotros?», piensa, despavorida.

Los segundos que transcurren mientras quien esté al otro lado abre el candado de la puerta se convierten en una eternidad. La puerta se abre de golpe y entra el hombre disfrazado con la túnica negra y la máscara de payaso.

Alza su mano mostrando el táser. Suficiente para que a su novio se le disipen las ganas de enfrentarse a él de nuevo. Mucho menos en su estado actual.

—Voy a dejar la puerta abierta —anuncia con la voz distorsionada a través de la máscara—. Quiero que contéis hasta mil. Después de eso, podéis marcharos.

Emma asiente. Por un instante, parece incluso agradecida por lo que acaba de oír. Álvaro no se inmuta, tal vez él no le crea. La expresión de su rostro muestra duda, pero Emma ha empezado a contar en voz alta.

Quiere terminar de contar y huir.

## 27

Gabriel apenas levanta la vista cuando Patricia entra en la sala. Está de pie frente al mural de pruebas, con las manos apoyadas en la mesa, repasando una vez más la secuencia de los hechos. Pósits con fechas y nombres, fotografías de los adolescentes desaparecidos, capturas de cámaras de seguridad y anotaciones a mano cubren la pared como un mapa de conexiones aún por descifrar. La voz de Patricia rompe su concentración.

—Hemos recibido una llamada de la policía municipal de Agost —dice ella, sin preámbulos. Su tono transmite ansiedad—. Un agente ha encontrado a dos adolescentes en una gasolinera. Dicen que han estado secuestrados varios días y que lograron escapar. Se identificaron como Emma Lago y Álvaro Sempere.

Gabriel parpadea, asimilando la información. No reacciona de inmediato. El golpe de adrenalina que debería haber sentido en un caso como este no llega. En su lugar, una sensación de certeza se desliza por su mente, como si acabara de encajar la última pieza de un rompecabezas que llevaba días armando.

—¿Están heridos? —pregunta, girándose al fin para mirar a Patricia.

—No han entrado en detalles. Parecen demacrados, agotados… pero vivos.

Vivos. Eso debería bastar. Y, sin embargo, no es suficiente.

Gabriel desliza la mirada hacia el mural. Todo está ahí. Las pistas que han encontrado, los cabos sueltos que parecían no llevar a ninguna parte. Ahora, con esta nueva información, el cuadro empieza a tomar forma para él.

—Diles que vamos para allá —dice Gabriel, dirigiéndose al perchero tras la puerta para coger su abrigo.

—No es necesario. Vienen de camino —advierte Patricia.

Gabriel se detiene un instante.

—Bien. Tú quédate aquí. Yo voy a ir a Agost. Envíame la dirección y habla con ese agente. Necesito que nos ayuden a

localizar el lugar donde estaban retenidos.

Patricia asiente y Gabriel desaparece con paso firme. Tiene la certeza de no equivocarse. Todo encaja. Solo necesita poder demostrarlo.

---

Álvaro se estremece bajo la manta. El calor no le alcanza. Tiene frío en los huesos, un frío que no se disipa aunque sepa que está a salvo. En la puerta de la comisaría ha visto cómo unos agentes intentaban controlar a una horda de periodistas apostados en la entrada. Los *flashes* de las cámaras aún destellan en su cabeza. Parpadea y sigue viéndolos, como si la oscuridad de la cabaña le hubiese vuelto intolerante a la luz.

Lo han separado de Emma. Se la han llevado a otra sala, lejos de él. Ahora está solo, sentado en una silla metálica, con los puños apretados sobre el regazo. Sabe lo que tiene que decir. Lo que ha prometido a Emma que va a decir. Llevan días hablando sobre ello en la cabaña y, aunque Álvaro no estaba muy convencido al principio, ha visto el arrepentimiento en los ojos de su novia y no será él quien la arroje al abismo.

La puerta se abre con un chasquido seco. Una mujer entra acompañada de un agente más joven.

—Soy la inspectora Patricia Siles —dice, con voz firme, pero sin dureza—. Él es el agente Navarro. Queremos hablar contigo, Álvaro. Sabemos que esto es difícil y necesitas recuperarte, pero ya estás a salvo. Necesitamos que nos cuentes lo que pasó.

Él asiente. Se esfuerza por no temblar.

—Lo primero de todo es comunicarte que la conversación va a ser grabada —aclara Patricia—. ¿Estás de acuerdo?

Álvaro asiente.

—Dilo en voz alta para que conste, por favor —solicita Patricia.

—Sí, estoy de acuerdo —contesta Álvaro. Le tiembla la voz—. ¿Puedo hablar con mis padres, por favor?

Patricia Siles aprieta los labios.

—Tus padres están de camino. Ya les hemos avisado.

—¿Están bien?

—Lo estarán cuando te vean —responde Patricia mientras prepara un bloc de notas—. Dime, Álvaro. ¿Qué recuerdas de la noche del secuestro?

Traga saliva. Se aferra a su versión.

—Estábamos en la playa de la Almadraba. Emma y yo. A solas.

Patricia mantiene la mirada en él.

—¿A qué hora? —inquiere la inspectora Siles.

—No lo sé… —duda—. Tarde. Cerca de la medianoche.

—¿Y entonces?

—Apareció Sonia —dice, y su estómago se revuelve.

Patricia se inclina levemente.

—¿Sonia Velasco? ¿Sabes por qué estaba allí?

—No… Supongo que iba a dar un paseo o algo así.

—¿Hablasteis con ella?

—Un poco. Apenas nada.

—¿Y luego? —continúa Patricia.

—Luego llegó él. —Las manos de Álvaro se aprietan sobre la manta. Su voz se quiebra un instante—. Llegó una furgoneta. Se detuvo justo al lado.

Patricia le deja espacio, percibe cierto cambio en su mirada.

—¿Qué color tenía la furgoneta?

—Era blanca, creo. La verdad es que todo sucedió muy rápido.

—¿Recuerdas la matrícula?

—No. Qué va. —Siente un nudo en la garganta—. El hombre salió rápido. Llevaba un disfraz de payaso. Y un modulador de voz. Nos cogió desprevenidos. Ninguno supimos reaccionar.

—¿Un modulador de voz? —pregunta Patricia, intentando aclararlo.

—Sí. Sonaba distorsionada… Rara. Como si llevase una especie de micrófono dentro de la máscara que le cambiase la voz. Parecía la de un robot o algo así.

Patricia y Navarro intercambian una mirada fugaz.

—¿Estaba armado?

—Llevaba un táser. Nos amenazó con eso. Cuando lo activó… Tengo metido ese sonido en la cabeza, como una explosión.

Después nos obligó a subir a la furgoneta.

—¿A los tres?

Asiente. Se le forma un nudo en la garganta.

—Nos llevó a la cabaña. Nos metió dentro.

—¿Qué pasó dentro, Álvaro?

Sus uñas se clavan en la manta. Quiere saltarse esa parte. Quiere mentir. Pero Patricia no le aparta la vista de encima.

—Sonia intentó quitarle el táser —susurra.

Un breve silencio.

—¿Y entonces?

—Él la golpeó. Fuerte. Muy fuerte. —Se humedece los labios. No quiere seguir. No quiere recordar la imagen de Sonia desplomándose contra el suelo—. No se movió más.

Patricia baja la voz.

—¿La mató?

La pregunta queda suspendida en el aire mientras Álvaro aparta la mirada.

—No se movía… No respiraba… —Su voz se quiebra—. Creo que sí estaba muerta, pero se la llevó… No sé.

Álvaro no puede contener las lágrimas y rompe a llorar.

Patricia asiente con lentitud. Decide darle un tiempo para que se recupere.

—¿Intentaste ayudarla? —pregunta al cabo de unos segundos.

—Sí. —Sus labios tiemblan—. Pero él me descargó el táser.

La inspectora toma nota en su cuaderno.

—¿Fue así como te hiciste la herida de la ceja? —pregunta, señalando su frente.

Álvaro se lleva una mano a la cabeza. La había olvidado. Piensa durante unos segundos.

—Sí. No lo recuerdo muy bien. Creo que me lo hice al caer.

Patricia le sostiene la mirada. Parece que está evaluando sus respuestas. Álvaro no entiende por qué tiene que pasar por esto. Ha sido a él a quien han secuestrado.

—Dices que el hombre que iba vestido de payaso se llevó a Sonia después de golpearla. ¿Regresó después de eso?

Álvaro asiente.

—Entró con un periódico. Nos hizo una foto con él, a Emma y a mí. Como prueba, supongo.

—¿Cómo conseguisteis salir de la cabaña?

—Volvió una vez más. No sabría decirle cuánto tiempo después. Allí dentro era difícil saberlo. Abrió la puerta y nos pidió que contásemos hasta mil, que después de eso podíamos irnos.

Patricia lo observa, como si buscara la fisura en su historia. Mantiene la mirada en él. Tras unos segundos, cierra la libreta y se inclina levemente.

—Gracias, Álvaro. Eso es todo por ahora.

Se pone en pie, y el agente Navarro la sigue. Álvaro se queda sentado, abrazando la manta con más fuerza.

Sigue teniendo frío.

# 28

El coche avanza con dificultad por el camino de tierra, levantando una nube de polvo a su paso. Gabriel Somoza observa, a través del parabrisas, la silueta de la cabaña emergiendo entre la maleza. Es un lugar olvidado, aislado del mundo. Apenas visible desde la carretera más cercana, oculta entre los árboles como si su existencia fuera un secreto que alguien hubiese querido enterrar. La policía local de Agost llegó hasta aquí gracias a las instrucciones de Álvaro Sempere, y ahora Gabriel está a punto de cruzar la puerta que los mantuvo encerrados.

Detiene el coche a unos metros de la entrada y baja, sintiendo el crujido de la grava bajo sus botas. El olor es particular, cargado de humedad y de algún tipo de producto químico que no es capaz de identificar. Con una linterna en la mano, se acerca a la estructura. La cabaña está en mal estado, con tablones clavados a la fuerza en las ventanas, como si alguien hubiera querido sellarla. La puerta está abierta de par en par, con un grueso candado colgando en su parte exterior. Los goznes oxidados gimen cuando Gabriel la empuja con el dorso de la mano.

Gabriel no ha acudido solo. Un equipo de la Policía Científica lo acompaña. Los agentes esperan a que Gabriel dé el visto bueno para ponerse a trabajar. Dentro, la penumbra lo envuelve. Un hedor rancio flota en el aire, una mezcla de moho, madera podrida y algo más reciente: restos de comida descomponiéndose en un rincón. La luz de la linterna se desliza sobre un colchón tirado en el suelo, cubierto con una manta delgada y sucia. Una botella de agua a medio consumir se vislumbra a un lado, junto a un envoltorio de barritas energéticas. Se coloca unos guantes, se agacha y pasa los dedos por el suelo, observando el polvo adherirse al vinilo.

Se endereza y sigue explorando; su mirada afilada busca algo que confirme lo que ya intuye. Algo que aún no ha dicho en voz alta, pero que dirá en cuanto pueda demostrarlo.

En la pared opuesta, junto a una de las ventanas tapiadas, algo llama su atención. Se acerca y descubre que es un interruptor, oculto tras el saliente del marco de la ventana.

Lo pulsa. Nada.

O eso cree hasta que uno de los agentes que lo acompaña habla desde la puerta.

—Inspector, aquí fuera se ha encendido una bombilla.

Gabriel gira sobre sus talones y sale al exterior. Sobre la puerta, casi oculta entre las láminas de madera, una bombilla parpadea débilmente. Es un detalle nimio, pero suficiente. Su mandíbula se tensa. Aquello encaja. No puede demostrarlo. No aún. Pero le sirve para convencerse aún más de sus sospechas.

No hay luces dentro de la cabaña. No hay ninguna bombilla dentro. Sin embargo, sí hay una fuera.

Mira a los agentes que esperan instrucciones y exhala despacio, preparando su siguiente movimiento.

Está cerca. Lo sabe.

---

Emma Lago está sentada en la fría sala de la comisaría, sintiendo el roce constante de los brazos de su madre. Daniela la envuelve como si temiera que fuera a desaparecer de nuevo. Su madre no deja de besarle la mejilla, murmurando palabras de alivio y cariño que Emma no termina de procesar. No consigue reaccionar. Su cuerpo está aquí, en este lugar asfixiante, pero su mente sigue atrapada en otro sitio. En la cabaña. En la oscuridad. En los segundos eternos en los que creyó que no saldría con vida, y que de hacerlo, tendría que lidiar con la culpa. El remordimiento no sería suficiente para justificar lo que hizo.

La inspectora Siles la ha interrogado hace unos minutos y, desde que salió de la sala, Emma repasa sin cesar sus respuestas. Ha dicho lo que acordó con Álvaro. Todo encaja, en teoría. Pero, ¿y si los nervios la traicionaron? ¿Y si dejó escapar algo sin darse cuenta? Una mirada, un titubeo, una pausa demasiado larga. Se muerde el labio y baja la vista a sus manos entrelazadas.

Su padre, Miguel, está sentado frente a ella. Inmóvil. Callado. Su expresión es difícil de leer, pero hay algo en su mirada que la inquieta. Quiere creer que está contento de verla, que siente alivio. Pero no es solo eso. Hay una sombra en sus ojos, una preocupación que va más allá de su secuestro.

Sus padres no se miran. La tensión entre ellos es más que evidente. No es la misma de siempre, la que ella ya ha normalizado desde hace años. Es diferente. Más densa, más oscura. Algo ha pasado mientras ella no estaba. Algo que ninguno de los dos menciona.

El silencio se vuelve insoportable. Emma levanta la vista y mira a su padre directamente.

—¿Cómo pagaste el rescate? —pregunta cuando esa idea le viene a la cabeza.

No hay respuesta. Daniela deja de acariciarle el cabello. Miguel tarda en reaccionar, pero el modo en que aprieta la mandíbula le dice a Emma lo que quiere saber antes de que él diga nada.

Su padre no pagó el rescate.

A Emma le invade el odio. No puede creer que su propio padre le haya fallado.

---

El autobús en el que viaja Ismael Reyes avanza por la carretera oscura. El ruido del motor suena amortiguado por el murmullo de los pasajeros y el golpeteo rítmico de la lluvia contra las ventanillas. Ismael mantiene la capucha de su sudadera echada sobre la cabeza, hundido en su asiento junto a la ventana, observando las luces dispersas de los pueblos que quedan atrás. Sus manos descansan sobre la mochila que lleva en el regazo. Dentro, el dinero que ha obtenido del rescate. Su salvoconducto. Su única garantía de supervivencia ahora que su anterior vida ha finalizado.

No siente culpa. Ni siquiera un atisbo de remordimiento cuando recuerda la expresión desesperada de Jorge Sempere en las Lagunas de Rabasa. Lo observó en la distancia, escondido tras los matorrales, viendo cómo introducía la bolsa con el dinero en el lugar que él

había dispuesto para tal fin. Pobre idiota. Ismael esperó a que se marchase antes de recogerla y revisar su contenido. Luego, como si nada, volvió a la cabaña y liberó a Álvaro y a Emma.

Ahora, sentado en un autobús con destino a Sevilla, repasa mentalmente cada detalle. Dejó la furgoneta de su tío cerca del puerto de Alicante, en una calle donde pasaría desapercibida al menos unas horas más. Caminó hasta la estación, compró el billete en efectivo y no levantó sospechas. Nadie lo ha seguido. Nadie lo ha detenido. Aún.

Mira el reloj. Todavía quedan horas de viaje. Si todo sale bien, por la mañana cruzará la frontera a Portugal. Allí podrá desaparecer, encontrar una forma de salir de Europa si es necesario. No tiene intención de volver en un futuro. No hay nada en España que lo retenga. Su casa, sus padres… Jamás debió confiar en que las cosas mejorarían. Nunca lo hicieron. Nunca lo harán.

Pero él no es como los demás. Él es más listo. Por eso, cuando leyó aquel artículo sobre el inspector Gabriel Somoza, supo que debía largarse antes de que fuera demasiado tarde. Un hombre así no deja cabos sueltos. La forma en que lo describían en la prensa: metódico, implacable, el tipo de policía que desentraña la verdad sin importar lo bien que haya sido escondida. Ismael no piensa esperar a comprobarlo. Tampoco se siente culpable por no haber cumplido su parte del trato al no repartir el dinero. Sabe que intentarán culparle por la muerte de Sonia y no está dispuesto a pasar por eso.

Aprieta la correa de la mochila con más fuerza y respira hondo. Ya no hay vuelta atrás. La carretera se extiende ante él como una herida oscura en la noche, y al final, la libertad. O al menos, eso es lo que se repite a sí mismo.

Porque si algo ha aprendido, es que no se puede confiar en nadie. Ni siquiera en su propia suerte.

## 29

Las manecillas del reloj marcan las dos y veinte de la madrugada. Gabriel observa cómo Patricia se frota los ojos y estira el cuello, tratando de aliviar la tensión acumulada. La cabaña donde han estado retenidos Álvaro y Emma es propiedad de una entidad bancaria desde hace seis años, cuando fue embargada a Bernardo Cortés. Un hombre que falleció a comienzos de año.

Patricia y Gabriel se han reunido en el despacho de la inspectora Siles. Acaban de interrogar a Jorge Sempere, que les ha contado cómo Carmela, su asistenta, le dio la nota con las nuevas instrucciones para pagar el rescate.

—¿Le crees? —pregunta Patricia.

Gabriel tiene el puño cerrado apoyado sobre sus labios.

—No se puede negar que, de ser verdad, el hombre ha actuado con determinación —dice, moviendo la silla para sentarse frente a Patricia—. No solo consiguió el dinero, que no ha debido ser fácil, sino que, además, lo entregó sin que nos diéramos cuenta.

Hace una pausa y se inclina ligeramente sobre el escritorio.

—Sospechaba que algo así iba a suceder —continúa Gabriel—. Y quizá sea la pieza que me falta.

Patricia ladea la cabeza, analizándolo.

—¿Sigues pensando que…?

—Sí —interrumpe Gabriel—. Totalmente. Y lo voy a demostrar.

Un golpe en la puerta corta su conversación. Un agente del departamento de Pericias Informáticas asoma la cabeza, con el rostro iluminado por la luz azulada de una *tablet*.

—Hemos conseguido mejorar la imagen de la furgoneta —anuncia sin rodeos—. Ya tenemos el número de matrícula.

El aire en la oficina se vuelve más denso. Patricia toma la *tablet*, y Gabriel se inclina para mirar la imagen. La placa es clara. Nítida.

—Pertenece a Iván Reyes —añade el agente.

Un silencio gélido se instala en la habitación. Patricia frunce el ceño y baja la vista a los papeles desperdigados sobre su escritorio.

Su respiración se vuelve más rápida mientras busca algo, revolviendo hojas con inquietud. Se detiene cuando encuentra lo que buscaba. Con un dedo lo señala para que Gabriel lo mire. Es un nombre escrito a mano. El de Ismael Reyes.

—Compruébalo —sugiere Gabriel, haciendo un gesto con la cabeza señalando el ordenador.

Patricia se recoloca en su asiento y comienza a teclear. Unos segundos después, levanta la vista hacia Gabriel.

—Es su tío. Lo tenemos.

Gabriel no pierde el tiempo. Se endereza, toma su chaqueta del respaldo de la silla y ya está en la puerta antes de que Patricia pueda reaccionar.

—Voy a buscar a Iván Reyes ahora mismo. Envía un par de agentes a casa de Ismael. Si no lo encuentran, diles que me llamen inmediatamente —pide Gabriel.

Patricia asiente, aunque su atención ya se ha desviado a otra tarea.

—Yo me quedaré aquí. Voy a conseguir las muestras de ADN de los padres de Álvaro y Emma.

Gabriel no dice nada más. Solo asiente antes de salir por la puerta. Sus pasos resuenan en el pasillo vacío. Es tarde, está agotado, pero la adrenalina en su sangre lo mantiene alerta.

El tiempo corre en su contra.

---

Miguel Lago cruza los brazos sobre el pecho y se recuesta en la silla, visiblemente irritado. La pequeña sala de interrogatorios, iluminada por una luz blanca y fría, le da la sensación de estar en una pecera. No puede creer que, después de todo lo que ha pasado, después del infierno de las últimas horas, ahora tenga que lidiar con esto.

—¿Mi ADN? —repite, con un deje de incredulidad en la voz—. ¿De verdad cree que yo…?

Patricia Siles, impasible, sostiene su mirada desde el otro lado de la mesa.

—Es un procedimiento habitual —dice con calma—. Todos los familiares cercanos de los secuestrados deben aportar una muestra. Espero que lo entienda.

Miguel se pasa una mano por el rostro, exhalando con frustración, y murmura algo en voz baja que parece ofender a la inspectora.

—Se trata de la investigación del secuestro de su propia hija. ¿No quiere colaborar? —añade Patricia, elevando el tono.

Él cierra los ojos un instante. No tiene opción. No le hace falta tomarse un tiempo para evaluar su respuesta. Solo puede recular.

—Está bien —murmura al fin—. Hágalo.

Patricia no reacciona ni con un ápice de satisfacción. Simplemente asiente, toma el bastoncillo y lo introduce en la boca de Miguel. Él desliza los dedos sobre la mesa, ansioso por terminar de una vez.

Patricia guarda el bastón dentro de su correspondiente bolsa transparente.

—¿Cuándo podré recuperar mi coche? —pregunta Miguel, con el tono de quien ya sabe la respuesta, pero necesita oírla de todas formas—. Quiero irme a casa con mi familia. Descansar, no podemos más.

Patricia hojea unas páginas en su carpeta antes de contestar.

—Mañana por la mañana habremos terminado de inspeccionarlo —dice—. Para entonces tendremos los resultados.

No añade nada más. No le ofrece consuelo ni falsas esperanzas. Solo datos fríos, respuestas concisas. Miguel siente la carga de su propio agotamiento aplastándole los hombros. Se pasa la lengua por los labios secos y asiente con un gesto tenso.

—¿Podemos, al menos, coger un taxi y esperar en casa?

Patricia chasquea los labios.

—Lo siento, pero tengo que pedirles que se queden un rato más. Es importante de cara a la investigación. Terminaremos pronto, se lo prometo.

## 30

Gabriel Somoza aparca en una calle angosta del complejo Vistahermosa y observa la casa de Iván Reyes. Una planta baja con la fachada desconchada y una persiana a medio bajar que deja entrever una ventana cubierta de polvo. El pequeño jardín delantero es lo único que parece estar cuidado de todo el entorno. Iván Reyes dispone de un pequeño huerto. A Gabriel le invade el olor a tierra mojada.

Camina hasta la puerta y toca el timbre. Un sonido estridente resuena en el interior. Tarda en abrir. Gabriel oye arrastrar algo pesado antes de que la puerta ceda unos centímetros. Un hombre delgado, de pelo gris y barba descuidada asoma la cabeza. Según los registros, apenas tiene cuarenta años, pero su aspecto lo hace parecer mayor. Se apoya en unas muletas, y cuando abre un poco más, Gabriel se fija en que tiene amputada la pierna derecha.

—Es muy tarde —se queja Iván—. ¿Quién es usted?

—Soy el inspector Gabriel Somoza, de la Policía Nacional —contesta Gabriel mostrando su placa—. Necesito hablar con usted.

Iván Reyes lo observa con cautela antes de hacerse a un lado. Gabriel entra. La casa es pequeña, de techos bajos, con una luz tenue que apenas ilumina los muebles viejos y las paredes con pintura desgastada. El aire está cargado de olor a tabaco rancio y algo más… un rastro agrio, quizá alcohol seco sobre la mesa de centro. Iván se desplaza con torpeza hasta una butaca hundida.

—¿Qué quiere?

—Según nos consta, es el dueño de esta furgoneta —dice Gabriel mostrando una fotografía donde se puede ver la matrícula.

El hombre la mira un instante y después asiente.

—Ha aparecido en unas grabaciones. Concretamente en las inmediaciones de un lugar desde el que se envió un paquete hace unos días.

Iván suelta un resoplido y se señala el muslo derecho.

—¿Y cree que fui yo? Hace tiempo que no la cojo.

—¿Quién la usa entonces?

—Mi sobrino, Ismael. Se sacó el carné hace poco. Se la dejo cuando la necesita. Sus padres no le tratan muy bien y yo le ayudo en lo que puedo, que no es mucho.

—¿Sabe dónde está Ismael? —inquiere Gabriel.

—Pues en su casa, supongo.

—¿Y la furgoneta? ¿Está aquí?

Iván se encoge de hombros.

—Hace días que no la veo. Como la deja aparcada en la calle, a veces desaparece un tiempo y no me doy cuenta. Hace unos días la cogió porque le pedí que fuera a comprar un fertilizante que necesitaba para el huerto. Pero normalmente no me avisa cuando se la lleva; tampoco es que yo la necesite. La conservé después de perder la pierna para poder ir al médico cuando me toca revisión y cargar la silla de ruedas. Mi sobrino suele llevarme.

Gabriel lo mira intentando estudiar sus gestos.

—Creemos que Ismael ha estado acudiendo recientemente a una cabaña de madera ubicada en Agost. ¿Le dice algo ese lugar?

Iván se yergue. Se muestra sorprendido por la información recibida.

—Creo que sé qué cabaña es. Un amigo mío vivía allí hace años. Bernardo, que en paz descanse. Pero lleva abandonada mucho tiempo. El año pasado llevé a mi sobrino allí para que me echase una mano. A veces busco chatarra para sacar algo de dinero y recordaba que en el terreno de esa cabaña había unas tuberías de cobre apiladas que me podían servir. Cuando llegué ya no estaban. Lo que no entiendo es qué ha ido a hacer mi sobrino a ese lugar.

Gabriel se toma unos segundos para procesar la información.

—¿No ha hablado con su sobrino últimamente?

—Pues la verdad es que no. Creí que estaba por ahí, con alguna chica. No es la primera vez que se lleva la furgoneta unos días.

Gabriel mantiene la mirada fija en él. No parpadea. De repente, se levanta.

—Gracias, Iván. No le molesto más.

Ni siquiera espera a que le acompañe a la puerta.

Abandona la casa sin perder ni un segundo y se sube a su coche, desde donde va a realizar una llamada a comisaría.

Según le han informado antes de visitar a Iván Reyes, Ismael tampoco estaba en su casa. Va a pedir que revisen todas las cámaras de tráfico y que encuentren la furgoneta, que envíen la foto de Ismael a la Guardia Civil que controla las fronteras y que se emita una orden de detención.

Lo va a encontrar. Está seguro.

---

A la mañana siguiente, Irina se despierta sintiendo la pesadez de una noche de sueño irregular. No ha dormido bien, pero al menos ha descansado algo. Aun así, la sensación de vacío sigue ahí, como una sombra adherida a su piel.

Se sienta en el borde de la cama y se frota la cara con las manos. Siente que la casa es demasiado grande para ella sola. Daría lo que fuera para que todo volviera a ser como antes.

Con un suspiro, se pone en pie, toma el mando a distancia y enciende el televisor. La pantalla parpadea un instante antes de llenarse con la imagen de un reportero de pie frente a la comisaría. En la parte inferior, las letras rojas resaltan sobre el fondo blanco:

«Los jóvenes desaparecidos, hallados con vida».

Irina entrecierra los ojos, aturdida. La cámara cambia a una grabación de hace apenas unas horas: dos figuras envueltas en mantas térmicas bajan de una furgoneta de la policía. Avanzan con pasos inseguros, los rostros pálidos, marcados por el miedo y el agotamiento. Son Álvaro y Emma.

Un nudo le sube por la garganta.

Han sobrevivido. Los han encontrado. Se alegra y se estremece al ver las imágenes, pero no puede olvidar lo sucedido.

Sonia no está con ellos. Nunca volverá a estarlo.

## 31

Gabriel se despereza en su silla y parpadea un par de veces para despejarse. Han sido horas intensas, pero al menos ha podido dormir un poco. Se ha turnado con Patricia para descansar algunas horas. Ambos lo necesitaban.

Tras recolectar las muestras de ADN y debido a la presión del comisario Urriaga, se ha permitido a Álvaro y a Emma volver a sus casas con sus padres. Les han pedido que no hablen con la prensa, aunque será difícil. David Velasco sigue siendo el principal sospechoso al haber hallado ADN de los tres adolescentes, además de la sangre de Sonia, en una furgoneta de su propiedad. Sin embargo, Gabriel sigue pensando en que esa no es la respuesta para este caso.

El comisario Urriaga le ha llamado personalmente para pedirle que baje el ritmo y que espere al juicio de David, pero eso no va a suceder. De ninguna manera. Solo lo hará cuando esté seguro de haber hallado la verdad.

Patricia entra en su despacho con los ojos entornados, el cabello enredado y el gesto de quien acaba de despertarse en una silla incómoda.

—¿Alguna novedad? —murmura, a modo de saludo. Lleva dos cafés que apoya en la mesa del despacho de Gabriel y le empuja uno. Él se lo agradece con un gesto.

Después, desliza hacia ella una carpeta con el sello de la Unidad Científica. Se toma unos segundos para medir sus palabras antes de hablar.

—Ya tenemos los resultados del coche de Miguel Lago. Han encontrado ADN de Marta Ríos en el interior. Eso confirma que, al menos, estuvieron juntos en algún momento dentro del vehículo. Así que parece que sí que se veían a escondidas.

Patricia se frota los ojos y coge el informe.

—¿Y en el maletero?

—Restos de tierra y hojas de ficus. Pero nada de humus de lombriz.

Patricia chasquea la lengua y cierra la carpeta con fastidio. Sabe lo que eso significa.

—Curioso, ¿no crees?

Gabriel junta las manos y niega con la cabeza.

—Una coincidencia, sin más. Sería imposible que Miguel limpiase el maletero y no dejase restos de humus, pero sí de tierra y hojas. Por no hablar del ADN de Sonia o restos de sangre. No. Miguel no es nuestro hombre. Y si lo es, no usó ese coche para transportar el cuerpo. Lo que ya sabíamos porque su coche no salió de la urbanización desde que desaparecieron los chicos. Solo cuando nosotros nos lo llevamos.

Se toma un segundo y da un sorbo al café.

—La única posibilidad de que Sonia hubiese estado en ese coche es que lo hubiera hecho antes de venir Daniela a comisaría y denunciar la desaparición. Hubo un momento, esa misma noche, en el que pudo haber tenido opción a hacerlo, cuando aseguró que había salido a dar una vuelta con el coche y pretendía encontrarse con Marta en un hotel de Bonalba.

—Pero no hubiera tenido tiempo de limpiar el maletero —añade Patricia.

—¿Posible? Tal vez, pero muy poco probable. Por eso creo que se trata de una coincidencia. Me fijé en su jardín cuando estuve en su casa. Tenía un montón de bonsáis muy bien cuidados y no me consta que tengan jardinero. Seguramente a Miguel le entretenga la jardinería y por eso ha aparecido tierra y hojas en su maletero.

—Tengo que confesar que su situación económica me hace sospechar. Puede que haya tenido algo que ver en todo esto. Es quien más razones tiene. No deberíamos descartarlo tan a la ligera —sugiere Patricia.

—Sabes que nunca descarto a nadie —apunta Gabriel.

Patricia lo observa con los ojos rojos y la cara hinchada, frotándose las sienes como si tratara de ahuyentar el cansancio.

—¿Qué tienes en mente? —pregunta la inspectora Siles.

—Quiero hablar con Álvaro y Emma. Personalmente. Ahora que están a salvo, quiero escuchar su versión de lo que pasó allí.

Patricia deja escapar un suspiro.

—No les va a sentar nada bien.

—No les haré venir a comisaría. Iré yo al Cabo de las Huertas. ¿Vienes conmigo?

Patricia esboza una sonrisa. A Gabriel le sirve como respuesta. Después le cuenta lo que tiene pensado hacer para demostrar su teoría y ella escucha con atención.

Están a punto de levantarse cuando el teléfono de Gabriel vibra sobre su escritorio con insistencia. Ambos intercambian una mirada antes de que él conteste.

—Diga.

La voz al otro lado es directa, tensa.

—Inspector, hemos encontrado la furgoneta de Iván Reyes.

Gabriel aprieta los labios.

—¿Dónde?

—Aparcada cerca del puerto de Alicante.

Silencio. Patricia se endereza en su asiento. Gabriel cierra la carpeta con calma, pero su mente ya va unos pasos adelante.

—No la toquéis. Os envío una grúa ya mismo para que la remolque hasta aquí —dice, colgando sin esperar respuesta.

Ella se pone en pie, agotada pero alerta. Ha escuchado la conversación.

—Esto no cambia nada. Vamos a esperar a que realicen una primera inspección. Les diremos lo que tienen que buscar y será más rápido. También voy a pedir que comprueben lo que te he dicho y después iremos a la urbanización —sentencia Gabriel.

---

Ismael avanza por el pasillo estrecho del autobús con el corazón golpeándole el pecho. Lleva horas intentando calmarse, diciéndose que todo está en su cabeza, pero cada vez que el vehículo se detenía y alguien subía, un nuevo escalofrío le recorría la espalda. No ha sido capaz de quitarse de la cabeza al hombre de la fila de

atrás. Lo ha sorprendido mirándolo tres veces. O quizás cuatro. Su mirada no era casual. No era una de esas miradas que se cruzan sin querer en un viaje largo. Era algo más. Una inspección cuidadosa. Primero a él. Luego a la mochila sobre su regazo.

Por eso ha decidido bajarse antes. En Córdoba. Lo ha hecho de forma impulsiva, casi sin pensarlo, antes de que su miedo lo paralizara. Pero en cuanto pone un pie en la estación y siente el aire frío de la madrugada pegándose a su piel, entiende que ha cometido un error. Hace días le robó a un compañero del instituto su DNI. Eligió a un chico con el que guarda cierto parecido y que, además, no debería darse cuenta de que durante la clase de Educación Física alguien entró al vestuario, con la excusa de ir al baño, y le robó el carné de identidad.

Si todo va bien, le servirá para cruzar la frontera de Portugal. Nadie comprobará que ese documento no es suyo, o eso cree. Pero para eso, debe llegar a la frontera y ahora tiene un problema.

Dos policías municipales están de pie junto a la entrada. No hablan, pero uno de ellos lo está observando. Ismael siente un zumbido en los oídos. ¿Lo han descubierto? ¿Tan pronto? Sabía que la policía iría detrás de él, pero pensaba que tendría al menos un día o dos de ventaja.

Baja la cabeza y se sube la capucha de la sudadera. Le tiemblan las manos. Sujeta la mochila con fuerza, como si alguien pudiera arrebatársela en cualquier momento. No puede quedarse ahí.

Mira a su alrededor, buscando una salida rápida. La estación está poco iluminada y casi vacía a esas horas. Solo un par de viajeros dispersos y el viejo guardia de seguridad apoyado contra la pared, con la mirada fija en su móvil. Nadie parece prestarle atención. Excepto los agentes.

Un paso. Luego otro. Intenta caminar con calma, como si no pasara nada, pero siente su respiración volviéndose irregular. La nuca le arde, como si un foco invisible lo estuviera apuntando.

El miedo lo sacude de golpe cuando uno de los policías se mueve. No viene hacia él, pero eso no importa. La adrenalina le dice que es cuestión de tiempo. Si se queda ahí un minuto más, si lo miran otra vez, si deciden acercarse…

Echa a correr.

## 32

Álvaro siente el pulso en las sienes, un latido irregular que amenaza con delatarlo. Le duele mucho la cabeza. Un dolor que le impide pensar con claridad.

Desde que su madre subió a su habitación y le dijo que el inspector Somoza y la inspectora Siles estaban abajo esperándolo, no ha podido pensar en otra cosa. La actitud de su madre, despreciando constantemente a los agentes, no le ayuda en absoluto. Desearía que se callara y se fuese. No la quiere cerca; en realidad, no la soporta desde hace tiempo. Desde que lo trata como si fuera su juguete y le avergüenza cada vez que la escucha hablar sobre él.

Sabía que esto llegaría tarde o temprano. Esa sensación lo ha perseguido como una sombra. No ha dormido. No ha comido. Solo ha permanecido en su habitación, tumbado en la cama, mirando al techo y escuchando su propia respiración agitada. Incluso le pidió a su hermano que le dejase solo cuando insistió en dormir en su habitación como cuando eran pequeños.

Confesar. Esa es la única salida. Lo sabe. No hay escapatoria esta vez. Pero si lo hace… si dice todo lo que sabe, supondría empujar a Emma al abismo. Y no quiere. No después de lo que han pasado. No después de lo mal que se ha portado con ella y de ver sus lágrimas durante días en la cabaña.

Cierra los ojos, intentando contener el pánico que le entumece el pecho. No puede venirse abajo ahora. Si pierde el control, si deja que su nerviosismo lo domine, lo aplastarán como una hoja seca bajo un zapato. Ese inspector parece implacable. No ha hablado aún con él, pero lo ha visto varias veces en comisaría y eso es suficiente para saber qué tipo de persona es: de las que no se detiene ante nada ni ante nadie. Lo teme, y cree que no puede hacer nada para evitar lo que va a venir ahora.

Se levanta de la cama y se pasa una mano por el cabello, exhalando con fuerza. No puede seguir postergándolo. Es ahora o

nunca.

Cuando baja las escaleras, el sonido de sus propios pasos le parece demasiado fuerte. Como si con cada peldaño que pisa, el suelo gritara su culpa. Desde el pasillo, ve a su padre en el salón, de pie junto a la ventana con los brazos cruzados. Junto a él, dos figuras esperan en silencio. El inspector Somoza y la inspectora Siles. Ambos giran la cabeza hacia él en cuanto accede a la estancia.

Intenta sonreír. Intenta parecer tranquilo.

Pero es difícil.

---

Gabriel y Patricia se acercan a la verdad.

Con una breve inspección del maletero, la policía científica ha determinado que en la furgoneta de Iván Reyes había humus de lombriz. También sangre de Sonia Velasco. Eso, sumado a que la ropa de Álvaro y Emma, cuando regresaron del secuestro, también tenía restos de humus, confirma que los tres estuvieron en esa furgoneta juntos o por separado en algún momento.

Pero Gabriel tiene algo más. Una prueba crucial. Una que ha obtenido porque sabía exactamente dónde buscar. Nadie había sopesado esa posibilidad, salvo él. Cuando se lo contó a Patricia, ella abrió los ojos como platos. De repente, las piezas parecían encajar.

Ahora, ambos se encuentran en la casa de los Sempere. La tensión es palpable en el aire, aunque intenten ocultarla tras un velo de formalidad. Álvaro está sentado en el sofá, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mandíbula tensa. No mira a Gabriel, sino a Patricia, como si esperara que ella lo protegiera de lo que viene.

—¿Qué tal estás, Álvaro? ¿Has podido descansar? —pregunta Gabriel con un tono amable.

—Sí. Me hacía falta, la verdad.

Gabriel asiente y se da una palmada con ambas manos en las rodillas.

—Me gustaría repasar contigo el caso. Hay algunas preguntas que quiero hacerte.

—De acuerdo.

Marta, la madre de Álvaro, interrumpe la conversación.

—¿No le da vergüenza molestar a mi hijo después de todo lo que ha pasado?

Jorge se acerca a ella y la agarra por los hombros. Gabriel no contesta. Espera que su marido la calme y se la lleve de allí. Los dos desaparecen al cerrarse la puerta de la cocina, donde ya esperaba Asier, el hermano de Álvaro.

—Seré breve, lo prometo —anuncia Gabriel cuando los tres se han quedado solos en el salón—. ¿Tenías una relación con Sonia Velasco? —pregunta directamente.

Álvaro medita su respuesta.

—No exactamente. Yo le gustaba, pero tengo novia.

—Ya. Lo que pasa es que no te creo, Álvaro. Y no me gusta que me mientan.

Se produce una pausa. Álvaro parece calibrar su respuesta.

—Mire… Es complicado. Sí. Nos veíamos de vez en cuando, pero no quiero que Emma se entere. No después de todo lo que hemos sufrido. Y Sonia está muerta, no va a cambiar nada.

Ahora es Gabriel quien necesita una pausa para contenerse. Tiene que respirar hondo para no agarrarlo por el cuello. Patricia se da cuenta e interviene.

—No nos hagas perder el tiempo —dice Patricia—. Limítate a contestar lo que te preguntemos. ¿De acuerdo?

Álvaro aprieta los labios. Su mirada se alterna sin parar entre Patricia y Gabriel, como si no supiese por dónde va a recibir el golpe.

—Vale —murmura al final—. Salíamos. Pero no era nada serio. Solo… —hace un gesto vago con las manos—. Nos gustábamos, supongo.

Gabriel asiente, como si esperara esa respuesta.

—¿Alguna vez estuviste con Sonia en su casa? A escondidas.

El cambio es inmediato. Álvaro se endereza, la incomodidad se retrata en cada músculo de su cuerpo.

—No. Nunca.

Esta vez, la negación es demasiado rápida. Demasiado firme. Gabriel saca una bolsa de pruebas del bolsillo y la deja sobre la

mesa. Un collar con un diente de marfil.

—Lo encontré en la habitación de Sonia —revela Gabriel arqueando las cejas.

Álvaro se queda inmóvil. Sus ojos se clavan en el collar como si acabaran de desenmascararlo. Su lengua pasa por sus labios resecos. Traga saliva. Al final, deja escapar un suspiro resignado.

—No —balbucea—. Como le digo, nunca he estado en su casa. No me atrevía. Su padre es… Creo que lo conocen… Me hubiera matado de haberse enterado. Siempre nos veíamos fuera, en la playa o en la… ¡yo qué sé!, en cualquier sitio menos allí.

—Entonces, ¿cómo explicas que Sonia tuviera tu collar? —pregunta Gabriel.

—Debió caerse durante alguna de las veces que nos vimos. Muchas veces lo hacíamos con prisa, porque nos escondíamos todo el rato. Supongo que ella lo vio, lo cogió, y no me dijo nada.

Gabriel sostiene su mirada por un largo segundo. Solo hay un motivo por el que le mentiría sobre el collar y sobre su presencia en casa de Sonia: que esté encubriendo la verdad.

Luego, sin decir una palabra, gira la cabeza hacia Patricia.

Él sabe cuál es esa verdad.

Han resuelto el caso.

# PARTE 2

## 33

Sonia Velasco está atrapada.

El confinamiento es una tortura que se extiende día tras día, sofocante y monótona. Se ha acostumbrado al silencio eterno de su habitación, al sonido incesante del televisor en el salón y a la sensación de ahogo que le produce la casa. Su padre no deja de darle órdenes absurdas y discutir con ella por cualquier tontería. Al menos se entretiene viendo películas y series con su madrastra, aunque los gustos de Irina, romances mediocres y dramas interminables, son muy distintos de los suyos. Pero es eso o encerrarse en su cuarto y contar los minutos hasta la cena. Hasta que llega el siguiente día, igual de interminable que el anterior.

Se tumba en la cama y deja caer la cabeza hacia el borde, con el pelo desparramado en el suelo. En la mesilla, su móvil vibra con notificaciones que ya ni se molesta en revisar. Nadie tiene nada interesante que decir. Nadie está haciendo absolutamente nada a lo que merezca la pena prestar atención. Todos encerrados en sus casas, colgando retos absurdos en redes sociales, igual de aburridos que ella.

Con un suspiro, se levanta y se acerca a la ventana. Es su única vía de escape, su única distracción real. Desde allí, puede ver la casa de los Sempere. La suya es más grande, más bonita, más perfecta, pero en ella no vive Álvaro. Por eso se pasa horas embobada pegada al cristal, esperando poder verle, aunque sea un momento efímero. Se fija en su jardín, donde las flores están intactas y el césped perfectamente recortado. Y entonces lo ve.

Álvaro Sempere sale al jardín sin camiseta, con el pelo despeinado y unas gafas de sol que le dan un aire despreocupado. Se estira, ladea el cuello y levanta los brazos, como si su mayor problema fuera decidir cuánto tiempo pasará al sol. Sonia siente un nudo en el estómago. Ha oído a demasiadas chicas hablar de él en el instituto, de su sonrisa, de sus clavículas marcadas, de la forma en la que siempre parece saber exactamente qué decir. Es el chico

más atractivo del instituto, bueno… del universo, y ahora mismo está ahí, a unos metros de ella, completamente ajeno a su mirada furtiva.

Pero entonces, como si pudiera sentirla, se gira y la ve.

Sonia se congela. Su mente se queda en blanco cuando Álvaro alza una mano y la saluda con una sonrisa, como si fuera lo más natural del mundo. Como si la conociera. Como si estuvieran en el instituto y ella no fuera la chica que pasa desapercibida por los pasillos.

Su reacción es inmediata y estúpida: corre la cortina de un tirón y se aparta de la ventana con el corazón desbocado. Se lleva las manos a la cara y suelta una risa nerviosa.

Acaba de hacer el ridículo.

Y peor aún: Álvaro Sempere lo ha visto.

---

Emma Lago nunca había sido una persona nostálgica. No tenía tiempo para eso. Su vida se componía de planes bien trazados, una rutina cuidadosamente equilibrada entre clases de baile, instituto y tardes con Álvaro. Todo eso se ha desmoronado con la llegada del virus. Ahora, atrapada entre las cuatro paredes de su habitación, siente que se ha desdibujado, como si una parte de ella se hubiese quedado suspendida en un limbo del que no sabe cómo salir.

Maldice el momento en que todo esto comenzó. En el maldito instante en el que su vida perfecta se convirtió en una sucesión de días idénticos, sin más emoción que las notificaciones en su móvil y las videollamadas con Álvaro, donde se esfuerza por sonreír para que no la note tan miserable. Pero no es lo mismo. No es suficiente.

Reclina la cabeza contra la pared, dejando que el teléfono repose sobre su pecho. Sus ojos recorren la habitación sin ver realmente nada hasta que se detienen en una caja de madera, oculta entre los libros de la estantería. Su caja de recuerdos. Se levanta y la toma entre las manos con la misma reverencia con la que se acaricia una herida que aún escuece.

Dentro, entre entradas de cine, tiques de restaurantes y una flor marchita, encuentra la nota. Una hoja doblada con los bordes algo

gastados, donde Álvaro escribió con su caligrafía inclinada: «Gracias por una tarde maravillosa».

Emma desliza los dedos sobre la tinta. Cierra los ojos y trata de evocarlo: el sonido de su risa, el calor de su piel contra la suya, el roce de sus labios en la curva de su cuello.

Cuando todo esto termine, le preparará una sorpresa. Algo grande. Algo que les haga recuperar todo lo que han perdido. Pero por ahora, solo puede aferrarse a esa nota y al recuerdo de lo que fueron.

## 34

El aire es fresco, salado. Después de tantas semanas encerrada, Sonia siente que volver a caminar por las calles del Cabo de las Huertas es como un renacimiento. El sol de la tarde cae sobre las fachadas de las casas, tiñéndolas de un tono anaranjado.

Avanza sola, como siempre, con las manos en los bolsillos y los auriculares colgando del cuello. La música ya no suena, pero tampoco le importa. El simple hecho de estar fuera de casa es suficiente.

Mientras camina, ve a su vecino Álvaro pasar en bicicleta, pedaleando con esa aura de majestuosidad que le acompaña. Su pelo oscuro se revuelve con el viento, y la camiseta blanca que lleva puesta se pega levemente a su espalda por el calor. Pasa a su lado sin mirarla, o al menos, eso cree ella. Pero unos metros más adelante, frena en seco. El chirrido de los frenos le provoca una pequeña palpitación en el pecho. Antes de que pueda reaccionar, él se gira y pedalea de vuelta hacia ella.

—Eh —la saluda con naturalidad, con una ligera sonrisa de medio lado—. Eres Sonia, ¿no?

Ella asiente, sintiendo el calor subirle a las mejillas.

—Vivimos en la misma urbanización —continúa él, apoyando un pie en el suelo y sujetando el manillar con una mano—. Pero apenas hemos hablado.

Sonia se encoge de hombros, nerviosa. Su presencia le intimida, no está acostumbrada a tratar con chicos populares.

—¿Te importa si te acompaño un rato? —pregunta él, con un tono que parece despreocupado.

—No… No sé. Quiero decir… —balbucea, sin estar segura de cómo responder.

Él no espera a que termine. Se baja de la bicicleta y la empuja a su lado, caminando con una seguridad que a Sonia le desconcierta. Su cercanía la pone tensa, pero no es exactamente desagradable.

—Por cierto —dice de repente, ladeando la cabeza con una expresión divertida—, sé que me mirabas.

El corazón de Sonia se detiene un segundo.

—¿Qué?

—Por la ventana —explica, pronunciando aún más su sonrisa—. Creías que no me daba cuenta, ¿verdad?

Sonia siente cómo la sangre le sube de golpe a la cara. Podría morir ahora mismo. Literalmente.

—Yo… yo no…

—Tranquila, no me molesta —dice él, deteniéndose para abrir su mochila. Saca una libreta, arranca un pequeño trozo de papel y escribe algo con rapidez—. Si quieres conocerme de verdad, sólo tienes que decirlo.

Le tiende el papel sin prisa. Sonia lo toma intentando controlar el temblor de sus dedos. Antes de que pueda procesar nada más, Álvaro le guiña un ojo, sube de nuevo a la bicicleta y se aleja como si nada.

Sonia mira la nota.

Es su número de teléfono.

---

Álvaro se sienta en el borde de la cama con el móvil entre las manos. La pantalla ilumina su rostro en la penumbra de su habitación. Un mensaje. Finalmente.

Sonia ha tardado tres días en escribirle. Tres días enteros. Demasiado tiempo. Un récord, en realidad. Casi todas escriben en cuestión de minutos. Si no, en unas pocas horas. Nunca tres días. Nunca lo ignoran.

Pero aquí está. El mensaje parpadea en la pantalla como una victoria anticipada.

«Hola. Soy Sonia».

Tímido. Escueto. Un preludio de lo que puede ser un reto digno de su esfuerzo.

Álvaro sonríe, pero no responde de inmediato. La deja esperando. Que aprenda. No va a demostrar que ha estado pendiente, aunque

lo cierto es que la curiosidad le ha ido carcomiendo la paciencia. ¿Por qué ha tardado tanto? ¿A qué ha estado jugando? Porque esto es un juego. Siempre lo es. Un tira y afloja donde él impone las reglas, donde él decide cuándo y cómo. Sonia se ha hecho de rogar, pero al final ha cedido. Como todas. Y él, como siempre, ha ganado.

Desliza el dedo por la pantalla, repasando las últimas conversaciones con Emma. Mensajes de una obsesión que empieza a ser un poco... ¿incómoda? No sabe. No quiere pensar en eso. Emma es su apuesta segura, su red de seguridad. Lo adora, lo necesita. Se le nota. A veces incluso le resulta un poco patética. Pero es útil. Y está ahí cuando la necesita.

Lo de Sonia será otra cosa. Un secreto. Una vía de escape para divertirse un poco más. Algo diferente.

Suelta el móvil en la cama y se recuesta con las manos detrás de la cabeza, mirando el techo con una sonrisa satisfecha.

Mañana será interesante.

## 35

Sonia tiene un problema. Un problema enorme, de los que le provocan una punzada en el estómago y la obligan a apretar los labios para que nadie note que algo le pasa.

Por un lado, está feliz. No. Más que feliz. Ha estado viendo a Álvaro en secreto durante varias semanas, robándole momentos a la rutina, escondiéndose en rincones oscuros donde solo existen ellos dos. Su olor, su tacto, su voz… todo en él es perfecto. Le hace sentir algo que no puede explicar, algo que le recorre la piel como una descarga eléctrica y le calienta el pecho como una hoguera en mitad del invierno. ¿Esto es el amor? Porque si no lo es, no sabe qué otra cosa podría ser.

Pero entonces está el otro lado. La parte que le retuerce el estómago. Emma.

Emma, que es su novia, al fin y al cabo. Emma, a quien Álvaro besa en los pasillos del instituto entre clase y clase, sin importarle quién esté mirando. A quien Álvaro abraza sin miedo a lo que digan. Y ella no es Emma, es Sonia. La otra.

Hoy han bajado a las rocas, como tantas otras veces. Por separado, por supuesto. Álvaro fue claro desde el principio: nadie puede verlos juntos. Además, nada de mensajes, ni llamadas, ni miradas… En definitiva, como si no se conocieran. La única conversación que han mantenido por mensaje, esa que Sonia guarda como un tesoro, Álvaro la borró de inmediato.

—No es el momento —le dijo una vez, con su voz tranquila, como si estuviera decidiendo qué pedir en una cafetería y no ocultando una traición.

Se han reunido en su escondite, la pequeña cueva desde la cual pueden ver a las gaviotas planeando sobre el mar, buscando peces. Es su sitio. Aquí, el mundo se reduce a ellos dos. Aquí, Sonia puede fingir que no hay secretos, que no hay nadie más.

Pero hoy no puede callarse.

—No me gusta esto —dice Sonia, con la mirada fija en las rocas —. No quiero ser… esto.

No quiere ser el segundo plato de nadie. No quiere vivir a medias.

Entonces Álvaro ha hablado. Y todo ha cambiado.

—Te quiero —dice él, con esa voz sinfónica que a Sonia tanto le gusta.

El mundo se detiene.

Sonia parpadea, sintiendo cómo la realidad se pliega a su alrededor. ¿Ha oído bien? ¿De verdad el chico más popular del instituto, el que parece sacado de una serie con actores que solo existen en Hollywood, le acaba de decir que la quiere?

Lo mira, esperando que se ría, que diga que es broma, que ha querido decir otra cosa. Pero no. Sus ojos azules la observan con una seriedad que le eriza la piel.

—Solo necesito tiempo —continúa él—. No puedo dejar a Emma así, de la noche a la mañana.

Tiempo. Paciencia. Palabras que Sonia odia. Pero las traga, porque la alternativa es perderlo.

—Te esperaré —susurra. Aunque la idea la revuelve por dentro.

Cuando regresa a casa, su mente sigue en la cueva, con la sal pegada a la piel y la voz de Álvaro repitiéndose en bucle. Llama a su amiga Ángela para contárselo. Ella es la única que sabe el secreto. Tal vez se lo cuente a Irina, pero más adelante. No se da cuenta del nuevo guardia de seguridad hasta que está a punto de entrar en el portal.

El hombre la observa. Su expresión es neutra, pero hay algo en su mirada que la incomoda. Como si la estuviera analizando, como si supiera demasiado. ¿Se habrá dado cuenta? ¿Sabe que ha ido a la playa a verse con Álvaro?

A Sonia le da igual. Tal vez no sea tan malo que se descubra todo.

Álvaro ajusta el peso en la máquina y empuja con calma, fingiendo que no le divierte la admiración de Ismael. Su nuevo amigo es su sombra allá donde va. Cuando acabe el verano y vuelvan al instituto, serán los únicos repetidores. La mayoría de sus amigos empezarán la universidad. De una forma u otra, parecen destinados a llevarse bien.

—Tío, de verdad, ¿cómo lo haces? —insiste Ismael, mirándolo desde el banco de al lado—. No es normal, las tías te persiguen.

Álvaro resopla y niega con la cabeza.

—Da igual lo que pase con las chicas. Te recuerdo que tengo novia.

No es del todo mentira, pero tampoco toda la verdad. Sabe que la clave está en parecer fiel. Hablar demasiado sería un error. Por eso nunca lo hace. Es más divertido así. Y más seguro.

Ismael chasquea la lengua, decepcionado.

—Vaya, qué desperdicio.

Álvaro sonríe, pero cambia de tema sin esfuerzo.

—Siempre hablamos de mí. Cuéntame algo sobre ti. Según me has dicho alguna vez, tienes una situación complicada en casa. ¿Te puedo ayudar de alguna manera?

Ismael baja la mirada y aprieta las manos. Y, por primera vez, parece quedarse sin palabras.

## 36

El sol de la tarde cae sobre la piscina comunitaria, reflejándose en el agua con destellos dorados. Irina se recuesta en la tumbona con un libro en las manos, disfrutando de la calidez en su piel, del murmullo del agua y del sonido lejano de risas infantiles. A su lado, Sonia desliza el dedo por la pantalla del móvil, absorta en sus vídeos, con una expresión relajada que rara vez muestra en casa.

Ambas disfrutan del fin del confinamiento. Después de tanto tiempo sin salir de casa, les resulta muy agradable compartir esos momentos. Se palpa la alegría en el ambiente, como si la humanidad hubiese ganado una batalla crucial.

—No aguanto al doctor Méndez —dice Sonia de repente, sin despegar los ojos del móvil—. Siempre se queda mirándome como si esperara que le saludara. Da grima.

Irina sonríe y le lanza una mirada cómplice por encima del libro.

—Es un jubilado aburrido. No tiene otra cosa que hacer.

—Pues que se busque un perro o algo —murmura Sonia, arrugando la nariz.

Irina suelta una risa contenida y sacude la cabeza.

—Sonia, por favor…

Irina y Sonia mantienen una conversación en la que se suceden continuamente las sonrisas. Están disfrutando.

Pero la calma se quiebra con la llegada de Álvaro y Emma.

Él entra en la zona de la piscina con la despreocupación que solo tienen los adolescentes, con el pelo revuelto y una sonrisa confiada. Emma camina a su lado, con los dedos enredados en los de él, luciendo un bañador rojo que se ajusta perfectamente a su figura. Se susurran cosas, se miran, como si fueran los únicos en el mundo. Irina nota a Sonia tensarse a su lado.

—Dios… qué empalagosos. —Sonia hace una mueca de asco cuando Emma se ríe exageradamente por algo que Álvaro ha dicho.

Él se quita la camiseta, y el tiempo parece ralentizarse por un segundo. Irina parpadea, sintiendo cómo se le eriza el vello. El

cuerpo del chico es una mezcla perfecta de juventud y masculinidad: los músculos definidos, la piel tersa e impoluta, la seguridad en la manera en que se mueve. Sabe que no debería mirarlo, que no debería notar lo bien que le sienta ese maldito bañador negro, pero es inevitable. Es como ver un cuadro perfectamente compuesto: cada detalle en su lugar, cada sombra realzando lo que debe realzar. ¿De dónde ha salido este jovenzuelo? ¿Y cómo es que no se había fijado antes?

No. No puede pensar así. Es un niño. Es un crío.

Pero entonces él la mira.

No es una mirada casual, no es una simple distracción. Es un gesto calculado, un roce visual que dura apenas un instante, pero que lo dice todo. Está abrazado a Emma, con sus brazos rodeando su cintura, pero sus ojos están en ella. Irina contiene la respiración, siente el pulso acelerarse. No hay nada inocente en esa mirada. Es un juego, y ella lo sabe. Y lo peor es que, en ese juego, ella siempre gana si se lo propone.

Irina se humedece los labios y aparta la vista con lentitud, obligándose a volver a su libro. Pero sus dedos han perdido la fuerza para pasar la página, y aunque no quiera admitirlo, su piel aún arde donde la mirada de Álvaro la tocó.

---

Sonia se hunde más en la tumbona, clavando las uñas en el cojín para no hacer algo estúpido. El sol le quema la piel, pero nada en comparación con el fuego que le arde en el pecho. Observa a Álvaro y a Emma en el borde de la piscina. Su mano resbala por la cintura de su novia con demasiada facilidad.

Está enamorada de él, no puede negarlo, aunque ahora también lo odia.

¿Cómo pudo decirle que la quería? Su voz sonaba sincera en la cueva de las rocas, pero ahora besa a Emma como si fuera lo único que le importa en el mundo. Cuando la abrazó y, por un instante, sus ojos giraron en su dirección, a Sonia se le revolvieron las tripas.

No puede más.

—Estoy cansada —dice en voz baja, girándose hacia Irina—. Me voy a casa.

Su madrastra, con las piernas cruzadas y las gafas de sol equilibradas en la punta de la nariz, ni siquiera se molesta en mirarla. Se limita a esbozar una media sonrisa.

—Yo me quedo un rato más —contesta con indiferencia.

Sonia se pone en pie de un salto y se cuelga la bolsa al hombro. Apenas puede oír el sonido del agua salpicando por encima del ruido ensordecedor de su propia rabia. La ira le sube por la garganta, formando un nudo caliente y pegajoso. No puede quedarse ni un segundo más allí sin montar una escena.

---

Álvaro está tumbado sobre su cama con las manos detrás de la cabeza, mirando el techo. Apenas parpadea. Su mente ha quedado atrapada en un bucle del que no quiere salir.

Ha visto a la mujer más hermosa del mundo.

¿Cómo es posible que no se haya fijado antes? Es absurdo, lo sabe. No tiene ningún sentido.

Ahora, solo puede revivir la escena en su cabeza: esa mujer rubia se levantó de la tumbona con la elegancia de quien sabe que la están observando. Caminó con paso firme y calculado hasta la ducha, sin prisas, como si cada movimiento fuera parte de una coreografía silenciosa. Y cuando alzó los brazos para recogerse el cabello, con las gotas de agua brillando en su piel, a Álvaro se le secó la garganta.

No fue solo la imagen perfecta de su silueta contra la luz de la tarde. Fue la forma en la que sus ojos buscaron los suyos.

Un segundo. Dos. Suficiente para que lo entienda todo.

El instituto, Sonia, Emma, cualquiera de las decenas de chicas que le escriben por redes sociales… Ahora todo le parece ruido de fondo. Porque lo único que importa es lo que vio en esa mirada. Una invitación velada. Un desafío.

Y sea lo que sea, lo va a descubrir.

## 37

Sonia se sienta en el borde del muro que da al campo de fútbol, apartada del bullicio del patio. No le importa que el cemento esté frío bajo sus muslos ni que el viento agite su rizada melena castaña. Prefiere el aire fresco al ruido de las conversaciones entrecortadas y las risas estridentes que flotan en el ambiente.

Mastica despacio su bocadillo, sin hambre. Desde que empezaron las clases, nada ha cambiado. Sigue siendo invisible para casi todos, excepto cuando necesitan copiarle los deberes. Sigue sin encajar en ningún grupo. Sigue viéndose obligada a mirar a otro lado cada vez que Álvaro y Emma desaparecen juntos.

Aprieta la mandíbula y traga con dificultad. Se prometió que esta vez sería diferente. Que le diría a Álvaro, en uno de sus encuentros a escondidas, que no quiere seguir con este juego, que está harta de esperarlo en la sombra mientras él se divierte con otra. Pero cada vez que intenta hacerlo, su voz se quiebra antes de pronunciar las palabras. Y él, con esa sonrisa despreocupada, le dice que no es lo que parece. Que ella es distinta. Especial.

Sonia se odia a sí misma por creerle.

Suspira, arruga el envoltorio de su almuerzo y se levanta. Se cruza de brazos mientras camina hacia los baños, el único lugar donde puede encerrarse unos minutos y aislarse de ese mundo que no considera su lugar.

Cuando entra, el sonido de las tuberías viejas resuena en el silencio. Abre el grifo y se lava las manos con agua fría. Se mira en el espejo: su expresión es tensa. Ella no era así antes.

La puerta del baño se abre de golpe y el sonido de unos pasos la obliga a girarse.

Emma.

Sonia baja la mirada instintivamente y da un paso hacia la salida, pero Emma se interpone en su camino.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha perdido algo? —La voz de Emma es afilada, teñida de burla.

—¿Qué? —murmura Sonia, intentando pasar a su lado.

Emma la detiene con un empujón seco. No lo suficientemente fuerte para tirarla, pero sí para hacerle perder el equilibrio.

—No te hagas la tonta. Deja de mirar a mi novio.

Sonia siente que la sangre le hierve bajo la piel. Su primer instinto es decirle la verdad. Decirle que Álvaro no es tan leal como ella cree, pero no tiene el valor necesario.

Sonia respira hondo, obligándose a mantener la calma.

—No lo miro —susurra.

Emma sonríe con desprecio.

—Más te vale —dice, antes de inclinarse un poco más cerca—. Porque esta es la única advertencia que vas a recibir.

Sonia se queda inmóvil hasta que Emma se marcha con la misma arrogancia con la que entró. Su reflejo en el espejo la observa con el ceño fruncido y los puños cerrados.

Sale del baño con un nudo en el estómago. No es miedo lo que siente.

Es rabia.

---

La música retumba en la sala, un ritmo latino que a Álvaro no le interesa lo más mínimo. No ha venido por la música ni por el ejercicio. Su mirada se desliza entre las mujeres que se mueven con entusiasmo, todas al menos una década mayores que él. Juega con esa ventaja. Sonríe y encaja en el ambiente con una naturalidad estudiada, como si realmente le importase lo que sucede, el revuelo que está causando.

Pero su atención está en una sola persona. Esa mujer rubia. Ahora sabe que se llama Irina.

Han sido dos semanas de trabajo meticuloso. Sonia no hablaba de su madrastra durante sus encuentros clandestinos, pero él ha podido llegar a esa información formulando preguntas sutiles disfrazadas de inocencia. Sabe cuándo presionar y cuándo retroceder. Es increíblemente bueno manipulando a las personas, y lo sabe.

Y ahora, también sabe más de Irina de lo que ella imagina. Conoce su rutina, los días y horarios en los que asiste al gimnasio, las clases que prefiere. Y ha llegado el momento de forzar un encuentro.

Cuando camina por la sala, su camiseta ajustada hace exactamente el trabajo que esperaba. Captura miradas, provoca sonrisas curiosas, algún que otro comentario susurrado. No necesita oírlos para saber lo que dicen. Le divierte. Siempre es así.

Entonces ve la reacción de Irina. Apenas un parpadeo de sorpresa antes de recomponerse, de volver a esa expresión fría, impasible. Pero es demasiado tarde. Ha visto la chispa de desconcierto en sus ojos.

Se coloca a su lado sin disimulo, moviéndose con la música, como si fuera totalmente casual. En cuanto tiene oportunidad, le dice en voz baja, con esa sonrisa suya que siempre funciona:

—Hola, vecina.

Irina levanta las cejas, pero no responde. Su mirada es evaluadora, casi como si intentara descifrar qué está haciendo ahí. Álvaro no se inmuta. Se mueve al ritmo de la música, siguiendo la clase sin esfuerzo, disfrutando del juego.

Cuando termina la sesión, Irina no se marcha de inmediato. Se acerca a recoger su botella de agua y, sin mirarlo directamente, su cuerpo emite una invitación que Álvaro capta.

Él la sigue sin dudar.

Salen de la sala y atraviesan el pasillo, alejándose del bullicio de la clase. Irina se detiene en un rincón donde nadie los ve. Se gira hacia él con los brazos cruzados y la boca dibujando una media sonrisa que no se corresponde con su mirada.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Álvaro inclina la cabeza con fingida inocencia.

—Haciendo ejercicio —responde, dejando que su sonrisa se ensanche lo justo—. Igual que tú.

Irina suelta un leve resoplido, como si le divirtiera la respuesta, pero no quisiera demostrarlo.

Durante unos segundos, el mundo se detiene y ambos se dicen todo con la mirada.

---

Irina se dice a sí misma que es la última vez. Lo ha repetido tantas veces que la frase ha perdido significado. Pero esta vez será cierto. Tiene que serlo.

Siente el corazón latiéndole en la garganta mientras desliza la puerta del jardín trasero con suavidad. Lleva puesta una bata que cubre su lencería de encaje.

Álvaro está allí, oculto en la penumbra, como las dos veces anteriores que se ha quedado sola en casa. La observa con esa sonrisa de medio lado que la desarma, la misma que le hace olvidar que tiene un marido al que debería serle fiel. Que tiene una hijastra que, de saber la verdad, quedaría destrozada. Que él es solo un crío.

Pero en cuanto Álvaro entra en la casa, todas esas preocupaciones se desvanecen. Cierra la puerta tras él y se adentran en la oscuridad de la cocina, apenas iluminados por la luz de la calle filtrándose a través de los estores. Él la toma por la cintura, la empuja contra la encimera con una seguridad impropia de sus dieciocho años.

Irina exhala un suspiro entrecortado. Ya no piensa. No puede. Solo siente.

Las reglas siguen siendo las mismas. No mensajes. No llamadas. No testigos. Como si no se conocieran fuera de estas cuatro paredes. Pero lo cierto es que, en momentos como este, Álvaro es la única persona en el mundo que parece verla de verdad.

Y eso es lo más peligroso de todo.

## 38

La cantina del instituto huele a comida recalentada y café aguado. A esta hora está casi vacía. Solo quedan un par de alumnos sentados junto a la máquina de refrescos y, en el fondo, Álvaro e Ismael, que ocupan una mesa apartada con las bandejas delante sin haberlas tocado apenas.

—No aguanto más —murmura Ismael, removiendo el zumo—. En cuanto pueda, me largo de aquí.

Lleva un buen rato repitiendo lo mismo, despotricando sobre su vida, sobre su familia, sobre el asco que le da este instituto y todo lo que lo rodea. Pero Álvaro apenas lo escucha. Su mente está en otra parte. En ella.

Irina.

La imagen de su piel desnuda le quema la memoria como una marca al rojo vivo. Nunca había sentido algo así. Nunca una mujer lo había tocado como lo hace ella, ni lo había hecho temblar con solo una mirada. Es la primera vez que se siente así, completamente rendido, consumido por algo que no puede controlar. La quiere. La quiere con una intensidad que le asusta. Quiere estar con ella sin tener que esconderse.

Que sea suya. Solo suya y de nadie más.

Pero no puede.

Así que sigue jugando su papel. Sigue con Emma, sigue viéndose con Sonia, pretendiendo que su vida sea normal. Pero no lo es. No lo ha sido desde el momento en que tocó a Irina por primera vez.

—Al menos tú puedes hacer lo que te dé la gana —dice Ismael con amargura—. Mi vida es una cárcel. Pero claro, tú no lo entiendes. Tu familia tiene dinero. No es lo mismo.

La frase se queda suspendida en el aire, flotando entre ellos. Algo hace clic en la cabeza de Álvaro. Lo ve con claridad, como si el mundo entero se detuviera por un segundo y todo adquiriese sentido.

Dinero. Eso es lo que necesita para huir con Irina y empezar una nueva vida con ella.

Y se le acaba de ocurrir cómo conseguirlo.

De repente, mira a Ismael con una intensidad que lo hace estremecer.

—¿Qué estarías dispuesto a hacer para huir de aquí? —pregunta en voz baja.

Ismael apoya sus manos sobre la mesa. Sus ojos se encuentran, y algo oscuro se enciende en la mirada de Álvaro.

---

Irina está sentada en su coche, con las manos aferradas al volante, como si así pudiera anclarse a la realidad. No debería estar aquí. No debería haber escuchado a Álvaro. Y, sin embargo, ahí está, en un descampado junto al faro, envuelta en la oscuridad y enredada en pensamientos peligrosos.

La brisa marina acaricia la carrocería, sacudiendo las lunas. Afuera, la luz de otro coche se mueve lentamente, iluminando el paisaje con destellos. Un reflejo en el retrovisor le devuelve su propia mirada: ojos claros, labios tensos, el rostro de alguien que ya no se reconoce del todo.

Es una locura. Todo esto es una maldita locura.

Apoya la cabeza en el respaldo y cierra los ojos, pero las palabras de Álvaro siguen allí, resonando en su mente como una melodía imposible de acallar. «Nadie hará preguntas. Allí podremos empezar de nuevo. Juntos».

Se niega a admitir que la idea le gusta. Que ha pensado en ello con anterioridad, incluso antes de que Álvaro lo sugiriera. Irse, desaparecer, empezar de cero. Pero siempre le ha parecido un sueño lejano, una fantasía para las noches de insomnio.

Porque, ¿qué haría ella sola? ¿Dónde iría? ¿Cómo sobreviviría sin David, sin su dinero, sin el lujo y la seguridad de su mansión?

Pero Álvaro tiene un plan. Panamá. Un lugar donde nadie los buscará. Un lugar donde nadie los juzgará. Un lugar donde todo lo que ha sido, todo lo que ha hecho, quedará enterrado.

Se humedece los labios y abre los ojos. Se mira de nuevo en el espejo retrovisor, que le devuelve una expresión que no le gusta. Porque no es miedo lo que ve. No es rechazo.

Es deseo.

Y ese pensamiento la aterra.

---

Ismael lo ha planeado todo. Cada detalle, cada variable, cada posible contratiempo. Lo ha diseñado con precisión quirúrgica porque es el más listo de los tres. No hay duda de eso.

El plan tiene que ser perfecto. No pueden cometer errores.

Ha pasado semanas documentándose, sin hacer otra cosa: analizando casos, entendiendo los puntos débiles del sistema. Descubrió que la clave no está en la ejecución, sino en la preparación. La mayoría cae por una torpeza mínima, como un descuido con la tecnología, un mensaje inoportuno, una búsqueda mal eliminada. Ellos no cometerán esos errores.

La máscara, la túnica y el modulador de voz ya están en su poder. Nada comprado por internet. Sería estúpido. Los encontró en una tienda de segunda mano, un lugar anodino donde nadie hace preguntas. No hay registros, no hay cámaras. Solo un billete arrugado entregado a un dependiente indiferente.

La furgoneta de su tío es perfecta, al igual que esa vieja cabaña abandonada donde un día le acompañó. Nadie sospechará. Y con la ayuda de Álvaro, todo será más fácil.

Él no pondrá resistencia. Ambos saben lo que tienen que hacer.

Ha estado visitando la cabaña abandonada para prepararla. En una tarde dejó todas las ventanas tapiadas y se le ocurrió poner una bombilla nueva en la lámpara exterior que se acciona desde dentro. Se sorprendió al descubrir que aún llegaba la luz. Es una buena herramienta para comunicarse con Álvaro en secreto, por si algo se tuerce dentro. La luz le avisará y tomará medidas.

Pero la parte crucial es borrar cualquier rastro. No puede haber nada que los conecte. Ni búsquedas en su ordenador, ni mensajes en sus teléfonos. Nada. Por eso, se encargará de las gestiones desde

un locutorio en la playa de San Juan. Lo visitó hace unos días y comprobó que es perfecto: un antro descuidado, sin cámaras de seguridad, sin controles. Solo ruido de teclados viejos y un dependiente más interesado en su móvil que en quién entra y quién sale.

El resto de la información la obtiene desde la biblioteca municipal. Un lugar olvidado, con ordenadores antiguos que nadie usa. Se conecta, busca lo que necesita y se marcha. Sin dejar huella.

En cualquier caso, si las familias alertan a la policía, cosa poco probable —han sido cuidadosos con la cantidad del rescate, lo suficiente para que la paguen acorde a su nivel socioeconómico—, la vía de escape ya está definida. Se aborta el plan. Liberan a Álvaro y a Emma y él dirá lo que han ensayado: que todo ha sido una broma. Que se les fue de las manos. Era una condición indispensable para que Irina aceptara.

Así de simple. Así de perfecto.

## 39

Álvaro ajusta la capucha de su sudadera y observa la urbanización desde la distancia. La lluvia oscurece las farolas y crea charcos en el asfalto, pero nada de eso le importa. Su mente está en otra parte. En Irina. En su plan. En todo lo que tiene que hacer esta noche para asegurarse de que, si algo sale mal, haya alguien a quien culpar.

Ha hablado con Sonia esta mañana. Ha sido una conversación fugaz. Desapercibida para todos menos para ellos dos, que saben a qué aseos ir durante el cambio de clases.

—Está diluviando. Esta noche no podremos vernos en las rocas —le ha dicho Sonia.

Él ha fingido crispación durante unos instantes, y después ha abierto la boca, como si se le acabase de ocurrir la idea.

—Dijiste que estos días tu padre estaba viniendo desde el trabajo con la furgoneta. ¿Verdad?

Ella ha asentido arqueando las cejas, como si le pareciese una buena idea.

—¿Crees que podrás conseguir las llaves? —le ha preguntado Álvaro.

—Sí. Siempre las deja en la entrada. Será fácil.

Todo había sido idea de Irina. A Álvaro le encanta que participe activamente. Eso significa que está convencida. Sus dudas le preocupaban al principio.

Irina sabía que Sonia y él se veían. Por eso, Álvaro le dijo que tenía pensado dejarla, aunque no sabía muy bien cómo hacerlo porque, si por algún casual, a Sonia le diera por contarle a Emma que tenían una aventura, eso podría poner en peligro su plan.

Irina le dijo que no la dejara, que siguiera quedando con Sonia como si nada, que podía serles de utilidad. No puede negar que le resulta algo incómodo, porque está enamorado de Irina, pero hará lo que sea necesario para estar con ella.

La oportunidad que estaban esperando ha llegado hoy.

La furgoneta de David Velasco es del mismo modelo y color que la del tío de Ismael Reyes. Eso es una casualidad demasiado apetecible para dejarla pasar. Irina le sugirió a Álvaro que consiguiera ADN de Emma, los cabellos serían lo más fácil de conseguir, y que se las arreglara para quedar con Sonia en la furgoneta de David Velasco. La lluvia ha provisto esa opción. Dejar cabellos suyos y de Emma en esa furgoneta es un seguro de vida, un punto a su favor por si algo se tuerce. Aunque es solo por si acaso, no deberían tener que llegar a ese punto.

Ahora camina con las manos en los bolsillos, notando la horquilla en la que transporta los cabellos de Emma. Los que ha robado de su cuarto de baño esa misma tarde, con la excusa de utilizar el aseo mientras estaban viendo una película en su habitación. Son su salvaguarda, un as bajo la manga. Le gusta que Irina piense en cada detalle, en cómo asegurar que, si las cosas se tuercen, David Velasco tenga que cargar con toda la culpa. Él nunca ha sido un padre atento. Si hay pruebas en su contra, la policía lo buscará a él primero. Lo interrogarán. Le preguntarán por qué hay ADN de una de las chicas desaparecidas en su furgoneta. Es una jugada maestra.

Irina podría dejar a David en cualquier momento. Álvaro sabe que lo haría sin pestañear para poder estar con él. Pero entonces se quedarían sin dinero, porque están casados en régimen de separación de bienes. Y necesitan el dinero para poder huir a algún lugar donde nadie les juzgue por su diferencia de edad.

Sonia le espera con las llaves en la mano. Está empapada, los rizos pegados al rostro y las mejillas enrojecidas por el frío. Le sonríe con ternura y él le devuelve la sonrisa por inercia. Lo único que le importa es lo que tiene que hacer dentro de esa furgoneta.

Por suerte, su padre aparca la furgoneta fuera de la urbanización. Por su altura, no la puede aparcar dentro de su casa, las vigas de su porche lo impiden, y los vecinos ya se han quejado varias veces de que se aparquen vehículos en la carretera comunitaria. Eso le viene de perlas, porque el lugar para aparcar más cercano está lo suficientemente lejos para que el guardia de seguridad no pueda verles.

Suben, y Sonia se sacude la humedad de la chaqueta antes de sentarse en el suelo de la zona de carga. La furgoneta huele a cuero viejo y gasolina. Afuera, la lluvia golpea el techo metálico con un ritmo monótono.

—No te noto bien —susurra ella, acercándose. Apoya la cabeza en su hombro y él la envuelve con el brazo. Mientras tanto, desliza los dedos de la otra mano con cuidado, dejando caer varios cabellos. Todo tiene que parecer casual. Imperceptible.

Sonia levanta la mirada y lo observa fijamente.

—Álvaro…

Él se tensa. No le gusta el tono con el que ha dicho su nombre, como si estuviera a punto de hacerle una pregunta incómoda. Pero lo que dice después lo deja en blanco.

—Quiero que hagamos el amor.

El aire en la furgoneta se espesa. Ella se muerde el labio, ansiosa, y él siente un nudo en el estómago. No se esperaba esto. No ahora. No aquí. Quiere decirle que no, que no es el momento. Pero Sonia lo besa con pasión antes de que pueda responder.

Álvaro duda, pero al final se deja llevar. No puede arriesgarse a que sospeche. Su cuerpo responde con la misma precisión con la que ha ido ejecutando su plan.

Se quitan la ropa con torpeza. Ella se coloca a horcajadas sobre él.

Álvaro tiene experiencia, pero ella no. Es su primera vez. Y se nota.

Él la ayuda poniendo atención a los detalles. No quiere que sea algo desagradable para ella. La trata con mimo y la guía cuidadosamente. Pero no es suficiente.

Sonia gime de dolor y se estremece sobre él. Cuando la sangre mancha el suelo de la furgoneta, algo dentro de Álvaro se remueve. Se queda quieto un momento, mirando la mancha oscura sobre el tapizado. La lluvia sigue golpeando el metal sobre sus cabezas.

Será solo una anécdota. Todo sigue según lo planeado.

Todo está bajo control.

O al menos eso quiere creer.

---

Sonia no se esperaba que doliera tanto. Había escuchado a otras chicas hablar de ello con indiferencia, como si no tuviera importancia, como si fuera algo que simplemente se hacía y ya. Pero para Sonia no ha sido así. No ha sido bonito ni especial. Ni siquiera placentero. Solo incómodo. Frío.

Se mueve en la cama, sintiendo la tela áspera de las sábanas contra su piel. Se ha dado una ducha en cuanto ha llegado a casa, pero sigue sintiéndose sucia. Todavía le arde por dentro, como un roce continuo que no desaparece.

Mira el techo, sin pestañear. No ha sido como lo imaginaba.

En su cabeza, la primera vez iba a ser diferente. No esperaba una escena de película, ni velas ni palabras bonitas, pero tampoco esto. No esperaba el dolor, la incomodidad, el vacío que la invadió apenas Álvaro se subió los pantalones y dijo que tenía que irse. Ni siquiera la miró cuando lo dijo.

Sin embargo, no se arrepiente. Lleva días notándolo distante, diferente. Ella no le da lo mismo que Emma y no podía permitirse perderlo.

Así que lo ha hecho.

«Mejorará con el tiempo», se dice a sí misma.

Cierra los ojos, intentando convencerse de que valió la pena. Que mañana Álvaro estará igual de agradable y simpático que siempre.

Tarde o temprano estarán juntos.

## 40

El viento sopla con fuerza entre las rocas del Cabo de las Huertas, arrastrando consigo el olor del mar. El cielo está encapotado y el oleaje revienta contra la costa con una cadencia irregular, rompiendo el silencio con estallidos de espuma. Han pasado varios días desde que Álvaro y Sonia se vieron en la furgoneta. Desde entonces, la evita y mantiene la esperanza de que no le haya contado a Irina lo que pasó.

Álvaro tiene a su lado a Ismael, con los brazos cruzados y cara de impaciencia.

—¿Qué has traído? —pregunta Ismael.

Álvaro se echa la mano al bolsillo y saca unas bragas de encaje. Ismael pone cara de circunstancia.

—¿No había algo más discreto? —inquiere Ismael arrugando la frente.

Álvaro se encoge de hombros.

—Tío. He tenido, literalmente, un minuto para buscar.

—Bueno, tendrá que servir —dice Ismael recogiendo las bragas con la mano enguantada e introduciéndolas en una bolsa de plástico —. De acuerdo. Ahora dame algo tuyo.

Por instinto, se lleva la mano al cuello, buscando el collar con el diente de marfil que ha llevado desde que tiene memoria. Su corazón da un vuelco cuando no lo encuentra. El collar no está. Su mente retrocede, repasando los últimos momentos en los que recuerda haberlo sentido contra su piel, pero Ismael le mete prisa.

—Da igual. Cualquier cosa. Algo que sepan que es tuyo.

Álvaro fuerza una respiración lenta y tira de la pulsera de cuero que lleva en la muñeca.

—Esto —dice con la mandíbula tensa—. Me la regaló mi madre. Ella la reconocerá.

El nudo está apretado y no consigue aflojarlo. Ismael, impaciente, saca una navaja del bolsillo y, sin esperar permiso, corta la cuerda con un movimiento preciso.

Ismael la mete en la bolsa de plástico junto a las bragas de encaje de Emma. Guarda todo en su mochila.

—Bien. Ahora podemos seguir con el plan.

Álvaro asiente sin decir nada. Le tiemblan las piernas, pero no es por el frío.

---

Ismael Reyes se detiene en seco, con la mano a medio camino de la puerta del locutorio. Su corazón también se para. Sonia sale justo en ese momento, ajena a su presencia, con la mirada clavada en la pantalla del móvil. Apenas tarda unos segundos en desaparecer tras la esquina, pero a él se le hacen eternos.

No lo ha visto. Pero ha faltado muy poco.

Respira hondo y echa un vistazo fugaz a su alrededor antes de entrar.

Sonia y él no son amigos, pero ella lo conoce del instituto y sabe que es amigo de Álvaro. Y si hubiera llegado a verlo allí, habría sido un gran contratiempo. Aprieta los dientes y sacude la cabeza. No lo ha visto. Eso es lo único que importa.

Se acerca al mostrador y pide un ordenador. El dependiente ni le mira a la cara. Eso es bueno. Aunque no es tonto y ha tomado las medidas oportunas para que su aspecto sea diferente al habitual. Hoy no se ha peinado como siempre. Se ha engominado el pelo hacia atrás, se ha puesto unas lentillas de color y lleva unas grandes gafas de pasta con cristales sin graduar. «Eso bastará», piensa.

—Solo queda uno libre —dice el dependiente señalando un ordenador con el salvapantallas emitiendo destellos coloridos—. Se acaba de liberar ahora. Los que están apagados no funcionan.

Ismael asiente y se da la vuelta para dirigirse al ordenador. Ahora solo tiene que sentarse y hacer lo que ha venido a hacer después de conseguir un DNI en portales turbios de internet desde un ordenador de la biblioteca municipal. Ha estudiado las rutas de reparto y las horas estimadas de entrega. Sabe cuándo enviarlo para que llegue en el momento justo.

Piensa que debería pedir una mayor parte de dinero del rescate. Después de todo, es él quien se está encargando de todo.

---

Sonia camina con los brazos cruzados sobre el pecho de vuelta a casa. La tarde es fría, pero la ira le calienta la sangre. Avanza con paso rápido, sin importarle si pisa los charcos que reflejan la luz de las farolas. No puede dejar de pensar en lo que ha estado a punto de hacer.

Había llegado al locutorio con el corazón desbocado, las manos sudorosas y enrabietada por la actitud de Álvaro. Se había sentado en una de esas sillas incómodas, bajo la luz blanca y mortecina de los fluorescentes, y había creado un perfil falso en Instagram. Un nombre cualquiera, una foto de perfil robada de internet. Luego había subido la imagen.

Ella y Álvaro besándose.

La misma foto que él insistió en que borrara. La misma que, por supuesto, no había borrado.

Solo tenía que hacer clic en «Publicar» y todos la verían. Su novia la vería. Sus amigos la verían. Su mentira se desplomaría como una torre de naipes.

Pero no lo hizo.

En el último momento, sus dedos se quedaron suspendidos sobre el ratón. Una sensación extraña la invadió, como si su propio cuerpo se negara a seguir adelante. Cerró la ventana del navegador, abonó el tiempo consumido y salió del locutorio sin mirar atrás.

No sabe por qué dudó. Álvaro se lo merece, lleva días esquivándola. No sabe cuánto más podrá aguantar esta humillación sin hacer algo al respecto. ¿Cómo puede comportarse así después de acostarse con ella?

Álvaro no se saldrá con la suya.

## 41

Irina camina de un lado a otro del salón, con la mandíbula apretada y las manos escondidas en los bolsillos de su bata. La espera se le hace insoportable. Cada minuto que pasa le provoca más dolor en el estómago.

Desde el comedor, las voces de Sonia y David atraviesan las paredes como cuchillos afilados.

—¡Eres un maldito egoísta! —grita Sonia.

—¿Y tú qué eres? ¡Una mocosa desagradecida que solo sabe dar problemas!

No suele meterse en las discusiones entre padre e hija, que cada vez son más frecuentes. Pero que sea hoy… Justo hoy…

En unas horas va a dar comienzo el plan que han elaborado para conseguir dinero y huir a Panamá. Tiene tan idealizado su futuro con Álvaro, lejos de esa casa donde los gritos retumban en las paredes, que no piensa en las repercusiones.

Irina cierra los ojos un instante. Ojalá se callaran. Solo esta noche. Solo unas horas más.

El golpe llega sin aviso. Un chasquido seco, brutal. Irina se queda rígida, con una mano en la boca. El silencio que sigue es peor que la discusión. Un segundo después, Sonia sale como una exhalación de la cocina y echa a correr hacia la puerta.

—¡Sonia! —Irina la sigue hasta a la calle.

Sonia no se detiene. Camina rápido, con los hombros tensos y la cabeza baja.

—No te vayas —insiste Irina, en un tono que intenta sonar firme, pero que se quiebra al final.

Sonia ni siquiera gira la cabeza.

Irina la observa alejarse. ¿Por qué? ¿Por qué ha tenido que pasar esto hoy?

Cuando regresa, la casa está en penumbra. David ha subido a su despacho. Irina se deja caer en el sofá con un suspiro exasperado. Su enfado es real, no lo finge. En cierto modo, se alegra de que

haya sucedido algo así. Su actitud violenta solo refuerza su convicción de marcharse lejos. Muy lejos.

Aguarda en el salón fingiendo —en parte— consternación con David, quien se ha ido a dormir sin ningún tipo de arrepentimiento. Espera despierta durante horas, hasta que llegue el momento previsto. Ella cumplirá su parte. Álvaro, Emma e Ismael ya deben estar en la cabaña. Cuando el reloj marca las tres de la madrugada, se pone de pie.

Sin hacer ruido, se coloca unos guantes finos de látex escondidos en su bolso, donde también se encuentran los sobres que Ismael ha preparado con esmero. Los toma y se asoma por la ventana de la cocina. La urbanización entera duerme. No hay rastro del guardia de seguridad. Es el momento.

No hay margen de error. Cada uno debe llegar a su destino sin levantar sospechas. Abre la puerta con cautela y se desliza fuera. La brisa nocturna le azota el rostro, pero no logra aplacar su determinación.

Camina por la urbanización como un fantasma, esquivando las zonas iluminadas. Su respiración le parece demasiado fuerte, demasiado ruidosa.

Primero, la casa de los Sempere. Llega hasta la entrada y deja el sobre en el felpudo.

Un instante de pausa. Nada. Silencio absoluto.

Después, la casa de los Lago. El trayecto se le hace más largo de lo que debería. Se agacha y deja el sobre junto a la puerta.

Y entonces lo oye.

Un crujido.

Si la descubren, se meterá en un buen lío. Irina se queda inmóvil. Un segundo. Dos…

Otro ruido, esta vez más claro. Es alguien dentro de la casa.

Se le eriza el vello. Se incorpora de golpe y sale corriendo sin mirar atrás. Cada zancada le exige un esfuerzo sobrehumano, cada sombra en la calle parece acecharla. Solo cuando llega a su casa deja escapar el aire retenido en los pulmones.

Está hecho.

Se apoya contra la pared y suspira. Se le escapa una sonrisa maliciosa.

Ahora solo queda esperar.

---

Álvaro se inclina hacia Emma con una sonrisa despreocupada, deslizando el teléfono entre sus dedos mientras finge revisar la pantalla. Lleva un par de horas con la misma estrategia: pedirle el móvil con cualquier excusa tonta, un vídeo viral, un juego, una foto graciosa. Su objetivo es simple. Agotar la batería. Y, como siempre, Emma no pone resistencia.

—¿Sabes que hay un tipo de avispa capaz de controlar a las cucarachas como si fuesen zombis? —pregunta él, mostrando la pantalla como si de verdad le importara el dato.

Ella ríe, acercándose más. Su risa es suave, confiada.

—Tú y tus historias. ¡Enséñamelo!

—Lo haría, pero tu teléfono acaba de quedarse sin batería —dice Álvaro fingiendo lamento.

Se sientan en un banco de madera que hay en un acceso a la playa de la Almadraba. Va a suceder de un momento a otro. Detrás de ellos, un alto edificio de apartamentos se alza en completo silencio. Ni una luz encendida, ni un ruido que rompa la quietud. Emma se acurruca contra él. Sus dedos se deslizan por su brazo con la misma naturalidad de siempre. Cariñosa. Entregada. La chica perfecta para su propósito.

—¿A qué estamos esperando? —pregunta ella, con la voz algo soñolienta.

Álvaro hace esperar su respuesta. Su pulso sigue firme. Ha seguido el plan al pie de la letra.

—Nada. Solo quería estar a solas contigo.

Emma suspira, satisfecha, y apoya la cabeza en su hombro. Él observa el reflejo de la luna sobre el agua, las sombras danzando en la orilla. Controla los nervios de una manera sorprendente, a pesar de su edad. Sabe que dentro de poco todo cambiará.

Pronto habrá acabado todo y no tendrá que fingir nunca más.

---

Sonia camina sin rumbo, con el pecho ardiendo y la ira apoderándose de ella. Todavía siente cómo retumban sus oídos tras la bofetada. No puede quitarse esa imagen de la cabeza. Está decidida a marcharse y no volver. Aunque no sabe muy bien dónde ir o qué hacer. La rabia es quien toma sus decisiones.

Ha apagado el móvil después de hablar con su amiga Ángela. No quiere escucharla, no quiere que le diga que se calme, que piense bien las cosas. Tampoco le apetece ir a su casa a que la consuele. Lo que quiere es estar sola.

Cuando levanta la vista, la brisa salada le acaricia el rostro. Sus pasos la han dirigido a la playa de la Almadraba sin apenas darse cuenta, pero tampoco le importa. En ese momento recuerda las conversaciones con Álvaro, las veces que él mencionó que solía acudir allí con su novia. Es irónico. Tantas palabras endulzadas con mentiras, tantos gestos que ahora duelen más de lo que deberían.

Decide adentrarse en la playa. Es tarde y no hay nadie por la calle. Justo lo que busca.

Entonces los ve.

Sentados en un banco de madera, lo suficientemente cerca como para que la sangre le hierva aún más. Álvaro y Emma. Él le susurra algo al oído. Ella se ríe, inclinándose hacia él como si el mundo entero no existiera más allá de esa conversación.

Sonia se acerca, despacio, con el corazón latiendo con fuerza. Cada paso bombea más fuerte, una pulsación de adrenalina que la empuja hacia adelante. Se esconde tras un árbol.

Ha llegado el momento. Emma tiene que saber quién es realmente su novio. Lo que hace cuando ella no está. Cree estar decidida, pero las dudas la acechan.

Da un paso más. Una rama cruje bajo su pie.

Álvaro y Emma se giran.

Y sus miradas se encuentran.

---

Emma se sobresalta con el ruido detrás de ella. Un chasquido, un crujido sordo sobre la grava. Su piel se eriza. Se gira de golpe y la ve. Sonia Velasco. La chica a la que tuvo que dejar claro que, si volvía a mirar a Álvaro, se las vería con ella. Su expresión es extraña: rígida, oscura. Como si algo dentro de ella estuviera a punto de romperse.

Emma se levanta de inmediato.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Sonia no responde. Su boca se entreabre, pero no sale ni una palabra. Parece atrapada en su propio silencio. Álvaro, aún sentado, levanta la mano y hace un gesto a Sonia con desprecio.

—Vete —le dice con frialdad—. Esto es algo privado.

Sonia pestañea. Algo cambia en su mirada. Da un paso al frente.

—¿Quieres saber cómo es tu novio realmente? —le dice a Emma, clavándole la mirada.

Emma arquea las cejas, sorprendida. Está a punto de contestar cuando el ruido de un motor interrumpe la conversación.

Una furgoneta blanca ha aparecido de la nada.

Sus faros iluminan el suelo desigual. Se ha parado a escasos metros de ellos.

Emma siente que el tiempo se ralentiza. Nadie dice nada. Nadie se mueve. Alguien baja de la furgoneta. Lleva puesta una máscara de payaso y viste una túnica negra que se agita con la brisa. En su mano derecha, alza un objeto metálico. Sin decir nada, abre la puerta corredera con un chirrido.

—Subid a la furgoneta. Ahora.

La voz sale filtrada a través de un distorsionador o algo similar. Emma siente cómo el aire se le queda atrapado en los pulmones. Mira a Álvaro, esperando, rogando que haga algo. Pero él está paralizado.

El payaso da un paso adelante. Levanta aún más el objeto metálico. Un chasquido eléctrico retumba con un destello azul estallando en la oscuridad.

Emma se encoge por reflejo. Álvaro reacciona al fin: la agarra de la muñeca y tira de ella hacia la furgoneta. Emma no se resiste, está

aterrada y sus piernas no responden. Sus pies tropiezan con la grava.

Sonia sigue ahí, en el mismo sitio, inmóvil.

El payaso avanza.

Emma siente la presión de los dedos de Álvaro cerrándose en su piel. Y luego, sin saber cómo, ya está dentro de la furgoneta.

---

Sonia da un paso atrás. Piensa en darse la vuelta y salir corriendo, pero se estremece al pensar que puede recibir una descarga eléctrica de esa magnitud.

Gira sobre sí misma lentamente, esperando que el payaso se olvide de ella y poder huir. Pero eso no sucede.

El hombre avanza un par de pasos sin que Sonia pueda reaccionar y le apunta directamente con el táser. La agarra del brazo y se da la vuelta para guiarla al interior de la furgoneta.

Entonces Sonia, por instinto, da un tirón al collar que lleva puesto. Ese que tiene un corazón dorado que le regaló Irina. Se lo arranca y lo lanza al suelo. Tal vez sirva de algo. Tal vez no. Pero es lo único que se le ha ocurrido.

## 42

La puerta de la cabaña se cierra y se escucha el sonido metálico de un candado.

Álvaro contiene el aliento mientras los pasos del hombre de la máscara de payaso se alejan. Solo él sabe que es Ismael. Luego, el silencio. Un silencio que se asienta entre ellos sin que nadie se atreva a romperlo.

Emma y Sonia permanecen inmóviles, con los ojos muy abiertos en la penumbra, conteniendo la respiración, atrapadas en el miedo. El aire de la cabaña está cargado de humedad y olor a madera podrida. Álvaro, sin embargo, no está asustado, aunque finja estarlo. Está furioso. Esto no debería estar pasando. El plan no era este.

Se suponía que solo él y Emma estarían aquí. Sus familias pagarían y todo acabaría en cuestión de horas. Pero Sonia apareció de la nada y lo arruinó todo. O tal vez no. Tal vez esto sea una oportunidad. Tres rehenes significan más dinero. Más presión. Más posibilidades. Sabe que el padre de Sonia tiene dinero. Mucho, de hecho. No supondría un problema.

El tiempo se dilata. Una hora, quizá más. Nadie habla. Álvaro se apoya contra la pared, cruzado de brazos, fingiendo calma.

—Todo saldrá bien —dice de pronto, con una voz que pretende sonar firme—. La policía vendrá a rescatarnos.

Emma, hasta ahora en silencio, se gira hacia Sonia. En la tenue luz que se filtra por las rendijas de la madera, su expresión es difícil de descifrar.

—¿Qué ibas a decir en la playa? —pregunta en voz baja pero incisiva.

Sonia no responde. Mira al suelo y mueve las manos sobre su regazo.

—Dímelo —insiste Emma, un poco más alto esta vez.

Álvaro intenta intervenir.

—Eso no nos va a servir de nada ahora. Centrémonos en salir de aquí —sugiere.

Pero, de pronto, Sonia levanta la cabeza y escupe las palabras como si le quemaran la boca:

—Llevo semanas viéndome con Álvaro. Me acosté con él.

Los tres se quedan callados. Sus palabras han golpeado donde más duele.

Emma parpadea, aturdida. Luego su expresión cambia. Su cuerpo entero parece en tensión antes de abalanzarse sobre Sonia.

La cabaña se llena de ruido: gritos, forcejeos, el sonido sordo de puños chocando contra carne. Álvaro trata de separarlas con la dificultad añadida de la penumbra, pero es tarde. Sonia tropieza, se tambalea hacia atrás y, de repente, un golpe seco resuena en la madera. Su cabeza ha golpeado contra la pared justo al caer.

—¡Sonia! —grita Álvaro y corre hacia donde está Sonia. Emma no le permite llegar.

Ha estallado en cólera y se lanza sobre él, propinándole golpes a diestro y siniestro. Él retrocede. La cabaña está muy oscura y no ve el desnivel de una lámina de madera que le hace perder el equilibrio. También se ha golpeado la cabeza al caer.

Escucha el sonido del impacto retumbar en la cabaña.

Y entonces, la oscuridad.

## 43

Emma está sentada en el suelo, con las piernas dobladas y los brazos rodeando sus rodillas. Su rostro, bañado por la tenue luz que se filtra a través de las rendijas de la cabaña, está cubierto de arañazos y manchas de sangre seca. Un reguero oscuro le baja desde la frente hasta la barbilla. Sus ojos, grandes y asustados, miran al vacío, atrapados en un pensamiento del que no pueden escapar.

A su lado, Álvaro se mueve, soltando un gemido ahogado antes de incorporarse con dificultad. Ha estado inconsciente durante diez minutos. Suficientes para que Emma haya comprendido lo que ha hecho. Ha matado a Sonia. No era su intención. No quería hacerlo. Solo quería descargar su rabia, empujarla, hacerla callar. Pero la ha matado. Y ahora no puede negarlo.

Álvaro parpadea, aturdido. Se lleva una mano a la cabeza, como si intentara ordenar sus pensamientos, y entonces la mira.

—¡Emma! ¿Estás bien?

Su voz le llega distorsionada, como si viniera de un lugar lejano. Palabras sin forma que rebotan en su cabeza. No puede responder. Ni siquiera lo intenta.

Él sigue su mirada y su expresión cambia al ver el cuerpo inerte de Sonia. Se acerca con cautela, le toca la muñeca, la sacude un poco. Pero no hay reacción. Emma sabe que no la habrá.

Álvaro se aparta de golpe, como si algo le hubiera picado, y se lleva las manos a la cabeza.

—No… No puede ser…

Pero lo es.

Él se incorpora de golpe, alterado, y empieza a mirar alrededor, buscando desesperadamente algo, cualquier cosa. Se acerca a la ventana y forcejea con el marco, empujando con las manos desnudas. Luego se gira, revisa la habitación con la mirada, encuentra un interruptor que acciona, pero no se enciende ninguna luz.

—Mierda… —susurra.

Emma lo observa en silencio mientras él golpea la madera con el puño. Su desesperación es tangible, como la suya propia. Pero ella no puede moverse. No puede hacer nada. Solo quedarse ahí, temblando, con la certeza de que su mundo se ha desmoronado.

---

Irina está sentada en el sofá del salón, con las piernas cruzadas y la mirada fija en David. No ha dormido nada durante la noche. Piensa que le ha venido bien que Sonia se marchase ayer. Así puede justificar que sus ojeras y su mal aspecto son fruto de la preocupación.

Sabe lo que tiene que hacer. Ha estado pensando en este momento durante mucho tiempo. Debe actuar con normalidad, y eso implica que ahora debe sugerir llamar a la policía, porque Sonia no ha vuelto a casa. No es tonta. Sabe que su marido se opondrá.

Es muy consciente de sus negocios turbios y no querrá, bajo ningún concepto, estar en el punto de mira.

—¿Vas a quedarte ahí de pie, David? —pregunta Irina. Sabe cómo desquiciarlo. Se le da bien.

David no responde. Se lleva la mano al pecho y tarda en reaccionar.

Irina se levanta, se acerca y le agarra por la camisa.

—¡Tienes que hacer algo! Es tu hija, por el amor de Dios —exclama buscando que sus palabras suenen sinceras.

—¿Y qué demonios quieres que haga? ¡Ya sabes cómo es! Vendrá tarde o temprano y se encerrará en su cuarto, como siempre.

Irina lo mira de soslayo. Ha llegado el momento de hacerlo enfurecer. Le será de gran ayuda porque acaparará todas las miradas si esta situación continúa escalando.

—Todo esto es culpa tuya —afirma Irina.

—¡Cállate! No sabes lo que dices —gruñe David, alejándose de ella.

—Voy a llamar a la policía. Estamos perdiendo el tiempo —advierte Irina.

Él no contesta. Gira sobre sus talones y, con pasos firmes, pasa a su lado sin dirigirle la mirada. Agarra el teléfono de su mujer, que reposa sobre la mesa de centro, y lo estrella contra el suelo. La pantalla estalla en mil pedazos.

Irina ha conseguido justo lo que quería.

---

Ismael camina por los pasillos del instituto con la mochila colgada, la cabeza alta y los gestos medidos. Como cualquier otro día. Es lo que debe hacer. Lo único que importa ahora es que nadie sospeche.

A su alrededor, los demás estudiantes parlotean, ríen, se quejan de exámenes y profesores. Un día más en la rutina de todos. Solo que él sabe que nada es normal. No para él.

En cuanto tenga el dinero, se largará. Esa idea lo mantiene en pie, lo obliga a controlar su respiración, a evitar que la presión lo asfixie. No hay vuelta atrás.

El paquete debería llegar esta mañana. La última pieza del plan. Después de eso, solo queda esperar.

Entra en el aula justo cuando suena la campana. Se desliza hasta su asiento sin llamar la atención, deja caer la mochila junto a la mesa y finge buscar algo en su estuche. Solo entonces permite que su mirada se desplace lentamente hacia la silla de Álvaro.

Vacía.

La imagen le recuerda la realidad en la que se halla inmerso.

---

Irina y David han acudido a casa de la familia Sempere a preguntar por Sonia. Primero acudió ella sola, con la intención de husmear y conocer de primera mano los movimientos de Jorge Sempere y Marta Ríos. Irina se ha mostrado atónita cuando la madre de Álvaro ha sacado la nota. Ha abierto los ojos justo en el momento preciso, ha contenido la respiración un segundo antes de llevarse la

mano a la boca. Después, ha llorado. Lágrimas limpias, bien dosificadas, lo justo para que su angustia pareciera genuina.

Ha sido fácil. No por falta de miedo, que lo tiene, sino porque lleva toda la vida fingiendo. Sabe canalizar las emociones, transformarlas en una ventaja, utilizarlas como un disfraz. No es la primera vez que actúa de este modo y, si sigue haciéndolo bien, nadie sospechará. Eso es lo único que importa ahora.

El verdadero problema es la policía.

Marta Ríos lo ha mencionado casi como un susurro, con ese tono de confabulación que solo usan las madres desesperadas. Daniela Vidal ha decidido avisar a la policía y un inspector de incógnito está ahora en su casa. Quiere hablar con todos ellos por separado.

Irina asiente con fingida solidaridad mientras, por dentro, su mundo se desmorona. Eso es lo que quería saber cuando decidió acudir a casa de Álvaro a preguntar por Sonia. Esperaba encontrar evasivas que confirmasen que el plan marchaba según lo previsto. Pero el tiro le ha salido por la culata.

Marta sigue hablando, pero Irina ya no la escucha. Sus pensamientos se centran ahora en la supervivencia. Tiene que abortar el plan. No hay otra opción. Eso es lo acordado.

Saldrá de la urbanización, sea cual sea la excusa, y dará la orden para que todo se detenga.

Pero surge un problema.

—Creo que vosotros también deberíais ir a ver a ese inspector y contarle lo de Sonia. No tengo claro que esté al tanto —sugiere Marta con lágrimas en los ojos.

—Por supuesto —responde Irina.

Y en su interior, el pánico crece, aplastándola.

---

Ismael todavía siente cómo le tiemblan las piernas. El pánico lo ha atenazado al ver que, en mitad de la clase, el director del instituto apareció y le pidió que le acompañase.

Una agente de policía quería hablar con él. Esas palabras lo paralizaron.

El interrogatorio fue el peor momento de su vida. Se obligó a mantener la calma, a medir cada palabra, a no mostrar ni una grieta en su historia. Patricia Siles, la inspectora que lo interrogó, tenía esa mirada dura y escrutadora de quien está acostumbrado a detectar mentiras. Pero él lo hizo bien. No hay duda de ello.

Respondió con la mezcla perfecta de preocupación y desconcierto, sin sobreactuar. Incluso insinuó lo que llevaba semanas preparando: Álvaro es imprevisible. A veces desaparece sin que nadie sepa muy bien dónde está. Ni siquiera él, su amigo, lo entiende del todo.

No cree que Patricia sospeche de él. No tiene por qué hacerlo.

Ahora solo queda esperar la confirmación de Irina. Acordaron cancelar todo si se involucraba a la policía. En cuanto reciba la confirmación, acudirá a la cabaña y liberará a Álvaro, Emma y Sonia. Pero la verdad es que no quiere que esto acabe todavía. Sabe que se merece el dinero.

Hasta entonces, ha decidido aprovechar el tiempo. Necesita respuestas y por eso ha decidido seguir a Ángela, la amiga de Sonia.

Le intriga. Sonia no debería haber estado allí anoche. No formaba parte del plan. Y, sin embargo, apareció. No tuvo más remedio que llevársela también. Pero ¿y si Sonia le contó a alguien a dónde iba? ¿A una amiga? ¿A un desconocido? El riesgo es demasiado grande.

Necesita saber si Sonia habló antes de desaparecer. Si hay algún cabo suelto. Comprobó que su teléfono estaba apagado antes de dirigirse a la cabaña. Se lo pidió, al igual que a Emma y a Álvaro. Pero no es suficiente. Necesita estar seguro de que no ha cometido un error.

## 44

Irina se apoya en la pared y exhala un suspiro apenas audible. Ha funcionado.

David, con su actitud chulesca y fanfarronería desbocada, ha hecho exactamente lo que ella esperaba: parecer un imbécil engreído, el foco de todas las sospechas. Cuanto más hablaba, más furioso se ponía, y ella ha sabido qué palabras elegir para avivar su rabia. Lo tiene justo donde lo quiere, vulnerable, a su merced.

Pero entonces ha entrado él.

El inspector Somoza es otro tipo de hombre. No se deja llevar por apariencias ni por arrebatos. Desde el momento en que sus ojos la han recorrido con calma calculada, Irina ha sentido su acecho. No puede permitirse errores. Se ha quedado petrificada mientras él los interrogaba, su voz pausada, implacable, cada pregunta clavándose como un bisturí afilado. Ha sido meticuloso. Demasiado. Debe acabar con esto antes de que sea demasiado tarde.

Ismael no debe saber aún que la policía ya trabaja en el caso. Tiene que avisarle cuanto antes, decirle que libere a los chicos, que haga que todo parezca una broma de mal gusto. Ya encontrará otra manera de reconducir su vida, pero este no es el camino.

Pensaba que podría encontrar cualquier excusa para salir de allí y dar el aviso, pero entonces el paquete ha llegado. Ya casi ni lo recordaba cuándo llamaron a la puerta de la casa de la familia Lago.

La caja, colocada en el centro de la mesa, parecía inofensiva. Hasta que Gabriel Somoza la ha abierto. Hasta que todos han leído la nota. Hasta que los padres de Álvaro y Emma han estallado en gritos, lágrimas y horror cuando han visto las pertenencias de sus hijos. Hasta que el mundo, por un instante, se ha detenido en seco.

Su alma se ha encogido.

Por primera vez en mucho tiempo, se ha sentido estúpida. Y culpable. Ver a esos padres romperse en pedazos la ha hecho estremecer. Ha querido apartar la mirada, pero no ha podido. Esto no es un simple plan, no es una escapatoria astuta de una vida

miserable. Es real y despiadado. Y ella está en el centro de todo por voluntad propia.

---

La cabaña huele ahora a humedad y muerte. La madera cruje por el viento y soporta el peso de un cadáver que aún no se han atrevido a mover. Sonia está ahí, suspendida entre la sombra y el recuerdo, y Álvaro siente que su presencia le atraviesa como una daga en busca de su dolor.

Emma no ha dicho una palabra desde lo ocurrido. Permanece en una esquina, con las rodillas dobladas contra el pecho y los brazos rodeándoselas con tanta fuerza que parece querer desaparecer dentro de sí misma. Su cara está en penumbra, pero Álvaro puede sentir cómo tiembla. No sabe si es por miedo o por el odio que ella le guarda. No puede culparla por ninguna de las dos cosas.

La espera se vuelve insoportable. Ismael debería estar aquí. Él sabría qué hacer, podría arreglar esto. Pero el plan se ha desmoronado, arrastrándolos con él. No hay forma de salir de esto indemnes, no mientras el cuerpo de Sonia siga sobre la madera, como un testigo mudo de lo que han hecho. Nadie va a creer que era una broma.

—Emma… —La voz de Álvaro irrumpe en la quietud asfixiante, como un grito ahogado. Ella no responde, pero él sigue hablando—. Nadie tiene por qué saber que fuiste tú. Podemos decir que fue el hombre de la máscara de payaso.

El temblor de Emma se detiene en seco. Sus ojos se distinguen como dos puntos brillantes en la oscuridad. Parpadea un par de veces, como si intentara convencerse de que ha oído bien.

—¿De verdad harías eso por mí? —Su voz es apenas un susurro.

Álvaro asiente, sin dudar.

—Te lo debo —confirma—. Después de todo lo que he hecho.

---

Irina no puede contener el llanto cuando su marido cuelga el teléfono tras decirle que no ha encontrado nada. La desesperación la sacude por dentro. La impotencia la ahoga. Empieza a estar preocupada por Sonia y reza para que no esté implicada en el secuestro. Sea como sea, tiene que protegerse. Necesita salir de allí y poder avisar a Ismael para que ponga fin a esta locura.

Ayer tuvo que quedarse en casa de la familia Lago cuando Jorge Sempere y su marido decidieron ir a buscar a los chicos. Pensó que era lo adecuado. Prefirió estar allí, rodeada de la angustia que ella misma había provocado, a estar sola en casa y levantar sospechas. Además, de esa manera puede enterarse de primera mano sobre cómo avanza la investigación y tener más posibilidades de salir airosa.

Ahora, un agente de paisano está en su casa, registrando la habitación de Sonia. Según le ha dicho su marido, está a punto de llegar a casa. Una idea empieza a tomar forma en su mente, una que podría funcionar.

Ve, a través de la ventana, al inspector Somoza barrer las aceras comunes de la urbanización. Ha estado pensando en contarle que su marido agredió a Sonia antes de que ella se fuera, pero piensa que hacerlo podría parecer oportunista y prefiere pasar desapercibida. La idea que empieza a tomar forma en su mente es perfecta. Mucho mejor.

Desde la cocina, mueve bruscamente una silla, esperando que el sonido atraiga la atención del agente de incógnito.

Escucha pasos acercándose.

—¿Necesita algo, señora? —pregunta el agente que se ha identificado como Fernando Quereda.

—Estoy bien, gracias. ¿Puede abrir un poco la ventana? Me he mareado.

El agente obedece sin preguntar y abre la ventana de la cocina de par en par. Gabriel alza la mirada desde la distancia en cuanto percibe que hay movimiento en la casa. Justo lo que Irina quería.

—¿Un poco de agua? —ofrece el policía, sirviendo un vaso con la jarra que había sobre la encimera.

Irina asiente, casi tambaleándose, como si estuviera a punto de caer.

El coche de David Velasco aparece de repente por la carretera y se detiene bruscamente en el porche delantero del chalé.

Irina se incorpora con cautela, sujetándose a la mesa, y se dirige a la puerta para recibir a su marido.

David despacha al agente de paisano con malas formas y se queda a solas con Irina.

Ella regresa a la cocina. Es el momento.

—Voy a hablar con ese inspector y le voy a decir que pegaste a Sonia antes de que se fuera. Tiene que saberlo.

David entra en cólera.

Primero un grito.

«Perfecto», piensa Irina.

Después, un cenicero haciéndose añicos contra la pared.

Por último, un bofetón.

No podría haber salido mejor. Con la ventana abierta, Gabriel Somoza lo ha escuchado todo. Ahora ya tiene una excusa para salir de allí.

---

Ismael detiene la furgoneta en un tramo apartado de la calle, a cierta distancia del parque donde debe revisar si Irina le ha dejado algún mensaje. Apaga el motor y observa la calle a través del parabrisas.

No hay nadie que le llame la atención. Solo padres empujando carritos, jubilados con perros y un par de adolescentes absortos en sus teléfonos móviles. Respira hondo, asegurándose de no ser observado, y se enfunda la capucha de su sudadera. Cada precaución cuenta. Lleva puestas unas mallas deportivas y unas zapatillas gastadas que podrían pertenecer a cualquiera que salga a hacer ejercicio. No es su caso, pero piensa que a los corredores nadie les presta atención, y eso le viene bien.

Baja de la furgoneta y empieza a trotar a ritmo moderado, intenta que su paso no sea ni demasiado rápido ni demasiado lento.

Nada sospechoso. Un tipo sudando en la tarde fresca, como tantos otros. No corre directamente hacia el punto de encuentro, sino que traza un par de vueltas amplias alrededor del parque, estirando el momento. Debe controlar que nadie vaya detrás de él, algo que debió hacer cuando siguió a Ángela y no cayó en la cuenta. Solo entonces, cuando se ha cerciorado, se acerca al banco.

Se sienta en el borde del respaldo, extiende una pierna para estirarla y se inclina hacia adelante. Desde esa posición, sus ojos se fijan en la lámina de madera rota, en el agujero perfecto de su superficie. Un escondite improvisado que ha resultado ser una idea brillante. Se le ocurrió a él, claro.

Álvaro le contó que Irina suele visitar a una amiga suya que vive cerca de ese parque. Pasean juntas el perro de Nuria, su amiga; charlan y se relajan en ese parque. Tener ubicado un lugar donde dejar una nota sin levantar sospechas fue una idea brillante.

Finge revisar la suela de su zapatilla mientras desliza la mano dentro del hueco. Es profundo. Sus dedos rozan el papel. Un pequeño rectángulo, doblado con precisión, como si estuviera esperando a ser encontrado. Se le acelera el pulso. Lo extrae con naturalidad, cerrando el puño en torno a él, y sigue estirando, disimulando la tensión en su cuerpo.

No pierde ni un segundo más de lo necesario. Se pone en pie, sacude las piernas y retoma el trote hasta la furgoneta. Solo cuando está dentro, con la puerta cerrada y el seguro echado, despliega el papel con el pulso acelerado.

La letra es firme, pero apresurada, escrita con prisa.

«La policía investiga el caso. Cancelamos el plan. Ponlos en libertad ya».

Se siente frustrado. La oportunidad de dejar su miserable vida atrás acaba de desvanecerse.

## 45

Álvaro piensa en sus opciones. Ahora que Sonia está muerta, todo se ha complicado. Desearía poder retroceder y encontrar una forma de estar con Irina. Sabe que se ha precipitado, pero ahora no hay vuelta atrás. Debe actuar como un hombre y solucionar el problema.

Lo primero es convencer a Emma de que él no tiene nada que ver con el secuestro. Cuando Ismael vea la maldita luz y se digne a entrar en la casa, se encontrará con el cuerpo de Sonia. Ya no pueden cancelarlo, ya no pueden decir que todo era una broma y que las consecuencias sean menores.

Le dice a Emma que va a intentar someter al secuestrador cuando entre en la cabaña. Su novia no está convencida y le recrimina la idea, pensando que los va a poner en peligro. A Álvaro no le importa lo que piense. Si le ve caer desplomado por una descarga eléctrica, será muy difícil que sospeche de él. Además, será algo que luego contará a los agentes de policía cuando investiguen el asesinato de Sonia. Está decidido. Lo va a hacer, cueste lo que cueste.

Ismael llega a la cabaña disfrazado de payaso. Nada más entrar, se queda inmóvil, observando el cadáver de Sonia, como si le costara creer lo que ve.

—Ayúdame a sacarla —ordena a Álvaro con su voz distorsionada a través de la máscara.

Álvaro no se mueve, finge dudar, controlando su respiración. Está actuando. Cuando Ismael hace sonar el táser, decide que es suficiente y se levanta para ayudarle a mover el cuerpo.

Una vez fuera, cuando se han alejado, Ismael se quita la máscara y Álvaro percibe el pánico evidente en su mirada. Quiere hablar, pero las palabras no le salen. Álvaro le pone una mano temblorosa en el hombro. También él tiene miedo, aunque intente disimularlo. Ismael se agacha y pone las manos sobre sus rodillas. Su pecho sube y baja a toda velocidad.

—Ha sido un accidente —informa Álvaro—. Tenía una aventura con Sonia. Emma no lo sabía. Cuando llegamos a la cabaña, Sonia se lo dijo y Emma se volvió loca. Se pelearon. Sonia perdió el equilibrio. Cayó mal y se partió el cuello contra la pared.

Ismael se incorpora de golpe, echándose las manos a la cabeza, como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar.

—¡Madre mía, Álvaro! ¿Y ahora qué? Vengo del parque, Irina me ha dejado una nota en el banco que acordamos. Quiere que abortemos el plan. Las familias han avisado a la policía.

Álvaro niega con la cabeza.

—Eso es imposible ahora.

—¿Por qué estaba Sonia con vosotros cuando llegué con la furgoneta? —pregunta Ismael con su voz acelerada.

—No lo sé. Apareció de la nada justo cuando tú llegaste. Mala suerte, supongo.

Ismael intenta calmarse respirando hondo. Pasan varios minutos en los que solo se escucha su respiración jadeante. Finalmente se recompone.

—Tienes razón. No podemos poner fin a esto ahora. No sin el dinero. La muerte de Sonia lo cambia todo. Tendríamos un problema grande. ¿Emma sigue sin saber nada?

—Creo que no. Pero para asegurarme quiero que me des con el táser y que ella lo vea —pide Álvaro.

A Ismael le cambia la cara.

—¿Estás loco? ¿Tienes idea de lo que duele?

—¿Puedes regularlo para bajar la intensidad? —pregunta Álvaro.

—No, tío. Me lo trajo un amigo de Andorra. No lo he usado nunca. Solo tiene un botón y sirve para activarlo.

—Asumo el riesgo —dice Álvaro—. Tiene que parecer un secuestro de verdad. Pero no tenemos tiempo, así que ayúdame a pensar qué demonios hacemos ahora.

Ismael se muerde los labios y se masajea la frente con los dedos. Mantiene el silencio durante unos segundos.

—De acuerdo. Creo que tengo una idea que puede funcionar. Ayúdame a subir a Sonia a la furgoneta.

---

Ismael aprieta el volante con fuerza mientras la furgoneta avanza por la carretera desierta. Hace apenas unos minutos, sus manos hacían algo diferente, algo que jamás pensó que harían. Cargaban con el peso muerto de una chica inocente, empujándola hacia el interior de un contenedor oxidado, en una calle desierta que nadie vigila.

Ha elegido bien. No hay cámaras, no hay testigos. Solo el crujido de la basura tragándola, como si nunca hubiera existido.

Inhala profundo y exhala despacio. Debería sentirse aliviado, pero el hedor residual en la furgoneta, una mezcla de muerte y de los productos de jardinería de su tío, le provoca náuseas.

Ha hecho lo necesario, pero su pulso sigue acelerado. La rabia persiste, acumulándose bajo su piel como un veneno lento. Álvaro. Ese maldito imbécil lo ha metido en un lío del que no hay forma de salir.

Acelera, sintiendo cómo la vibración del motor sacude sus piernas. El táser sigue en el asiento del copiloto. Al mirarlo, una parte de él se siente satisfecho, como si aún pudiera saborear el control. Ha disfrutado con cada espasmo que recorrió el cuerpo de Álvaro. Se lo merecía. Todo esto es culpa suya. Si no le gustase tanto ir de flor en flor, Sonia seguiría viva.

Pero luego, como una ráfaga, recuerda lo que hizo en la cabaña. Recuerda el momento en que sacó el táser, el chasquido de la electricidad, el cuerpo de Álvaro sacudiéndose como un pez fuera del agua. Y ahora, con la cabeza más fría, la comprensión le golpea en el estómago. El idiota es él. ¿Por qué demonios lo hizo? Era justo lo que su amigo quería. Lo ha empujado hasta allí, hasta el borde, hasta que cayó en la trampa. Ahora es él quien parece el culpable de la muerte de Sonia.

«Mierda», piensa.

La furgoneta tambalea violentamente al tomar una curva cerrada. Sus manos están sudando contra el volante. No puede confiar en nadie. Nadie lo sacará de este lío.

Está solo.

## 46

Irina recibe la llamada a primera hora de la mañana. La requieren en comisaría. Su marido está en el punto de mira, y eso, en teoría, debería ser bueno para ella. Lo ha arrastrado con maestría al centro del huracán, justo donde le corresponde estar. Lo mejor que puede hacer es dejarlo hundirse solo. David siempre ha sido perfectamente capaz de cavar su propia tumba.

Pero cuando llega a la comisaría y ve la nube de reporteros, con sus cámaras y micrófonos extendidos como garras, acechándola, se da cuenta de que esto es más grande de lo que pensaba. La luz de los *flashes* aparece, los percibe como un golpe de realidad.

Escucha su nombre salir de la boca de una periodista, mezclado en la misma frase con los de David y Sonia. Siente la presión de muchos ojos clavados en ella, el escrutinio público, el juicio anticipado que la atraviesa. ¿Será capaz de salir de esta?

Un agente la guía hasta la entrada. Irina no pregunta nada. No quiere saber nada aquí, rodeada de esa manada de buitres. Mantiene la cabeza alta, avanzando con la seguridad que ha fingido durante años. Pero su estómago es otra historia. Algo dentro de ella se retuerce, como si sus tripas estuvieran encogidas en un nudo.

El inspector Gabriel Somoza la espera en su despacho.

Y entonces, como una descarga eléctrica, descubre la tragedia.

—Anoche recibimos una llamada de una planta de residuos. Encontraron el cadáver de una adolescente. Hemos hecho las comprobaciones de ADN pertinentes con las muestras tomadas en su casa y hemos confirmado que se trata de Sonia —informa el inspector.

El aire se le escapa de los pulmones, como si la hubieran golpeado en el abdomen.

Algo dentro de ella se rompe con un chasquido sordo.

No tiene que fingir dolor. En este momento, no hay espacio para el engaño, solo la cruda verdad. Sus manos tiemblan sobre la mesa.

Siente frío, un frío que empieza en la boca del estómago y se extiende por todo su cuerpo, paralizándola.

Sonia está muerta. La frase resuena en su mente, como si su propia conciencia intentase torturarla.

El inspector sigue hablando, pero Irina apenas lo oye. Las palabras se desvanecen en el aire.

Sonia está muerta. Y es por su culpa.

No hay manera de escapar de eso.

---

Ismael tiene ganas de volver a accionar el táser cuando mira a Álvaro a través de la máscara. Debe mantener la sangre fría y actuar con inteligencia.

En cuanto tiene lo que ha ido a buscar, la foto de Álvaro y Emma con el periódico de hoy, abandona la cabaña. No tiene intención de volver allí salvo para liberarles. Y lo hará solo para ganar tiempo. Cree que cuando les encuentren tardarán un tiempo en ponerse a buscar. Para entonces ya tendrá el dinero que no piensa compartir y estará lejos. Muy lejos.

Después de todo, puede salir ganando.

---

Irina espera en el salón, nerviosa, como si el aire mismo estuviera cargado de tensión. Gabriel Somoza está en camino. Otra vez. La situación no puede ir a peor.

Su mente se ha alejado del secuestro, ya que la muerte de Sonia la ha dejado completamente descolocada. Sin embargo, su instinto de supervivencia sigue siendo fuerte.

Suspira, sintiendo remordimiento por todo lo ocurrido y se deja caer en el sofá. Pasa las manos por los cojines, alisándolos de forma casi automática, hasta que sus dedos tropiezan con algo duro. Se extraña y hunde la mano entre los pliegues de la tela. Saca un collar, con la suavidad de quien no quiere descubrir lo que ya sabe.

La invade el pánico. Lo reconoce al instante, como si el objeto mismo le gritara la verdad. Es el de Álvaro, el collar que nunca debería haber estado aquí y que debió caerse durante alguno de sus pasionales encuentros sobre ese mismo sofá.

Se le escapa el aire en un jadeo ahogado, como si la sorpresa la hubiera golpeado en el estómago. Lo sostiene entre los dedos, intentando decidir con rapidez qué hacer con él. Es una prueba, y no puede ignorarlo.

Tiene que hacer algo, y rápido.

Se pone de pie con un movimiento brusco. Se le ha ocurrido un buen lugar dónde dejarlo.

Sonia guardaba sus cosas importantes en una caja de recuerdos en su habitación. Un lugar donde a nadie le sorprendería encontrar un objeto de cierto valor sentimental como ese. Un lugar donde sí tendría sentido que estuviera.

Irina sube las escaleras con el corazón acelerado. Le sudan las manos, como si cada segundo la acercara más al abismo. Entra en la habitación de su hijastra. Todo está igual que siempre. Parece que el tiempo se ha congelado allí. Cruza la estancia, coloca el collar entre los objetos, y cierra la tapa con una mezcla de alivio y miedo.

Apenas tiene tiempo de recuperar la compostura cuando, como un mal presagio, suena el timbre.

Respira hondo y baja a abrir.

Gabriel Somoza está en la puerta, acompañado de una mujer y otro agente con rostro impasible. Irina les da paso fingiendo indiferencia mientras su mente corre por mil caminos distintos imaginando los peores escenarios posibles.

El nuevo registro de la casa parece durar una vida entera. Cuando finalmente terminan, Gabriel se acerca, como si ya conociera la verdad y no pudiera esperar más.

—¿Sabe si Álvaro y Sonia se veían en esta casa? —indaga Gabriel.

Irina se encoge de hombros, piensa que debe ser astuta en su respuesta.

—Que yo sepa, no. Pero muchas veces no había nadie en casa. Si aprovecharon esos momentos, no lo sé. Lo siento.

Irina se queda helada. Ha mentido con maestría, pero su cuerpo insiste en traicionarla y la hace sudar.

Un temblor sacude sus piernas. El miedo la recorre desde el interior. No porque Álvaro se viera allí con Sonia, sino porque él venía a verse con ella.

El mismo lugar que fue un paraíso con Álvaro como principal artífice de su placer es ahora un infierno.

## 47

Irina está sentada en el sofá del salón de la familia Lago, con la espalda rígida y las manos entrelazadas sobre su regazo. Ha pedido que le permitieran quedarse allí porque no se siente bien para estar sola. La verdad es que su intención es poder estar al tanto de cómo avanza la investigación. No entiende por qué Ismael no ha liberado aún a Álvaro y Emma. Está desesperada y necesita que esto termine.

Arriba, Daniela duerme. Exhausta, vencida por el dolor y la desesperación. Irina la envidia. Ella no ha podido cerrar los ojos sin que el rostro de Sonia aparezca en su mente, sin que el temor de lo desconocido la consuma.

El sonido de voces desde la cocina la obliga a concentrarse. Gabriel Somoza interroga a Miguel Lago. No puede verlos desde su posición, pero cada palabra que sale de la boca de Miguel es una sorpresa diferente.

Escucha a Miguel confesar su mala situación financiera. No podrá pagar. No hubiera podido en ningún caso.

Quizá si Álvaro e Ismael siguen pensando que conseguir dinero es posible y por eso no han acabado aún con este desastre, eso los ahuyente.

Sabe lo que tiene que hacer. Debe volver al parque. Debe dejar otra nota e informar de la situación de Miguel Lago. Tal vez Ismael vuelva a buscar más mensajes. Tal vez entienda que su plan ya no tiene mucho recorrido. Tal vez sea la única forma de salir indemne. El problema es salir de allí sin levantar sospechas.

Miguel ha terminado de hablar con Gabriel Somoza y sale al salón. Irina capta su expresión. Está preocupado por lo que haya podido escuchar. Su relación con Marta Ríos le trae sin cuidado, ni siquiera le ha sorprendido. Aunque parece ser lo que más preocupa a Miguel.

Entonces, escucha pasos en la escalera, pero Miguel no se da cuenta y habla más de la cuenta.

Es su oportunidad.

Irina agarra su bolso y murmura una excusa. Antes de que Daniela pueda hacer preguntas, ya está cruzando la puerta de salida.

---

Ismael no deja cabos sueltos. Es una cuestión de principios. Por eso ha vuelto al parque, aunque su trabajo aquí ya terminó. Nadie sospecharía de un adolescente que simplemente se toma su tiempo para estirar las piernas después de hacer un poco de ejercicio. La normalidad es el mejor disfraz.

Encuentra una nueva nota en el lugar acordado. Apenas tiene que agacharse para recogerla del banco de madera junto a los setos. Cuando se ha alejado lo suficiente de allí, la lee.

Un contratiempo. La familia Lago está en bancarrota. Ismael suelta un resoplido. Le hace gracia que Irina crea que siguen juntos en esto. Es casi entrañable.

No piensa compartir nada. Tiene claro que se lo va a quedar todo. Si la familia de Emma no tiene opciones de pagar, no perderá el tiempo con ellos y se centrará en los Sempere. Un inconveniente menor, nada que no pueda manejar.

Desde el principio, tenía claro que la clave estaba en los detalles. Por eso localizó a Carmela antes de poner en marcha su plan. La asistenta de los Sempere, discreta y leal. Un arma perfecta para hacer llegar la información a la persona adecuada sin que nadie más lo sepa.

Ahora solo queda esperar. Ha dejado la última nota en el felpudo de Carmela, instrucciones claras, directas. Si todo sigue su curso, pronto no tendrá que preocuparse por nada. Excepto por desaparecer.

# PARTE 3

# 48

La comisaría está en plena ebullición. El murmullo de las conversaciones se entremezcla con el repiqueteo incesante de teclados y el zumbido de los teléfonos.

Gabriel Somoza avanza por el pasillo, ajeno a lo que ocurre a su alrededor, sorteando a oficiales y agentes que lo observan con expresiones que van desde la sorpresa hasta la exasperación.

Traer a Álvaro, Emma e Irina detenidos ha desatado el caos. Los medios de comunicación no han tardado en olfatear la sangre, especulando sobre las razones de su arresto. En solo una hora, la prensa ha lanzado decenas de teorías distintas. En los despachos, los altos mandos se debaten entre la necesidad de controlar la información y la urgencia de cerrar el caso.

El comisario Urriaga no oculta su enfado. Ha llamado a Gabriel a su despacho apenas unos minutos después de que los detenidos cruzaran la puerta principal de la comisaría, rodeados por una nube de cámaras y micrófonos.

—Tienes que cerrar esto de una maldita vez, Somoza —gruñe, golpeando el escritorio con la palma abierta—. David Velasco está en prisión. Dime que no la hemos cagado.

—Hay varios motivos por los que ese hombre debe estar en prisión. Pero el secuestro y asesinato de su hija no es uno de ellos.

—¿Y ahora qué? —increpa Urriaga.

—Deme un par de horas. Tendré una confesión —pide Gabriel.

El comisario le clava la mirada y le indica con un gesto que se marche.

Gabriel regresa a la sala de interrogatorios, donde Patricia lo espera con Irina sentada al otro lado de la mesa. Debido a la naturaleza del caso, se ha informado a Irina que un abogado debe estar presente. Ella ha dicho que no conocía a nadie y no quería recurrir al mismo que su marido, por eso ha solicitado uno de oficio. Un hombre joven y menudo que parece haber terminado la carrera hace un par de meses.

Irina mantiene los brazos cruzados, la mandíbula tensa y la mirada helada.

—No sé de qué va todo esto —dice Irina, pestañeando con rapidez—. ¿Me lo puede explicar?

Gabriel se sienta con parsimonia, sin apartar la mirada. Cruza los brazos y se apoya en el respaldo.

—Buenos días, Irina. Antes de comenzar, le informo que esta conversación va a ser grabada y hago constar que su abogado, el señor... —Gabriel levanta una mano hacia el letrado.

—Hernando.

—El señor Hernando —continúa Gabriel— está presente.

Irina agita levemente la cabeza, como esperando que el inspector Somoza continúe.

—Usted tiene una relación con Álvaro Sempere —afirma Gabriel, de repente.

Irina pone cara de asombro. Reacciona como si acabara de escuchar una patraña.

—¿Pero qué dice? ¿Se ha vuelto loco?

Gabriel Somoza descruza los brazos y apoya las palmas en la mesa, inclinándose hacia delante.

—Bien, no voy a perder tiempo con esto. Patricia, por favor —dice, señalándole a su compañera la caja que sostiene entre las manos. Ella se acerca y la coloca sobre la mesa. Gabriel saca una bolsa de pruebas con una camiseta negra.

—Esta camiseta es de Álvaro —informa, dejando caer la bolsa sobre la mesa—. Está llena de pelos de gato. No me hace falta tomar una muestra del pelo de su gato para saber que es el mismo. Eso indica que Álvaro ha estado en su casa, Irina.

Irina se ríe. Es la primera vez que Gabriel la ve sonreír.

—Esto es absurdo. ¡Pues claro que ha estado en mi casa! ¡Se veía con Sonia! —exclama Irina.

—Es cierto. Sin embargo, él ha negado rotundamente haber estado en su casa para ver a Sonia. Ha manifestado una y otra vez que nunca ha estado allí —añade Gabriel.

Irina niega con la cabeza. Dirige la mano hacia la bolsa de pruebas, pero Gabriel la retira bruscamente.

—Estará confundido. Ha sufrido mucho —sugiere Irina.

Gabriel introduce una vez más la mano en la caja. Esta vez extrae un sobre de pruebas con un collar en su interior.

—¿Y cómo explica usted que el collar de Álvaro que encontré en la habitación de Sonia tuviese su ADN?

Irina se queda mirando el collar.

—¿Mi ADN? —pregunta, señalándose el pecho.

Gabriel asiente.

El abogado dirige una mirada a Irina.

—Mi cliente no va a responder a más preguntas por ahora.

Gabriel busca la mirada de Patricia y le sonríe.

—Me lo imaginaba. Entonces seré yo quien hable. Resulta que Jorge Sempere recibió una nota que alguien le había dejado a su asistenta en el felpudo de su casa. En la nota se explicaba la manera de pagar el rescate de Álvaro, junto con una foto de Álvaro y Emma. Lo curioso es que Miguel Lago, el padre de Emma, no la recibió. Y eso no tiene mucho sentido, ya que su hija también estaba retenida. Es como si el secuestrador supiera que Miguel Lago no podría pagar, aunque quisiera, porque está en bancarrota.

Gabriel aprieta los labios. Espera que Irina diga algo, pero se mantiene el silencio.

—Usted, Irina, era la única persona que sabía que Miguel Lago se ha quedado sin dinero. Estaba en el salón y lo escuchó cuando lo interrogué. De hecho, era una trampa que le puse. Me pareció muy raro que quisiera ir a casa de la familia Lago con la excusa de no estar sola, cuando su hijastra había muerto y su marido estaba detenido como principal sospechoso. Usted picó el anzuelo. Y le comunicó a Ismael Reyes de alguna manera que la familia Lago no pagaría.

El rostro de Irina cambia cuando escucha el nombre de Ismael. Gabriel quería justo eso. Lo estaba esperando.

—Ah, sí. ¿No lo había dicho? —pregunta Gabriel con ironía—. Hemos detenido a Ismael Reyes en Córdoba. Llevaba una bolsa llena de dinero y, en la furgoneta de su tío, hemos encontrado ADN de Álvaro, Emma y Sonia. Además de otra prueba que demuestra que el cuerpo sin vida de Sonia se transportó en esa furgoneta.

Irina se echa las manos a la cabeza. Su cara se ha puesto totalmente roja.

—Irina, no le voy a mentir —continúa Gabriel—. Lo tiene crudo para salir de esta. Las pruebas en contra de Ismael son contundentes. Será cuestión de tiempo que nos cuente su implicación y la de Álvaro en todo esto. Si yo fuera usted, le pondría fin a esta historia.

El silencio se alarga durante un largo minuto sin que nadie se atreva a decir nada. Gabriel se levanta mirando a Patricia. Ambos se giran y se disponen a abandonar la sala cuando Irina rompe el silencio.

—Espere —dice con un hilillo de voz.

Gabriel se gira y ve su rostro con los ojos cerrados. Cuando los abre, su mirada ha cambiado. Ahora es la de alguien que ha comprendido que el juego ha terminado.

—Tiene razón —confiesa—. Pero yo no tuve nada que ver con la muerte de Sonia.

Gabriel la mira, aunque ella no sea capaz de aguantarle la mirada.

—Lo sé. Pero lo que hizo le costó la vida. Y ahora tiene que pagar las consecuencias —sentencia Gabriel.

---

Patricia Siles se apoya en el respaldo de su silla y observa a Emma Lago con una mezcla de frustración y lástima. La chica, con el rostro húmedo de lágrimas, apenas puede sostenerle la mirada. Su confesión ha salido de sus labios como un torrente, sin que Patricia tuviera que presionarla demasiado. Como si hubiera estado a punto de romperse desde el momento en que se sentó frente a ella.

Como aún es menor de edad, su madre la acompaña en la sala de interrogatorios. Daniela aprieta los labios con tanta fuerza que parece que va a sangrar. Su mirada oscila entre su hija y Patricia, como si aún esperara que alguien le dijera que todo esto es un malentendido. Pero no lo es. Las palabras han quedado grabadas. Su confesión es irrevocable.

Patricia cierra la libreta con calma, intenta que su voz suene neutral. Sin emociones. Porque no está aquí para sentir. Está aquí para hacer su trabajo.

—Vamos a parar aquí, por ahora —dice, deslizando la mirada a Daniela—. Si necesita un momento con su hija…

La madre de Emma asiente con un movimiento seco, pero no dice nada.

Patricia se levanta despacio. Sabe que lo mejor es darles espacio, pero mientras camina hacia la puerta, la confesión de Emma se repite en su mente formando un bucle.

Ha destrozado su vida en cuestión de segundos. Una sola decisión. Un solo acto, y todo se ha derrumbado a su alrededor.

Patricia ha visto esto antes. Jóvenes que cometen errores porque creen que no tienen otra opción. Porque el miedo, la presión o la desesperación los han llevado a una encrucijada donde ninguna salida es buena. ¿Ha sido forzada a ello? Tal vez no en el sentido estricto de la palabra. Pero había algo en la manera en que Emma hablaba, en cómo se encogía cada vez que repetía los detalles, que le hacía pensar que, de alguna manera, la habían empujado a ello.

Respira hondo. No es su trabajo decidirlo. Ella no redacta las leyes. No puede permitirse ese lujo.

Ajusta su chaqueta y abandona la sala sin mirar atrás.

---

Álvaro Sempere está en el calabozo. Un agujero gris y sin alma donde solo una bombilla parpadeante ilumina la celda, proyectando sombras que parecen burlarse de él.

No era así como se suponía que iba a terminar todo.

Le dijeron que, por ser mayor de edad, será juzgado como un adulto. La frase le retumba en la cabeza como un golpe seco.

Adulto. Como si de repente le hubieran arrancado cualquier posibilidad de redención. Como si la vida le estuviera gritando que ha cruzado una línea de la que no hay vuelta atrás.

Le ha salido mal la jugada. Pero lo peor, lo que le revuelve el estómago y le destroza el alma, es que Irina también está detenida.

Su Irina. Su único punto de apoyo en este desastre.

El sueño de escapar juntos, de dejar atrás todo esto, de empezar una vida lejos de las miradas inquisidoras y los entrometidos que pudieran juzgarlos… Se ha esfumado. Solo queda la cruda realidad de las paredes sucias de la celda, del hedor rancio de la desesperación.

Un ruido en el pasillo lo saca de su trance. Pasos. Voces. Unas llaves tintinean.

Se endereza de golpe, la espalda rígida, el corazón encajado en la garganta.

Un agente de policía acompaña a Ismael a su celda.

Seguirán siendo compañeros, después de todo.

## 49

El sol baña el jardín con una calidez agradable. Gabriel sostiene su taza de café con ambas manos, dejando que el vapor le acaricie el rostro. La brisa marina se cuela entre las hojas de los arbustos. Desde su silla, observa el horizonte: el mar en calma, las rocas perfiladas en la distancia y, más allá, el recuerdo de todo lo que ha sucedido en las últimas semanas.

Han pasado dos meses desde la detención de Irina, Álvaro, Ismael y Emma. Dos meses en los que los titulares han cambiado, en los que los vecinos de la urbanización Jardines del Edén han intentado, sin éxito, borrar la mancha que quedó en su historia.

Nadie volverá a mirar ese lugar de la misma manera. Nadie quiere recordar lo que ocurrió entre esas casas de lujo y fachadas impecables.

Emma Lago, con solo diecisiete años, recibió una condena reducida: cinco años en un centro de menores. Cuando cumpla dieciocho años pasará al régimen de libertad vigilada. Hubo atenuantes, claro. Pero ni siquiera la indulgencia del juez pudo cambiar el hecho de que Sonia Velasco está muerta. Ella se llevó el peor castigo sin merecerlo.

El padre de Sonia, David Velasco, continúa en la cárcel cumpliendo una condena por tráfico de drogas. Tres años que, según ha sabido Gabriel, se le están haciendo eternos. Se ha metido en problemas. Peleas constantes, faltas de respeto a los trabajadores. No saldrá indemne de allí. Aunque al final, nada podrá castigarle más que la pérdida de su hija. En cierto modo, a pesar de su actitud y su historial, Gabriel siente lástima por él.

Irina pasará ocho años en prisión. Álvaro e Ismael, seis cada uno. Todos ellos condenados por secuestro. Según se notificaba en la sentencia, el juez tuvo en cuenta que tanto Álvaro como Ismael apenas eran adultos cuando cruzaron la línea. Cuando tomaron decisiones que no tenían vuelta atrás. Sin embargo, ellos sí irán a la cárcel y no a un centro de menores como Emma.

Gabriel toma otro sorbo de café y se reclina en la silla. El mar sigue ahí, indiferente a todo. Sus casos terminan, pero el mundo sigue girando. Es algo que descubrió hace tiempo.

El crujido de la puerta trasera de la casa interrumpe sus pensamientos. Patricia aparece, con una taza de café en una mano y Azabache, el gato negro, en el regazo. Se deja caer en la silla frente a él con un suspiro.

Desde que su matrimonio terminó, Gabriel le permite vivir en su casa de La Coveta Fumá hasta que encuentre algo decente, aunque han pasado semanas y no ha ido a ver ningún piso.

Patricia esboza una sonrisa breve, pero sus ojos dicen otra cosa. No es difícil notar su tristeza cada vez que vuelve de ver a sus hijos. Lo hace tres veces por semana. Gabriel no saca el tema; no le conviene que las penas salgan a relucir.

—Tienes que arreglar la ventana de mi habitación —dice Patricia sin mirarlo—. Sigue sin cerrar bien.

Gabriel esboza una media sonrisa y sacude la cabeza.

—Voy a empezar a cobrarte el alquiler —murmura, fingiendo fastidio.

Azabache se enrosca en el regazo de Patricia y ella le rasca la cabeza distraídamente mientras mira a Gabriel.

El mar sigue ahí, la brisa sigue soplando. Y, por ahora, eso es suficiente para ambos.

—FIN—

# AGRADECIMIENTOS

Han pasado solo unos meses desde que la saga del inspector Gabriel Somoza vio la luz con *La noche de San Juan*. Me siento orgulloso de haber trabajado con constancia y entrega para construir una historia a la altura de lo que siempre he soñado. Pero, por supuesto, nada de esto habría sido posible sin la ayuda de quienes me han acompañado en el camino.

En primer lugar, quiero agradecer a Fernando Reyes su inestimable apoyo en el ámbito digital. Gracias por tu profesionalidad al diseñar portadas, gestionar mi página web y, sobre todo, por tu infinita paciencia cada vez que te pedía un cambio —a veces con más terquedad que criterio—. Eres un gran amigo, y para mí es un privilegio poder trabajar contigo.

En esta ocasión, por cuestiones de tiempo, he contado con un número más reducido de lectores cero. Por ello, agradezco especialmente a mis padres, María José y Adolfo, así como a Jaume Canals y Carlos Muñoz, por haber dedicado parte de su tiempo a leer el manuscrito, señalar errores y ayudarme a mejorar su calidad. Vuestra mirada atenta ha sido fundamental.

También quiero reiterar mi agradecimiento a Ángel Ruiz, jefe del Grupo de Homicidios de la Policía Nacional de Mallorca, por resolver mis dudas y aportar datos que han dotado al argumento de una mayor solidez y verosimilitud.

A todos mis familiares y amigos, gracias de corazón por vuestro apoyo constante, por comprar el libro, por leerlo y por compartir conmigo vuestras impresiones. Me he sentido verdaderamente arropado, especialmente por mis compañeros del hospital, que desde el primer día me han acompañado y valorado este esfuerzo. Vuestra generosidad me ha emocionado más de una vez.

No quiero dejar pasar la oportunidad de agradecer a los fisioterapeutas de mi hija, Isidro y Elena, su dedicación incansable. Gracias a vuestro conocimiento y entrega, Lara mejora día a día. La

alegría de verla avanzar es, sin duda, lo que me da fuerzas para seguir escribiendo.

Y por último —pero no menos importante— gracias a mis tres chicas: Aída, Lucía y Lara. Sois la razón de todo. Por vosotras late mi corazón y por vosotras seguiré contando historias hasta el último aliento.

Cualquier error que haya quedado en estas páginas es únicamente mío.

## NOTA DEL AUTOR

Estimado lector:

Nos volvemos a encontrar en un nuevo caso del inspector Gabriel Somoza. Espero sinceramente que hayas disfrutado de la lectura y te agradezco de corazón que hayas elegido acompañarme una vez más. Significa mucho para mí.

Este va a ser un año lleno de novedades, así que te invito a suscribirte a mi lista de correo. A través de ella comparto información sobre próximos lanzamientos, noticias y contenido exclusivo para lectores como tú. Puedes hacerlo fácilmente desde mi página web, a través del siguiente enlace:

https://www.adolforodriguezgomez.com/

Gracias por estar ahí.

Por último, a los escritores nos encanta conocer las opiniones de los lectores, ya que nos ayudan a mejorar y su valor es incalculable. Te agradecería enormemente si pudieras compartir tu opinión, sea positiva o no. Puedes dejar una reseña en Amazon o comentarlo directamente conmigo a través de mis redes sociales.

Instagram:
https://www.instagram.com/adolforodriguezgo/

Facebook:
https://www.facebook.com/adolforodriguezgo/?locale=es_LA

## OTROS LIBROS DE ADOLFO RODRÍGUEZ

**La Noche de San Juan:** https://amzn.eu/d/5kEog6e

**El Viaje de Hugo**: https://amzn.eu/d/5i9aOKQ

**La Gran Implosión:** https://amzn.eu/d/gEcAl01

**Engañando a La Muerte:** https://amzn.eu/d/hVOrIBg